

MIKA ETCHEBÉHÈRE

MI GUERRA DE ESPAÑA



Argentina de padres rusos, Mika Etchebéhère (Mika Feldman) llegó a Madrid el 12 de julio de 1936 para reunirse con su marido. Seis días después de su llegada se produce el levantamiento del ejército, y la pareja, de Inspiración trotskista, se une a la Columna del POUM.

En el frente de Guadalajara, muerto su marido, Hipólito Etchebéhère, al mes de entrar en combate, Mika asume la responsabilidad de la columna donde, con la posterior militarización de las milicias, alcanzará el grado de capitana, siendo la única mujer con mando de tropa en la guerra de 1936-39. Pero el relato de ese periodo va mucho más allá de la exposición del horror de la guerra.

"Mi guerra de España" es, sobre todo, la narración lúcida y emocionada de una mujer que no sólo tuvo que enfrentar los prejuicios de sus propios camaradas, sino las intrigas y persecuciones de los agentes de Stalin contra el proceso revolucionario que se desarrollaba en el bando republicano.

En estas memorias no hay la mínima concesión al heroísmo militarista. Al contrario, la prosa directa e intensa de este libro nos pone ante el testimonio de una mujer que no esconde sus vacilaciones, sus decepciones y sus contradicciones. Sentimientos de una capitana atípica, como no podía ser de otro modo, en una mujer, pero imbuida de un insobornable espíritu revolucionario que mantendría hasta el final de sus días en París, en 1992.

Mika Etchebéhère

Mi guerra de España

**Testimonio de una miliciana al mando
de una columna del POUM**



cita de irrecuperables



ali Kornio ediciones

Cubierta original: ILC

Mika Etchebéhère

MI GUERRA DE ESPAÑA

Testimonio de una miliciana al mando
de una columna del POUM

aliKornio ediciones

Título original: *Ma guerre d'Espagne à moi*

Una primera edición de esta obra apareció, en francés, en Éditions Denoel, Paris 1976. La presente edición ha sido realizada a partir de la versión en español que hizo la propia autora.

Edición: Octubre 2003

Agradecemos la colaboración prestada para esta edición al CEDINCI (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina), de Buenos Aires, donde está el Fondo Etchebéhère y, especialmente, a su director Horacio Tarcus.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Índice

Capítulo 01

Capítulo 02

Capítulo 03

Capítulo 04

Capítulo 05

Capítulo 06

Capítulo 07

Mika Etchebéhère

CAPÍTULO 1

Madrid. Julio de 1936. La huelga de la construcción no lleva miras de arreglo. En Cuatro Caminos y en Chamberí, en Barrios Bajos y en Las Ventas, el hambre ronda los hogares de los huelguistas. Menudean los choques en las obras. Todas las noches hay petardos y tiros. La reacción quiere quebrar la huelga a toda costa. Los señoritos de “Falange” ensayan la puntería de sus pistolas ametralladoras. Tiran desde sus coches sobre las ventanas de los sindicatos. Las calles de Madrid se llenan de rumores. Se habla del descontento de los militares. Hay traslados de altos jefes del Ejército.

Asesinato del teniente Castillo de la Guardia de Asalto. Este cuerpo de Policía ha sido creado por el Gobierno republicano como contrapeso de la Guardia Civil odiada por los obreros y la gente de izquierda. Hay olor a pólvora en las calles madrileñas. Todos sabemos que las derechas están tramando algo muy grave. El Gobierno es el único que parece ignorarlo. El pueblo vigila. Se establecen guardias permanentes en los sindicatos. La Puerta del Sol bulle de comentarios. Cada noche es un prólogo de tragedia y cada mañana de radiante sol madrileño prepara para la nueva espera.

Otro muerto. Esta vez es Calvo Sotelo, uno de los hombres más destacados de las filas reaccionarias. Dicen que los guardias de asalto han vengado al teniente Castillo. Una tensión casi dolorosa crispa los

ánimos. Comienza un angustioso peregrinar en busca de armas, de noticias y de consignas.

El anuncio de la sublevación militar en Marruecos, Canarias y Sevilla, sólo desconcierta al Gobierno. El pueblo lo recibe sin sorpresa, casi con alivio. Es difícil luchar contra una sombra, contra una amenaza emboscada, contra una traición que mata por la espalda. Por eso la tarde del 18 de julio fue una tarde de certeza, un comienzo de esperanza, un vibrante toque de leva. Fue una tarde de claridad, porque sus horas marcaron la víspera del combate.

Por fin había dado la cara el enemigo. Una tensión nueva alzaba en vilo a los hombres de Madrid. La tensión de la incertidumbre estaba rota. Ahora sabíamos que tocaba luchar, que en adelante nuestra vida tendría un destino sin atajos, una ruta dura, bravía, pero clara. Es decir, no sé si lo sabíamos así. El momento no era de saber, sino de sentir, y sentíamos las manos crispadas de ansiar un fusil. Madrid entero se lanzó a la calle en busca de armas.

Ya es la noche del 18 de julio. Los diarios lanzan tiradas especiales hechas todas de títulos. En caracteres inmensos, el Gobierno asegura que es dueño de la situación, que los facciosos no tardarán en rendirse. Por los altavoces de la calle de Alcalá, de la Montera, del Carmen, de la Gran Vía, los ministros hablan interminablemente de la calma que no hay que perder, de la tranquilidad que reina en el resto de la República, de la confianza que debe animarnos. Y la palabra orden, orden, orden... sale una y mil veces de la ancha boca de los altavoces.

Esta noche madrileña es tan azul, tan alta y combada como la noche de ayer, pero es una noche nueva, es una noche adolescente y madura a la vez, es la noche del 18 de julio de 1936. Para verla han

venido a la Puerta del Sol los hombres y las mujeres de todas las barriadas, y se han detenido un momento absortos delante del Ministerio de la Gobernación y han escuchado el mensaje mil veces repetido de los ministros y de los periódicos que llevan ya largas horas hablando de calma, de confianza, de guarniciones leales.

Las palabras siguen a las palabras. De todas las puertas caen discursos. La gente se para y escucha un instante. Luego se encoge de hombros y se mete en la muchedumbre en busca de lo que necesita: saber dónde se puede conseguir un arma. Los diarios, la elocuencia de los funcionarios... Ya no es hora de papel, sino de plomo. ¿Dónde dan armas? ¿Quién tiene armas? ¿Las dará por fin el Gobierno? ¿Las obtendrán los sindicatos, los partidos obreros?

En las bocacalles, los guardias de asalto vestidos con mono azul, la carabina al brazo, hacen detener a todos los coches para registrarlos. Hay que impedir que se fuguen los reaccionarios. Es verdad que muchos se han ido ya y se han llevado armas y dinero y han ido a reunirse con los facciosos. De todos modos, la medida aún no es tardía. Se han apostado controles en las carreteras que parten de Madrid. Una nueva legalidad se instaura. El carnet sindical o de un partido de izquierda sirve de cédula de identidad.

Transcurren las horas, pero nadie se cuida de ellas. El tiempo, a partir de esta noche, ya no se medirá como antes. Tantas horas de trabajo, tantas de descanso. Es temprano, es tarde. Hay que dormir, hay que levantarse. El tiempo es inmensamente largo mientras se va de ateneo en ateneo, de sindicato en sindicato, de la Casa del Pueblo a la central de la CNT. Se recorren distancias interminables. Se cruza la ciudad de Norte a Sur, de Este a Oeste en busca de armas, y el tiempo mide un relámpago de gozo cuando se lleva la mano enriquecida con un revólver.

— Dicen que la Juventud Socialista Unificada tiene fusiles... En la calle de la Flor reparten pistolas... En Cuatro Caminos ya hay gente armada...

Las canciones revolucionarias juntan sus estribillos en las esquinas: Agrupémonos todos en la lucha final... A las barricadas y a las barricadas... Acudid los anarquistas... Los hombres, como las canciones, han olvidado los matices que los separaban todavía esta misma tarde. Una amplia alianza que nadie ha ordenado, que nadie ha condicionado, hecha de una maravillosa conciencia del peligro común ha roto de pronto todas las vallas.

En este amanecer de combate no hay entre los obreros de Madrid más que una división: forman en una los afortunados poseedores de una pistola, una escopeta, un fusil o un cinturón de cartuchos de dinamita, y en la otra los que siguen marchando de Las Ventas a Cuatro Caminos, del puente de Segovia al puente de Toledo, la frente contraída por una torturante idea fija: conseguir un arma.

Y, sin verlo ni saberlo, el 18 de julio se hizo 19. Un claro domingo veraniego. Nadie pensó en que era domingo. Ya no contaba el nombre de los días. El día de hoy se diferenciaba del de ayer por su densidad, porque estaba más recogido, porque los hombres sabían mejor lo que estaba pasando en algunos cuarteles de Madrid, porque ya nadie escuchaba discursos, porque había nacido la milicia, porque las calles estaban vigiladas por patrullas de trabajadores, porque ante la boca hosca de los máuseres había que mostrar el carnet sindical o el salvoconducto, porque los señoritos comenzaban a disfrazarse de pobres, porque las balas comenzaban a silbar en las calles. Porque se estaba preparando el asalto al cuartel de la Montaña. Porque el pueblo se había olvidado del Gobierno, y

organizaba con sus propias manos la tremenda batalla que duró casi tres años.



Mika e Hippo antes de llegar a España

Hace nada más que cinco días que he llegado a Madrid. Hipólito, mi marido, vino dos meses antes. En las cartas que me mandaba a París describía el clima cada vez más tenso que creaban las numerosas huelgas y los manejos de las derechas a raíz del triunfo del Frente Popular... La política está presente en todas partes — escribe el 27 de mayo de 1936— más visible todavía que en Berlín a

fin de 1932. Hasta los niños se ocupan de política. Jeanne Buñuel me acaba de contar algo muy divertido. Estaba en el parque de la Moncloa con su niño, cuando un grupo de chiquillos se le acercó y le preguntó si era “UHP” (Unión de Hermanos Proletarios, consigna que nació en Asturias en 1934, al calor de los combates de los mineros). Le habían hecho la pregunta probablemente porque vieron que llevaba un pañuelo rojo al cuello. “Por supuesto”, les contestó Jeanne. «¿Tu chavalín, también?» El chavalín tenía unos dieciocho meses. “Naturalmente”, dijo la madre. “Entonces, salud compañera”. Y todo el mundo levantó el puño para señalar el acuerdo.

Mi marido y yo vinimos a buscar en España lo que creímos hallar en Berlín en el mes de octubre de 1932: la voluntad de la clase obrera de luchar contra las fuerzas de la reacción que se volcaban en el fascismo. Día tras día, mezclados con los militantes socialistas y comunistas, oíamos decir a los primeros que por no haber obtenido la huelga de transportes los votos reglamentarios, ellos no debían plegarse. Y a los segundos, los comunistas, tratar de socialfascistas a los socialistas y hacer frente contra ellos en las fábricas junto a los obreros nazis.

Caminábamos con los comunistas en sus tremendas manifestaciones que estremecían a la burguesía. Sus columnas eran tan densas, ordenadas, amenazadoras y austeras que parecían un verdadero ejército en vísperas del combate. A su frente marchaban los destacamentos de defensa marcando el paso como soldados. Bellísimos cantos subían al cielo lívido de aquel 15 de enero de 1933 en que un frío de quince grados bajo cero derribaba a viejos y jóvenes, mujeres y niños de obreros sin trabajo, mal nutridos y mal vestidos.

Pero en aquellas jornadas oscuras que precedieron la llegada de Hitler al poder, un poder que pudo haber sido de quien se hubiese atrevido a tomarlo, ni el partido socialdemócrata ni el partido comunista quisieron desatar la lucha para apoderarse del Gobierno. Y sus tropas, educadas en una larga tradición de disciplina política, no podían pensar en combatir sin sus jefes o contra sus jefes que lo habían tergiversado todo, confundido todo. Y la “Noche de los cuchillos largos” cayó sobre la clase obrera más esclarecida, la más templada, la mejor armada para la lucha de los años treinta.

Quizá felizmente, en este 18 de julio de 1936 no hay en España partidos políticos obreros tan poderosos. Los comunistas son una pequeña minoría. En las filas socialistas, más numerosas, aparece un ala izquierda formada sobre todo por jóvenes más combativos que sus mayores reformistas. La fuerza decisiva se agrupa en la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), cuyos principios libertarios los conserva celosamente la FAI (Federación Anarquista Ibérica) que es algo así como una capilla abierta solamente a los muy puros, instancia suprema de la madre anarquía, eminencia roja y negra cuyos dictados apolíticos no impiden sin embargo que los obreros cenetistas contribuyan ampliamente a la victoria del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936.

¿Cuál es el partido o la organización que ha lanzado el llamamiento al combate en este 18 de julio? No lo sé y nadie lo sabe al parecer. Hippo y yo nos sumamos primero a un grupo que marcha hacia un local de la JSU (Juventud Socialista Unificada) donde según dicen llegarán armas al amanecer. No hemos cenado. No se nos ocurre que se pueda perder tiempo antes de conseguir un fusil. Ya se verá más tarde, cuando lo tengamos.

La gente amontonada en la sala, el humo, el ruido y el calor forman una masa compacta que la bombilla eléctrica colgada muy alto del techo no logra aclarar. Detrás de una mesa, tres muchachos contestan sin parar: “No, compañero, no podemos prometer nada. Hasta ahora nos han dado solamente diez fusiles y cinco pistolas. No sabemos si vendrán más. Sí, es verdad, dicen que llegarán al amanecer, pero no estamos seguros. Prueben en otro sitio...”

Cosa extraña, nadie nos pregunta si pertenecemos a la JSU. Por derecho revolucionario, todo aquel que quiere combatir merece empuñar un arma.

Estamos rendidos, nos duelen los pies y las piernas. Llevamos caminando desde las cuatro de la tarde y son más de las doce de la noche. Esperaremos aquí el amanecer, el amanecer y los fusiles que quizá lleguen. Yo me tiendo en el patio y me duermo profundamente. Hipólito me pasa la mano por la cara para despertarme... El día ha venido, pero sin fusiles.

— Vamos a otro sitio, a la calle de la Flor. Un compañero acaba de decirme que un grupo de la CNT se ha incautado de un depósito de armas de la Falange, hay que ir corriendo.

—Hippo, tenemos que volver a casa para que descanses un poco, no olvides que la mucha fatiga te hace daño. Puedes caer enfermo...

— ¿Enfermo el día en que comienza la revolución? ¡Vaya idea...!

Un estallido de risa puntúa sus palabras. Detrás de las ojeras que le ha marcado la noche sin dormir, sus ojos claros brillan como si llevarsen dentro una estrella. Su mano aprieta la mía.

— ¿Te das cuenta? Ahora está aquí la revolución, se acabó la espera. Vamos a luchar duro, muy duro.

— ¿No te parece que antes de ir a la calle de la Flor deberíamos pasar por casa para saber si Latorre ha encontrado algo? Es probable que los sindicatos de la UGT (Unión General de Trabajadores) ya estén armados.

No, Latorre no ha encontrado nada todavía, pero se le ocurre una idea. Deberíamos ir a ver a los compañeros del POUM. No formamos parte de su organización, pero es la organización que está más cerca de nuestro pequeño grupo de oposición comunista y en sus filas tenemos amigos personales.

Tampoco hay armas en el local del POUM, solamente esperanzas para mañana, a lo mejor incluso para esta tarde. Sentados en bancos o en el suelo, la pequeña sala contiene unos cien hombres y varias mujeres, algunas de las cuales de aspecto raro. Me entero de que entre ellas hay varias de un burdel vecino que vienen a enrolarse en las milicias.

Es la primera vez que puedo mirar de cerca a prostitutas sin que me intimiden, pero el verlas me trae repentinamente a la memoria una tarde gris opaca de París, en el barrio de La Chapelle. Vestía yo entonces uno de esos encerados negros que eran como el uniforme de los estudiantes del Barrio Latino. Me pesaba en los hombros la fatiga de tanto andar por los quioscos distribuyendo *Que Faire?*, la revista de nuestro grupo de oposición comunista. Me dolían los brazos de cargar la pesada maleta.

A ambos lados de la calle había casas bajas, y delante de cada una mujeres con faldas por encima de la rodilla, delantales tableados y botas altas que me mostraban con el dedo de unas a otras y me decían obscenidades enormes. Me asalta un terror infantil y cuando una morena grandota viene hacia mí con gestos aún más expresivos

que las palabrotas, echo a correr como una loca perseguida por las carcajadas de esas mujeres que en nuestros discursos anarquistas, cuando yo tenía dieciocho años, llamábamos “nuestras hermanas las putas”.

Frente a estas hermanas que hoy se nos acercan no me siento fraternal. Rencor, quizá también celos porque nuestros compañeros las miran complacidos. Pienso enseguida que no debemos aceptarlas, y le digo a Hippo:

— ¿Te parece que deben venir con nosotros?

— No, sería mejor no admitirlas, sobre todo al comienzo, pero vete a explicarlo a los compañeros nutridos de vieja prosa anarquista. En fin, ya veremos luego.

Más tranquilos porque nos sabemos integrados a un núcleo de combatientes, volvemos a la calle ahora menos ruidosa, pero más amenazadora. Cantidades de coches con inscripciones CNT—FAI, UGT, UHP, pasan como ciclones. Todos llevan fusiles apoyados en las portezuelas.

—Maravilloso, pero loco —dice Hipólito en voz muy baja—. Habrá muertos por nada. Lleva el salvoconducto en la mano.

Pasa un camión repleto de muchachos y chicas vestidos con el mismo mono azul. La milicia ha encontrado su primer uniforme.

Frente a una iglesia que está ardiendo, la multitud aplaude y canta como en una fiesta.

— Hippo, ¿te parece que quemar iglesias es un acto revolucionario?

— Sí, y no se te ocurra decir a esa gente, como ya lo estás pensando, que dentro hay obras de arte que no merecen perecer. Mala suerte para las obras de arte. La Iglesia siempre ha servido a los ricos contra los pobres en España, siempre ha sido un arma de opresión. Deja que quemen sus iglesias.

Hace mucho calor. En mis sandalias sin medias tengo los pies sucios y doloridos. Dolorida también una idea fija: los pulmones enfermos de Hipólito, sus meses de sanatorio en Francia. A mis miradas ansiosas responde conciliador:

— Está bien, vamos a descansar y comer un bocado.

Ya estamos a 20 de julio. El cuartel de la Montaña ha caído al cabo de largas horas de combates sangrientos. Ahora todo el mundo puede entrar en el gran patio donde un grupo de mujeres se disputan los últimos cacharros de cocina. No puedo explicar por qué se me ha quedado en la memoria una inmensa sartén que nadie quería.

Los compañeros del POUM que participaron en el asalto consiguieron traer solamente diez fusiles, doscientos cartuchos, una ametralladora sin trípode y algunos cascos. Fue difícil convencerlos de que las armas no eran su propiedad privada.

— ¿Saben al menos manejarlas? —pregunta Hippo.

Hasta aquí todos nos habían tratado como compañeros. Ahora las miradas se vuelven ceñudas. La irresistible sonrisa de Hipólito barre muy pronto la desconfianza.

— No les pido que me den un fusil. Permítanme solamente enseñarles el manejo. Tomen las armas y pasemos al cuarto de al lado.

Yo comprendo que por primera vez no debo seguir a Hippo. Se trata ahora de un asunto de hombres. El mío comienza su aprendizaje de jefe. Los otros no me perdonarían su ignorancia o su torpeza.

CAPÍTULO 2

21 de julio de 1936. Dos camiones, tres coches de turismo, cien hombres, treinta fusiles y una ametralladora sin trípode orgullosamente instalada en lo alto de un camión constituyen la columna motorizada del POUM mandada por Hipólito Etchebéhère, ciudadano francés nacido en la Argentina de una familia pequeñoburguesa, venido a la lucha de clases por sentimiento primero, porque había visto al escuadrón de seguridad de Buenos Aires ahogar en sangre una huelga de metalúrgicos en 1919, y por convicción profunda después.

En este 21 de julio nuestra columna sale en busca de las tropas de Mola que marchan, según parece, hacia Madrid. No las tropezamos, por suerte. En el camino, unos campesinos nos piden que vayamos a buscarles harina a un molino próximo. Los milicianos gritan que están allí para combatir, no para hacer de mandaderos. Hippo explica que para ganar la adhesión de los campesinos a nuestra causa hay que ayudarles, y un camión marcha a traer la harina.

De regreso a Madrid, el centinela que guarda la puerta de un enorme convento nos hace señas de parar.

— ¿Para hacer qué? —pregunta Hippo.

— No sé, pero es urgente. Vayan a ver a nuestros responsables. Pueden entrar con los vehículos, hay lugar de sobra. Pregunten por la camarada Pasionaria.

Un poco de mala gana, pero al mismo tiempo interesados, entramos en el patio tan anchuroso como una plaza pública. Unos milicianos formados escuchan las explicaciones de un jefe con brazal rojo marcado PC. Los nuestros, que han bajado de los coches, los miran mitad con ironía, mitad con envidia. Dos compañeros se han ido con Hippo en busca de Pasionaria. Regresan al cabo de pocos minutos.

— Nos piden que vayamos a buscar con nuestros camiones...

— Otra vez buscar...

— Pero esta vez se trata de dinamita, no de harina.

La palabra dinamita siempre ha sido mágica en España. Nadie puede negarse a transportar dinamita.

— Le dije a Pasionaria —explica Hippo— que nosotros somos trotskistas. “No tiene ninguna importancia —contestó ella—, ya que estamos juntos en el mismo combate”.

— Sí —gruñe uno de los nuestros—, porque necesita los camiones... Pero es evidente, no hay manera de negarse.

En este patio caldeado por un sol vertical, la larga espera nos duele como una derrota. ¿Qué hacemos aquí parados en lugar de estar combatiendo en algún sitio, cualquier sitio, de cualquier modo?

Madrid se instala en la revolución a paso de carga. El dinero casi no corre cuando se trata de objetos necesarios para la milicia. Las organizaciones obreras, partidos o sindicatos, firman vales de

compra que damos a los comerciantes a cambio de su mercancía, subrayando la conformidad del trato con un sonoro UHP. Se requisan los coches, los garajes, las hermosas casas abandonadas por los ricos que han huido o se han refugiado en las Embajadas. El Gobierno se mueve entre bastidores, sin mando sobre el drama que transcurre en el escenario, haciendo una política que sólo preocupa al pueblo en la medida en que tiende a frenar su arremetida contra el enemigo.

El 22 de julio, de madrugada, nuestra pequeña columna marcha hacia una estación de Madrid para reunirse con una formación de alrededor de 400 hombres al mando del capitán Martínez Vicente, oficial de carrera cuyas convicciones republicanas nadie pone en duda.

Se acabaron los coches rápidos, los bellos camiones pintados de rojo, la ametralladora inútil pero tan linda. Nos prometíamos una brillante carrera de francotiradores y aquí nos vemos casi soldados, dueños, si no de un fusil por cabeza, de un macuto militar y un misterioso saquito verdoso cuyo contenido nos está prohibido comprobar por el momento.

Los 400 hombres de esta columna pertenecen a todas las tendencias políticas y sindicales y permanecen agrupados bajo sus insignias obedeciendo, más o menos, a sus responsables. Las edades se sitúan entre 16 y 70 años. Los hay quizá más jóvenes y más viejos. El tren que nos está destinado tarda horas en arrancar. Es muy penoso soportar tanto tiempo robado a nuestra esperanza.

Las tablas vetustas de los vagones se reaniman con cantidades de inscripciones; “Muera el fascismo”, “Viva el POUM”, “A Zaragoza”... Sí parece que vamos a Zaragoza para ayudar a la ciudad prisionera

de los facciosos. Ojalá que otros milicianos que vienen en camiones no se nos adelanten! Esta estación polvorienta, este tren paralítico, estos responsables de brazal rojo que van y vienen sin dar razones huelen ya demasiado a Ejército regular.

Por fin llega la orden de subir a los vagones.

Nunca silbido de locomotora desató tantos gritos alegres de combate, de victoria, mezclados con cantos revolucionarios: *Arroja la bomba que escupe metralla...*, *No importa que nuestra sangre tiña las piedras de nuestro camino...*, *Arriba los pobres del mundo...* Asomados hasta medio cuerpo a las ventanillas, los milicianos anuncian a gritos que mañana estaremos combatiendo a las puertas de Zaragoza.

Todo el mundo sabe ahora que el saquito verdoso contiene vendas esterilizadas a utilizar de urgencia en caso de herida. Inmediatamente unas manos ociosas se ponen a desgarrar la tela, a desenrollar las vendas y estrujar la gasa. Lo único que de verdad les interesa es la compresa grande. La doblan en triángulo y se la atan en la cabeza, felices del hallazgo. El resto, considerado inútil, lo tiran por la ventanilla.

Por una vez me creo dispensada de acudir a Hippo, y con voz cordialísima trato de explicar:

— Les han dado esas vendas para el caso en que fuesen heridos lejos de un puesto de auxilio...

— ¿Heridos...? ¡Vaya cosa que nos metes en la cabeza! A lo mejor, muertos también. Heridos o muertos, ¿qué más da? Lo mejor es no pensar. Entonces no vale la pena cargar con esos trapitos que nos lo recuerde.

Frente a tanta lógica específicamente española no queda más que callar.

Aprovechamos una larga parada del tren para ir en busca de víveres. Las dos chicas que forman parte de nuestra columna, Carmen 18 años y Emma 16, son militantes del POUM. Con ellas y un miliciano armado damos la vuelta al pueblo y regresamos cargados de vituallas. No pensé en la bebida. Hubo quienes pensaron, y con verdadero terror veo llegar dos grandes tinajas llenas de vino, tinto y blanco. Una alegre ovación las acoge.

— Hippo, rápido, tienes que decirles algo, hay con qué emborracharlos a todos. Deberías ordenarles que devuelvan ese vino...

— ¿Y qué beberán?

— Agua.

— Las guerras no se hacen con agua.

— Pero nosotros estamos en contra del alcohol. Nuestros principios...

— Tendremos que poner un poco de agua en nuestros principios. Bueno, no es cosa grave. Se pondrá un poco de orden.

Y en tono neutro, sin levantar la voz, dice:

— Medio litro por persona hasta la noche. Acerquen las botas.

Al llegar a Guadalajara nos ordenan descender del tren. Entonces, ¿no vamos a Zaragoza? “No en seguida” —contesta el capitán que manda la columna. Yo no le pregunto nada a Hippo para dar ejemplo.

Se siente desazón en la ciudad ocupada por las milicias de la CNT. Los hombres de gorro rojinegro vigilan las calles fusil en mano. Son ellos los que han tomado por asalto el cuartel de “Globos” hace dos días. La sangre que cubre el suelo del casino de los oficiales todavía no está seca del todo. No quiero pensar en los muertos. El odio no llega a entrar en mí, pero no se lo digo a nadie, ni siquiera a Hippo.

Los milicianos de la CNT han abierto también las puertas de la cárcel y hombres de porte extraño rondan el cuartel donde acabamos de instalarnos. Cuatro o cinco ya han pedido que los admitamos en nuestra columna. Tras una corta deliberación entre militantes se les acepta, pero diciendo que habrá que vigilarlos. Uno de ellos me choca particularmente. Tiene la frente tan estrecha que sus cabellos negros y tiesos nacen casi a la altura de las cejas. Viendo cómo mueve los hombros y se frota los brazos me digo que está lleno de piojos y sin poder evitarlo siento asco.

El hombre ha visto mi mirada y quizá también que retrocedía ligeramente. Entonces se aparta bruscamente. Tiemblo de vergüenza y de piedad por él. Viendo muy cerca a Quintín, el más viejo de nuestros milicianos, le pido que acompañe al nuevo camarada a las duchas. Corro a buscar ropa nueva. En voz muy baja explico a Quintín que debe quemar en el fondo del patio toda la ropa sucia, y me digo a mí misma: “Vamos, burguesa infecta, tienes miedo a los piojos”.

Frotado, peinado, vestido de limpio, el hombre es ahora casi igual a los otros. Su nariz muy aplastada dicta inmediatamente el apodo que llevará en adelante: el Chato. Y así le llamarán hasta la hora de su muerte valerosa, con el vientre desgarrado por un obús de mortero.

La inactividad comienza a desmoralizar a nuestros milicianos tanto más cuanto los periódicos llenan páginas enteras con las hazañas de las columnas que ocupan la Sierra. Sobre la grisalla diaria cortada solamente por los ejercicios de tiro que Hippo impone y las discusiones políticas que anima, cae una noticia cuyo alcance no escapa a los militantes: el Gobierno fija en 10 pesetas al día la paga de los milicianos. Esta tentativa de recuperar las formaciones que dependen solamente de los partidos y sindicatos no alarma a los apolíticos cuyo número aumenta día tras día en las milicias. A la proposición de Hippo para que sean las organizaciones las que cobren este dinero se adhieren unos cuantos militantes disciplinados. La mayoría no quiere crear dificultades al Gobierno para entrar en posesión de las 10 pesetas tan generosamente concedidas.

Sin que haya mediado ningún acuerdo entre Hippo y yo, me he instalado desde el comienzo en funciones más pesadas que heroicas: velar por la limpieza de los locales y de los hombres, escribir las cartas a las familias de los que no saben escribir, obtener de Madrid ropa y calzado, impedir las riñas, organizar un botiquín y no sé cuantas cosas más.

Hippo se vuelve cada vez más luminoso. No se trata de un fulgor de los ojos, sino de una especie de luz que lo envuelve por entero. No soy la única que lo nota. Los viejos sobre todo lo ven. “El jefe está bañado de sol y de luna”, dice un día Quintín con su voz rugosa. Y a su alrededor todos lo aprueban.



Hipólito Etchebéhère

De noche, acostados los dos en colchones que se tocan, guardo su mano en la mía hasta que llega el sueño murmurando nuestras viejas palabras de amor como una canción de cuna. Sin que yo nunca se lo pregunte me cuenta a menudo sus días abrumados de tareas. Ya ha conseguido que se forme un tribunal revolucionario para impedir las ejecuciones sumarias, los “paseos”. En este tribunal actúan representantes de las distintas tendencias. Su sueño es unificar las milicias para las operaciones militares que se preparan. Ya lo escuchan, lo quieren y le obedecen, pero él aspira a contar totalmente con sus hombres para hacer de ellos unos combatientes excepcionales.

Nuestros camiones y nuestros coches han venido a Guadalajara. Esta noche vamos a la guerra. Froto despacio con pomada los pies lastimados de Hippo y los envuelvo en compresas finas para que no le hieran las alpargatas.

— Tú no vendrás a primera línea —me dice—. Te quedarás atrás con el médico y tendrás a tu lado a nuestras dos muchachas.

Está muy oscuro y hace frío cuando subo al coche junto al médico. Me duele la garganta desde esta mañana y también la cabeza. Es mejor no decir nada para que no me obliguen a quedarme en el cuartel. Las chicas no aparecen. De seguro se han ido en un camión. Al tomarme las manos para despedirse, Hippo nota que arden, pero no tiene tiempo de escuchar lo que le digo para tranquilizarlo.

Nuestra columna avanza a paso de hombre, invisible, con todos los faros apagados, extrañamente silenciosa. Esta vez sí que vamos a la guerra, a la de verdad, llevando cañones de verdad, pero sin cantos ni gritos de combate. ¿Cuánto tiempo hemos marchado? Cuando la larga oruga ondulante se detiene, una claridad indecisa anuncia el día y la aldea lejana: Atienza, plaza fortificada, burgo medieval desparramado al pie de su castillo plantado muy alto sobre un espolón casi cónico.

Nuestra artillería le arranca aquí y allá algunas astillas de piedra. Los hombres avanzan muy lentamente, replegándose cuando los obuses de mortero tirados desde la torre estallan demasiado cerca. Sin nuestros cañones y sin los morteros del enemigo esta guerra de verdad tendría trazas de una jira campestre. Aparece un avión en el cielo sembrando el pánico en nuestras filas. La operación ha terminado.

Me despierto muy tarde de noche en una cama de hospital. La enfermera que está a mi lado quiere hacerme tragar algo a toda costa. Para eso me ha despertado, para “darme alimento”. ¡Vaya ocurrencia! Parece que tengo un absceso en la garganta y 40 grados de fiebre. La enfermera es una monja convertida al comunismo por

el amor de un miliciano. Es ella la que me cuenta su aventura días después, cuando estoy mejor y lista para irme.

Hippo ha venido a buscarme. Hemos cambiado de ciudad. Nuestra columna está ahora en Sigüenza, solicitada por las milicias que ocupan la plaza. Hippo y sus milicianos han combatido, al fin, de veras. Encargados de llevar municiones a Sigüenza atacada por los franquistas, en lugar de dejarlas en el sitio designado y regresar a Guadalajara, las han mandado con uno de los camiones hasta la ciudad, y tomando de flanco a los asaltantes les han causado más de sesenta muertos, recogiendo en el terreno ametralladoras y fusiles. Con lo cual, la columna del POUM y su jefe tomaron gran ascendiente.

Aunque halagada por tan alto hecho de guerra, estoy todavía muy débil para apreciarlo como es debido. En el camino que lleva a Sigüenza el trigo se dobla bajo el peso de las espigas demasiado maduras. El tiempo de la cosecha ha pasado sin que los hombres lo adviertan, como si segar ya no fuese cosa de ellos, como si malos recuerdos estuviesen pegados a esta tierra ayer aún tan codiciada, hoy abandonada por todos.

Los ricos han huido de sus fincas. Todas las mujeres no se fueron con ellos. Se han quedado para velar por sus casas y su ganado. Arrinconadas en los cuartos del fondo, vestidas de negro, silenciosas pero corteses, venden jamones y pollos a los milicianos enriquecidos por las diez pesetas diarias. Tan ricos que desdeñan el rancho succulento del cuartel y se alimentan de jamón serrano y de pollo.

Esta soledad de la tierra con el peso de su riqueza inútil me ronda como un remordimiento. El trigo se secará bajo el ardiente sol del mes de agosto...

— Hippo, nos faltará pan este invierno. ¿No crees que se podría mandar a los milicianos que levanten la cosecha?

Hippo me acaricia las mejillas enflaquecidas, me envuelve con una sonrisa tierna los ojos y, como si hablara a un niño que tiene pena, dice despacio:

— No, no podemos mandarlos a trabajar al campo, todavía no. Se ofenderían. Todos quieren ser guerreros. ¿Qué puede importarles que se pierda el trigo?

Ahora estamos alojados en un gran depósito de la estación de ferrocarril de Sigüenza, en el mismo andén y disponemos además de un tren de carga inmovilizado a dos pasos de nuestra puerta. Al otro lado de la vía ondulan unas colinas descoloridas por el sol desmesurado de la Alcarria.

Hay muchas casas abandonadas en la ciudad. Las milicias dan orden de registrarlas, pero de sacar únicamente armas, municiones, colchones, mantas y víveres. El saqueo será sancionado con pena de muerte. “Somos milicianos revolucionarios, no un hatajo de ladrones”, ha dicho Hippo en voz muy alta frente a toda la columna reunida, mirando a los ojos a dos o tres de nuestros reclutas procedentes de la cárcel de Guadalajara.

Dormimos en el suelo, pero sobre colchones, el de Hippo y el mío muy juntos, pero estamos separados como no lo estuvimos nunca hasta el presente, él encerrado en su universo de guerra, feliz, tenso como un arco en su límite extremo, yo no muy a mis anchas en este mundo extraño de combatientes tan poco parecidos a los revolucionarios de mis principios, perseguida por una idea fija: la muerte probable de Hippo, no probable, segura. A veces se lo digo, un poco como en broma.

— No te hagas matar, muchacho, haces mucha falta. Eres indispensable, el más importante de todos, el más lúcido, el que más sabe de las cosas de la revolución. Se puede ser valiente sin ser temerario.

— No, aquí en España hay que ser temerario si quieres conseguir que te obedezcan. En la escala de valores sólo cuenta el coraje físico. El jefe debe marchar al frente, no bajar la cabeza cuando las balas silban...

— Y hacerse matar...

— Sí, quizás hacerse matar... pero no hablemos más. Yo tengo confianza en mi estrella, deja de atormentarte. La pelea que fuimos a buscar a Alemania, que estuvimos esperando con el corazón y los puños apretados, aquí la tenemos, hay que tomarla con alegría...

— Está bien, cambiemos de tema. No consigo creer que hayas mandado fusilar a Manuel, como me han dicho.

—Yo no he mandado fusilar a Manuel. Lo condenó el tribunal revolucionario que hemos creado. Se pasaba el tiempo saqueando. Se le llamó al orden dos veces sin que hiciera caso. Hacía alarde de “trabajar por su cuenta” y de burlarse del tribunal. Ha sido fusilado. Había que dar ejemplo, estamos en guerra civil.

Manuel me era más bien antipático. Me hubiese gustado que se fuese de la columna para no escuchar sus jactancias estúpidas y no tener que aguantar su mirada desdeñosa cuando le tendía el paquete de cigarrillos diario. En realidad detestaba a Manuel y le deseaba quizá la muerte, la muerte en abstracto, pero esta muerte dada por nuestras manos —yo no debo desolidarizarme de los que lo han matado— me es insoportable.

Y de pronto comprendo que hay otras razones más profundas que las puramente tácticas —no está bien que Hippo tenga una esposa guerrera pegada a él— para hacerme aceptar este oficio de mujer que me toca cumplir en medio de los combatientes y que me aparta de las armas.

Esta noche es víspera de combate. Tengo en mis manos los pies lastimados de Hippo. Muy despacio los envuelvo hasta el tobillo en algodón para evitar que le hagan daño las botas de lona gruesa que llevaré. Al atárselas digo tímidamente:

— Son negras, es siniestro. ¿Por qué las has elegido negras?

— ¿Qué importancia tiene? ¿Te has vuelto supersticiosa? ¿Olvidas tus principios...?

Yo quisiera decirle que este color negro en sus pies va en contra de mis principios mágicos de esa religión vergonzante que me hace repetir cien veces al día: “No debe morir, no morir, no morir”, que me desvela de noche, me crispa de día hasta hacerme doler la cabeza y los brazos. En vez de contestarle le beso las manos. El recita sus órdenes en voz baja.

— Saldremos a la una de la madrugada para llegar frente a Atienza antes del alba. Tú te quedarás en la retaguardia, con el médico y las muchachas. No las dejes meterse en primera línea. Vigila a la Abisinia porque es muy capaz de marear a los milicianos hasta que alguno le preste el fusil.

¿De dónde venía esta Abisinia que encontré entre los nuestros a mi regreso del hospital? Su apodo le sentaba a maravilla. Tenía la piel muy oscura, ojos de azabache, la cabeza coronada por dos pesadas trenzas tan negras como sus ojos, y dieciséis años que

parecían veinte. Alta, de pecho enhiesto, su mono de miliciana no conseguía ocultar su talle de maja ni quitarle el andar danzarín de muchacha de Barrios Bajos. Se pasaba el día canturreando la misma tonada *Ay Maricruz, Maricruz, maravilla de mujer...*, apuntar un paso de baile, abordar un miliciano a derecha, otro a izquierda con una petición invariable: “Enséñame a desmontar el fusil. Sé cargarlo, pero desmontarlo todavía no, y un día yo también tendré un fusil”.

— Bueno —digo un poco molesta—, me impones tareas no muy brillantes. Sólo falta que me toque velar también por su virginidad.

— Me importa un rábano su virginidad. Lo que hay que impedir es que vengan a pasearse en primera línea.

Lo único que se escucha en la noche es el ruido sofocado de los motores. Durante una parada, Hippo viene a verme. Envuelto en una magnífica capa de guardia civil que le llega hasta los pies, con la boina echada hacia atrás, sus ojos de un gris claro como el alba brillan en la noche. Apretada contra él, mi boca pegada a la suya, me atrevo a rogar:

— Mi amor, ten cuidado... Abrígate, hace mucho frío.

La frase tranquilizadora en tono bromista de sus días de larga enfermedad le viene a los labios y doblando el brazo dice riendo:

— No tengas miedo, *questo e ferro*.

El resplandor sin reflejos del final de la noche estampa un paisaje de Patinir. Masas apenas más oscuras nacen a lo lejos, del lado del pueblo. Hace ya largo rato que caminamos a pie trazando sombras vacilantes en los repliegues del cuadro. Nada quiebra todavía el silencio. En grupos pequeños los hombres se dispersan entre las matas.

A las primeras claridades del día me encuentro marchando junto al médico en busca de un emplazamiento apropiado para nuestro puesto de primeros auxilios. Yo trato de convencerlo de que nos instalemos lo más cerca posible de las líneas avanzadas, pero su prudencia es más fuerte que mis razones. No tengo más remedio que aceptar una especie de corta plataforma detrás de una colina que nos oculta todo, todo salvo el negro espolón del castillo siniestro.

Ha venido el sol y tiros sueltos cubiertos muy pronto por ráfagas de ametralladora. Felices de ensayar sus fusiles, los nuestros tirotean por nada. Yo pienso en Hippo y su puñado de hombres portadores de granadas que deben de estar avanzando a rastras hacia el pueblo. Los tiros aumentan de ambos lados, pero no nos llega ningún herido. Algunos milicianos con cara de miedo vienen a pedirnos agua. El tiempo parece petrificado. El combate hace poco ruido. Nuestra artillería calla. Un grupo viene hacia nosotros. El viejo Quintín se acerca arrastrando los pies. Con una mano tiene el fusil y con la otra se frota las mejillas inundadas de lágrimas.

— ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia horrible! ¡Lo han matado! ¡Han matado a nuestro jefe!

— ¡No es verdad! —gritan los milicianos que lo alcanzan—. ¡Cállate, no está más que herido! Vamos a traerlo.

Quintín se acurruca contra mi hombro como un niño muy viejo, muy cansado, desamparado por siempre.

— ¡Está muerto, muerto! ¡No tenemos más jefe...!

Yo repito con él: “Muerto, muerto, está muerto”. Y por dentro, en mi cabeza, en mis entrañas mil campanas doblan a muerto, entonces

yo debo morir ahora mismo. Ya debería estar muerta, no sobrevivirle ni un instante.

No lloro, pero tiemblo tan fuerte que no consigo asir el arma que me tienden, su pistola del nueve largo y su tarjeta de miliciano, su estilográfica y el tubo de aspirinas que llevaba siempre en el bolsillo.

La Abisinia se acerca con su andar danzarín. Tiene los ojos tan secos como los míos. De rodillas frente a mí, dice con voz sorda:

— ¡Pobre mujer! Toma, guarda este pañuelo empapado en su sangre. La recogí de sus labios.

Y besando una cruz formada con sus dos índices, añade:

— Yo te juro que no ha sufrido. Se acostó como un árbol quebrado por el rayo, sonriendo, con los ojos muy abiertos.

Y tocándome las mejillas agrega:

— No lloras, está bien. Yo tampoco lloro.

Doy vueltas y más vueltas a la pesada pistola que me han puesto en las manos. ¿Qué espero? Pero su mirada severa se posa sobre mí: “Vamos, ¿olvidas nuestros principios? Resolverás tu pequeño destino personal después de la revolución si no te matan en el combate. No es hora de morir por sí mismo”.

Cuatro o cinco bombas lanzadas por un avión enemigo ponen fin al combate. Repliegue general y regreso a Sigüenza. Los milicianos de nuestra columna quieren venir esta noche a buscar el cuerpo de Hippo que ha quedado a orillas de un arroyo. Yo me opongo. El no estaría de acuerdo en que se ponga en peligro otras vidas para rescatar un muerto.

Me preguntan si quiero ir a pasar dos o tres días a Madrid. Sí, quiero, quiero ver a Marie Louise, la amiga que él llamaba “nuestra hermanita”. Quizá consiga allí aflojar las mandíbulas y todos los músculos llorando a gritos.

Pero en Madrid todos están vivos. En las terrazas de los cafés hay montones de señores guapos vestidos de milicianos con mono azul y chicas bonitas que llevan el gorro de miliciano ladeado con mucha gracia sobre la oreja. Vale más volver al frente. ¿Por qué no a Francia?, sugieren los compañeros del POUM. Sin dar explicaciones digo que no.

En nuestro cuartel de la estación de Sigüenza hay un poco de desorden. Los colchones se quedan tendidos en el suelo todo el día y no enrollados como Hippo había ordenado. El día siguiente, muy temprano, pregunto quiénes son los milicianos encargados hoy de la limpieza. El sargento de la Legión viene a decirme que los hombres se niegan a barrer y a recoger sus camas porque es un trabajo de mujeres que pueden hacer nuestras cuatro milicianas.

Delante de la puerta, un grupo matinal se empeña en desmontar una ametralladora. Con voz muy amistosa pregunto a la redonda:

— ¿Es verdad que nadie quiere barrer?

Las respuestas tardan un poco en llegar. Algunos murmullos las preceden. El menos inteligente, el más terco, ese Chato que recogimos en Guadalajara y que me sigue inspirando desconfianza, se atreve por fin a expresar la opinión general:

— Aquí solamente se exige que los hombres hagan la limpieza. En el batallón “Pasionaria” las muchachas lo hacen, hasta lavan la ropa y remiendan los calcetines...

Con mucha calma y sin la menor ironía, le pregunto:

— ¿Así que tú crees que yo debo lavarte los calcetines?

Un poco sorprendido por esta pregunta que lo pone en ridículo por lo absurda, contesta muy convencido:

— Tú no, claro está.

— Ni las otras tampoco, compañeros.

Y ahora me dirijo a todos: Las muchachas que están con nosotros son milicianas y no criadas. Estamos luchando por la revolución todos juntos, hombres y mujeres, de igual a igual, nadie debe olvidarlo. Y ahora, rápido, dos voluntarios para la limpieza.

No sólo conservo la “Star” del 9 largo de Hippo, sino que tengo además un fusil, un lindo mosquetón pulido como una joya que el sargento de la Legión me puso un día en los brazos como si me diera el regalo más bello del mundo, diciéndome con tono perentorio:

— Lo vas a probar ahora mismo y lo llevarás siempre. Ya verás que con el fusil se te quitará un poco la pena y se te cambiarán las ideas.

Mis ideas no cambian, simplemente porque no tengo. Ninguna idea consigue agujerear esa especie de masa negra que tengo en la cabeza. Mi horizonte se detiene en los cerros que se alzan del otro lado de la estación. Mis pasos no me llevan nunca a las calles de la ciudad que los blindados de la CNT—FAI llenan con un estrépito ensordecedor. Esos camiones ascendidos a la categoría de tanques por obra y gracia de enormes chapas de hojalata remachadas muy alto sobre los vehículos son de una ingenuidad conmovedora. También lo son sus dotaciones compuestas de fieros anarquistas cuya mirada desafiadora se vuelve tierna en cuanto pasa cerca de ellos una chica bonita.

Las milicias que ocupan Sigüenza y sus alrededores representan las cuatro tendencias principales del movimiento obrero español: la columna ferroviaria, socialista (UGT); el batallón “Pasionaria”, comunista, cuyos responsables ya llevan galones en lugar del brazal primitivo; la columna CNT—FAI, y la columna del POUM, la menos numerosa, unos 150 hombres, pero de seguro la más disciplinada, compuesta en su mayor parte de militantes jóvenes y viejos.

Quintín, el mayor de todos, es un veterano de la guerra de Cuba muy orgulloso de verse nuevamente en filas, pero demasiado viejo para aguantar las largas marchas bajo el sol tórrido del día o el frío cortante de la noche.

Entre los más jóvenes está Emma, tan pequeñita en su mono de miliciana, pero de porte tan marcial que la llamamos “nuestro soldadito de chocolate”. Después está el Mellado, por otro apodo el Abisinio a causa de su pelo muy crespo y de su extraordinaria valentía. Para que lo admitiéramos en la columna se aumentó la edad. No tiene dieciséis años, sino catorce, nos ha dicho su hermano mayor que llegó varios días después.

— Ahora puedes irte, Mellado. Basta con uno de la familia para la guerra —le digo—. En Madrid hay mucho que hacer. Lo mejor es que vuelvas a la escuela...

— ¿La escuela? Hace mucho que se ha terminado. Comencé a trabajar a los once años. Hay cuatro críos menores que yo en casa y no hay padre. Deja que me quede...

Su mirada demasiado tenaz es difícil de soportar. Entonces doy un paso para apartarme, pero él me planta en los hombros sus flacas manos morenuchas y vuelve a enhebrar la súplica:

— No me eches... Yo no tengo miedo... Tampoco soy holgazán y cuando haya fusiles para todos, sabré usarlo. El sargento me enseñó a tirar. Pregúntale si no sé tirar...

Habla muy rápido y en tono tan apremiante que acabo por ceder. Mi piedad por sus pocos años no forma parte de su categoría de valores. Si lo obligo a partir irá a enrolarse en otro sitio, un sitio donde no hay una mamá de guerra que le pinte con tintura de yodo las amígdalas cuando le duela la garganta...

— Bueno, quédate.

Tuve que decir también “quédate” a Juanito, otro de nuestros pequeños, hijo de un abogado de Madrid, militante del POUM, espléndido muchacho de quince años que venía a ocupar un puesto que su padre tardaba en asumir.

Y repetir “quédate” a Clavelin, el más pequeño en edad y talla, el más grande de todos nosotros, el más valiente, el más fervoroso.

Clavelin, así nombrado por ser el benjamín de una dinastía de Clavel, todos militantes del POUM, llegó a Sigüenza una tarde de agosto con un grupo de voluntarios que venían ebrios de cantar y de respirar el aire afilado de la tierra alcarreña.

Este niño endeble, tímido y serio me da tanta pena que estoy decidida a despacharlo cueste lo que cueste. No, éste no se quedará aquí. Tiene una carita triangular, anchas cejas muy negras que le envejecen de manera extraña los ojos, y la boca apretada, casi huraña de los niños tristes. Una boca reacia a la risa, ansiosa, sin gritos, sin alegría.

Y sus catorce años son tan flacos, tan frágiles que apenas valen doce. Por nada del mundo debe quedarse en el frente. Ahora mismo se lo diré y que se vaya cuanto antes.

— ¿Qué vienes a hacer aquí, muchacho? ¿Acaso no sabes que faltan fusiles para los hombres? No eres bastante fuerte para meterte en estas faenas. Te repito, ¿para qué vienes?

— Para lo que me digan, yo puedo ser útil.

— Mañana a las ocho sale un camión para Madrid. Lo tomarás sin falta, ¿has oído?

— No me echés, te lo ruego. ¿Qué más da catorce años o veinte ahora? Deja que me quede. No le tengo miedo al trabajo. Puedo ayudar en lo que se tercie y aprender al mismo tiempo a manejar el fusil para más tarde.

Una arruga vertical profunda como un tajo le cruza la frente y tira de las anchas cejas hasta juntarlas en un solo trazo oscuro. La voluntad angustiada, temblorosa de decisión le hace morderse los labios. Las manos avanzan con las palmas hacia arriba, y en los dedos late una vibración de ruego. Así debió ansiar Clavelín en su ya lejana infancia un caramelo o un juguete.

— ¿No puedes volver a tu casa? ¿Te figuras la guerra como una película de aventuras? Pero yo te aseguro que una guerra es cosa muy amarga y que hace falta una salud que tú no tienes para aguantar el frío de las noches de guardia, las marchas bajo el sol llevando una carga excesiva para ti. Además, por ahora sobran hombres y faltan fusiles.

— Yo no me figuro nada. Deja que me quede. Si después encuentras que no sirvo para nada, me iré.

Y Clavelín también se quedó en Sigüenza.

Son glaciales las noches de la Alcarria. Allá arriba, en las colinas, el frío muerde la carne, pega las manos al fusil y alarga desmesuradamente las horas oscuras. Cuando vuelven de las avanzadillas, los hombres mascullan protestas: faltan mantas, el café nunca llega caliente. Clavelín nunca dice nada.

- ¿Hace frío allá arriba?
- Un poco. No molesta.
- ¿No te duermes en el puesto?
- Hasta aquí no.
- Cuando estés harto de guerra, regresarás a Madrid.



Mika con sus milicianos en sigüenza

Clavelín tenía una manera curiosa de sonreír. Abría mucho los ojos y apretaba los labios en un movimiento tan fugaz como un pestañeo. Solamente los ojos sonreían de verdad iluminando por espacio de un segundo su carita triangular, y esa sonrisa del niño tan viejo hacía daño.

Nuestro pequeño ejército tiene mucho colorido. Emilio Granell, fiero combatiente de dieciocho años, ha plantado una pluma de ganso en su gorro y no la quita ni a la hora del combate.. Escudero, adolescente bellísimo, prefiere una pluma de pavo real que juega con el sol y el viento. El sargento del Tercio sigue usando su vieja guerrera del Ejército. Juanito lleva al cuello, colgada de una cuerda, una horrible estatuilla de Napoleón a caballo. El inmenso sombrero mexicano que Pedro sólo se quita para dormir le vale el sobrenombre de Pancho Villa que habrá de acompañarlo hasta la muerte.

Los días transcurren quemados de sol y mecidos por canciones, siempre las mismas: *Ay, Maricruz, Maricruz, maravilla de mujer, o Trinidad mi Trinidad, la de la Puerta Real...* Ahora ya no hace falta cantar *la Internacional* o *la Joven Guardia*, porque la revolución ya la estamos haciendo. Pero el tiempo nos va resultando largo sin que se anuncie ningún combate, acantonados en nuestra nave de la estación, sin más ocupación que engrasar los fusiles y nuestra querida ametralladora.

El 28 de agosto, por fin, tres campesinos de Imón, aldea situada a unos 17 kilómetros de Sigüenza, vienen a decir que los fascistas se acercan a sus tierras. Al parecer, no se trata de incursiones para robar ganado. Del otro lado de la montaña andan grupos que bien pueden ser la vanguardia de una columna numerosa. Los milicianos que salen de descubierta por la noche confirman los temores de los

campesinos. Se resuelve lanzar el día siguiente una operación para despejar el pueblo.

El recuento de fusiles en nuestras filas obliga a dejar en el cuartel unos treinta hombres porque no hay armas para todos. Las discusiones estallan como petardos. Nadie se quiere quedar. Se ponen méritos en la balanza para reivindicar el derecho a combatir.

Clavelín ayuda a cargar las cajas de una ametralladora, eficaz como siempre y como siempre silencioso.

— No creo que tengas un fusil, muchacho.

— Depende. Me prestan uno para montar guardia. Pero puedo ir con los dinamiteros. He aprendido a tirar granadas “Laffitte” y cartuchos de dinamita.

— ¿Quién te enseñó?

— Salgo muchas veces con los mineros que están fortificando el cerro de La Quebrada, y Matamulos me enseñó a andar con la dinamita.

— ¿Quieres venir conmigo de enlace? Te dejaré mi mosquetón. Vete a buscarlo. ¿Sabes dónde está?

— ¡Oh, sí! Las veces que lo he mirado...

— No creo que te toque tirar mucho. Lo que tendrás que hacer no es fácil. Yo debo ayudar al comandante y tú me ayudarás a mí para los mensajes que habrá que llevar trepando y bajando cien veces los cerros. Y ahora, escúchame con atención. Te he elegido porque tengo confianza en ti, sé que eres muy disciplinado. Los mensajes que llevarás, verbalmente o por escrito, deben llegar siempre a

destino. Te advierto que tendrás que pasar a menudo entre las balas. Si te da miedo...

Su carita de niño serio sigue mis palabras con una ligera crispación de impaciencia. ¿A qué tanto hablar? Mi discurso alarga tontamente el tiempo que lo separa del arma codiciada, de mi famoso mosquetón, corto, liviano, certero.

— ¿Me has oído bien, Clavelín?

— Sí, voy por el mosquetón.

Llegamos cerca de Imón a las tres de la tarde. Los hombres comenzaron en seguida a trepar a los cerros.

— Clavelín, hay que llevar este papel al cruce y entregarlo al capitán que está con la batería. Ten cuidado en aquel claro, que está enfilado... Clavelín, corre hasta el blindado y dile a Rodríguez que venga a hablar conmigo...

Cada vez que partía el chiquillo, sentía yo como una punzada de remordimiento. Arreciaba el tiroteo y no siempre era fácil cubrirse. Pero Clavelín estaba radiante, lleno de una felicidad grave, sin palabras ni gestos.

Duró el combate hasta la noche alta. Con las primeras sombras menguaron los disparos. Aprovechamos la calma para dar de comer a los hombres. Gracias a una de mis iniciativas de ama de casa había cien termos llenos de café caliente. Los milicianos de las otras columnas miraban con envidia a los nuestros. Se organizó inmediatamente una cola para compartir la buena bebida, y por primera vez quizá se cumplió un acto de disciplina sin la menor falla.

Con el trajín de los víveres me olvidé de mi pequeño enlace. Al rato, buscando las mantas en un camión lo encontré acurrucado en

un rincón. Tenía la cabeza doblada sobre el pecho y las manos crispadas sobre el fusil. Sin querer, los dedos se me fueron a tocarle el cabello. El chico abrió los ojos, se enderezó de un salto...

— No vayas a creer, no dormía. ¿Nos vamos?

— No, buscaré a otro, tú has corrido todo el día. Descansa.

— ¿Entonces tendré que darle el mosquetón? —preguntó con su voz de niño inseguro, que está acostumbrado a ser desposeído por las personas mayores.

— No, guárdalo. No quiero que ande de mano en mano.

Cumpliendo órdenes del mando que a todos nos parecieron absurdas, en lugar de mantener las posiciones conquistadas en las alturas que dominan Imón, los milicianos tuvieron que bajar a dormir en lo camiones, dejando solamente en los cerros algunos puestos de centinelas. Las operaciones debían reanudarse el día siguiente.

— Y habrá que romperse las piernas para volver a subir allá arriba —gruñían los hombres.

Los había incluso que hablaban de traición y de negarse a obedecer. Todo lo que huele a disciplina militar los sublevaba.

— A ver, ¿tú comprendes por qué nos hacen bajar? —me pregunta Pancho Villa.

— Creo comprender, aunque no estoy muy segura, pero tenemos que acostumbrarnos a no discutir las órdenes. Una guerra no es una reunión de sindicato. Tu opinión o la mía no cuentan en esta operación que manda el capitán Martínez Vicente, oficial republicano a carta cabal.

— ¿Y tú estás segura de que es él quien ha dado la orden de abandonar las posiciones?

En realidad yo no sabía nada, ni siquiera quién mandaba realmente, y lo mismo que nuestros milicianos me parecía absurdo amontonarnos en los camiones...

— ¿Te das cuenta de la matanza si vienen los aviones?

— Cállate o pensaré que estás muerto de miedo. Ni se te ocurra volver a mentar los aviones. Si no quieres dormir en un camión, quédate fuera, nadie te obliga.

Los tiros se adelantaron al alba. Aquellos estampidos distantes, desarticulados e inútiles, acortaban la noche y quitaban horas al descanso. La oscuridad había servido al enemigo para emplazar algunas ametralladoras eficaces. Nos tiraban desde una loma, parapetados detrás de montículos de piedras, bastante cerca de nuestras posiciones. Un puñado de voluntarios se ofreció a acallarlas. Los capitaneaba Julio Granell, el de la pluma de ganso en el gorro.

Sin enderezarse ni un sólo momento, arrastrándose entre las zarzas y las piedras, lanzaron aullidos tan feroces, tan aterradores cuando se levantaron para tirar sus granadas sobre las ametralladoras, que los guardias civiles que las servían creyendo vérselas con efectivos muy superiores, no atinaron a defenderse. Abandonando sus muertos y todo el material, salieron huyendo.

Nunca mensajero en el mundo trajo tanta felicidad como nuestro pequeño Mellado. Tenía la cara y las manos ensangrentadas y casi no se le veía el pelo de tantas espinas como traía. Parecía un Cristo niño más lastimado que el otro en su cruz.

— ¡Diez hemos matado! Diez les digo, y más hubiéramos podido matar, pero Julio no quiso que saliéramos tras ellos...

— No presumas tanto, niño, en lo de correr a por los guardias civiles. Julio sabía que había otras máquinas más lejos. A lo mejor, no estarías aquí a estas horas de haber salido tras los civiles.

Más todavía que el sargento del Tercio, Quintín no perdía ocasión de recordar que en cosas de guerra él sabía un rato más que los milicianos.

Mientras los hombres discutían me puse a lavar con alcohol las lastimaduras del chico pensando al mismo tiempo en los que debían esperar allá arriba hasta la noche para bajar con el material: tres ametralladoras, diez fusiles, macutos y pesadas capas de guardias civiles. A estas horas, con semejante sol, es seguro que ya padecían sed. Teníamos que hacerles llegar comida y agua. El Mellado decía que lo más urgente era la bebida.

— Están tendidos sobre piedras que arden como fuego, tan estropeados como yo o peor. He marcado el camino con montoncitos de piedras. No es lejos, pero a rastras es largo como kilómetros. Nos quedaremos las ametralladoras, ¿verdad?

— Puede ser que no —digo yo con cierta timidez—. Ahora formamos parte de una columna...

— Columna o batallón, somos nosotros los que hemos tomado las ametralladoras —grita furioso el pequeño—. Escuchen lo que dice ésta. Dice que no nos quedaremos con las ametralladoras.

De un manotazo, Pancho Villa se echa hacia atrás el inmenso sombrero mexicano, se enjuga la frente, alza el índice y con su acento de madrileño castizo da su opinión.

— Las ametralladoras son nuestras. Más vale irnos de esta columna mandada por traidores...

— Cállate, Pancho Villa, ten cuidado con lo que dices...

— Bueno, idiotas si te parece mejor, que nos hacen trepar a los cerros a pleno sol, ordenan de noche bajar a dormir en los camiones y mandan el día siguiente volver a las posiciones. Yo digo y repito que vale más irnos de la columna que entregar las ametralladoras. Y me cago en los militares que nos mandan, me cago en la leche que mamaron esos hijos de mala madre.

Dicho lo cual, se arranca el hermoso sombrero y lo pisotea en una danza frenética. Los hombres me miran con malos ojos. Leo en ellos odio y desprecio por la extranjera que los abrumba con sus monsergas. Hay que calmarlos para que se pare la discusión inútil. Entonces digo con tono indiferente:

— A lo mejor podremos quedarnos con las ametralladoras. No sé a santo de qué me pongo a opinar cuando es nuestro jefe, el compañero Baldris, quien debe decidir. Basta de charla inútil, lo que hay que hacer en seguida es llevar víveres a los muchachos que están arriba.

— Pancho Villa y yo podemos encargarnos —dice Mejías, el dulce militante dispuesto siempre a cumplir las misiones difíciles y sin brillo.

— No, iré yo misma con Clavelín.

Quizás avergonzado, quizá reconciliado viéndome tan humilde, Pancho insiste.

— No hace falta que te expongas tontamente. Es peligroso y demasiado duro para ti a causa de las zarzas y las piedras.

— No te preocupes, pondré cuidado. Además, ustedes deben relevar al grupo de la derecha dentro de un cuarto de hora.

Le estoy agradecida por sus buenas intenciones. Y quizá sea él quien tenga razón en lo de las ametralladoras. ¿Qué estamos haciendo aquí desde ayer? Los fascistas no atacan. No han traído artillería. ¿A santo de qué seguimos amagados en las cuevas tirando sin ver a nadie?

Las dos operaciones frente a Atienza me suben a la garganta. Jiras campestres, paseos en camión por la carretera. Un solo muerto en nuestras filas, él, la mitad de mi misma, la mitad no, casi todo. Lo que queda de mí sin él no lo sé todavía. Mi vida de antes, mis sentimientos de antes, nuestros despertares en la buhardilla de la calle de Feuillantines, nuestras tardes en l'Île Saint Louis, nuestras mañanas en el Louvre, nuestra alegría infantil al regreso de los paseos, de encontrar encendida la pequeña estufa, todo esto lo llevo metido en un hatillo amarrado a la espalda. Dentro está todo, su frente y el arco de sus cejas, sus ojos grises tan dulces, sus manos, sus brazos alrededor de mi cuello...

Los dedos flacuchos de Clavelín sobre mi hombro me despiertan.

— Todo está listo, podemos ir.

— ¿Qué has puesto? Espero que jamón no...

— No, carne, pan, melones, anís en la bota y una damajuana de agua, todo envuelto en mantas por si hay que arrastrar los bultos. He puesto agua con vinagre en una bota para nosotros. Tú la llevarás. Yo cargaré el resto. No se te ocurran cosas, suelta los paquetes, no hay más de diez kilos.

— No, amigo, la mitad cada uno o no vienes.

— Eres tú la que manda. Entonces, coge la damajuana...

A gatas, en muchos trechos a rastras, pegados al suelo cuando las balas silban muy cerca, buscamos afanosamente los montoncitos de piedras que dejó el Mellado. No se me ocurrió que habría debido ahorrar al chiquillo el peligro de esta aventura. El combate lo ha convertido en mi igual, un compañero de lucha cabal, le ha dado el derecho de desafiar la muerte, y yo acepto la ley de nuestra guerra. Esa ley que quiere el sacrificio de los mejores.

Llegados a destino un poco menos magullados que el Mellado cuyo pobre cuerpo había arrancado muchas zarzas del camino, nos disponemos a regresar en seguida.

— ¿No queréis ir a ver los guardias civiles muertos? Están detrás de aquel peñasco.

Yo no quiero. Clavelín quiere. En las miradas sorprendidas de los milicianos leo que mi negativa les choca. La viuda de su jefe muerto por los fascistas falta a tal punto al mandamiento del odio que no desea calentarse el corazón a la vista de esos cadáveres.

— Ya se ve que no eres española —dice el Chato con una pizca de menosprecio—. Yo, ¿sabes?, cogeré una borrachera de caerte tieso cuando salgamos de estas peñas malditas para festejar el acontecimiento. Todavía me duelen las costillas de todos los culatazos que me dieron los guardias civiles. Pegan por nada, por gusto. Te hacen papilla a patadas porque recoges bellotas, porque viajas sin billete en tercera... Son criminales, verdaderos asesinos. Gracias a Dios, estoy seguro de haber matado al menos dos.

Para volver, libres de todo peso, decidimos evitar un largo rodeo que si bien agregaba relativa seguridad, aumentaba la distancia.

¡Mala idea que casi nos costó la vida! Al coronar un cerro nos salió al encuentro un verdadero enjambre de tiros. Una ametralladora nos había descubierto y se ensañaba rabiosa contra nosotros.

Echamos cuerpo a tierra. Pegados al suelo, tratando de hurtar la cabeza en un gesto ancestral de animal acorralado, nos quedamos diez, quince minutos, media hora quizá. La espera es tan larga que nos parece estar ahí días y días. Entonces resolvemos dejarnos rodar cuesta abajo. Vale más llegar con un hueso roto, que no llegar.

El extraño viaje me costó una ligera conmoción cerebral. Para el pequeño fue peor, pero lo supe después, porque cuando abrí los ojos, apenas repuesta del golpe, mi enlace estaba, de nuevo trepando la cuesta. Lo llamé, pero no me contestó. Supuse que había ocurrido algo muy serio. Imposible insistir. Tenía un murmullo como de olas en la cabeza y no estaba muy segura de lo que veía. Una fatiga sobrehumana inmoviliza mis miembros, mi voluntad y mi pensamiento. Largo tiempo después lo veo a mi lado, apretando en sus manos ensangrentadas el mosquetón.

Se quedó enganchado a mitad de camino.

— ¡Haberlo dejado, muchacho!

— ¡Dejar el mosquetón...! ¡Qué locura! —Y me mira como si de verdad yo no estuviese en mi sano juicio.

Al caer la noche llegó la orden de abandonar los cerros. De regreso en la carretera, los hombres no paran de blasfemar dedicando las más obscenas injurias a los jefes, a Dios y hasta a los santos. Una reivindicación corre de boca en boca: “Somos voluntarios, no soldados ni mercenarios. Tienen que darnos explicaciones. Hasta los que están aquí por las diez pesetas tienen derecho”.

Nuestro jefe, el compañero Baldris, promete una reunión para el día siguiente. Entonces vuelve la alegría acompañada de los estribillos de todos los días: *Trinidad, mi Trinidad, la de la Puerta Real, Ay, Maricruz, Maricruz, maravilla de mujer...*

Aquí están las explicaciones. No podemos extender nuestro frente por falta de efectivos y sobre todo de material.

— Entonces, ¿por qué nos quedamos en este hoyo de Sigüenza? Hubiera valido más ocupar Imón o los cerros que dominan la aldea, ganar terreno, impedir que los fascistas tomen todos los pueblos, uno tras otro, y fortificarnos.

— Lo que dicen ustedes se ha discutido, pero las órdenes de Madrid son terminantes. Para ensanchar nuestro frente haría falta el doble de artillería, morteros, diez veces más ametralladoras y tres veces más milicianos.

— Madrid está lleno de traidores —se oye gruñir en los rincones—. Hay que irse a otro frente, a la Sierra, a Andalucía...

Tres días después, Carmen Blanco y Vallecillo se van, pero son los únicos.

Una mañana, nuestros centinelas de una avanzadilla regresan acompañados de tres soldados desertores del ejército franquista. Nos enteramos por ellos que había muy pocas fuerzas en Atienza el día de nuestro ataque, y menos todavía en Imón que estuvieron a punto de desalojar cuando la operación. Ahora han recuperado las posiciones y se preparan a adelantarlas, quizás hasta aquí, dentro de dos o tres semanas, cuando completen su contingente de requetés.

Baldris les explica quiénes somos en un corto resumen sobre nuestra filiación política, añadiendo que todas las tendencias del

movimiento obrero español están representadas en las milicias de Sigüenza. Los hombres deciden quedarse en nuestra columna, quizá porque los centinelas ya han debido contarles que fueron los nuestros los del golpe de mano contra los guardias civiles.

De los tres soldados, el mayor, Fuentemilla, fino rostro moreno de ojos muy negros, es de la Rioja. Los otros dos, el uno rubio casi pelirrojo, el otro, con cara y ojos inquietos de pájaro, son navarros. Ganamos con ellos tres soldados bien entrenados y disciplinados.

De nuevo una alerta. Los franquistas atacan Huérmeces del Cerro, a cinco kilómetros de Baides, cuya estación de ferrocarril está sobre la línea Sigüenza—Madrid. Por atajos en la montaña los milicianos parten a pie, llevando macutos y mantas. Los senderos son abruptos; el calor, tórrido, y los hombres están poco acostumbrados a llevar tanta carga. Macutos y mantas se quedan en el camino. ¡Mala suerte si hace frío de noche! Libres del peso que ellos juzgan inútil, llegan a paso de carga a las posiciones, levantan parapetos, rechazan el ataque, y esta vez se quedan en los dos cerros que se alzan a orillas del pueblo.

Cuando llega la oscuridad podemos llevarles comida y abrigo. Cerca de los nuestros, se halla la columna “Pasionaria” cuyos oficiales no han pensado todavía en el suministro. Si bien hemos traído algo más de lo necesario, no alcanza para dar de comer a centenares. Prometo ir a buscar a sus jefes.

— Los reconocerás fácilmente por los galones.

A fuerza de andar y preguntar doy con uno que lleva tres galones y le explico lo que piden sus hombres. Tienen hambre y frío y hablan de bajar en busca de comida. El capitán está agitadoísimo, de mal humor, no encuentra camión, la culpa la tienen los milicianos por

haber tirado los macutos donde llevaban raciones, habría que castigarlos...

— Ante todo dales de comer y café caliente. Parece mentira lo mucho que levanta la moral una bebida caliente...

— Yo tampoco he comido...

— Es posible, pero tú eres un jefe. Incluso si no hubiese visto tus galones...

— Tú eres de la CNT, también eso se ve...

— Te engañas, soy de la columna del POUM y ni sombra de jefe. Pero lo que cuenta por el momento es que des de comer a tus hombres. ¡Salud!

Después de lo cual volví a mi puesto en el cerro acompañada de Clavelín, convertido en gran maestro de la intendencia de campaña.

Tres curas están sentados en un banco delante de la estación. A no ser por el miliciano que los vigila se podría decir que esperan el tren. Ninguno de los tres reza. Cada vez que paso cerca de ellos me miran con ojos tan suplicantes que no puedo escapar a mi vieja enemiga la piedad ni a la vergüenza de seguir teniendo piedad.

Es casi seguro que a los dos más jóvenes los fusilarán porque los campesinos los acusan de haber tirado en sus aldeas contra personas de izquierda. Se encontraron fusiles y cartuchos en sus iglesias. El viejo se salvará gracias al testimonio de su sobrino ferroviario, miliciano de la primera hora, que mostró una carta en la que su tío le decía que debía servir a la República.

El recuerdo de una capillita escondida en un repliegue de la montaña va y viene en mi memoria. Estaba abierta de par en par. Las

llamas habían ennegrecido sus muros por fuera, pero el interior estaba intacto. Los últimos rayos del poniente encendían los azules y los oros del coro policromo que brillaba como una joya excesiva en el minúsculo recinto.

Los hombres y las mujeres del caserío estaban junto a la entrada como esperando un juicio que podía no serles favorable en vista del tiempo demasiado largo que yo dedicaba a esta iglesia que varios de ellos querían quemar. Era necesario encontrar argumentos para salvarla sin ofender el ardor combativo de la gente.

— Es lástima quemarla, porque ahí dentro hay verdaderos tesoros. Cada trozo de esa madera pintada vale una fortuna. Todo es muy antiguo y nunca se volverá a hacer algo parecido. Cuando termine la guerra, estoy segura de que la capilla será declarada monumento nacional y vendrán a visitarla desde el extranjero.

Una mujer viejísima que se apoya en un bastón viene hacia mí y quiere besarme la mano. Los otros le hacen bromas.

— ¿Qué quieres, compañera? No la vamos a matar porque cree en la Virgen. Fuera de este defecto, es un alma de Dios y completamente de nuestras ideas. El día que se proclamó la República bailó en la plaza.

¿Y yo, soy yo verdaderamente de mis ideas? Esta guerra y esta revolución son las mías. He soñado con ellas desde la infancia oyendo los relatos de los revolucionarios rusos evadidos de las prisiones y la Siberia zaristas. Para servirla, Hipólito y yo hemos rechazado los grandes lagos de la Patagonia, cortado el vuelo de nuestro amor, aceptado la sangre que había que derramar, la nuestra y la de los otros. ¿A qué viene entonces este malestar frente a dos curas que van a morir o a una bella capillita que puede arder?

Debo asumir esta revolución tan ansiada, asumirla totalmente, no repudiar nada, ni siquiera los siniestros “paseos”, ni la complacencia mórbida de las muchachas madrileñas yendo a contar todas las mañanas los cadáveres que la noche dejaba en los fosos durante las primeras semanas de la lucha.

Debo borrar también la imagen candorosa de mi revolución de adolescente... Debo, debo... Pero para ir a la garita del guardagujas donde están depositadas las municiones y la dinamita, no paso delante de los curas.

Entramos día tras día en la rutina de un campo atrincherado. Los dinamiteros de Pozoblanco hacen volar las rocas alrededor de la ciudad para construir refugios, pero no hay trazado ningún plan de conjunto para fortificar los puntos estratégicos que los milicianos mantienen a punta de fusil detrás de parapetos improvisados.

Centenares de campesinos vienen a refugiarse en Sigüenza. Se traen las mujeres, los niños, los animales y, a veces, hasta las herramientas de trabajo, abandonando los pueblos antes de que lleguen los fascistas. Sus informaciones son alarmantes.

A los puñados de guardias civiles que avanzaban lentamente, se suman ahora los batallones de requetés. Cuando las tropas se acercan, los hombres de la Falange salen de sus guaridas para perseguir a los rojos.

Se terminó mi ocupación de casera de guerra. La organización del cuartel no plantea problemas. Ya no hace falta distribuir los cigarrillos. Cada uno toma su paquete en el estante. Igual que los demás, monto guardia en los cerros, casi siempre con el sargento del Tercio. Los puestos del enemigo están cada vez más cerca de los nuestros. Una noche, para calentarnos los pies, salimos de

descubierta en dirección de su artillería emplazada en el mismo sitio donde estuvo la nuestra hace solamente una semana. De pronto, tres siluetas tocadas de anchas boinas se yerguen a veinte pasos del montículo de piedras detrás del cual estamos tendidos. ¿Tengo miedo? Sí, tanto miedo que debo apretar las mandíbulas para frenar el castañeteo de mis dientes. Pero no pierdo la lucidez. Con tal que mis compañeros no tiren, que no se muevan. Me digo también que esos tres hombres son hombres de enfrente, nuestros enemigos, que nos matarán o que mataremos quizá mañana o dentro de unos días. ¡Y se nos parecen tanto!

En el cuartel se quedan ahora únicamente los milicianos para los que todavía no hay fusiles. Todos los demás están apostados en los cerros, en los campos y las entradas de la ciudad. La noche en que Alfred y Marguerite Rosmer vinieron a verme yo estaba de guardia cerca de Pelegrina.

Sentados a orillas de un camino pedregoso, hablamos de la guerra y de la revolución envueltos en un perfume tan tenaz de espliego y tomillo que al cabo de un rato nuestras palabras se apartan de la no intervención declarada por Francia y por Inglaterra, de los socialistas, los comunistas y la CNT.

En la estela de estos amigos que quiero tanto luce el tierno cielo de Perigny, una pequeña parva redondeada, un manzano tan cargado de fruta que sus ramas se arrastran por tierra, pero cuando me preguntan si de verdad no quiero volver a Francia, toda esta dulzura se me cae de los brazos. No, no quiero. Y ellos comprenden que no quiera.

— ¿Por fidelidad a su memoria?

— No lo creo. Me quedo aquí porque pertenezco a esta guerra y solamente la puedo servir aquí. Porque solamente aquí es pura, lejos de la no intervención y las demás politiquerías.

Detrás de esta especie de muro de piedras que alargamos un poco más cada día, vigilamos por las troneras una loma ocupada por el enemigo. Somos cinco. A mi lado, el sargento del Tercio se indigna contra el derroche de municiones.

— Dejen que ellos tiren. Nosotros, callados hasta ver si se mueven. Es una idiotez gastar cartuchos por nada...

Por encima de las piedras sólo asomaba su frente. La bala le hizo un agujero muy pequeño. Su cabeza se dobló sobre el reborde como la de un hombre muy cansado que el sueño invade de repente. El pulso que palpé en busca de la vida estaba todavía tibio, pero ya no latía.

— ¿Crees que está muerto? —pregunta Pancho en voz muy baja.

Digo que sí con la cabeza porque el temblor me impide hablar. Los martillazos me rompen las sienes: “Somos culpables de su muerte. Nosotros no, yo. No había que tirar, él lo repitió cien veces. Si yo lo hubiese dicho, los otros habrían obedecido, pero yo tiraba como los demás...”

El muerto ya no está a mi lado. Pancho y Juanito lo han acostado detrás de una mata, envuelto en una manta. Regresan gateando a sus puestos sin decir palabra.

Esta muerte silenciosa los ha defraudado a todos. ¿Cómo se puede morir de un agujero tan pequeño y de una bala que ni siquiera ha silbado? Se diría que a causa de esta anomalía se sienten más vulnerables.

Es casi de noche. El relevo llega trayendo una camilla. Clavelín ha llevado el mensaje y contado todo. Ya nadie pregunta nada.

— ¿Le sacamos todo de los bolsillos? —pregunta Juanito antes de levantar al sargento para acostarlo en la camilla.

— El jefe es quien debe hacerlo.

En nuestra columna todavía no decimos comandante.

— ¿Y quedarme con su fusil que es mucho mejor que el mío?

— Tampoco. Se lo pedirás al jefe.

Siento que al muchacho le duele mi intransigencia. Me hubiese sido fácil decir que sí, pero he aprendido a respetar el amor propio de estos hombres. Se consigue su respeto a costa de una rigurosa justicia. No debo dar a Juanito nada que pueda atentar al derecho de los demás.

La columna del POUM se aloja ahora en una gran casa de dos pisos, separada de la estación por una calle estrecha, paralela a nuestra antigua nave. Las instalaciones interiores no están terminadas, pero hay agua corriente, varios lavabos, pisos de madera en algunas habitaciones, en fin, que es un verdadero palacio comparado con el depósito de mercancías que seguimos conservando como anexo, así como los vagones. En cada piso hay ocho ventanas de cara al enemigo que se nos acerca cada vez más.

Da pena salir de esta casa tan buena para ir a montar guardia en las colinas, de medianoche a las seis de la mañana. Para esta guardia, la más dura, hay que presentarse voluntario. No es que haya más peligro que de día, lo que hay es frío. La paja que hemos puesto en los hoyos que nos sirven de refugios está empapada. Fuera, las piedras parecen trozos de hielo.

Nada se mueve en la noche clara de este mes de septiembre, nada existe, salvo el frío. Puñaladas fulgurantes atraviesan el bloque de hielo que me aprisiona los pies. Trato de imaginarme a los exploradores polares perdidos en el Ártico que aguantan sin embargo dos días, tres días, a lo mejor más, no recuerdo. Tengo frío también en la cabeza.

— ¿Crees que pasaremos el invierno en esta ciudad maldita? — me pregunta nuestro valiente Mejías.

— ¡Qué optimismo! —murmura Escudero—. Se nos echarán encima un día de éstos. ¡Felices los que puedan escaparse de este pozo infestado de fascistas! No tenemos nada para defendernos, no tenemos más que las piernas para correr. Y en este deporte no nos gana nadie. Corremos en todas partes. ¡Qué vergüenza! ¿Y qué estamos haciendo en Toledo? Tirarle al Alcázar con fusiles, esperar que lleguen las tropas franquistas y salir corriendo.

— Tropas, ya lo has dicho, y oficiales, aviones y tanques es lo que tienen ellos para hacer la guerra. Y nosotros, ¿qué tenemos? ¿Qué hacemos para poder resistir aquí? Con el tiempo que llevamos se podía haber fortificado la ciudad. Hay más de mil quinientos milicianos. De haberlos ocupado en cavar trincheras y en construir fortines no andarían metidos con las hijas de los fascistas que les sonsacan todo lo que les da la gana...

— Para lo que saben los milicianos... Tú sí que debes saber lo que se proponen nuestros jefes.

Es a mí que van dirigidas estas palabras. Si tuviese menos frío les diría algo que pudiera calmar un poco su encono. Por ejemplo, que incluso con trincheras y fortines no podremos defendernos de la aviación y que habiendo abandonado al enemigo las alturas nos

veremos obligados a luchar como podamos dentro de la ciudad. Lo que no debo decirles es que Madrid no puede hacer nada por nosotros. Que en el juego de esta guerra nos ha tocado un naipe malo, glorioso quizá, pero suicida, si de verdad jugamos hasta el fin. Pero prefiero dejar las explicaciones para más tarde pretextando que el frío me entumece el cerebro.

— Parece que las mujeres tienen más frío que los hombres. Se lo he oído decir a menudo a mi padre. Parece que mi madre tiene siempre los pies helados en la cama. Tú no deberías hacer guardia por la noche. Ya sabemos que eres valiente, no necesitas querer demostrarlo a toda costa...

Llega el relevo trayendo café caliente en cantidad.

— Para algunas cosas las mujeres son estupendas —prosigue el Chato—. Tu idea de comprar todos esos termos es cosa grande. A un hombre no se le hubiera ocurrido.

Cree haberme ofendido y trata de hacerse perdonar. Los compañeros nos cuentan que ha llegado un camión del POUM lleno de ropa de abrigo y hermosas botas forradas.

— Vamos, para pasar el invierno. Es bueno y malo al mismo tiempo —deduce Escudero—. Si nuestros responsables supieran que los fascistas se disponen a atacar, no mandarían semejante cargamento. Pero en el fondo ellos tampoco saben nada...

Un vendaval de zumbidos se me mete en el sueño. Gritos y carreras me despiertan... Los aviones... Los aviones... En el cielo radiante, dos flechas negras. En tierra, un hormigueo de gente alrededor de la garita donde guardamos los explosivos...

— Ante todo, la dinamita —ordena Antonio Laborda con voz ronca.

Como hormigas que escapan del nido que les han pisoteado, cada uno avanza apretando sobre el vientre una caja o un saco. Las bombas explotan por todos lados, pero las hormigas no sueltan su carga. Diez palas cavan un refugio bajo los árboles de nuestro jardín.

— Para poner la pólvora —explica Laborda—. Las cajas de dinamita las suspenderemos en el pozo. Y tú —dice señalándome con el dedo—, deja de cargar. No es trabajo de mujeres. Llévate también al crío, ya ha hecho más que tres grandes...

El crío es Clavelín, que muestra la piel del vientre bajo el mono desgarrado y se pega a la tierra esperando remplazar a los hombres que están cavando a un ritmo alucinante.

Conozco apenas a este Antonio Laborda que manda la operación “explosivos” con tanta serenidad y eficacia. Pertenece a las milicias ferroviarias y estuvo muy unido a Hippo. Es todo lo que sé de este hombre de ojos negríssimos, frente lisa y alta, boca de un diseño perfecto, pero en la que faltan los incisivos.

- ¿Sabes lo que buscaban los aviones?
- Supongo que nuestro cachito de artillería.
- Sí. Felizmente los cañones están bien camuflados.
- Podían haber arrasado la estación.
- No era su objetivo...
- Pero ya que estaban...

— No olvides que los del otro lado son militares. Tendrán necesidad de la estación... dentro de poco quizá.

— ¿Entonces tú crees que preparan un ataque para tomar la ciudad?

Laborda me mira con sus ojos tan grandes que casi le comen las sienes y pone un instante sobre el brocal la caja que acaba de atar.

— ¿Y tú crees que seguirán vigilándonos durante meses?

— Pero la ciudad no puede resistir. No tenemos nada...

— Tenemos la voluntad y cuatrocientos kilos de dinamita. No hay que contar con los cañones en este hoyo maldito, ni contar con la ayuda de Madrid...

— Eres muy pesimista...

— Y tú no conoces a los españoles. Si el 19 de julio hubiésemos pensado con la cabeza y no con lo que tú sabes, el Gobierno se habría arreglado con Franco. Haz como yo, deja de hurgarte el cerebro.

Ahora no queda más que el sol en el cielo. Bonitos arbustos se alzan sobre la tierra que recubre la pólvora, el pozo ha recobrado su aire anticuado y bonachón y a todos nosotros nos parece haber ganado un poco la guerra a medida que se apaga el día. Por la noche Juanito jura que tirando con el fusil le pegó al ala de un avión. Y todos nos dormimos arrullados por la hazaña de la tarde.

Julio Granell irrumpe tembloroso de emoción.

— Está lleno, ¿me oyen?, lleno de avanzadillas muy cerca de las nuestras. El enemigo se ha infiltrado esta noche. Vemos las piedras

de sus parapetos. Apilan las piedras como nosotros, pero detrás hay ametralladoras, estoy seguro. Y nosotros, ¿qué tenemos?

Le tiemblan las manos. Ha tirado al suelo su gorro con la pluma de ganso y lo pisotea con furia.

— ¿Has informado al comandante?

— Sí, ¿y qué? ¿Para qué sirve? Nuestra columna no decide nada. Hace tiempo que teníamos que haber salido de esta ratonera, ir a otro frente.

Ahora debo hablar, explicarles que en todas partes ocurre casi lo mismo porque estamos mal armados, que los hombres que nos mandan son leales, tienen buena voluntad, pero todavía no han aprendido el oficio de la guerra...

— Es aquí donde tenemos que combatir hasta el fin, resistir el mayor tiempo posible, bloquear aquí a las tropas franquistas para impedir que vayan a engrosar el Ejército que pronto amenazará Madrid. Si nos fuésemos ahora los otros dirían que tenemos miedo. Los milicianos del POUM no son cobardes.

Ya está. He soltado la palabra que siempre hace efecto en España y me reprocho esta demagogia fácil.

Dos días, tres días, cuatro días pasan, todos iguales. Ya estamos acostumbrados a ver cada mañana más cerca los puestos enemigos. En la casa del POUM los hombres levantan parapetos de sacos terreros en todas las ventanas y acumulan víveres. Tenemos jamón y garbanzos para aguantar un largo asedio. En armas y municiones estamos menos bien provistos, salvo en pólvora y dinamita. Los ojos brillan cuando evocamos el tesoro que cuelga en el pozo.

Y llega un amanecer atronado por ráfagas de ametralladoras, de aullidos de morteros. Arrolladas nuestras avanzadillas, los milicianos se repliegan a la ciudad y algunas posiciones que todavía pueden resistir. Estamos a 29 de setiembre de 1936. Se combate también en las afueras de Sigüenza. La mayoría de los milicianos del POUM con su jefe luchan allí. Clavelín, mi niño de confianza, maestro ya en cartuchos de dinamita, los tira con honda por ahí.

El 30 vienen los aviones. Hay tres, y otros tres, más tres, hasta veintitrés. Desde una ventana del segundo piso los cuento y me sorprende un poco tanta riqueza y también, ¿por qué no?, tanto respeto por nuestras escasas fuerzas.

Pasan de largo sobre la estación, prefieren las calles de la ciudad, el hospital y, por supuesto, las concentraciones de milicianos en la carretera. Hay muchísimas víctimas. Veinticinco muertos entre los escombros del hospital, la mayoría de la población civil. Más del doble, sobre todo mujeres y niños en las casas arrasadas. ¿Cuántos milicianos? No lo sé. Muy pocos regresan a la ciudad al anocheecer. Muchos muertos o heridos. Los hay que se han quedado en sus puestos, los hay que han huido.

Los que han vuelto y los que no se han ido exigen que Martínez de Aragón, el comandante de la plaza, ordene la evacuación de la ciudad o encuentre los medios de defenderla. Los que gritan más alto son un centenar de hombres llegados esta tarde de Madrid para reforzar las tropas. De su boca sale, por primera vez entre nosotros, la ya tristemente célebre frase “estamos copados” que siembra el pánico en las filas de los combatientes.

Martínez de Aragón. Es un hombre alto y delgado con aire de funcionario. Se hace el silencio.

— Camaradas, tenemos el deber de quedarnos aquí, de combatir en la ciudad, defenderla calle por calle y cuando se haya perdido el último palmo de terreno, nos encerraremos en la catedral que es una fortaleza inexpugnable. Mirad los fascistas que han resistido en el Alcázar de Toledo y el prestigio que esto vale a su causa. Nuestra página de gloria será la Catedral de Sigüenza. Entre sus muros aguardaremos las tropas que mandará Madrid para salvarnos. ¡Confianza, camaradas, y Viva la República!

— Pa tu padre la catedral... traidor, hijo de puta... vendido... Van a enterrarnos en la catedral... ¡Hala, vámonos, ya está bien...!

Las injurias vienen del grupo llegado de Madrid, que se mantiene apartado de nosotros.

En la vía, una locomotora blindada y su furgón esperan a las familias de los ferroviarios de la región conocidos por su acción antifranquista. Mujeres, niños y viejos están reunidos del otro lado de la estación, esperando para subir al tren que regrese el equipo que ha ido a reparar un corte en los rieles. Un grito explota de repente:

— ¡Al tren... coger el tren...!

Y los hombres llegados de Madrid se tiran a la locomotora lista para arrancar sin que a nadie se le ocurra pararlos. Siento una mano sobre mi hombro y en el oído la voz de Antonio Laborda.

— Cabrones, hijos de mala madre, podían haberse ido a pie o como les diera la gana. Tenían que estar locos de miedo para haber robado el tren de las mujeres y los niños. La carretera está libre, todos podemos irnos.

— ¿Son tipos de la CNT?

— ¡Qué va!, de la UGT como yo, ferroviarios como yo, pero unos desgraciados. Bien visto, no son ellos los que tienen la culpa. La responsabilidad es del sindicato. Es seguro que los han juntado de prisa y corriendo, sin explicarles que los mandaban a un frente pelado, perdido. Bueno, cambiemos de tema. ¿Dónde está vuestro jefe?

— Por el Cerro de la Quebrada, creo, con casi todos nuestros milicianos.

— ¿Tú qué piensas hacer?

— Quedarme aquí.

— Supongo que no hace falta explicarte los riesgos.

— Ninguna falta.

— ¿Cuántos hombres del POUM quedan dentro de la ciudad?

— Algunos de los primeros días, la mayoría viejos, y alrededor de cuarenta que han llegado esta tarde.

— ¿Cómo son?

— ¿En qué sentido?

— Quiero decir si han luchado.

— Sí, en sus aldeas de Extremadura, con escopetas y dinamita. Traen mucha amargura, pero también ganas de pelea. Algunos son militantes del POUM. Los demás han seguido.

— ¿Crees que se les puede tener confianza?

— No los conozco. Me dan un poco de miedo, hablan muy poco, tienen un aire terco, duro.

La noche es extrañamente silenciosa en nuestra estación sumida en las tinieblas. Laborda se ha quedado callado. Ahora debo pensar rápido y no equivocarme, pero tampoco mentir, obtener que nuestros hombres acepten la lucha asumiendo voluntariamente los riesgos de un combate perdido de antemano. Todos están ahí, con el arma al brazo, en un grupo denso. Entonces les digo:

— Compañeros del POUM, la lucha dentro de Sigüenza comienza esta noche. No sabemos cuánto durará ni cómo terminará. Todavía podemos irnos. ¿Pero podemos entregarla al enemigo huyendo como esos hombres que han robado el tren de las mujeres y los niños? Badajoz e Irún han caído, Toledo acaba de caer. Los fascistas amenazan Madrid. Para la pregunta que les haré les pido que se pongan en dos filas bien separadas. ¿Aceptan quedarse aquí? Que los que estén de acuerdo den un paso adelante.

Las dos filas dan el paso. Está ganado y asumo el sufrimiento y la muerte de estos hombres que arrastro a una aventura desesperada. Para apagar el relámpago de remordimiento que arde en mí un instante, les digo que estoy en contra de la catedral, insistiendo en las posibilidades reales de abandonar la ciudad cuando todo esté perdido.

De regreso a nuestra casa, establecemos un plan de resistencia. Día y noche, un hombre de guardia en cada ventana, relevado cada tres horas. Los viejos se encargan de la limpieza, los víveres y las municiones. No se nombra ningún jefe. Todos por igual asumen las responsabilidades. Los compañeros que mantienen las posiciones en las afueras de la ciudad, llegan de a tres, de a cuatro, molidos, hambrientos, portadores de malas noticias.

— Tenemos varios heridos. Muertos también —cuenta Julio Granell con voz temblorosa—. Paco González Escudero y Pancho Villa han muerto. Carmen la vasca tiene un tiro en el pulmón.

Un espantoso mugido de sirenas resuena en mis oídos.

— Pancho Villa estaba muy cerca de mí cuando un casco de metralla le destrozó la cara. La sangre le corría como de un caño. ¿Saben lo que me dijo cuando le ayudé a levantarse? “Me estoy muriendo a chorros, deja estar”. Murió el capitán Martínez Vicente. Un verdadero suicidio. Los hombres no quisieron seguirlo hasta una loma que había que alcanzar a toda costa. El fue solo, sin bajar la cabeza, gritando como un loco: “Lo veis? Yo voy, a la española”.

Julio Granell se vuelve bruscamente hacia mí.

— Tú sabes que quería mucho a tu marido. Murió exactamente como Hippo, fulminado por una bala de ametralladora.

Alguien le tiende un gran vaso de coñac que él traga sin respirar, hace una mueca de niño y se va a dormir. Lo despertaremos dentro de tres horas para que regrese a su infierno. Nuestra casa tibia, repleta de comida y de bebida, resulta casi un blando refugio al lado de lo que pasa en las afueras de la ciudad.

¿Qué piensan nuestros extremeños? Lavados y vestidos con ropa nueva parecen menos huraños, pero ninguno ha pronunciado más de tres o cuatro palabras y se quedan entre ellos, con la mirada ausente. Viendo a uno de los más jóvenes frotar muy cuidadosamente el caño de su fusil con un pañuelo, creo haber encontrado un tema de conversación, y le pregunto:

— ¿Ya has tirado con un fusil, uno de verdad?

— Sí, esta tarde, cuando el hombre me lo dio.

- ¿Cómo te llamas?
- Me llaman Chuni.
- ¿Qué edad tienes?
- Diecisiete años.

Las respuestas son breves, ni una palabra de más. Hasta me parece sentir un asomo de hostilidad en la voz del muchacho, pero no me molesta. Desde que estamos chapaleando a tientas en esta guerra, es la primera vez que siento un suelo firme bajo los pies, una tarea clara ante los ojos.

Cada hombre está en su puesto y todos respetan la consigna: no tirar. Por la aspillerada abierta en el parapeto de sacos vigilan a lo lejos.

Antonio Laborda y Baquero, el telegrafista de la estación, vienen a vernos al alba.

Visita de vecinos, dice Laborda. Y también para dar algunas noticias. La defensa se organiza. Las dos ametralladoras que nos quedan están emplazadas en la torre izquierda de la catedral.

Ametralladora es una palabra mágica. Al escucharla, los hombres nos rodean.

- Falta que estén en buen estado —dice uno.

— En muy buen estado y en muy buenas manos. No hay peligro de que las estropeen. También quería decirles que a nuestra derecha tenemos dos grupos de toda confianza, uno mandado por un estibador de Marsella, alto y fuerte como un gorila. Sus veinte muchachos son de lo mejor. El jefe del otro grupo es un aragonés de dieciocho años, rosado y fino como una niña, pero con un sentido prodigioso de la guerra.

— ¿De la columna “Pasionaria”?

— ¡Qué va! No señor, de la CNT, igual que el Marsellés. Los milicianos de “Pasionaria” están en parte fuera. Algunos ocupan la carretera de Atienza y otros ya se han metido en la catedral. No son los únicos. Pero dejemos estar. En general, el ambiente es bueno.

Anselmo, uno de nuestros viejos, llega con un caldero de café caliente. Llena los jarros de los centinelas, vuelve a la cocina, regresa con los brazos cargados de panes, salchichón y botellas de aguardiente.

— Esto es cosa buena —dice sonriendo con toda la boca desdentada—. Parece una fiesta. Nunca en mi vida he bebido y comido tanto. En casa le daban a uno café cuando estaba enfermo.

La claridad del amanecer avanza. Laborda y Baquero se han ido. Anselmo sigue cortando trocitos de pan y salchichón que mastica muy despacio con las encías. Le pregunto lo que piensa de los extremeños.

— Que se hayan quedado, ya es buena señal. Son hombres rudos por su mucha pobreza. Me pone contento darles de comer a cada rato. Pero hay que tener cuidado con la bebida. Por lo demás, no te preocupes, tienen fama de ser buenos para la pelea. Lo que debes hacer ahora es ir a dormir. Te despertaré si hay el menor jaleo.

— Gracias, compañero, pero no tengo ni pizca de sueño ni de fatiga. Corro a la estación por si hay noticias. Se habla de una columna de dos mil hombres que vendrá de la capital.

Para llegar al cuarto del telégrafo hay que abrirse paso por entre los sacos de correo y los bultos que se han quedado sin despachar. A los pies de Baquero, que tira sin parar de una cinta muy fina

perforada de jeroglíficos, hay un rintero de serpentinas rumorosas. Villalba, el tercer mosquetero de la estación, recita un mensaje: “Diles que la moral es buena, pero que los hombres esperan ayuda de Madrid. Diles que seguimos manteniendo algunas posiciones afuera, pero que en la ciudad no podemos contar con más de doscientos fusiles”.

— No te olvides de pedir municiones y obuses para nuestro mortero —añade Laborda, que está hurgando en su querido mortero, el único que tenemos, y que él es el único que lo sabe manejar.

Baquero lo ha dicho todo tecleando delicadamente sobre la palanquita del Morse. Ahora se pone a liar un cigarrillo.

— ¿No quieres fumar? —me pregunta tendiéndome para que lo pegue el que acaba de enrollar.

Confieso un poco avergonzada que ni siquiera he llegado a fumar los rubios que me trajeron los milicianos. Ellos no los querían porque es tabaco de señoritas.

— Prueba —dice Laborda—. Veremos la cara que pones. Apuesto que estás también contra el alcohol.

— Sí, estaba. Ahora bebo un poco de vino, y como lo estáis viendo, fumo también tabaco negro sin hacer muecas. Y me voy. Tenedme al corriente si vienen noticias de Madrid.

Pasó la mañana, vino la tarde, la noche comienza. Martínez de Aragón ordena que todo, víveres, ropa, explosivos y objetos de valor que conservan las distintas columnas le sean entregados para depositarlos en la catedral. Los tres hombres de la estación opinan que debemos obedecer en general, pero guardando lo suficiente

para comer y aprovisionar nuestras armas durante varios días. Después veremos, siempre y cuando los tipos de enfrente nos den tiempo. Quizá nos veamos obligados a meternos en la catedral...

— Yo, no. Esta historia de la catedral huele a folletín inspirado en el Alcázar de Toledo. Martínez de Aragón no es un traidor, no es más que un pobre hombre que no está a la altura de los acontecimientos. Si Madrid no puede hacer nada por nosotros hoy, mañana será lo mismo.

— No olvides que ahora disponen de hombres retirados de Toledo —dice Villalba.

— Muchas gracias —grita Laborda—. ¡Tipos que han chaqueteado!

— No todos —interrumpe Baquero.

— Todos no, los que tenían cojones se han hecho matar. Pero hablemos de lo que se debe hacer en seguida —prosigue Laborda dirigiéndose a mí.

— Iré dentro de un rato a vuestra casa para ver la dinamita. Una caja será suficiente. ¿Hay algunos entre los tuyos que entiendan de cartuchos?

— Creo que sí, uno sobre todo, el Chuni. Según cuentan sus paisanos, mantuvo en jaque a los fascistas durante horas a golpe de dinamita desde la torre de la iglesia.

A diez pasos de la estación tengo que pegarme al suelo. Un tiroteo suntuoso de ametralladoras y morteros, punteado por cohetes verdes y rojos enciende el cielo y la tierra. Nuestros cañones responden. Las ametralladoras de la catedral también y los puestos

más allá de la estación, los dos pisos de nuestra casa también. Una verdadera fiesta de fuego que me da una alegría insensata.

“Es quizá para esta noche”, me digo. Pero rectifico en seguida. Lo más probable es que se trate de una operación destinada a cubrir el avance de sus ametralladoras y a localizar nuestros puntos de defensa.

Cuando a fuerza de gatear y de arrastrarme consigo meterme en nuestro fortín, el tiroteo amaina. No tenemos ningún herido. Los hombres cantan y bailan. El viejo Anselmo está tan alegre como los demás. No hacer falta indagar para saber que han bebido. Pero he hecho progresos en el camino de la guerra. Está lejos el tiempo en que me asustaba el vino que trajeron los milicianos camino de Guadalajara.

Hay un hombre acostado en mi colchón.

— ¿Está herido o enfermo? —pregunto a Anselmo.

— No —contesta el viejo—. Solamente borracho.

— No comprendo cómo lo han dejado beber tanto. ¿Quién es?

— El Corneta, un chiquillo de quince años.

— ¡Es una vergüenza!

— Valía más emborracharlo. No te puedes figurar el miedo que tenía. Gritaba, lloraba, se agarraba a las piernas de su hermano. Entonces le hice tragar una copa llena de aguardiente.

— Mañana lo sacaremos de aquí, es un niño. Vale más alejarlo del peligro.

— No querrá separarse de su hermano. Es todo lo que le queda en el mundo. Los fascistas fusilaron a sus padres en la aldea. A sus dos hermanos mayores también, atados a los brazos del padre. Él es el más pequeño. Mira esto, no la suelta.

Anselmo levanta la manta y saca una corneta.

— Es lo que le vale el apodo. Cabrones los de enfrente. Casi no nos quedan cartuchos. Con la candela que mandaban no era cosa de economizar.

— Bien hecho. Los fascistas querían saber si somos muchos. Ahora hay que ocuparse de entregar a Martínez de Aragón la ropa y los víveres que tenemos. Todo quedará concentrado en la catedral.

No veo la cara del viejo en la oscuridad, pero oigo la andanada de palabrotas más elocuentes que haya escuchado hasta aquí de boca de un español. Las hay para Dios y toda su camarilla de santos pasando por el Presidente de la República y los comandantes cobardes y vendidos. Cuando el fortísimo baja un poco, explico lo que se ha decidido con los compañeros de la estación. Nuestros milicianos conservarán lo mejor que tenemos en materia de tabardos forrados, botas y ropa. Todos los garbanzos, judías y patatas, además de tres jamones, irán a la catedral.

— ¡Nada de jamones! —protesta el viejo, furioso.

Encuentro tan cómica esta pelea por un jamón la víspera quizá de nuestra muerte, que me echo a reír. Anselmo se enfada.

— Puede ser que en tu país los pobres coman jamón a menudo, aquí, no... Ahora, lo que debes hacer es dormir un poco —añade repentinamente dulcificado.—. No sé cómo aguantas. Hace tres días que no duermes.

— No consigo dormir, y lo más curioso es que ni siquiera estoy cansada.

— Tampoco comes, no haces más que fumar. El tabaco es lo que te impide dormir.

— No te preocupes, como melón a todas horas. Me gusta mucho el melón español. A la entrada de la estación hay una montaña de melones...

Anselmo me pone las dos manos en los hombros.

— Hay que ver lo fuerte que es una mujer cuando tiene cojones — dice—. Ve a dar una vuelta por los pisos. Los hombres te quieren y están orgullosos de ti. Y no te quedes mucho tiempo en la estación. Tienen celos.

— ¿Celos de qué, de quién? —digo, sorprendida.

— De los hombres de la estación, sí, están celosos de los hombres de la estación. Cada vez que te vas oigo comentarios. Quisieran que te quedaras siempre aquí.

— Gracias por habérmelo dicho. Lo tendré en cuenta, pero explícales que estoy obligada a mantener contacto con la estación a causa del telégrafo. Volveré en seguida.

Fuera, en la noche fría que ya es casi el alba, trato de concentrar mi pensamiento sobre los celos de los extremeños. En el fondo, su sentimiento oscuro quizá no se engañe. Prefiero los hombres de la estación porque se me parecen más. Mi esfuerzo por comprender se detiene aquí. En un tiempo normal hubiese ido más allá. Hoy, mi cerebro no puede trabajar más que en un sentido. Una fuerza extraña me mantiene no solamente despierta al cabo de tres noches sin sueño, sino increíblemente lúcida y tranquila. Nada existe, nada

existió nunca fuera de esta línea tendida frente al enemigo. Al reducirse, mi universo me ha tornado casi aéreo, sin angustia, sin pasado, sin porvenir. El presente que me da puede terminar al alba o ahora mismo, pero es inmenso. Lo llena el tren blindado con que soñamos todos y hasta los aviones que a lo mejor vendrán a salvarnos.

El olor a tabaco, a vino tinto y a ajo que se me echa encima al abrir la puerta me da náuseas. Retrocedo. Un par de bocanadas de aire helado disipan el malestar. El telégrafo marcha solo. Baquero se ha caído de la silla. Tumbado sobre una capa de serpentinas duerme como muerto. Laborda viene a mi encuentro, muy preocupado.

— Hay que despertarlo —dice—. Madrid ha anunciado que a las cuatro nos darán una noticia importante. Baquero es el único que entiende el telégrafo. Son las cuatro menos diez. ¿Y si la noticia importante estuviese ya ahí, en los papeles del suelo?

— Hubieras debido despertarlo —digo tratando de dominar la cólera que me está invadiendo frente al hombrón tirado en tierra como un gran paquete oscuro y la fatiga que vela los ojos dilatados de Laborda.

— Te aseguro que he hecho todo lo que he podido.

Yo quisiera tener lástima, pero en mí no queda nada de la gran compasión de los primeros días. Arrastrada por una rabia fría, la emprendo a puntapiés con el cuerpo inocente que ha desertado, pero es inútil. Laborda me mira con una sonrisa triste, como avergonzado de su compañero y de sí mismo. Con voz estridente, ordeno:

— Trae agua, rápido, y también un saco. Ayúdame a acostarlo. Hay que empaparle la cabeza.

El hombre dormido levanta un brazo, después los dos para detener la lucha implacable. En sus ojos, que se abren lentamente, leo que ha olvidado todo de la guerra. Para que recuerde grito con todas mis fuerzas:

— El tren blindado va a venir.

La palabra mágica ha hecho efecto. Una mirada lúcida lo revela. Baquero se levanta, recoge un puñado de serpentinas y comienza a leer: “Estar listos.., estar listos.., atención, confirmación dentro de una hora, quedar a la escucha...”

Una sombra espesa, ancha y alta, está junto a la puerta.

— Buenos días, Marsellés —grita Laborda al distinguirlo.

La sombra viene hacia nosotros y toma los contornos de un hombre muy fuerte que lleva un largo collar de cartuchos de fusil y dos granadas colgadas del cinturón. La chaqueta de cuero de oveja que le ciñe el torso es de una talla dos veces menor que la suya. La boina, encajada hasta las orejas, le corta la frente a la altura de las cejas. Se pasa el fusil a la mano izquierda y me tiende la derecha.

— Como en Francia —dice—. Aquí nadie se da la mano. Salud, compañera. ¡Vaya lío en que estamos! En cierto modo no peor que antes si miramos la situación de frente. De todas maneras, la cosa no anduvo desde el comienzo. No hace falta ser general para saber que nos dejaban tirados.

El morse se pone a repicar de nuevo. Baquero descifra en voz alta: “Atención, anuncien si están en línea... mensaje muy secreto,

solamente para el comandante de la plaza”. Baquero deja de leer en voz alta. Cuando la cinta se detiene, nos mira con ojos radiantes.

— Aquí cada uno es más o menos comandante —dice—. Ahí va. El tren blindado llegará a eso de las ocho.

Nadie mira a Baquero escribir el telegrama ni ve salir al mensajero. En nuestras cabezas brilla un tren blindado de leyenda, invencible, armado de cañones, lleno de ametralladoras, repleto de cartuchos y granadas.

— Un tren blindado es algo muy bello —dice Laborda con su voz ronca—. Pero necesitamos también aviones para barrer las colinas. Con ayuda de un hombre de aquí he trazado un mapa. ¿Quieren verlo?

Yo quiero verlo, pero también tengo prisa de volver a mi casa para que los extremeños no piensen cosas raras.

— Vengan conmigo a la casa del POUM —digo—. Hace mucho que falta y a mi gente le puede molestar. Beberemos buen café mirando el mapa y se lo mostraremos a los extremeños para que participen.

— Se me ocurre que tus extremeños te preocupan bastante —me dice el Marsellés.

— No es que me preocupen, más bien me dan un poco de miedo. Parecen de una raza distinta de los otros españoles, más encerrados, más huraños, más duros.

Todo es gris en la sala grande del segundo piso, las paredes, el suelo, los hombres acostados o parados detrás de los parapetos. Nuestra entrada no mueve a nadie de su puesto. Algunas miradas solamente parecen notarla. Nos acercamos a los centinelas. Yo presento al Marsellés: «Un compañero francés que ha venido a

luchar por la revolución española”. Algunos le dan la mano, otros se conforman con un “Salud, compañero”. Uno solo le pregunta a qué organización pertenece.

— Soy de la CNT —le contesta el Marsellés—, de oficio estibador.

Un pequeño grupo nos rodea. Laborda les habla de los aviones que queremos pedir a Madrid y les muestra el mapa. La palabra “avión” desata una corriente eléctrica. Los que están echados se levantan, los ojos se encienden, las voces suben, la esperanza viene a arrancar a estos hombres de la pesadilla sangrienta que han vivido en sus pueblos. El final de la noche trae ecos de combate en algún sitio de los alrededores de la ciudad. En nuestro sector nada se mueve.

— Se diría que ya no hay nadie enfrente —declara Chuni al cabo de un momento de observación—. Después del gran tiroteo han debido de cambiar de lugar.

— Sí, han saltado una altura y ahora están más cerca de nosotros —explica Laborda sin alzar mucho la voz—. Si Madrid mandara aviones... He marcado bien en el mapa las posiciones fascistas y las nuestras. Alguien llevará hoy mismo este papel.

— Cuando los aviones hayan barrido las colinas, podremos recuperarlas —afirma Paco, uno de los antiguos de la columna—. Si Madrid nos da aviones quiere decir que hay un plan para conservar Sigüenza.

El Marsellés tiene una sonrisa triste porque estamos engañando a estos hombres simples. Me duele que despierte en mí ese sentimiento de culpa que la embriaguez de una muerte aceptada lúcidamente, la mía ante todo, hacía retroceder desde hace cuatro días. Mi muerte, sí, dispongo de ella libremente, y hasta quizá por

razones personales. Dar una vida quebrada no es gran hazaña... Una mano pone en la mía una copa de aguardiente. Laborda ha sentido algo. Me trae auxilio y me dice la hora. El tren blindado vuelve y me coloca de nuevo entre estos hombres instalados en la esperanza.

— Vamos —comienza Hilario dirigiéndose a Laborda—, necesitamos cartuchos. No nos quedan más que veinte por fusil, más o menos.

— Los cartuchos vendrán —lo tranquiliza Laborda.

— ¿De dónde? —gritan treinta voces, muy alto—. A medianoche, cuando terminó el tiroteo, Paco fue a buscar a la catedral y regresó con las manos vacías.

— Habrá cartuchos dentro de una hora. Todavía no puedo decirles cómo vendrán —contesta Laborda separando cada sílaba para dar autoridad.

La buena armonía baja varios puntos. El secreto que guardamos los echa de nuevo a su soledad. Busco en los ojos de Laborda el permiso de revelarles la venida del tren blindado. Su mirada me huye... La llegada de dos chicas desconocidas cae como un globo multicolor a los pies de un grupo de niños enfadados. Todos los hombres se vuelven para mirarlas. La más pequeña, desgarbada, de piel descolorida no tiene de bello más que la voz.

— Me llamo Manuela.

— Manolita la Fea —rectifica bajito Paco, pero la muchacha lo ha oído y con su voz tan bonita replica:

— Sí, la Fea. Paco me conoce bien. Hemos crecido en el mismo barrio, en Carabanchel Bajo. Soy de la columna “Pasionaria”, pero prefiero quedarme con vosotros. Aquéllos nunca quisieron dar

fusiles a las muchachas. Sólo servíamos para lavar los platos y la ropa. Nuestro cuartel está vacío. La mayoría de los milicianos luchan afuera. Los otros ayudan a Martínez de Aragón a defender la catedral, dicen. El capitán quería que todas las chicas se fueran de Sigüenza.

— ¿Entonces, por qué no te has ido? —le digo.

— Porque quiero ayudar. Los que se han quedado no son tantos. Tú también te has quedado. Ayer noche, cuando el tiroteo, estuve en vuestro jardín. Saltaba de alegría como una loca a cada descarga, pero no me atreví a subir hasta aquí. Mi compañera que se llama Nati también quiere quedarse con vosotros. Antes tenía dos trenzas muy largas. Ahora se las ha cortado, vaya uno a saber, si caemos en manos de los fascistas nos pelarán, entonces vale más llevar el pelo corto. Bueno, ¿podemos quedarnos?

— A mí no me hace mucha gracia —gruñe el viejo Hilario—. Ni siquiera saben manejar un fusil.

— Claro que sabemos, y hasta desmontarlo, engrasarlo, todo —contesta rápido Nati—. También sabemos llenar cartuchos de dinamita. Pero si no quieren darnos un fusil, dejen que nos quedemos para guisar y barrer, este suelo está muy sucio.

Manuela se indigna:

— Eso sí que no. He oído decir que en vuestra columna las milicianas tenían los mismos derechos que los hombres, que no lavaban ropa ni platos. Yo no he venido al frente para morir por la revolución con un trapo de cocina en la mano.

Ha ganado, ganado por la gracia de su habla castiza el derecho de morir por la revolución con un arma en la mano, y los hombres aplaudieron gritándole. “Olé tu madre”.

Laborda se ha acercado a una ventana, no para mirar sino para escuchar con su oído de ferroviario. Me da a entender que debemos bajar al andén. El Marsellés también ha comprendido.

— ¿Crees que llega?

— Dentro de unos instantes estará aquí. Ya ha pasado la curva. Toma, Martínez de Aragón ya llegó. Quisiera hablarle de la aviación y mostrarle el mapa. No, vale más hacerlo luego, mira el tren...

Ahora lo veo. No tiene más que la locomotora y un furgón color cardenillo, pero su tamaño ya no importa. Tiene las dimensiones de su leyenda. Es la primera verdad de mi guerra, la primera promesa cumplida. Su presencia colma nuestras manos vacías, enciende antorchas en nuestro desamparo, hace redoblar tambores en nuestro corazón. Es el tren blindado que rescata todas las batallas perdidas.

Ebria y loca de entusiasmo me pongo a correr gritando a todos los vientos:

— El tren blindado ha venido...

Una caída brutal sobre la grava me despierta. Tengo las rodillas ensangrentadas. Temblando de dolor y de fatiga, desando el camino avergonzada de mi exaltación.

Diez hombres del tren colocan a toda prisa las cajas de cartuchos en el andén. Cuento cuarenta cajas, busco con la mirada a Laborda y lo veo discutir con Martínez de Aragón. Me acerco a los hombres visiblemente inquietos y apresurados.

— ¿Es toda la munición que nos traen?

— No se ha podido encontrar más, pero volveremos... si la vía no está cortada.

— Creíamos que el tren traería también refuerzos.

— Vendrán mañana o pasado. Se habla de una columna de dos mil milicianos para Sigüenza.

El hombre dice todo esto muy de prisa y trepa al tren blindado que arranca inmediatamente y se aleja. La estación vuelve a ser una masa gris, mísera. La vieja angustia me aprieta la garganta. Ahora tengo sueño, las rodillas me duelen mucho. El mono desgarrado a su altura deja ver dos lastimaduras rojas y negras. Tendría que quitar la arena y los hilos incrustados en las heridas para impedir la infección. El mecanismo de los tiempos normales se pone en marcha. A lo mejor han pasado caballos por aquí y me puede dar el tétanos. De pronto, el miedo de morir de tétanos me hace sonreír. “Entonces — me digo— a pesar de todo piensas salvarte”. No, no pienso salvarme, pero he elegido mi muerte. Bueno, necesito un cepillo duro, mojarlo con jabón negro, frotar a fondo las heridas y lavarlas con alcohol. Dos brazos me levantan. Es Laborda.

— ¿Quieres que te lleve cargada hasta la casa? Me parece que estás muy estropeada.

Lo dice con voz llana, sin el menor asomo de compasión, salvándome así de la vergüenza de ponerme a sollozar.

— Gracias, puedo andar perfectamente. Tenemos que hablar, pero antes debo ocuparme seriamente de mis rodillas.

— Por desgracia no hay médico aquí fuera del hospital donde no dan abasto, pero en el puesto de auxilio te pueden hacer una cura.

— No hace falta, me basto sola. Ven a la casa dentro de un cuarto de hora. A propósito, ¿cuántas cajas de cartuchos has conseguido para nosotros?

— Diez, a duras penas. Martínez de Aragón no quería dejarnos más que dos. Conseguí hacerle admitir que en la ciudad el verdadero frente está aquí. Otra cosa, se guardó el mapa para la aviación. El mismo lo llevará a Madrid esta noche o mañana.

En la cocina me froto las rodillas con un cepillo. El desaliento y la angustia se van. Hace bien que duela mucho. Vestida de limpio me voy a ver a los hombres del segundo piso donde se oye una música de flamenco. Sobre un aire de fandanguillo ya han compuesto coplas para el tren blindado.

— Voy a mostrarte algo.

— Espero que nada malo.

— Depende de lo que te parezca..

Llegamos a mi cuarto cerrado con llave. Hilario abre. En el centro de la pieza hay un montón de botellas.

— ¿De dónde viene todo esto?

— No olvides que has dado el permiso de registrar las casas abandonadas.

— Es verdad. Espero que los hombres no se hayan llevado más que las bebidas.

— No han tocado ninguna otra cosa. He ido con ellos. Encerré todo aquí para que no se emborrachen. Para festejar la venida del tren blindado querían a toda costa beber una copa, pero conseguí

que aguardaran. Echa una mirada a estas cajas, el nombre no es español.

— Ya lo creo. Es el mejor alcohol que existe en el mundo. “Fine Napoléon”, que tiene más de treinta años, un verdadero tesoro al alcance de los ricos solamente. Toma tres botellas, les haremos probar esta maravilla. Como no hay más vino que una botella de Jerez, la dejaremos para mí. Beberé una copa con ellos.

En la sala de los parapetos, Hilario echa el coñac en los jarros y descorcha la botella de Jerez explicando por qué la guardo para mí. A la izquierda, alguien murmura unas palabras hostiles. Con la botella en la mano me acerco al hombre que habló.

— ¡Repíte lo que acabas de decir!

— No hagas caso —gritan los demás—. Es un idiota... Llena tu copa pronto para que brindemos.

— Repítelo —insistí—. Si no, creeré que eres un cobarde.

Oyendo la palabra terrible, el hombre se decide.

— He dicho que como todos los jefes, te quedas con lo mejor.

Sin cólera, muy serena, mirándolo fijo, doy vuelta a la botella y la derramo hasta la última gota.

— Beban sin mí. Lástima de buen vino perdido, pero las palabras del compañero lo estropearon. No se hable más.

Ahora es mejor irse y dejarlos entre ellos. Un ronquido que todos conocemos de sobra me para en seco al pie de la escalera. Subo corriendo a la casa.

— Todo el mundo fuera, rápido, los aviones llegan. Pegarse al suelo en el jardín.

Salen, pero se quedan plantados junto a la puerta para mirar los aviones, dos aviones solamente, y Chuni el primero aúlla con todas sus fuerzas:

— Son los nuestros... los nuestros que vuelan sobre las posiciones de “ellos”. Miren a la izquierda, los fascistas corren como liebres... salen de los agujeros. ¡A por ellos...! Podemos recuperar las colinas.

Un miliciano llega a todo correr del centro de la ciudad. Laborda lo detiene, le saca de las manos el papel que trae y lee en voz alta:

— “Que nadie se mueva, se efectuarán operaciones más amplias. ¡Ánimo! ¡Viva la República! Firmado, Martínez de Aragón y Feliciano Benito”.

Los dos pequeños aviones vuelan bastante alto, solos, sin cazas que los cubran. Sus bombas explotan con estruendo moderado. Contamos alrededor de diez. A los gritos frenéticos de alegría sigue una *Internacional* solemne cantada con el puño en alto. Las palabras del himno revolucionario suben al cielo como un juramento y también una acción de gracias porque se han cumplido dos milagros el mismo día. Un tren blindado por la mañana, dos aviones por la tarde y quizá mañana vendrán a luchar con nosotros dos mil combatientes.

Cuando los aviones desaparecen en dirección a Madrid, tras un largo momento de espera decidimos volver a nuestros sitios de todos los días. El Maño se va con los suyos al pantano estratégico donde tienen que tenderse para escapar a una ametralladora que los ha localizado desde el primer día.

— Como los sapos —dice la Chata, una de las milicianas del grupo—. Y el que crea que es cómodo tener el fusil cruzado en la espalda hasta la noche, no tiene más que probar.

Y dirigiéndose a mí muy de prisa y en voz baja, añade:

— Todos te damos las gracias por haber venido a luchar por nuestra revolución.

Esta noche totalmente silenciosa nos trae un puñado de los militantes más antiguos, ebrios de fatiga, desalentados por unas operaciones mal coordinadas cuyo objetivo nadie les explica.

— Al menos, aquí —dice Julio Granell— todos saben a qué atenerse. No me crean más cobarde de lo que soy. No vengo a buscar un enchufe. Para esconderse no hay más que irse a Madrid, como tantos otros.

Igual que un crío, se mete los puños en los ojos para parar las lágrimas.

— Basta, muchacho, no necesitas dar explicaciones. Todos estamos muy contentos de recuperarlos. Bien venidos los de la vieja guardia, Emma, Pepe, Vicente y los demás. Aquí o fuera, el frente es el mismo. La única diferencia es una consigna más clara: resistir hasta el fin. Vayan a descansar, a no ser que tengan hambre —digo cediendo a mi manía de dar de comer.

Al rato llegan el Marsellés y el Maño. A ambos les preocupa la tregua que nos dejan los fascistas.

— Una calma excesiva siempre es mala señal —explica el Marsellés. Y agrega—: Un poco de tiroteo todas las noches sería preferible para la moral de los hombres, mientras llega la columna salvadora y los no sé cuantos aviones que Madrid le dará a Martínez

de Aragón. Acaba de irse, uno más que se las pira y con un buen pretexto. Primero la catedral, gloriosa, ahora las escuadrillas que él guiará en persona, la cosa es marcharse. Total, para lo que servía aquí...

— En cambio nos puede ser útil en Madrid gracias a sus relaciones en el Gobierno. No olvides que ha venido el tren blindado, y dos aviones también...

— Es lo que le he dicho —interrumpe el Maño—, pero él se hace mucha mala sangre a causa de nuestra responsabilidad para con los hombres. Yo, no.

— Yo sí —tengo ganas de decirle.

Pero en vez de hablar, lleno tres copas de coñac. ¿Es por la guerra? ¿Es efecto del alcohol? En la noche amenazadora por tranquila, entre estos dos desconocidos que han elegido lo que yo elegí y los cien otros que apenas comienzo a conocer y que han aceptado lo que yo acepté, me siento en mi sitio como en ninguna parte, protegida y protectora, libre porque me atan unos lazos que yo he querido.

El alba lenta y brumosa trae un día más a nuestro calendario de espera y más heridos que los que puede atender el pobre hospital. Un par de jóvenes, chica y chico, han organizado un puesto de auxilio que se encarga de los menos graves. Nadie sabe de dónde vienen estos dos adolescentes. A nadie se le ha ocurrido tampoco preguntarles a qué organización pertenecen. Pocas veces he visto seres de tan absoluta belleza. ¿Hermanos, amigos, novios? Ambos son morenos, esbeltos, empapados de gracia y dulzura. El fervor con que cumplen su misión ya los rodea de una leyenda heroica, forjada

en el frente exterior donde van incansablemente a recoger los heridos. Él se llama Pepe; ella, Tati.

Hacia las nueve de este quinto día, una explosión de júbilo saluda el tercer milagro: un avión solitario riega lentamente de bombas las posiciones fascistas. Vuela bajísimo. Cuando regresa hacia nosotros, un puño en alto y una espesa barba negra emergiendo de la carlinga desatan el delirio:

— Es el Negus. ¡Bendita sea la madre que lo ha parido! Es el más grande, tiene dos cojones como dos cabezas...

Cantos y bailes a la gloria del Negus. Después, todo el mundo vuelve a su sitio y la espera recomienza hasta las primeras horas de la noche en que estalla un tiroteo muy nutrido pero corto. Extraña canción de cuna que provoca en mí una imperiosa necesidad de dormir.

Dos brazos tiran de mí, oigo gritar mi nombre, retorno brutalmente a la vida, busco afanosamente la pistola que me he quitado del cinto y sintiendo el silencio detrás de esa voz rabiosa que se encarniza contra mi sueño, tengo tal piedad por mi paraíso perdido que pregunto con voz plañidera:

— ¿Por qué me despiertas? ¡Tengo tanto, tanto sueño! ¿Qué pasa?

Desfallecida hasta la náusea, oigo las palabras del hombre llegar desde muy lejos, dolorosas, ínfimas:

— El hijo de mala madre que me tiene que relevar no quiere venir. Ni siquiera contesta. Llevo hecha una hora más de guardia. Es un tío fresco, un aprovechado. Tienes que despertarlo, ya está bien...

Un odio infantil se pone a ondular entre los vapores de mi sueño. Junto al colchón del culpable, lo llamo a gritos.

Después, de rodillas, lo sacudo con todas mis fuerzas, como trata de volverse, lo agarro del pelo con la mano izquierda y me pongo a darle bofetadas con la derecha. El hombre se ha despertado. Me mira fijo un instante, muy corto, se levanta, toma el fusil que le tiende el compañero y se marcha con paso decidido al parapeto.

Cuando vuelvo a acostarme, el pensamiento de lo que acabo de hacer me impide dormir. ¿Por qué se ha dejado pegar ese hombre? ¿De qué honduras ignoradas salió mi violencia? Es la primera vez en mi vida que le levanto la mano a alguien... Se acabó el sueño. Vale más ir a la estación.

Todo está muerto en el pequeño recinto iluminado por una mísera bombilla amarillenta. Junto al mostrador de la entrada, las panzudas sacas de correos, grises e inertes como cadáveres de enanos, se amontonan hasta el medio de la pieza. Me siento al lado del telégrafo, también muerto como lo demás. Se oyen pasos muy cerca. La puerta se entreabre y una voz pregunta si hay alguien aquí. No conozco la voz, pero me hace bien. Esta noche la soledad me angustia. Un miliciano muy joven entra, trayendo del brazo una mujer vestida de negro.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué traes a esta mujer?

— Porque la encontré más allá de nuestras avanzadillas, gritando: “No pasarán, pero ya han pasado”. Ya estás comprendiendo que comunica algo a los fascistas, y no es la primera vez. Se lo hemos dicho a Feliciano Benito para que la haga vigilar. Durante dos días no volvió a gritar. Y cuando nadie más se ocupó de ella empezó a andar

de nuevo por el frente. Todos dicen que es una loca, pero yo digo que vaya locura caminar entre las líneas gritando siempre lo mismo.

Con los ojos fijos en el techo y una mano apoyada en el borde de la mesa, la mujer está muy erguida, sin decir nada. Le cojo la mano y la miro detenidamente. Es una mano morena y lisa, una mano de señora que no ha lavado muchos platos ni ropa. Molesta por el largo examen, la mujer me mira con ojos inteligentes y lúcidos. Mi insistencia la fatiga. Y muy pronto, la larga costumbre del rezo le hace mover los labios. Pregunto al miliciano si es de aquí. El muchacho me contesta que nadie sabe de dónde viene. Por lo demás, esto parece carecer de importancia para él. Lo que quiere saber es si está loca o no.

— No creo que sea una loca.

— Entonces es una espía.

— A mi parecer, sí. Su mensaje a los fascistas significa que estamos muy mal. Llévala a Feliciano Benito. Yo no puedo ni debo tomar disposiciones, pero es peligrosa.

— No te pedimos que tomes disposiciones. Los compañeros la juzgarán. Esta mala bestia se ponía siempre de nuestro lado. Sus mensajes nos han costado varios muertos. ¡Salud, compañera!

En cuanto se cierra la puerta los escrúpulos comienzan a oprimirme la garganta. Nunca se sabe de cierto... Esa mujer me suplicaba... y hasta si fuese verdad, nuestra derrota es segura... Debí ser menos afirmativa... Había que buscar pruebas más valederas que mi intuición. Tomo entonces la lámpara portátil y corro a registrar la entrada. Pudo haberse deshecho de algo, de un arma, de un papel. A la izquierda, entre dos sacos, brilla una cadena. No es una cadena, es

un rosario muy bello cuyas cuentas son perlas finas. Mi prueba ya la tengo, no hace falta seguir buscando. Pero cuando llega Laborda, lavado, afeitado, con cara de haber dormido, no le cuento la historia de la espía. Vale más olvidarlo todo. En cambio, le cuento por lo menudo el incidente con el centinela. ¿Cómo es posible que el hombre haya aguantado las bofetadas sin reaccionar? El problema no parece importarle mayormente. Encuentra mucho más grave el que yo pase tanto tiempo sin dormir una noche entera.

— Te desplomarás como un saco de patatas en el peor momento...

— ¿Cuando se nos echen encima los fascistas? No te preocupes, si el día es tranquilo tomaré un somnífero temprano. Pero cambiemos de tema. Di, ¿tú crees en la columna de los dos mil? Nuestros cantaores de flamenco ya le han puesto coplas burlonas.

Cuando los párpados le cierran los ojos, el rostro de Laborda es una máscara de faraón. Los mantiene cerrados un largo rato, como para dar una respuesta bien madurada.

— No, no creo. Nos hemos plantado en Sigüenza siguiendo el primer impulso de la revolución sin pedir la aprobación del Gobierno de Madrid. Nos frenó en seguida. ¿Con razón? Quizá. Malas razones, diría tu marido, porque Madrid no cree en la revolución. Se resignó a la guerra contra su voluntad y la lleva sin convicción. Tenemos que resistir aquí con las manos vacías, sin trincheras, sin refugios antiaéreos, sin más armas automáticas que dos ametralladoras en la torre de la catedral. Y debemos defender la ciudad a golpes de cartuchos de dinamita y correr después a encerrarnos en la catedral para forjar una leyenda.

— Nada de catedral para mí...

— Ni para mí, incluso si al atrincherarnos en la catedral obligamos al enemigo a inmovilizar aquí fuerzas, como lo desea Madrid.

— ¿Y tú crees que tenemos el derecho de mantener aquí a los hombres sabiendo que todo está perdido?

— Siendo que nos quedamos con ellos, sí. Valen lo que nosotros valemos. La noche del discurso de Martínez de Aragón tú les dijiste que podían irse si querían. Y se quedaron.

— Por orgullo, por no desmerecer los unos frente a los otros.

— ¿Y tú, acaso no te quedas también por orgullo? ¿Y yo, y el Marsellés, el Maño y su gente, los dinamiteros de Pozoblanco, el puñado de milicianos que sigue en el Cerro de la Quebrada, los de la carretera de Atienza y los que combaten fuera de la ciudad? Todos podrían marcharse, pero no se van por orgullo, como tú dices, por vergüenza diría yo. Es más modesto, un sentimiento al alcance de los humildes. Tiene uno vergüenza ante sí mismo, ante los compañeros y todavía más ante el enemigo. Y es un sentimiento contagioso. A tu marido también se le pegó a pesar de todo su saber...

Pero viéndome crispada, Laborda me pone las manos sobre los hombros:

— Perdóname, soy un idiota, y no te preocupes más, ni por ti ni por los otros. Pase lo que pase, la salida del lado del polvorín se podrá tomar hasta el fin. Y tú, guapa, no llesves tu orgullo más allá de lo necesario. No te pierdo de vista.

Ha llegado el sexto día, brumoso y frío, sin cantos de pájaros ni redobles de ametralladoras. Los milicianos del frente de la estación vienen en grupos a la casa del POUM en busca de ropas de abrigo. Tenemos a montones. La distribución de tabardos forrados de piel,

de calzoncillos largos, calcetines de lana, tres pares por persona y pasamontañas trae cantos y bailes. Cuando llegamos a las bonitas botas cortas estalla el delirio. Tres vueltas de coñac del bueno festejan tantas riquezas. El viejo Anselmo para a la cuarta y se va a encerrar con llave las botellas sabiendo que habrá que empezar de nuevo a mediodía, cuando venga el segundo grupo.

Nunca he vivido en medio de tanta alegría y fraternidad. Buena comida, vino y tabaco abundantes han acabado por alegrar el ánimo de nuestros extremeños. De noche, el cante jondo los transporta como sobre una alfombra mágica a sus magras estepas, a las fiestas de su pueblo, y muy a menudo hacia la Virgen María. Aunque casi todos cuentan que han matado curas, más de uno da la vuelta a la mesa para ir a poner en la debida posición el pan colocado al revés. El ser de izquierdas no consigue anular el reflejo condicionado por tantas bofetadas maternas.

Está de más preguntar de dónde vienen las dos soberbias guitarras que Basilio y Damián no sueltan más que para ir al parapeto. A la hora de dormir, cada uno guarda la suya pegada al flanco sobre el colchón. En los momentos de descanso tocan bajito para templar los dedos en previsión del gran concierto nocturno.

La noche del sexto día es la de mi sueño. Con los oídos taponados de algodón y el somnífero tomado a la hora de cenar, atranco mi puerta y no me despierto hasta las diez de la mañana, mareada y de mal humor, con el cuerpo destemplado y la cabeza dolorida. Al salir del cuarto choco con el viejo Hilario sentado en el suelo.

— Por fin has dormido —me dice radiante—. ¡Qué suerte! Para que nadie viniera a despertarte me acosté aquí.

La cabeza ya no me duele, ahora es la garganta, a fuerza de tragar ese sollozo indigno de una mujer que ha elegido hacer la guerra.

Ha transcurrido una semana desde el tremendo ataque de la aviación franquista, y salvo algunos tiroteos más o menos nutridos, nada parece moverse del otro lado de la colina. Y nosotros, al acecho detrás de los sacos terreros, al pie de los parapetos, tendidos en el fango, seguimos esperando. ¿Qué? Por cierto, no la columna tan anunciada ni nuestros aviones. Martínez de Aragón no ha regresado y el telégrafo está cortado. Ahora estamos definitivamente solos y peligrosamente instalados en esta anomalía que, a fuerza de durar, llega a ser normal. Los guitarristas tocan cada vez más y mejor. Laborda encontró, por fin, obuses para su morterito. La comida es buena, los vinos perfectos. Nos hacemos visitas de vecindad con la gente del Maño o del Marsellés.

Este 8 de octubre, de madrugada, Anselmo trae a los hombres un enorme caldero de chocolate espeso y humeante, muy contento de darles esta sorpresa. Lo miro caminar con precaución. De pronto se detiene, levanta la cabeza para escuchar mejor lo que yo también creo escuchar: un zumbido de miles de abejas que llegan a ser millones segundo tras segundo. Ya todos sabemos que los aviones se acercan.

— Rápido, reparte el chocolate, que tengan al menos algo en el estómago, e insiste para que lo beban.

Los milicianos están pegados a las ventanas para mirar los aviones que ya están a la vista. Contamos treinta, negros y chatos. Las primeras bombas estallan en las colinas que todavía ocupan los nuestros. Voy de ventana en ventana para tranquilizar a los hombres.

— No nos tirarán a causa de la estación. Beban el chocolate.

Anselmo reparte aguardiente en los jarros vacíos. Todas las manos tiemblan. El negro rebaño se abre en dos alas. La de la izquierda machaca la carretera de Atienza, y la que vuela a la derecha se encarniza tanto tiempo con el Cerro de la Quebrada, que llega a pensar que no les quedarán bombas para nosotros, pero llega nuestro turno y el de la ciudad. Ninguna bomba ha caído todavía sobre nuestra casa, pero el jardín está destrozado. Es una suerte que los hombres no hayan salido.

Están ahí, dos en cada ventana, con la mano crispada sobre el gatillo, un puñado de cartuchos a los pies, los ojos muy abiertos acechando lo que pueda moverse en la colina, sumergidos en el aura maldita del atronar de los aviones que asesinan la ciudad.

En despacioso desfile de parada, a ratos muy alto, a veces a ras de los techos, los siniestros triángulos van y vienen de las montañas a la ciudad. Haciéndonos el honor de creer que nuestra aviación podría venir a defendernos, traen muchos cazas. Sin necesidad, porque del lado de Madrid el cielo sigue vacío. Entonces las ametralladoras de los cazas barren las calles cuando los bombarderos les ceden el sitio.

Nuestra casa cruje como un barco golpeado por la tempestad. Los aviones arriba y la artillería de frente le arrancan grandes trozos en todos los pisos. Los hombres tiran ahora furiosamente, contra nada, para escapar al pánico, a la tensión insostenible. Tenemos dos muertos, cuatro muertos, ocho, diez heridos que las muchachas tratan de curar o proteger del polvo.

¡Yo quisiera tanto ver a Laborda! Ha llegado el momento de evacuar las posiciones del segundo piso para atrincherarnos en la planta baja y preparar la salida. Los milicianos queman los últimos

cartuchos. Salgo corriendo a buscar mi libreta de notas. En el rellano del primer piso hay un hombre tendido. Tiene el pecho abierto como se ve en algunos ingenuos grabados de santos. La sangre mana todavía, roja y fresca. Al lado del hombre, un mortero pequeño.

¡Yo quería tanto ver a Laborda! Ahí está, con su cara de Cristo moreno, el corazón al desnudo, los ojos muy abiertos, tibios aún los anchos párpados bajo mis dedos torpes que no aciertan a bajarlos. Ya no queda nadie para ayudarnos...

Gritos roncoss llegan de arriba:

— Están muy cerca, vienen corriendo, trae municiones...

Yo aúllo:

— Bajar todos, rápido, se acabó, nos vamos...

Y subo la escalera olvidándome de llorar al muerto.

— A la carrera, vamos... Los que conocen el camino del polvorín, delante. Ayudad a los heridos que pueden andar, a los otros los llevaremos cargados...

— No —dice Anselmo—. No podrán cargarlos. Yo me quedo aquí con ellos. Pónganlos solamente en la planta baja.

— ¡Yo también me quedo! —grita Hilario—. Los dos somos demasiado viejos para galopar por entre las balas. Será lo que Dios quiera.

No me queda tiempo para contar los muertos, ni tiempo para consolar a los heridos, ni decir adiós a los dos hombres que no se van.

El cuaderno que contiene mis notas de la guerra día tras día se quedará bajo el colchón, pero no suelto el mosquetón ni sus ciento cincuenta cartuchos, que me pesan sobre las caderas.

Tati y Pepe están en la puerta de su puesto de auxilio. Se ve que no piensan irse. Sin detenerme les grito que vayan a buscar a nuestros heridos. Con su bonita voz cantarina me dicen que no pase cuidado.

Alguien me empuja:

— Corre, los tenemos detrás, muy cerca...

Los aviones ya no tiran. Las balas que ahora nos silban en los oídos vienen a la horizontal. Algunos hombres caen. Otros, heridos, caminan empujados por sus compañeros que los hacen avanzar a punta de fusil. Un brazo se agarra al mío y me arrastra. Es el Marsellés.

— No aflojes, corre... Imposible llegar al polvorín, los tenemos encima... pero corre, llevas dos requetés pegados a los talones...

La catedral alza frente a nosotros sus dos torres de fortaleza. Dos milicianos pegados al suelo mantienen las puertas entreabiertas. Somos los últimos en pasar. Como ratas acorraladas, cualquier agujero sirve para escapar al acoso.

Yo no había entrado nunca a la catedral de Sigüenza. Ahora, recobrando el aliento tras largos minutos de ahogo, recorro la inmensa nave atestada de camiones y automóviles. Una multitud gris, parada, acostada o andando, diseña paquetes opacos sobre las losas. Parece que somos alrededor de setecientos, de los cuales doscientos son civiles, campesinos en su mayoría, con sus mujeres y sus hijos. Algunas muchachas de la ciudad han seguido a sus novios

milicianos, lo cual da una serie de parejas que buscan amoroso y confortable asilo en los coches, sin cuidarse de lo que ocurre alrededor.

La sensación de estar viviendo un final absurdo me hace sentirme desligada, no indiferente ni hostil, sino al margen. El sueño se me echa encima con tal exigencia que solamente la idea fija de salir de la catedral esta misma noche consigue tenerme despierta. Me pongo a caminar en busca del Marsellés y lo encuentro por fin muy atareado arrancando las losas del suelo para levantar parapetos.

— ¿Piensas entonces que nos quedaremos aquí? —le pregunto.

A mi juicio, todavía es tiempo de abrir una brecha a golpes de dinamita, formados en columna de combate. Es lo que yo opino.

— También yo. Los fascistas no se han atrevido aún a acercarse a la catedral. Hay entre nosotros muchos emboscados pero también varios puñados de valientes decididos a arriesgar el todo por el todo.

— En la reunión de responsables que habrá dentro de una hora te pido que defiendas nuestra decisión. Ahora voy a dormir. Si están de acuerdo, ven a despertarme. Si resuelven quedarse, déjame dormir. Me estoy cayendo de sueño.

Envuelta en la capa de guardia civil que Hippo vestía al alba de su muerte, me tiendo sobre el suelo helado y entro inmediatamente en una especie de catalepsia. Cuando mis ojos se abren encuentran una mirada dilatada por el espanto, la del Marsellés.

— ¡No puedes figurarte el miedo que me has dado! Creí que estabas muerta...

— Entonces, ¿nos vamos?

— No, Feliciano Benito no está de acuerdo. Dice que los fascistas ocupan la salida del lado de la carretera de Madrid que deberíamos tomar. Dice también que el Gobierno mandará tropas para rescatarnos...

Por suerte yo no estaba del todo despierta. La voz del Marsellés se apaga en mis oídos, y muy pronto dejo de existir. Duermo de nuevo. Duermo para no ver los fantasmas que se instalan ya para vivir lo inevitable. Esta tregua que el sueño me concede borra los muertos y los heridos que se quedaron en la casa y el remordimiento de estar viva, y las responsabilidades que me traerá el despertar, y la repugnancia a aceptar una situación que yo no he elegido. Combatir, sí, morir, sí, pero pudrirse en esta catedral engastada en oro, no.

Es duro quebrar con las propias manos esta tregua apaciguadora pero hay que dejar de dormir. Cuando, a fuerza de frotarme brazos y piernas, la sangre vuelve a circular, pienso que debo ir a juntarme con los valientes y los cobardes, con los que acechan detrás de los parapetos y los emboscados que se esconden en las capillas, con las mujeres hurañas y los niños que juegan o lloran sentados sobre vestiduras sacerdotales de una riqueza inverosímil.

Entonces comienzo a errar ante todo en busca de un trago de algo caliente. El café que me tiende una mano anónima huele a encierro, pero quema. Todos los que beben a mi alrededor me son desconocidos. Por su lasitud y sus ojos mortecinos se me parecen, sin embargo. Como yo, están vencidos, frustrados, fuera de combate.

La confrontación me resulta saludable. Más vale dispararse una bala en la sien que ser como ellos. El peso de la pistola sobre la cadera me tranquiliza. Siempre podré irme, pero entretanto,

cuidado, que el desprecio no venga a falsear los lazos que me unen a estos hombres derrotados. Son mis iguales y debo amarlos a todos, hasta a esos campesinos muy viejos que mastican sin parar trocitos de salchichón durísimo que cortan parsimoniosamente, hasta a las mujeres de mirada hostil y los niños que mean sobre alfombras de belleza fabulosa.

En la nave mayor, un puñado de hombres se afana en torno a los coches. El Marsellés viene hacia mí.

— Hay que vaciar los depósitos repletos de carburante. Quedaríamos asados como sardinas en este encierro si los fascistas se ponen a tirar.

— ¿Qué piensan hacer con la gasolina?

— Volcarla en los sepulcros. Menudo trabajo para abrirlos, pero ya está hecho, ven a ver.

Hay seis aberturas rectangulares en el muro y al pie de cada una, bien recogido, un paquete de huesos.

Creyéndome escandalizada por la profanación, el Marsellés me tranquiliza:

— No te preocupes, los volveremos a meter en sus agujeros.

Fui yo quien tuvo que sacarlos. Los otros no querían tocarlos por miedo a pescar una enfermedad.

— ¿Qué piensas hacer cuando termines con esto?

— Organizar la guardia, tapar las ventanas. Es una suerte que estén con nosotros los dinamiteros y que tengamos dinamita en gran cantidad.

— ¿No crees que vale más buscar una manera de salir de aquí?

— ¡Claro que sí! Ya hay hombres que se están ocupando. Han localizado una letrina cuyo sumidero se abre a ras de tierra en el campo de al lado. Trabajan desde hace horas en abrir un paso por ahí.

— No es muy gloriosa la salida por la letrina.

— La gloria me tiene sin cuidado. Lo malo es que el paso es estrechísimo, no cabe más que un hombre a la vez. El segundo camino es una pared medianera con el cementerio, bastante baja del otro lado. Para subir hace falta atar dos escaleras, pero la bajada es fácil, basta con una cuerda. Como hay montones de hojas secas, incluso si te caes el riesgo es mínimo.

— Yo prefiero la pared. Felizmente, las noches ya son largas en esta estación... Pero, y los heridos, ¿cómo los sacaremos?

En vez de contestarme, el Marsellés me pregunta si he ido a ver a los heridos. Le digo que todavía no, pero que iré dentro de un rato.

— No vayas. No podemos hacer nada por ellos. Martínez de Aragón mandó almacenar aquí garbanzos, harina, bacalao y hasta ropa, pero ningún medicamento, ni una gota de tintura de yodo ni un paquete de algodón.

— ¿Hay un médico en la catedral?

— Solamente un enfermero, pero con las manos vacías. Él también entró aquí en el último momento.

Vuelvo a ponerme en camino. El sol enciende las cosas muertas, el oro y plata de los altares, las maderas pulidas del coro, los tubos del órgano, pero no llega a iluminar los seres vivos. Éstos siguen metidos

en su negrura, anclados en su desamparo, petrificados hasta cuando andan.

El punzante deseo de evasión ya no me persigue. No me contaré entre los que saldrán esta noche a no ser que se intente una salida en masa.

Una mujer muy joven se me acerca. Lleva un bebé apoyado en su cadera derecha y arrastra un chiquillo con la mano izquierda. Mirándome en los ojos, me dice con voz rabiosa:

— Parece que no queda más leche. Me han dado un bote esta mañana, el último. Mi pequeñín se morirá de hambre. Los pechos se me secaron el día que salimos huyendo del pueblo

— ¿Por qué has venido a encerrarte aquí?

— A causa de mi marido, que es del sindicato. Los fascistas lo hubiesen matado, y a mí también.

— ¿Cuánto tiempo hace que están en la catedral?

— Yo y los niños desde el día del primer bombardeo de la aviación, pero las puertas estaban abiertas, ¿comprendes?, se podía ir y venir. La desgracia fue habernos quedado en Sigüenza. Yo quería que nos marcháramos a Guadalajara...

— Debiste irte...

— Mi marido no quería. Decía que el Gobierno mandaría tropas. Hay gente aquí que lo siguen diciendo, pero, ¿cuándo vendrán esas tropas?

— No lo sé.

— ¡Virgen Santísima!, ¿qué será de nosotros en esta cárcel donde ni siquiera hay leche para los niños?

— Ni medicamentos, ni vendas para los heridos...

— Los milicianos son los que han robado los botes de leche para beberlos con sus putas en los coches. Deberías mandar que los registren...

— ¿Por qué yo?

— Porque tú tienes mando...

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Mi marido y los demás. Si tú lo ordenas, me darán leche para el niño. Ten piedad...

La voz de la mujer ha temblado por primera vez en este diálogo inútil, y en mí también la palabra piedad abre un agujerito de luz por donde comienza a volcarse el pasado. ¡Cuánta piedad sentía por los pies lastimados de Hipólito cuando los envolvía dulcemente la víspera de su muerte! Tuve piedad de los curas que aguardaban sentados en el banco de la estación; piedad por la capillita lamida por las llamas; piedad por las manos desgarradas de Clavelín. Pero ya no me queda, y por esto le digo:

— Vete a ver a Feliciano Benito que es el comandante.

— Ven conmigo, yo no lo conozco...

— Yo tampoco lo he visto nunca.

La mirada rencorosa de la mujer dice que no me cree. Sin embargo, es verdad. Recluida en nuestro sector de la estación, salía únicamente para montar guardia en Pelegrina, en los cerros o para

los combates. Sabía que en la muy antigua ciudad de Sigüenza había hermosas iglesias, un castillo medieval y casas viejísimas que al comienzo pensé ir a ver con Hippo. Después ni me acordé. Ahora ni siquiera veo la catedral, nuestra cárcel de oro y mármol.

La mujer se ha marchado echándome a la cara: “No son ustedes mejores que los fascistas”. ¡Pobre! Ya verá si es verdad mañana o pasado cuando los milicianos se hayan ido de la catedral dejando a todos aquellos que no podrán seguirlos.

En un lugar del lado del claustro llaman a rancho. Cuatro filas aguardan junto a los calderos de donde salen garbanzos y piltrafas de bacalao saladísimo. Los hombres reclaman caldo y más caldo para mojar el pan que hay que romper con la culata del fusil.

Las tremendas palabrotas españolas estallan como petardos, destinadas sobre todo a Martínez de Aragón que nos ha metido en esta trampa, y él, en cambio, se está dando buena vida en Madrid.

El Marsellés se me acerca plato en mano.

— Es imposible tragar esta bazofia —dice—, y eso que yo no soy muy delicado para comer.

— Pasa que no han remojado lo suficiente el bacalao...

— Tenemos que economizar el agua. Ya no queda gran cosa en el pozo. Los veinte mulos que han traído los artilleros beben lo suyo.

— ¿Hasta mulos tenemos aquí? ¿Dónde están?

— En el jardín, ven a ver.

Una luz parecida a la que suele haber en los cuadros flamencos lame al sesgo los dorados de los retablos, las vestiduras de las vírgenes, las rejas de la capilla. Pasamos frente a la del “Doncel”, el

bellísimo yacente cuya fotografía en tarjeta postal guardé mucho tiempo. Se lo enseñó al Marsellés que lo mira sin gran interés.

— Es un guerrero adolescente —le digo— muerto hace cerca de quinientos años en una batalla contra los moros.

— Nosotros también estamos combatiendo contra los moros, pero nuestras tumbas no serán tan ricas, poniendo por caso que nos entierren en algún sitio. ¡Si supieras lo pesada que me cae esta catedral! Todas estas vírgenes, todos los santos, y los demás también que están vivos por fuera, pero que por dentro apenas respiran. Vámonos de aquí, dejémosles robar los cuatro jamones que quedan. Verdadera basura la mayoría.

— ¿Hablas de los paisanos?

— No, de muchos que se dicen milicianos. Los paisanos son pobres infelices que tiemblan por sus mujeres y sus críos y que siguen creyendo que los sacaremos a flote. Te digo que debemos irnos esta misma noche, antes de que los fascistas instalen alrededor un cordón de ametralladoras.

— ¿Salir corriendo a escondidas, sin consultar con los compañeros que han estado con nosotros en el sector de la estación?

En realidad hubiese querido decirle al Marsellés que yo deseaba más que él salir de aquí porque entre estos muros me he vuelto tan irreal y tan muerta, tan petrificada y tan absurda como la imagen de Santa Librada. Y que no era tan cierto que no quería abandonar a los hombres que se quedaron en la casa del POUM por mi culpa, sino que en el fondo soy como los demás, que me siento quebrada, triturada por esas naves que suben interminablemente y por la multitud que busca en nuestros ojos la esperanza de vivir. Pero,

¿para qué abrumar al Marsellés con palabras que no sirven para nada?

— Vamos a ver los mulos.

Todavía existe el cielo. Lo había olvidado. También hay un árbol y olor a tierra mojada bajo la llovizna de otoño. Quizá llegaría a quererlos a todos los de ahí dentro si pudiese quedarme fuera y sentir en la cara el agua vaporosa. Quererme un poco a mí misma también, dejar de pensar en los heridos que hemos abandonado en la casa del POUM. No es culpa mía. Sí, es culpa mía.

No había que creer en los dos mil hombres que vendrían a recuperar la ciudad. Pero yo no creía. Deja de revolver. Basta, ahora estás mejor. Tienes que asumir la catedral con todo lo que contiene. Y los mulos están bien donde están, al cuidado de dos soldados de verdad. Pero, ¿por qué haberlos traído a la catedral?

— Marsellés, ¿no te parece absurdo haber encerrado aquí estos mulos?

— Ni más ni menos idiota que los camiones y los coches repletos de gasolina. Todo esto forma parte del plan estratégico de Martínez de Aragón. Traidor o leal, lástima que no esté aquí para hacer frente a su invento. Pero nos estamos empapando, vamos adentro a ver lo que pasa.

Pompeyo Diez, el muchacho dinamitero que no suelta su macuto hinchado de cartuchos, viene a nuestro encuentro.

— Hace rato que los estoy buscando. Hay novedades. Los fascistas están tramando algo. Vengan a ver.

Por la tronera abierta en el parapeto levantado frente a una de las puertas laterales que no se cerró desde el comienzo, miramos uno tras otro.

— Bueno —dice el Marsellés—. Yo creo que traen un cañón.

— Lo mismo creo yo —confirma Pompeyo—, y lo van a emplazar frente a la puerta mayor. Pero todavía no está ahí ese cañón...

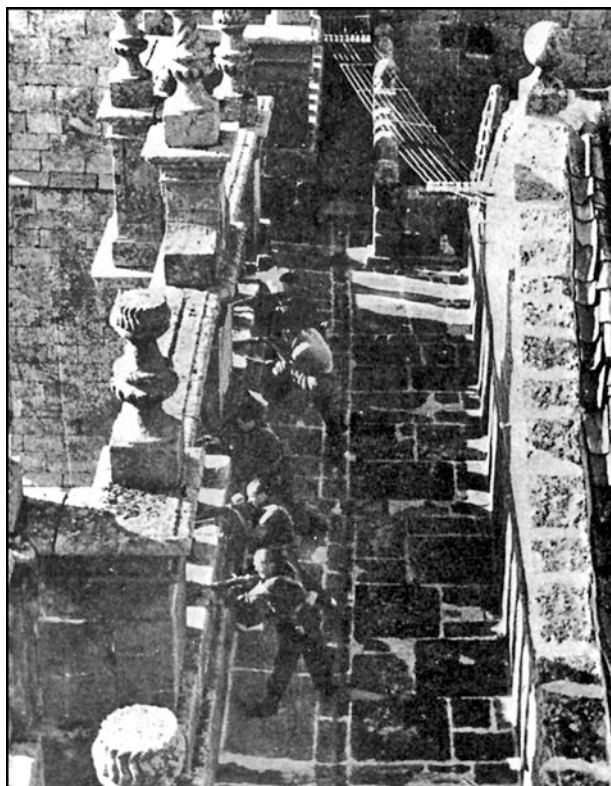
— Estará dentro de una hora, de dos horas. Tenemos que irnos, Pompeyo. ¿No crees que debemos salir esta misma noche?

— Yo estoy en contra —dice el adolescente—. Siempre nos vamos demasiado pronto de todas partes, es ésa la desgracia. Me daría vergüenza entregarles la catedral mientras nos quede dinamita, y todavía hay con que hacer miles de cartuchos.

Habla con voz pausada, sin énfasis ni arrogancia. No sé qué contestarle. El Marsellés, sí.

— ¿Y con quiénes cuentas para defender la catedral? ¿Con el hatajo de emboscados que se esconden en las capillas? ¿Con quiénes, dime?

— Contigo y el puñado de hombres que te han ayudado a levantar las losas. Todos los demás pueden irse, y valdrá más. Veinte tipos con cojones para ayudarnos, a mí y a los otros tres dinamiteros bastarán para mantenerlos a distancia. Ya tenemos un grupo que sabe llenar cartuchos. Entre tanto pueden llegar los refuerzos.



Defensa de la catedral de Sigüenza

— ¿Todavía sigues creyendo?

— Sí, creo. Madrid no puede dejarnos reventar como ratas. Vendrán aviones.

Ha sonado la señal de alarma. Pompeyo corre a su puesto. El Marsellés lo sigue. Yo me siento en el suelo porque la cabeza me da vueltas y la náusea me llena la boca de agua salada. La nave mayor se pone a girar muy despacio volteando las estatuas que están por caerse de sus nichos. Las vírgenes y los santos salen de los cuadros. Relámpagos de oro atraviesan el montón de seres grises tirados en el suelo. A mi alrededor suben y bajan olas llevando sobre sus crestas toda clase de objetos dorados. Arrastran también niños de inmensos ojos negros como los de Antonio Laborda. Van a ahogarse. Quiero agarrar uno que pasa muy cerca de mí, pero el brazo me pesa como

plomo. Ahora todo se derrumba con un estruendo de apocalipsis. El primer cañonazo hace caer un diluvio de piedras en la nave mayor. Todo vuelve a ser normal. Al menos más normal que mi sueño absurdo.

Entre la polvareda que ciega y ahoga, corro hacia los gritos de las mujeres y los alaridos de los niños. Ningún herido grave, felizmente, gracias a que toda esta gente vive tendida en el suelo o metida en los recovecos.

Mis discursos para conseguir que se vayan a lugares menos peligrosos chocan con hoscas negativas. Rodeadas de sus míseros trapos, de escupideras y jarros, las mujeres han rehecho un ínfimo cacho de vivienda que se resisten a dejar. En vano les describo el refugio seguro que será para los niños la sacristía, bastante alejada, menos fría, más recogida que esta gran nave glacial y amenazadora. Ninguna mujer se levanta. Sólo una vieja pequeñita envuelta en un mantón negro comienza penosamente a ponerse en pie. Me acerco a ella y le tiendo la mano. ¡Cosa extraña! En su rostro curtido y surcado de arrugas tan profundas que parecen entallar los huesos, brillan dos ojos de un azul límpido. La mirada que me dirige es dulce y serena.

— ¿De dónde eres, abuela?

— De aquí mismo, de Sigüenza.

— ¿Por qué no te has quedado en tu casa?

— Porque mi marido es un militante muy antiguo de la CNT, conocido en toda la ciudad. Siempre ha luchado por la Idea. Los fascistas saben de sobra quién es. Para nosotros vale más morir aquí

entre la metralla que a manos de los fascistas en las calles del pueblo, con humillación y vergüenza.

— ¿Qué edad tiene tu marido?

— Ochenta y cinco años, como yo. Ya sé que hemos vivido lo nuestro y que es hora de morir. Pero créeme, merecemos morir con limpieza y dignidad. Ahora te diré que no pienso meterme en la sacristía. Quiero ir junto a mi marido cerca de los parapetos. Deberías acompañarme para que los milicianos no me echen, no molestaré a nadie.

No había en sus palabras el menor asomo de jactancia.

— Abuela, nos prestarías mejor servicio quedándote con estas mujeres que se volverán locas dentro de unos instantes, cuando el cañón vuelva a tirar. Tienen más confianza en tí que en mí. A toda costa tenemos que evitar que haya heridos porque aquí no hay nada para curarlos. Lejos de aquí, en las dependencias de la catedral, no correrán peligro.

Un segundo, un tercer cañonazo abren una brecha muy ancha en el crucero. La nube de polvo es tan espesa que no se consigue ver nada alrededor. Esta vez el éxodo comienza sin que haga falta rogar ni ordenar. Los maridos han acudido para cargar niños y material. Algunos milicianos de buena voluntad ayudan a la mudanza. Todo el mundo se dirige hacia la sacristía y los claustros, pegado al suelo, en un cortejo de fantasmas que el espanto ha enmudecido.

Entonces me marchó en busca del Marsellés.

CAPÍTULO 3

El cañoneo cesa al atardecer. De la puerta central queda en pie un solo batiente, lo demás está destrozado. Detrás de los parapetos los hombres están tumbados como muertos. El trapo mojado que Pompeyo se ha atado en la cara sólo deja ver sus ojos. Con el macuto al hombro y cartucho en mano, recorre los puestos.

— Creo que nos dejarán tranquilos hasta mañana, pero hay que vigilar —me dice—, aunque es casi seguro que no se atreverán a dar el asalto. Le tienen miedo a la dinamita. Todavía podemos resistir varios días.

¿Cómo decirle a este ser ebrio de coraje, tan decidido a inmolarse para redimirnos a todos, que me niego a morir aplastada por las piedras de la suntuosa catedral, que en las cuentas de mi lucha esta eventualidad no estaba inscrita, que quiero irme, salir al aire libre, incluso si debo caer bajo las balas de las ametralladoras que tiran furiosamente contra los fugitivos?

Viendo pasar al Marsellés a pocos metros, corro hacia él y le pregunto si podemos salir esta noche. En tres días el hombre ha envejecido terriblemente. Su andar de mono pesado se ha vuelto aún más tardo. No le veo los ojos, pero adivino que están tan opacos y cansados como su voz.

— No, no podemos. Ya hay un montón de gente en los puntos de salida. El cañoneo decidió hasta a los más miedosos. Estoy seguro que muchos se volverán atrás en cuanto las ametralladoras se pongan a tirar, pero entretanto las horas pasan. Además, me parece mal abandonar a la Chata. ¡Pobre chica! Está herida. Un casco de metralla le abrió la pierna, justo cuando yo la había convencido de que se fuese a descansar.

Tiemblo tanto que el Marsellés debe oír el castañeteo de mis dientes cuando consigo preguntarle dónde está la Chata.

— Por ahí, en un lugar alejado, con los otros heridos, pero no vayas a verla. De nada sirve desanimarte más todavía si no le puedes ayudar.

Sé de sobra que no puedo ayudarla porque el sufrimiento ajeno me da tal angustia, un sentimiento de culpa tan punzante que no logro hacer el menor gesto para ayudar. Pero tengo que ir a ver a la Chata incluso si no puedo hacer nada por su pierna herida. El Marsellés acaba por comprender y consiente en acompañarme junto a ella, dictándome en el camino lo que debo decir y no decir o hacer, sobre todo no llorar, porque hasta una mujer tan valiente como yo es capaz de ponerse a lagrimear a deshora.

En el inmenso cuarto desnudo gris y glacial, se alinean por tierra una decena de heridos, más una mujer que ha dado a luz un niño muerto la noche pasada. Han colocado a la Chata un poco apartada, sobre un capote militar que ha prestado un artillero. Su gorro echado atrás descubre mechass de cabello empapado en sudor. Tiene los ojos febriles y las manos húmedas, pero la voz sigue conservando la sonoridad de su barrio madrileño y la misma entonación burlona.

— Es una suerte que hayas venido a verme. Yo no lo creía a causa de lo que me dijiste un día en que viniste a charlar con nosotros a orillas del charco. ¡Qué tiempos más buenos aquellos! El charco y el cante flamenco en vuestra casa. Lo recordaré siempre, un siempre corto seguramente porque la pata está muy estropeada. Deja, no la toques, yo no la miro de puro asco y miedo...

— ¿Está rota?

— Parece que no, pero hay cachos de carne que se pasean.

— ¿El enfermero ha podido hacerte una cura?

— ¡Pobre hombre! Temblaba tanto como yo, pero estuvo formidable. “No es nada, nada, te digo”, repetía sin parar mientras me lavaba la pierna con agua hervida, tratando de colocar los jirones en su sitio.

— Escucha, Chata, te estás cansando de tanto hablar. Quédate ahora tranquila, volveré esta noche...

— Aguarda un momento. Tengo que pedirte dos cosas, una para tí, otra para mí. Vete, huye, y si te salvas, vuelve a tu tierra para decirle a la gente que nos ayude. Y para mí...

Lagrimones gordos le lamen la cara roja de fiebre. Habla entre sollozos, con la boca pegada a mi oído.

— Antes de irte, pide que me rematen. No quiero que los fascistas me destrocen a patadas.

Como suponía lo que pensaba pedirme, mi respuesta fue a la vez tranquilizadora y evasiva, un poco sonriente también.

— Niña, no seas romántica. No estás moribunda, y los fascistas todavía no han tomado la catedral. Los refuerzos pueden llegar de un momento a otro...

— Esto de los refuerzos es un choteo. ¿Tú crees que alguien vendrá a sacarnos de aquí?

— ¿Por qué no? Llevamos encerrados no hace más que tres días y podemos resistir como mínimo otro tanto.

Apenas pronunciadas estas palabras, trato de echarme atrás, burlándome de mí misma.

— Soy un mal bicho. Sentada aquí a tu lado, sana y buena, hablando de resistir cuando estoy decidida a irme mañana o pasado.

— ¿Para qué esperar? Vete esta misma noche. No se me ocurriría reprochártelo, al contrario, aceptaría más tranquila mi suerte si te vas. Esta guerra nos quema los mejores combatientes. ¿Quieres que te diga una cosa? Tu marido se ha hecho matar demasiado temprano. De haber estado él a nuestro mando, no habríamos caído en esta trampa. Era un jefe, un verdadero jefe. Ahora que ha muerto y que yo también moriré seguramente, te puedo confesar que todas las muchachas estaban locas por él.

— Duerme, Chata...

— Sí, vale más que te vayas, porque me parece que estoy diciendo bobadas que una miliciana no debe decir...

¿Adónde ir para llegar al final de la noche tan larga? El tableteo de las ametralladoras me lleva hacia la escalera de la salvación, de la libertad. Si me fijo cómo proceden los que se evaden sabré lo que debo hacer mañana. Un grupo de hombres atropellados me cierra el paso. No se van, regresan. Hay entre ellos una chica pequeña,

Emma, nuestro soldadito de chocolate, que se me enreda en las piernas sin reconocirme, ciega y sorda de miedo como una liebre acosada por los perros.

Le paso el brazo por los hombros y la llevo pegada a mí para que deje de temblar hasta la capilla del Doncel, mi refugio precario y hostil de piedras y oros.

— Ahora cuenta: ¿Por qué has vuelto? ¿Cuánto tiempo estuviste fuera?

— ¡Oh! Yo estaba muy decidida a irme, pero las balas silbaban de todas partes en la oscuridad.

— ¿Hubo heridos a tu lado?

— Sí, creo que sí. Quizá muertos también, y todos estábamos como muertos, metidos en el fango, tratando a ratos de arrastrarnos para salir del cerco de las ametralladoras, pero nos localizaban en seguida. Entonces nos hundíamos cada vez más en el barro podrido que se pegaba a la boca. Es seguro que algunos han conseguido irse porque había entre nosotros gente de la región que conocía bien el terreno. Habían prometido guiarnos, pero el tiroteo ha sembrado el pánico y cada uno pensó en sí mismo.

— Emma, ¿quieres volver a empezar mañana por la noche conmigo? Estoy decidida a salir mañana. Iremos cogidas de la mano y nos quedaremos pegadas al grupo del Marsellés. Tendremos un práctico del terreno que sabe por dónde hay que marchar para llegar rápidamente al cementerio...

— No, me quedaré aquí. Ninguna muerte puede ser más espantosa que la que tuve encima fuera, rodeada de negrura, oyendo chocar las balas en los charcos, pasar silbando sobre mi

cabeza. Y con las uñas yo arañaba la tierra como una enterrada viva, casi desmayada de miedo, de frío y de asco. Llámame cobarde si quieres...

— No, pequeña, al contrario. Hace falta mucho valor para quedarse aquí entre los obuses esperando hacerse matar, o lo que quizás es todavía peor, rendirse...

— Aquí no estoy sola, a ver si comprendes. No tener a nadie al lado es lo que cambia el peligro en una certidumbre negra de morir. Si estás sola, sólo a ti puede tocarte, es a tí a quien apunta y es seguro que te dará. Entonces uno se arrastra para volver hacia los demás, no sé si me comprendes.

— Claro que te comprendo. Vete ahora a cambiar de ropa y tomar algo caliente. Trata también de dormir.

Yo también debo dormir para no estar agotada a la hora de salir, pero antes tengo que encontrar al Marsellés. Comprobación poco halagüeña para mi amor propio. Dependo demasiado de él desde que estamos encerrados en la catedral. Le dejo todas las iniciativas y me pongo, por decirlo así, bajo su protección. De no haber sido por él que me obligaba a correr, me habrían matado en las calles de Sigüenza. Ahora sigo esperando de él la salvación, incapaz de decidir nada por mí misma, como si los tres días de encierro me hubiesen anulado la voluntad y el pensamiento.

Al sacar del bolsillo el reloj de Hippo para mirar la hora, una especie de corriente eléctrica onduló con trazos de relámpago detrás de mi frente. En sus tramos luminosos se inscribió un nombre, Esquel. Hippo habla comprado este reloj en Esquel, bonito pueblo de la precordillera de los Andes, en la Patagonia. Recuerdo que le pagó quince pesos a un comerciante druso que pasaba por ser tan hábil en

negocios como en el manejo de la carabina. Contaban que en su boliche de la Cordillera había matado a dos asaltantes y enterrado los cadáveres bajo el piso de la cocina.

El reloj de Hippo me recuerda también el inmenso lago Futalaufquen, de un verde más verde que los lagos de leyenda, abierto en los flancos de los Andes, bordeado de árboles gigantescos. Podíamos haber vivido en sus orillas porque el Gobierno argentino concedía allí gratuitamente diez mil metros cuadrados con la única obligación de construir dos piezas de ladrillo en el terreno. Fue la tentación más fuerte de toda nuestra vida. Pero desde mucho tiempo atrás nos habíamos impuesto otro destino: el de luchar por la revolución. Y aquí está esta revolución de la que estoy por desertar, porque la catedral me oculta su rostro exaltante detrás de esos milicianos apocados, esas campesinas agresivas rodeadas de niños hambrientos.

Sí, es fácil luchar en plena pelea, pero el combate recogido en este recinto de sombras, bajo las bóvedas que se nos estén cayendo encima, exige un valor que estoy decidida a aprender. Entonces, no me voy.

Al pie de los parapetos levantados frente a las puertas y ventanales de la fachada los centinelas acechan. Al lado de cada uno hay una pila de cartuchos. Me reciben alegremente.

— Toma, creíamos que te habías ido. Pompeyo dijo que no querías quedarte. De verdad es idiota quedarse, pero está el orgullo y también la dinamita. Llega a ser un vicio cuando uno aprende a tirar los cartuchos. Y los fachas les tienen miedo. Hasta tuvieron que llevar más atrás el cañón. Si vieras a Pompeyo saltar el parapeto para recoger un cartucho que quedó corto y volverlo a tirar a pecho

descubierto se te pondría la piel de gallina. Ninguno de nosotros se atrevió todavía a hacerlo. Pero parece que Pompeyo aprendió de pequeño a andar con la dinamita. Es minero, hijo y nieto de minero.

— Matamulos también es un punto fuerte en esto de la dinamita, pero el hombre ya está viejo y pesado para ponerse a saltar parapetos. Eso sí, te lía los cartuchos a una velocidad de máquina.

— A ver, niños, ¿hay aquí algo de beber?

— Claro que hay y de lo mejor, arrancado a punta de fusil a los tipos de la Intendencia. Verdadero coñac, compañera, no el matarratas que nos querían dar. Puedes beber hasta hartarte, tenemos dos cajas.

— ¿Saben por dónde anda el Marsellés? Pensé que estaría aquí.

— Siempre está, pero ahora le toca dormir. ¡Vaya tío este francés! Tu marido también era francés y murió por nuestra revolución. Bien mirado, deberías salir de esta maldita catedral y volver a tu país para explicar a los obreros que estamos luchando a puro coraje, sin armas, sin nada, y que si perdemos ellos pagarán cara nuestra derrota.

Entre los milicianos que me rodean reconozco a Manolo, un chico muy joven que formaba parte de la pequeña columna que mandaba el Maño. Entonces le digo que me sorprende no ver aquí a su jefe.

— No, no está aquí. A pocos metros de la catedral gritó:

“¡Sálvese quien pueda!”, y salió corriendo camino del polvorín. Dos o tres de los nuestros lo siguieron, yo no pude a causa de mis pies planos.

— Y de una buena ración de cerote, como todos nosotros — sugiere uno de los más viejos—. De escucharnos, ningún español tiene miedo de morir, pero cuando las balas silban muy cerca cada uno trata de salvar el pellejo, fuera de algunos tipos como Pompeyo, el comandante Hippo, el Marsellés y hasta ésta —dice apuntando hacia mí el mentón.

Y se estaba olvidando del Maño, un niño que ya sabe todo el latín de la guerra.

— ¡Aquí llega el hombre! —grita Manolo.

El Marsellés avanza a largos trancos cortos como si llevase a la espalda una carga muy pesada. Bajo su brazo derecho asoma un paquete blanco y de su mano izquierda cuelga un tremendo jamón. Al llegar a nuestro lado se explica en un español aproximativo:

— Hurgando en la ropa encontré toallas. Nos servirán mucho a la hora de los obuses. Del jamón les diré que se hallaba solito en un agujero muy escondido. A todos los que me pedían les dije que vinieran a comerlo aquí, entre dos vueltas de cartuchos. Rápido, un especialista y un buen cuchillo. Cada uno tomará su parte y la comerá a su antojo. No vale la pena que dure mucho, a no ser que se resuelva salir esta noche.

— ¿Tú piensas irte? —pregunto en voz muy baja al Marsellés.

— Quizá no esta noche. Da no sé qué abandonar a Pompeyo.

— ¿Piensas que él sigue creyendo en las tropas de refuerzo?

— Ni siquiera eso. Sigue luchando por vergüenza, por orgullo, si prefieres. La historia del Alcázar de Toledo lo persigue. Hace falta un Alcázar para los rojos, piensa. Se ha trazado toda una estrategia para

el combate a pura dinamita. Uno acaba por convencerse y tener vergüenza de huir.

— A condición de quedarme en vuestro grupo y poder ayudar, yo también renuncio a irme esta noche.

No bien me salen estas palabras de la boca cuando siento haberlas pronunciado. El Marsellés me aprieta el brazo mirándome fijamente. Debo explicar a qué se debe esta decisión repentina de quedarme, antes de que este hombre se imagine que me creo Juana de Arco, o que ya ni sé lo que quiero o que tengo simplemente miedo de irme sin él.

— ¿Quieres que te diga por qué me quedo?

— Por solidaridad, probablemente

— También. Pero no únicamente. En el puñado de hombres que luchan a muerte junto a Pompeyo encuentro de nuevo nuestras cálidas jornadas de la estación, esa revolución en estado puro que el rebaño acobardado de la catedral me quita a cada instante. Por primera vez desde que hemos entrado aquí tengo la cabeza clara y los pies firmes. Necesito solamente dormir unas horas. Después vendré a ayudar.

— Corre a dormir, porque los obuses no tardarán en volver.

Ya son las seis de la mañana, pero la noche tarda en abandonar la catedral. Estamos en octubre. El mes de nuestro paseo ritual por el bosque de Fontainebleau con Marguerite y Alfred Rosmer. No había que ir demasiado temprano ni demasiado tarde, sino exactamente cuando la sinfonía roja y dorada del otoño estaba en su apogeo. De una revolución fallida a otra revolución traicionada, en 1933 la de Alemania, en 1934 la de Asturias, la vida en Francia, entre las

interminables discusiones sobre el apoyo incondicional a la Unión Soviética y las revistas de oposición de izquierda, se insertaba el calendario de las estaciones: marzo—abril, junquillos; mayo, muguet; agosto, vacaciones, y octubre, los bosques de oro.

Mi calendario español tan corto incluye fechas fulgurantes y dolores atroces: 18 de Julio, comienzo de la revolución; 16 de agosto, muerte de Hippo en el combate de Atienza. El mes de setiembre contiene la batalla de Sigüenza. El 8 de octubre, a mediodía, un obús de mortero le parte el corazón a Antonio Laborda, y pocos momentos después abandonamos nuestra casa fortificada dejando allí nuestros muertos y heridos, creyendo alcanzar una salida de la ciudad.

Unos gritos atenuados por la distancia llegan hasta el claustro donde yo pensaba dormir. Con el dedo en el gatillo de la pistola, corriendo todo lo que puedo, oigo repetir una frase, siempre la misma: “No tirar, no tirar...”

Un hombre agitando un banderín blanco está parado a pocos metros de la puerta grande. Visiblemente es de los nuestros, no sólo porque su mono descolorido y desgarrado en los codos, le da trazas de miliciano, sino a causa de su aire humillado. El banderín blanco sube y baja con ritmo irregular, como si el brazo que lo sostiene se moviera con dificultad. En la claridad grisácea de esta aurora de otoño, los rasgos de su rostro aparecen desdibujados. Cuando callan los gritos se escucha la voz del hombre.

- Dejarme acercar, traigo un mensaje.
- ¿De quién? —pregunto yo.
- Del comandante de las tropas que ocupan la ciudad...

— Avanza entonces...

— No, quiero que alguno de vosotros venga a buscarme.

— Es una trampa, que nadie se mueva, quiere hacernos asesinar...

— ¡A callar vosotros, hatajo de cobardes! —grita un joven del grupo de Pompeyo—. Con tanto chillido van a asustar a las mujeres. Y tú, el mensajero, acércate, no tengas miedo, nadie tirará.

De repente, el hombre del banderín se pone a correr hacia nosotros, pero se detiene frente al parapeto que se levanta detrás de la puerta grande. Se ve que no tiene fuerzas para escalarlo. Dos hombres acuden a socorrerlo y le ayudan a trepar. Otros dos esperan abajo y lo recogen en sus brazos. El hombre queda agarrado a ellos, temblando y sollozando.

Con su andar de oso cansado, el Marsellés se acerca y le pone el gollete de una botella de aguardiente entre los labios. El hombre bebe a grandes tragos y se deja caer al suelo como un títere desarticulado.

El servicio de orden apostado presurosamente frente a los accesos de la nave mayor rechaza a una decena de mujeres que acuden a saber noticias. Tampoco se deja acercar a los hombres que han abandonado los piquetes de guardia. El privilegio de escuchar el mensaje se concede únicamente a los que asumen la defensa de la catedral a golpes de dinamita.

— ¿Te han dado un papel? —pregunta despacio un viejo que lleva calado hasta las cejas el gorro rojinegro de los cenetistas.

El hombre hace señas que no con el índice de la mano izquierda como si llevase todavía el banderín blanco en la derecha.

— ¿Quieres otro trago? —susurra en el oído el viejo anarquista.

Ahora el hombre se pone a hablar.

— Han rematado a nuestros heridos en el hospital. Cuando acudieron sus oficiales, ninguno quedaba vivo, y los asesinos no eran moros, sino españoles. En el hospital estaba mi sobrino herido de un casco de metralla la misma mañana del bombardeo que arrasó la ciudad. No estaba en las milicias. Lo llevé al hospital cargado a la espalda. Ahora está muerto como los demás...

— Rápido, el mensaje, —le interrumpe Pompeyo—. Contará el resto después.

— Exigen que la catedral se rinda mañana antes de las nueve. Los hombres deben salir por una puerta lateral sin armas, con los brazos en alto. Si aceptan estas condiciones tendrán asegurada la vida, ha dicho el comandante. Hasta lo dijo dos veces y me ha hecho repetir sus palabras. A mi entender, le tienen miedo a la catedral. Los soldados no duermen en la ciudad. Por la noche se retiran a las colinas dejando una guardia alrededor del cementerio.

— ¿Tienes idea de la cantidad de tropas que hay en Sigüenza? —pregunta el Marsellés.

— Unos cuatrocientos hombres. Se lo oí decir a un sargento de Intendencia que contaba las raciones.

Completamente repuesto, el mensajero trata de contestar a las preguntas que vienen de todas partes.

— ¿Dónde estabas cuando te detuvieron?

— En mi casa, soy de aquí. Registraron todas las casas. A mí no me encontraron ningún arma. Es verdad que nunca tuve, como tantos otros.

— ¿A qué columna pertenecías?

— A la de ferroviarios.

— ¿Qué organización?

— UGT, partido socialista, de siempre.

— ¿No crees que tu jefe, Martínez de Aragón, es un traidor? Es él quien nos ha metido en esta ratonera...

— No creo que sea un traidor. Un pobre hombre sin experiencia de la guerra, sí, pero no un vendido.

Sentada en el suelo al lado de Pompeyo, no hago preguntas. Mi cabeza trabaja rápida, como cada vez que debo tomar una decisión urgente. ¿Hay que aceptar las condiciones? ¿Qué vamos a contestar? ¿Cómo ganar tiempo? ¿Cómo presentar la situación a todos los que nos miran a distancia, inmovilizados por el servicio de orden como si no se tratara también de su pellejo? ¿Tenemos derecho nosotros, el puñado que está aquí, y al que nadie ha dado ningún poder, a tomar decisiones que atañen a la vida de todos? Y yo misma, ¿debo irme esta noche?

La mirada del mensajero se detiene largamente sobre mí. Se diría que trata de identificarme. De pronto parece saber quién soy.

— ¿Eres tú, verdad, la mujer que mandaba la casa del POUM? No te he visto más que una vez, el día del tren blindado, pero no creo equivocarme. Entonces, no te entregues. Los demás, no todos, porque llegarán a descubrir a los más importantes, puede que salven

la vida, pero tú no. Te han buscado por todas partes y han preguntado miles de veces por ti.

— ¿Qué saben de mí?

— Más de la cuenta. Han encontrado una cantidad de papeles que escribías sobre nuestra guerra.

— Entonces saben también que soy extranjera.

— Extranjera y todo, si caes en sus manos te matarán de una manera espantosa porque te hacen responsable de la muerte de esa mujer que apareció acribillada de balas en la carretera de Imón. Y esa mujer era alguien muy importante, una falangista de categoría que espiaba en toda la zona. Varias personas del pueblo la vieron entrar a la estación una noche en que tú estabas. El muchacho y la chica que habían montado un puesto de auxilio cerca de vuestra casa han debido de informarles detalladamente...

— ¿Quién, Tati y Pepe?

— Sí, esos dos, tan monos, tan cariñosos, dos fascistas que sacaron en seguida la camisa azul y comen todos los días con el comandante.

Un chorro de saliva amarga me sube a la boca. Me reprocho la confianza que su sola belleza hizo nacer en mí. ¿Habrán dejado rematar a nuestros heridos? Despego los labios para preguntar, pero no pregunto.

Ya está. Hemos despachado al mensajero. Debe decir al comandante que estamos obligados a someter las proposiciones de rendición a las diferentes organizaciones de milicias, y también que nos las den por escrito, debidamente firmadas, el día siguiente.

Las horas pasan sin obuses. Aprovechamos la tregua para poner al corriente del mensaje al mayor número de milicianos y paisanos. Entre los hombres hay opiniones distintas. Los más combativos, que son también los que corren mayor riesgo, piden una reunión de responsables. La mayoría de las mujeres aceptan la rendición. ¿Y yo? Yo me iré mañana. ¿Por qué esperar un día más? La respuesta es vaga, pero puede valer: para quedarme el mayor tiempo posible con el grupo de Pompeyo, para compartir su suerte hasta el extremo límite del peligro. De paso, rápidamente, me digo que es una cuestión de prestigio, que me cuesta desmerecer ante los más valientes.

— Ven, te están esperando en la reunión. Hace un cuarto de hora que ando detrás de ti. Los otros no quieren comenzar sin ti.

Sigo al muchacho, casi un niño, que lleva a la espalda un macuto lleno de cartuchos de dinamita. De seguro no tiene más de quince años.

— ¿Formas parte de la reunión?

— Sí, todo el grupo de Pompeyo podrá discutir. Yo creo que podemos seguir resistiendo varios días. Los que quieren rendirse pueden irse, más bien nos estorban. Vale más quedar entre nosotros, ¿no te parece?

— Veremos lo que dicen los otros, la mayoría debe decidir. No olvides que nuestros heridos también cuentan.

El ruido sordo de voces que se alza junto al gran parapeto parece el zumbido de un enjambre furioso.

— Debemos seguir defendiendo la catedral mientras nos quede dinamita. Hay que demostrarles que nuestros cojones valen tanto como los de los tipos del Alcázar de Toledo...

— Y dale con el Alcázar... No comparen este cubil desgraciado donde dentro de dos días no habrá qué comer ni beber...

— Dentro de dos días, la columna de auxilio vendrá...

— Así que sigues creyendo...

— No creemos nada, no sabemos nada, pero no hay que rendirse. Mejor hacer volar todo esto...

— No se trata de rendirse. Es posible que una mayoría acepte la rendición, pero esos tipos no cuentan para la decisión que debemos tomar aquí, entre nosotros...

— ¿Qué propones entonces?

— Propongo —dice el Marsellés— que salgamos mañana, con los dinamiteros al frente, formados y resueltos a combatir. Nadie está obligado a seguirnos, y hasta apuesto que no seremos muchos al otro lado de la pared donde desgraciadamente habrá que esperar largo rato hasta reunirnos.

— Marsellés, estás soñando. Solamente pueden salir dos hombres a la vez.

— Hay que fabricar a toda costa varias escaleras más. Hasta mañana queda tiempo. Llegados a lo alto del muro, los hombres se quedarán un momento tendidos antes de dejarse caer del otro lado. Lo más duro será la espera, ya lo sé, cuando las ametralladoras se pongan a tirar.

Pompeyo no ha dicho nada hasta aquí. Muchas miradas se vuelven hacia él buscando su parecer. Con voz lenta y clara lo da.

— Yo no puedo impedir a nadie que se vaya. Incluso si Matamulos y los otros dos dinamiteros deciden irse, no lo tomaré a mal. Yo me quedo. Cuatro días de resistencia es demasiado poco para nuestro honor de combatientes. Debimos salir la primera noche, se podía. Las informaciones del mensajero confirman que el camino estaba todavía libre. No lo hemos hecho, decimos, porque nuestros grandes jefes se oponían. La verdad es que teníamos miedo. Los grandes jefes también tenían miedo. Les pareció menos peligroso escaparse solos, a escondidas, al día siguiente. Allá ellos.

Envuelto en su coraje soberbio, el adolescente no ve ni oye lo que nos rodea: esta catedral lamentable, su cargamento humano transido de miedo y de hambre, las mujeres que no encuentran comida para sus hijos, los heridos que se pudren por falta de cura, los emboscados que acechan nuestras flacas provisiones. Ha asumido por sí solo la salvaguardia de nuestro honor de combatientes. Es muy bello, pero yo no lo puedo seguir, la aventura me queda grande, o quizá no consigo ignorar a los fantasmas errantes o yacentes que esperan una liberación, cualquier liberación, vergonzosa, miserable, mortal. Yo también espero una, pero la mía depende de mí misma. Puedo seguir el juego hasta el fin y pegarme un tiro cuando haga falta, o irme aceptando el riesgo de que me maten al otro lado del muro, en la oscuridad, en el fango, entre las viejas tumbas del cementerio.

Nada nuevo en esta alternativa. Estaba planteada desde el primer día y en los mismos términos. Está de más decir nada a los otros. Miro la hora en el reloj de Hippo. ¡Si él no se hubiese hecho matar, también él por el honor! No por el honor, sino para ganar la

confianza y la obediencia de estos hombres para quienes la máxima cualidad humana es el valor físico que se demuestra desafiando erguido, con la cabeza alta, la muerte que salta entre las balas. De haber vivido habríamos ganado la batalla de Sigüenza porque él sabía todo del arte militar. Se dedicó a aprenderlo desde la edad de dieciocho años, cuando eligió servir la revolución.

Curioso. Es la primera vez que el recuerdo de Hippo me apacigua y quizá también me absuelve.. Ahora puedo ir a ver a la Chata.

Hubiera valido más no entrar en este recinto gris que huele a muerto. Al enfermero inclinado junto a una mujer que está vomitando, le pido noticias de la Chata.

— Su pierna está perdida. De poderla amputar, viviría, pobre chica. Pide sin parar que la rematemos. No le digas sobre todo que la catedral va a rendirse. Yo quisiera ver aquí a los grandes héroes que siguen hablando de resistencia. Yo no puedo hacer nada, ¿me entiendes?, nada por nadie. No tengo nada, ni alcohol, ni vendas, ni siquiera un sello de aspirina. Y soportar días enteros los gemidos, los insultos, los sollozos de todas estas mujeres me vuelve loco.

Imposible ir a ver a la Chata, se me acabó el valor. De nuevo se me ha llenado la boca de saliva amarga y las manos me tiemblan. “Ya está bien —me digo en seguida—. Acaba con tu flojedad, deja de escucharte, revienta, pero ve a hablar con la Chata. Cuéntale mentiras, inventa palabras de consuelo”.

— Buenos días, niña...

— ¡Oh! Te creía ya fuera, pero estoy contenta de que todavía estés aquí. Dime, ¿es verdad que los fascistas mandaron un mensajero exigiendo que la catedral se rinda?

— Es verdad, pero no habrá rendición. Para ganar tiempo hemos devuelto el mensajero. Debe traernos mañana, por escrito, las proposiciones del comandante fascista. Y mañana o pasado puede haber novedades para nosotros. Se oyen cada vez más cerca ruidos de combates. Es posible que los nuestros estén ganando terreno y que por esto los fascistas prometen dejarnos con vida si nos rendimos.

Una vez recitada mi historia con voz firme y tranquilizadora, tengo prisa por cambiar de tema:

— ¿Te duele mucho, Chata?

— No demasiado, menos que al comienzo, como si la pata estuviese muerta. Hasta huele mal. De seguro habrá que cortarla si los nuestros llegan a tiempo, antes de que la podredumbre suba al corazón. Para colmo de desgracia, es la pierna izquierda, la del lado del corazón. Por suerte duermo mucho. Hay una viejecita que viene a verme muchas veces. Es ella la que me ha lavado esta mañana. Después me cantó nanas muy bonitas...

— ¿Quieres que me quede otro rato? Me parece que tienes sueño.

— Vete. Es malo para el ánimo estarse aquí, pero espera un minuto, tengo que darte una cosa.

Del bolsillo de su mono saca un sobre, lo pone en el suelo entre las dos y comienza a quitarse el reloj de pulsera, pero se detiene pensativa.

— No, el reloj no, dicen que es mala señal, que trae desgracia. Yo no lo creo, pero no importa, vale más que me lo quede. No vale gran

cosa, pero le tengo cariño. Lo compré con mi primera paga. Bueno, no se hable más. Ahora puedes mirar lo que hay en el sobre.

Hay su fotografía de miliciana con el gorro airosamente terciado, el fusil cruzado a la espalda, una ancha sonrisa. La segunda foto es de primera comunión.

— Mi madre me pidió que la trajera. ¡Pobre mujer! Lloró mucho cuando me fui al frente...

En la tercera y última fotografía, la Chata está sentada entre dos chiquillos. Detrás está parada una mujer muy morena de unos cuarenta años.

— ¿Verdad que son guapos mis hermanos? Mi madre parece vieja. Es a causa de la vida de perros que lleva.

— ¿No tienes padre?

— No, murió tuberculoso. Yo lo conocí siempre enfermo. Era un hombre instruido y un verdadero anarquista. Riñó mucho con mi madre por lo de la comunión, pero ella se salió con la suya. Yo también la quería por lo del vestido blanco y el velo, como todas las chicas, claro.

— ¿Eres creyente, Chata?

— No creo en los curas pero la Virgen María es otra cosa. Bueno, toma ahora las fotos y este papelito. Si llegas un día a Madrid, le llevas todo esto a mi madre. La dirección está escrita en el sobre. No leas el papel, está lleno de faltas de ortografía. Di a mi madre que te entregué este sobre en vísperas de un combate... Bueno, inventa lo que parezca mejor para que la pobre no pierda la esperanza de volver a verme. Ahora vete.

Por las lágrimas que ella trata de contener apretando muy fuerte los párpados comprendo que no cree en mi historia de la columna que puede venir a salvarnos, que ya no cree y que ha hecho como si creyera desde el comienzo.

— Hasta luego, mi niña.

— No vengas más, esto es muy feo.

La larga marcha que he emprendido para reunir a los milicianos del POUM me lleva hasta el polvorín —había olvidado que teníamos también pólvora— donde cuatro de los nuestros montan guardia. Les digo que estén listos para salir de la catedral mañana por la noche. Entre ellos hay uno que dice conocer algo los alrededores. Es un madrileño, un joven militante de la organización en quien se puede confiar.

— ¿Saben ustedes cuántos de los nuestros quedan aquí?

— Unos treinta quizás. Algunos se fueron la primera noche. Es seguro que éstos salieron bien del paso porque todavía no había ametralladoras. Todos debíamos de haber salido. Ningún compromiso nos obligaba a quedarnos en esta tumba. Fue una idiotez hacer caso a Feliciano Benito. Total, el hombre se marchó el día siguiente.

— Sí, ya lo sé, tienes razón. Yo también quería irme la primera noche, pero hablemos de mañana. Tú, Sebastián, que conoces la región, no te apartes de nuestro grupo cuando estemos abajo aunque sea larga la espera hasta que se forme la columna.

— Puras ilusiones, no habrá columna. Cada uno se irá por su cuenta cuando las ametralladoras se pongan a tirar. La primera noche...

— No se hable más de lo que pudo ser. ¿A tu juicio no habrá medio de defendernos juntos?

— Ningún medio. Ya será mucho si podemos permanecer juntos, cuántos, no sé, sin que nos maten o nos matemos entre nosotros a oscuras.

— De todos modos, hasta mañana a las ocho de la noche junto al muro. Pasen la consigna a los demás compañeros. Pónganse tres pares de calcetines de lana y alpargatas en vez de botas. ¿Cuántos cartuchos tiene cada uno?

— No más de diez por fusil. Como quien dice, nada.

¿Cómo he podido contarme esta historia de salida en columna de combate, pensar en una resistencia a ciegas? Sin contar, como dice Sebastián, el pánico, la desbandada inevitable. No vale la pena de ir a quebrar las ilusiones de los que todavía creen en el plan. Lo esencial es la decisión de partir mañana.

A fuerza de recorrer la catedral, descubro unos veinte de los nuestros. Todos saldrán mañana. Entre ellos está Chuni, el joven pastor extremeño que vigila, él solo, una alta ventana lateral. Dinamitero y vigía, está encaramado en una pila de reclinatorio para trabajar mejor, dice. Tira los cartuchos con honda, como los guijarros que lanzaba en sus montañas para juntar el rebaño.

— ¿Sales con nosotros, Chuni?

— Sí, y se lo he dicho a Pompeyo y a los demás que quieren seguir resistiendo. Nos queda dinamita para una semana. ¿Y después? Los fascistas no necesitan tomar la catedral por asalto. Les costaría muy caro. Ni siquiera hace falta que la echen abajo como lo están haciendo tontamente con sus obuses. Pueden esperar, nada más

que esperar y nos veremos obligados a abrirles las puertas cuando no nos quede ni una gota de agua para beber.

— ¿Llevarás cartuchos?

— Sí, nunca se sabe, puede servir y también hacer daño. A toda costa debemos quedarnos juntos, al menos los del POUM. Lo más importante son los guías que tienen que sacarnos fuera del terreno de los fascistas antes del amanecer. Si no, todo fallará y estaremos obligados a correr cada uno por su lado para esperar de nuevo la noche. Los cartuchos pueden servir si caemos sobre una patrulla.

— Hasta mañana, muchacho, no olvides ponerte alpargatas.

Reducida a sus justas proporciones, nuestra salida será una evasión sin pena ni gloria, cuyo resultado depende en primer término de los guías. De los guías, sí, pero antes habrá que quedarse bajo el fuego de las ametralladoras esperando juntarnos. “Escucha —me digo—, ya nada depende de ti. Deja entonces de darle vueltas a la partida y vete a ver si han fabricado nuevas escaleras y busca algo de comer porque te estás cayendo de debilidad”.

Lo de las escaleras es un fracaso. La primera solamente es sólida la que nació escalera y seguirá sirviendo mucho tiempo para subir a los muros y a los árboles. Los dos abortos de escalera hechos de trozos de tablas y cuerdas podrán servir quizá para chicos muy ágiles, pero no para mí. Me lo dicen y no lo tomo a mal.

En vísperas de dejar la catedral, habiéndola recorrido a lo largo y a lo ancho en busca de los milicianos del POUM, veo que cada punto peligroso está sólidamente vigilado. Debo corregir entonces mis malas impresiones del comienzo. Estos hombres son los mismos que durante los diez días de la batalla de Sigüenza permanecieron en sus

puestos de combate. Los otros, aquellos que aparecen solamente a la hora de comer ya habían buscado refugio en la catedral mucho antes de la jornada sangrienta del 8 de octubre. Éstos podrán quizá rendirse sin gran peligro. El fusil no ha dejado rastros en su hombro ni sus manos huelen a pólvora. La gente de la ciudad los ha visto sobre todo gastar las diez pesetas de la paga en las tabernas y cortejar a las muchachas del lugar.

Los otros, campesinos, gente no enrolada en las milicias, llegados de las aldeas que los fascistas ocupaban en su marcha hacia Sigüenza, quizá peligren más si han actuado como antifascistas. Muchos de ellos se irán mañana dejando mujer e hijos. Otros ya se han ido.

Me entero de todo esto a fuerza de andar y de hablar con unos y otros. Las mujeres se muestran menos agresivas que al comienzo, posiblemente porque se les da un poco más de comida para los niños y porque el cañón no tira.

Ahora necesito aire y cielo. Los encuentro junto al muro de la liberación y también un extraño cuadro evocador de esos antiguos lienzos de crucifixión que abundan tanto en los museos.

Sin embargo, no hay cruz, y ninguno de los hombres que estén atando cuerdas a la escalera apoyada en un árbol se parece a Cristo. Pero hay el aura, un cielo chato pegado a las cosas y a los personajes, un cielo gris deslavado, casi blanco, como una sábana tendida, y el silencio y los contornos geométricos de este rincón de tierra donde sólo las piedras han crecido. Hay también tres ojivas lejanas de un claustro y nada más que un ciprés frente a la última ventana.

La bruma se pone a borrar despacio mi cuadro. Las ojivas ya casi no se ven. Únicamente los primeros planos conservan todavía sus perfiles. Se ha puesto a lloviznar sin que yo me diera cuenta. Hay que volver adentro, no enfriarse, no pescar un catarro.

¿Dónde encontrar algo de comer? Hubiese valido más aceptar la parte de jamón que quería darme el Marsellés. A lo mejor alguien tiene todavía. ¿Y para mañana, para el camino? ¿Para qué camino? Debemos llegar a nuestras líneas antes del amanecer. Lo primero, no hacerse matar a la salida. “Ya está bien, no te pongas a trazar planes. Lo que necesitas ahora es comer y dormir. Vete a buscar al Marsellés detrás del gran parapeto, pero no te pongas a hablar con los otros de la salida. Harán lo que quieran”.

Pasa que no tengo ganas de comer jamón. Lo que me hace falta es una taza de té muy fuerte, muy caliente, con mucho azúcar, como en París cuando regresaba empapada y rendida de mi vuelta por los quioscos para colocar nuestra revista *Que Faire?* Bueno, basta de soñar, aquí no hay té. Hay pan duro, aceite y quizás azúcar. A lo mejor puedes comer picatostes.

Junto a los calderos vela un campesino viejo. Le explico que tengo ganas de picatostes.

— No sería mala idea si se pudiese cortar el pan en rebanadas, pero es tan duro que se quiebra. Se me ocurre una cosa: vamos a freír los trocitos de pan, los mojaremos con café y azúcar y tendrás migas.

Mientras cuece la extraña mezcolanza, hablamos de nuestra guerra, de su aldea, Alcolea del Pinar, en manos de los fascistas y de sus ideas políticas. Él es socialista, lo ha sido siempre. No, no podía quedarse en su pueblo a causa de su actividad en el sindicato. Por

suerte, su mujer no está aquí, se encuentra en Guadalajara, en casa de los hijos. Sí, se irá mañana, aunque sabe que el peligro es grande.

Las migas resultan claras de café, pero están calientes y muy dulces. Cuando termino de comerlas me siento mejor. Ya no vale la pena ir a buscar al Marsellés para hablar de la salida. La conversación me quitaría el sueño. Nos queda el día de mañana. Sobre todo, no seguir hurgando en mi rechazo de la catedral. Yo no la quería ni la quiero. Pero, cuidado, todo no es negativo en la voluntad de Pompeyo de seguir defendiéndola por nuestro honor de combatientes. ¿Incité yo a los milicianos del POUM a quedarse en Sigüenza nada más que por nuestro honor de combatientes? ¿Sabía que los arrastraba a una aventura heroica, pero desesperada? “Escucha, deja de hurgar o ya no dormirás”.

No, debo encontrar una respuesta que justifique mi rechazo de la catedral, de mi negativa a quedarme aquí, que me absuelva. Quizá. Siento que no se trata de un rumiar gratuito, de una andanza intelectual en busca de móviles ocultos, sino de un verdadero ajuste de cuentas conmigo misma.

Vamos entonces. ¿Creía yo Sigüenza perdida la noche del discurso de Martínez de Aragón, cuando los tipos que venían de refuerzo se escaparon en el tren destinado a las familias de los milicianos? No, porque nuestras tropas estaban combatiendo en las puertas de la ciudad sostenidas por una batería. Y las órdenes de Madrid eran terminantes. Había que resistir a toda costa, una columna de dos mil hombres vendría a reforzarnos. El Ejército fascista se acercaba a Madrid. Abandonar las posiciones sin combatir hasta el fin desmoralizaría a los milicianos que seguían luchando en la Sierra.

Entonces, había que quedarse. Los dos mil hombres tardaban, pero un bonito avión había venido, y también un tren blindado. Después llegó la costumbre, la solidaridad cálida que forjaba el combate, la instalación optimista en los tiroteos diarios creyendo mantener al enemigo a distancia. Luego cayeron sobre la ciudad los veintitrés aviones que se cebaron en la ciudad y los otros del 8 de octubre y los obuses de los morteros pesados y las tropas enemigas que llegaron a las calles.

Esta es la historia de nuestros diez días de resistencia en la ciudad de Sigüenza cumpliendo la ley de la guerra. Ahora la catedral. Quizá pueda resistir tres o cuatro días más. Después se rendirá o será tomada. Ya es medianoche. Tengo que dormir. Mañana me iré.

El mensajero ha regresado trayendo por escrito, con la firma del comandante fascista, las condiciones para la rendición de la catedral, que son las mismas de la víspera. Por toda respuesta retenemos al mensajero. Una hora después, el cañoneo crea un verdadero infierno. Hay que hacer evacuar la nave mayor porque parte de la bóveda se ha hundido. Los fervorosos católicos se ensañan ferozmente con la casa de su Dios. Las hermosas puertas talladas caen a trozos. Los dinamiteros pegados al suelo se enderezan por turno para lanzar sus cartuchos. En medio del estruendo y el polvo, cegados, resecos, negros de humo, amenazados por los obuses que estallan en todas partes, los hombres siguen en sus puestos, arma al brazo. Yo voy de un lado a otro dando de beber.

Con tres termos de café caliente en una cesta camino o me arrastro de puesto en puesto. Alguien dice haber bebido de mi café un día de combate al pie de los cerros de Imón. Aquéllos eran buenos tiempos, no este tiempo de hoy, entre tanta metralla y tantas piedras que te pueden matar malamente.

Ocupada en mirar un chorro de luz pálida que cae de un boquete abierto en la bóveda, no he visto llegar al Marsellés. Está ahí, en el suelo, muy viejo, muy fatigado. Los largos mechones que asoman de su boina tienen color de tierra. Anchas placas de humo en la cara le forman una máscara de negro triste. Con voz opaca y cascada, apoyando su manaza en mi hombro, me pide que vaya a refugiarme en algún sitio menos peligroso.

— ¿Sabes que hace un rato nos han hecho tres heridos graves?

— Sí, lo sé, pero consigo olvidarlo quedándome con vosotros.

— ¿Y si te hieren?

— Deja de hacer preguntas inútiles. Hablemos más bien de estos valientes que luchan a muerte en una batalla perdida de antemano.

— ¿Entonces te quedas, no te vas esta noche?

— Me voy. ¿Y tú?

— Yo también.

— ¿Y regresarás a Francia?

— No. Lo pensé al comienzo, asqueado por la gavilla de emboscados que robaban la comida y andaban enredando por los rincones. Pero Pompeyo y su gente me han dado una buena lección. Un pueblo que produce tipos de su temple merece que marchemos con él. Ya no sirvo para mucho. Ni siquiera quedan cartuchos para los fusiles y no sé andar con la dinamita. Espérame esta noche, saldremos juntos.

El cañoneo para al atardecer pero siguen cayendo piedras y trozos de estuco aflojados por los obuses. Hay un ancho desgarrón en el lado izquierdo del altar mayor. Todos los Santos de los retablos

llevan máscaras de polvo. Los escombros se amontonan en el suelo. Los ardientes católicos que están derribando su rica catedral a cañonazos dirán luego que han sido los rojos.

Ya son las seis. Debo prepararme para la salida. Ante todo descansar un buen rato acostada sin pensar en nada. No lo consigo. Ocupémonos entonces de los pies. Ya está, tres pares de calcetines, alpargatas y una especie de polaina atada bajo la rodilla. El tabardo que llevo abriga mucho y no pesa demasiado. No hace falta que busque otra cosa. Estoy lista para la partida, pero el Marsellés no ha venido todavía. Llega corriendo, me toma la mano y nos ponemos en camino. Antes de pasar la última puerta me da instrucciones precisas:

— Sube la escalera despacio, apoyando bien los pies. Al llegar arriba busca la cuerda con la mano derecha, tómala lo más bajo posible para tener lugar suficiente para la mano izquierda cuando voltearás el cuerpo. Sobre todo no tengas miedo, del otro lado la pared no pasa de dos metros. Cuando estés abajo, corre en línea recta para llegar cuanto antes a la pared de enfrente y pégate a la piedra. Tenemos que juntarnos a lo largo de esa pared para salir en grupo, si es que hay grupo. Andando ahora.

Todo está tan oscuro que si soltara la mano del Marsellés me pondría a dar vueltas o me rompería la cara contra una piedra. Es una buena noche para huir. Lástima que llueva. No es una lluvia fuerte, sino una llovizna menudita, pero tan densa que se traga el aire y el espacio, inunda los ojos y hiela las manos. Al cabo de unos instantes se llega a distinguir bultos que se mueven. Siempre de la mano, caminamos hacia la escalera. El Marsellés dice que es la buena dirección. Tiene razón. Hay un hombre en cada travesaño. Llega nuestro turno. El Marsellés decide pasar delante. No lo dice

pero me aparta. Sé que quiere protegerme. Ahora yo. Llevo la larga capa de Hippo arrollada y atada a la espalda, el fusil terciado y la pistola pegada a la cadera.

La subida pasa bien. El descenso comienza mal y termina peor. Me he caído. Nada roto, salvo quizá los dedos de la mano izquierda, pero no me duele mucho. El Marsellés se inquieta en silencio. Lo sigo a toda velocidad. Llegamos a la pared cuando las primeras ráfagas de ametralladora se ponen a barrer el cementerio.

¿Cuántos somos pegados a la piedra o tendidos en el barro? ¿Tenemos guías? Sí, dos. Habría que rodearlos para que no se vayan. Están juntos, un poco apartados. Es normal, puesto que deben marchar en cabeza.

¿Cuánto tendremos que esperar todavía? Algunos hombres llegan arrastrándose. Son los últimos. Sebastián está entre ellos. Imposible saber si otros milicianos del POUM forman parte de nuestro grupo. Sé que Sebastián está porque me ha murmurado su nombre al oído. Las ametralladoras y los fusiles tiran ahora sin interrupción.

Si pudiese enderezarme todo iría mejor, pero hay que quedarse en cuclillas, lo más cerca posible del suelo. Mis piernas son de plomo, la mano izquierda me duele. ¿Cuándo nos pondremos a caminar? Nadie más viene de la catedral. De nada sirve esperar, pero, ¿cómo cruzaremos la barrera de tiros? Hace al menos una hora que estamos aquí. Yo diría que llevamos días esperando. Diría que siempre hemos estado, que nunca estuvimos en otra parte. “Estás delirando, mujer, ordena un poco tu cabeza. Deberías contarte una historia de esperanza. Escucha los tiros, parece que menguan”.

El Marsellés me toca el brazo. Rápido, hay que moverse. La fila se estira. Avanzamos gateando. Parada. Las balas llueven nuevamente.

Hay que esperar un poco. Siempre se establece un ritmo en los tiroteos contra un objetivo incierto.

Los guías se nos han adelantado pero se los ve en cabeza de la fila. Nuestro grupo conserva el contacto. Las consignas pasan de boca en boca, apenas perceptibles. Con ser muy baja la pared, no podemos saltarla. Tenemos que caminar hasta una brecha abierta a unos treinta metros. En cuanto disminuye el tiroteo avanzamos ya sin detenemos. Los guías ya han pasado la brecha. Nosotros llegamos.

Se acabó la pared. Estamos a campo raso. No tan raso. Hay casas con ametralladoras dentro que se ponen a tirar todas juntas.

Los guías saben cómo ponerse fuera del alcance de esas casas. Ahora podemos hablar un poco más alto. Entonces ya nadie está de acuerdo. Se alzan voces demasiado fuertes. Las ametralladoras las hacen callar, pero el grupo se ha reducido. Caminamos sin saber a dónde vamos. En la precaria libertad recobrada se ha instalado el desorden. El Marsellés quiere encontrar a los guías. Se aleja y tarda en regresar. Es mucho lo que tarda, ya no somos más que siete.

No puedo seguir esperando al Marsellés. Siento que si me empeño los otros me dejarán sola. Ya lo dicen. Tenemos que marchar. ¿En qué dirección? Hacia el Sudoeste. ¿Quién sabe por dónde se va hacia el Sudoeste?

Una voz de mujer contesta que ella sabe cómo alejarse de la ciudad en dirección de Baldes.

Le pregunto a qué columna pertenece.

— No es miliciana —responde una voz de hombre—. Es mi novia. Su familia vive hace muchos años en Sigüenza. Su padre es

ferroviario como yo, militante del partido socialista como yo. Pueden tenerle confianza, ella sabrá apartarnos de las casas.

El Marsellés no regresa. No hay modo de prolongar la espera, hay que caminar ahora si queremos ganar distancia antes de que amanezca. Un remordimiento más que se añade a mi larga lista. Los heridos abandonados en la casa, la Chata en la catedral, el Marsellés desamparado en la ruta de la libertad. Sí, no puedo hacer nada por él. Nunca se puede hacer nada cuando se trata de salvar el pellejo. “¡Basta! Deja de pensar o quédate aquí”.

Sebastián marcha a mi lado sin decir nada. Le pregunto si a su parecer hubiésemos debido esperar al Marsellés. Su respuesta es “no”. Vale más no insistir. Veamos ahora quiénes son los siete fugitivos que quedamos juntos.

Sebastián y yo, dos. La novia del ferroviario y su novio, cuatro. Dos muchachos muy jóvenes que son hermanos, seis. Un hombre de cuarenta años al menos, siete. La chica se llama Luisa. El ferroviario, Pedro. Los dos hermanos, el mayor Paco, el menor Juanito. El viejo se llama Mateo. Luisa no pertenece a ninguna organización. Sebastián forma parte del POUM. Pedro es socialista. Los dos muchachos militan en la J.S.U. Mateo es anarquista de la FAI. Es él quien propone que juremos no separarnos ocurra lo que ocurra. Juramos dándonos la mano.

Yo pido que nos paremos para descansar. Mateo está en contra.

— Hay que aprovechar la noche para seguir marchando. Nos pararemos al amanecer —dice—. Estamos demasiado cerca de la ciudad. Seguramente hay patrullas circulando por estos sitios. Tengo coñac en la bota. Bebe un trago. Es muy bueno para el cansancio.

Nuevamente alguien me protege. Esta comprobación me trae el recuerdo de Antonio Laborda y del Marsellés. Los dos me han ayudado y yo no pude hacer nada por ellos. Por Hippo tampoco. El pacto que nos ligaba era demasiado exigente, demasiado riguroso. Nuestro compromiso pasaba antes que nuestro amor. No pude impedir que muriera.

— Cuidado —grita Luisa con voz sorda pero clara—. Veo moverse sombras.

— ¿Dónde?

— A la izquierda. Son tres.

— Sí, son tres —dice Sebastián—. Seguramente no de los nuestros.

— ¿Soldados?

— Probablemente. Se mueven muy despacio.

— Al suelo —ordena Mateo con el dedo en el gatillo—. Tú, Luisa, mira con tus ojos que ven bien.

— Se van más lejos —dice Luisa al cabo de un rato—. Ya no los veo.

— Tenía razón de desconfiar —gruñe Mateo. Es una suerte que la chica tenga ojos de gato. Propongo que la nombremos vigía mayor. ¿Están de acuerdo?

Todos están de acuerdo.

— Hay gente allá enfrente, al lado del árbol redondo. Nos buscan, estamos copados.

— Cállate o te pego un tiro —le digo muy bajo al oído—. Di lo que ves y nada más, ¿comprendido?

De nuevo las sombras se desvanecen. Decidimos reanudar la marcha. Se acerca el día. El cielo se aclara a nuestra derecha.

— El sol nace por ahí —dice Sebastián.

Tiende el brazo derecho en dirección de la claridad. Yo también sé orientarme de esta manera elemental. Nos lo enseñaron en la escuela primaria, pero dejo a Sebastián el honor de guiarnos porque ignoramos si los nuestros siguen ocupando Huérmeces, Baides y Pelegrina.

Y la marcha continúa. La mano izquierda me duele cada vez más. De seguro hay tres dedos fracturados. La fatiga es más fuerte que el dolor. El hambre se le agrega. No hemos traído nada para comer. Nadie pensó en la comida. Sí, Mateo saca del macuto un trozo de jamón y lo corta cuidadosamente en siete partes.

— Es el jamón que nos dio el Marsellés, ¿te acuerdas? — dice dirigiéndose a mí.

— ¡Lástima que no tengamos pan! — se queja Luisa.

— Haberlo traído —gruñe Mateo.

— Era durísimo, no se podía comer —responde Luisa que no parece distinguir los matices del madrileño burlón.

El día está ahí, gris y mojado. El momento de descansar ha llegado. Mi mano izquierda es de hielo, está muy hinchada, pero me duele menos. El único inconveniente es que no me sirve para nada. Hemos elegido para detenernos una espesura con puntos de visibilidad. A nuestro alrededor los árboles ya están rojos o negros. La hierba está

empapada, pero el aire ya es más tibio. Soy la única que se sienta sobre un montón de hojas. Al cabo de un instante me tiendo, cierro los ojos y comienzo a adormecerme mecida por el murmullo de voces a mi lado.

Una mano que me aprieta el hombro me despierta.

— ¿Cuántos cartuchos tienes? —pregunta Mateo.

— ¿Para qué los cartuchos? ¿Pasa algo?

— Puede pasar. Un grupo de guardias civiles acaba de dispersarse a unos cien metros de aquí. Se diría que buscan.

— No hay nada que hacer con los cartuchos.

— Nada por el momento, pero si nos descubren habrá que defenderse.

— Tengo ciento cincuenta cartuchos de fusil y cincuenta de pistola. Y dicho esto, nada de pánico.

De pie con un dedo en los labios para imponer silencio, miro fijamente a cada uno de mis compañeros. Los dos hermanos están abrazados. Mateo se apoya en el fusil. Con los ojos bajos, abriendo apenas la boca, Luisa reza. Pedro la sostiene por la cintura. Sebastián acecha. De vez en cuando se vuelve diciéndonos por señas que sigue viéndolos. Yo me pongo a su lado, miro hacia donde él mira y distingo las siluetas negras y triangulares que se desplazan como en un ballet de película muda.

— Sebastián, ¿tú crees que buscan algo determinado, gente? —le murmuro al oído.

— Buscan, sí, seguramente fugitivos. Les he visto traer dos fusiles. Este lugar no es bueno, andan demasiadas patrullas por aquí.

Sebastián se tira bruscamente al matorral y yo tras él. Esta vez paso una de mis cartucheras a Mateo, doy la segunda a Sebastián, conservando la tercera y la pequeña con las balas de pistola.

Mateo coge despacio a Luisa por el cuello y le hace señas para que mire afuera.

— No se mueven, pero están muy cerca —susurra la muchacha.

Sebastián también observa.

— Sí, bastante cerca y se hablan. El que parece mandar tiende el brazo hacia la izquierda. Ahora se van.., se van corriendo.., ya no los veo.., no los veo para nada... Vámonos ahora.

Yo digo que no hay que irse. Mateo aprueba. Los otros, visiblemente agotados por el miedo, no hablan. Solamente Luisa murmura algo a su novio. Este, un poco confuso, le hace señas de que se calle.

— ¿Te habla de vuestras cosas o de nosotros? —pregunta Mateo.

— La pobre tiene mucho miedo, no hay que tomárselo a mal, nunca se había separado de su familia. Hay que comprender su azoramiento en un momento así.

— Es una lástima que haya dejado a su familia para seguirte hasta aquí —dice Mateo—. Las mujeres como ella que no saben nada de la Idea están de más en nuestras filas. Dile que se calle.

Pero Luisa no se calla.

— Ya están viendo que hay guardias civiles por todas partes. Nunca saldremos de aquí. Hay que volver.

— ¿Volver adonde? —pregunta Sebastián.

— A Sigüenza, esta noche, no al pueblo mismo, a los alrededores. Hay muchas casas abandonadas, podremos escondernos.

Mateo no ha oído. Absorto en sus planes de ruta, escrutando los caminos posibles, se aleja gateando hacia el Sur. Los dos chicos miran a Luisa con ojos miedosos. Pedro se estruja las manos. Sebastián, con un gesto nervioso, me invita a intervenir. Con voz muy tranquila me dirijo a Luisa:

— No hay retorno, métetelo bien en la cabeza. Nunca más lo menciones. Tampoco para ti hay retorno. Vale más que no trates de escapar porque no te dejaremos ir, incluso si hace falta matarte. Hemos jurado quedar juntos hasta el fin. Más hubiese valido que no estuvieras con nosotros. Desmoralizas, no cumples tu juramento, siembras el desorden, el pánico.

— No lo hago aposta. Yo no tengo la culpa de que esto esté lleno de guardias civiles.

— ¿Hemos visto cuántos?

— Diez por lo menos.

— Casi seguro que siempre los mismos, repartidos o reunidos según las rondas —dice Sebastián—. Deberíamos quizá caminar también de día en fila india, pegados a los árboles, un poco distanciados, listos para juntarnos a la primera alarma.

Después de una breve discusión se acepta la idea de Sebastián. Nos ponemos en marcha, él delante y Mateo en la otra punta.

¿Cómo saber si caminamos verdaderamente hacia el Sur? El Sur, el Sur, más bien el Sudoeste. ¿Dónde está el Sur? ¿Dónde los guardias civiles? ¿Qué camino lleva a la vida y cuál a la muerte? Árboles, montones de piedras, más árboles. El bosque sigue y sigue, mudo,

amenazador, sofocante, desorientador, embrujador, cerrado hasta la eternidad, y nosotros dentro, condenados por siempre a seguir andando, la cabeza vacía, los pies pesados, mirando a derecha, mirando a izquierda, sin poder bajar nunca los ojos.

Luisa vigila bien, lo ve todo, se detiene bruscamente y señala un árbol a nuestra derecha.

— Mirar, estuvieron aquí. Todavía hay fuego.

Se ordena un alto. Efectivamente, entre dos piedras, trozos de leña arden despacio sobre un montón de ceniza. Dos latas de sardinas vacías, una casi llena y tres grandes patatas asadas están al lado.

— No es mucho —dice Mateo—. Apenas un bocado, pero cada uno tendrá su parte de sardina sobre una rodaja de patata.

Hasta Sebastián se niega a comer porque está seguro de que los fascistas pusieron veneno. Es cosa sabida. En Madrid, cuando el Frente Popular, los falangistas repartían caramelos envenenados a los niños de los barrios obreros.

— ¿Están todos bien seguros? ¿Nadie quiere? —pregunto yo a la redonda.

Todos hacen señas que no con la cabeza. Entonces Mateo y yo, un poco apartados, devoramos el buen alimento. En los ojos de los demás se lee un asomo de envidia y de reproche que me pone incómoda. Los dos hermanos sobre todo me dan lástima. Les digo que hubiesen debido comer.

— Puede ser —contesta el mayor—, pero teníamos miedo. Es tonto tener miedo siempre. Yo no quisiera que le pasara algo malo a mi hermano, todavía es un niño.

— ¿Qué edad tiene?

— Diecisiete años. No dejé que se enrolara en las milicias.

— ¿Tus padres estaban de acuerdo?

— Nuestros padres viven en Valladolid. Acabado el curso teníamos que regresar a casa, pero estalló el Movimiento y no pudimos. De haber podido huir, mi padre hubiese venido en seguida a Madrid.

— A lo mejor consiguió esconderse en la región.

— ¡Ojalá fuese verdad!

— Debes creerlo. Hay gente que ha tardado hasta dos meses en llegar a nuestra zona. Piensa en nosotros, por ejemplo. Nuestros amigos de Madrid nos creen muertos a estas horas. Abrirán tamaños ojos cuando nos vean llegar.

— Que Dios te oiga —dice Luisa persignándose a toda velocidad—. Le he prometido miles de cosas a la Virgen María si nos da su protección. Lástima que no se haya acordado de nosotros cuando las sardinas. Porque ustedes no se han muerto...

— Sanísimos que estamos —le interrumpe Mateo—. Yo que de costumbre repito las sardinas, ni las siento en el estómago. Pero vamos a otra cosa. Hace casi una hora que estamos parados. Propongo volver a marchar. Creo que nos hemos desviado un poco, pero rectificaremos la dirección a la puesta del sol. Andando, compañeros, en fila india, igual que antes.

Como buen anarquista, Mateo nunca dice camaradas. Entiende así distinguirse de los comunistas que han introducido esta palabra en el movimiento obrero español.

El mundo se ha convertido en bosque, piedras, musgo, charcos, pies hinchados metidos en tres pares de calcetines empapados, espalda agobiada por el bulto de la capa y el fusil, mano izquierda atravesada por puñales de hielo. Acorto el paso, no hay que orear el paso. Una mano se apoya en mi hombro. Es Mateo, que me ordena:

— Dame los paquetes. Bueno, la capa y el fusil también. Basta de tonterías. Mira un poco esa mano que tienes. Deja de querer ser siempre la más fuerte. Por muy valiente que sea, una mujer es una mujer. Toma, tengo una idea para la capa, me la pongo. Un guardia Civil de cuerpo entero. Otra idea para el tricornio.

Saca del bolsillo su gorro rojo y negro, se lo instala en la cabeza a la horizontal con el negro por delante y se va muy orgulloso de sus hallazgos diciéndome que en adelante marchará al lado de la fila.

Un viento frío barre las nubes. De la puesta del sol no queda más que una raya color salmón. Esta noche habrá estrellas. Dentro de un rato descansaremos... No, hay una alerta. Todos al suelo. ¿Guardias civiles? Luisa, tendida a mi lado, su cabeza contra la mía, contesta que no, que están lejos. Quizá soldados, o fugitivos como nosotros. Sí, parece que tratan de esconderse. Yo me digo entonces que a lo mejor el Marsellés está entre ellos. No, el Marsellés ha debido de partir con los guías y se encuentra ya en Madrid. ¿Y si hubiese regresado a buscarme? No hay que pensar más, hacer como si creyera que no ha regresado a buscarme.

Luisa murmura que tiene hambre, que le duelen las piernas, que acabarán por cogernos, que estamos copados. Esta palabra que han usado algunas veces los milicianos para justificar una desbandada me trae brutalmente un recuerdo anterior a nuestra defensa entre los muros de Sigüenza. Estábamos combatiendo a pocos kilómetros

de la ciudad contra fuerzas enemigas infiltradas la víspera. Al cabo de dos horas, nuestros hombres de la primera línea habían ganado terreno y comenzaban a levantar parapetos cuando se oyeron zumbidos de aviones. Inmediatamente se inició un movimiento de retirada entre los milicianos de la retaguardia, puntuado por la fatídica frase: “Estamos copados”. Traté de detener a un muchacho que había tirado su fusil y corría como un loco.

— Para o te mato, cobarde...

— Márame si quieres, “qué más da”.

Lo cual significa “no tiene importancia” y es la otra expresión del mismo fatalismo. Un avión es la muerte segura. Se hace lo posible por evitarla, pero uno la vuelve a encontrar encarnada en alguien que te juzga y entonces reaccionas a la española. Entonces dejo de amenazar a Luisa. No maté a aquel muchacho de Sigüenza.

Reanudamos la marcha. A lo lejos emerge de tierra una casucha larga y baja.

— Es una paridera —explica Luisa—. También suele servir para encerrar las ovejas en las noches muy frías. En esta época está seguramente vacía.

Nuestra fatiga es tan grande que anula un momento toda desconfianza. Hambrientos, calados hasta los huesos, acosados como animales perdidos, necesitamos un agujero. Caminamos hacia el refugio doblados, lo más cerca posible del suelo, confiados en los ojos agudos de Luisa que debe mirar delante y detrás de todos nosotros cada diez pasos. A unos cien metros de la casucha, Luisa se pone a agitar las manos cada vez más rápido. Esto quiere decir “alto”. Cuando se vuelve, vemos sus ojos dilatados por el miedo. Y

vemos lo que ella ha visto: dos, tres, diez guardias civiles como altas pirámides negras saliendo del refugio y alejándose en fila india.

Se acabó el refugio. ¿Cómo pudimos creer que era posible?

— A lo mejor han dejado comida ahí dentro —me dice Mateo al oído—. Yo podría ir a ver. Ahora se han ido todos. No pongas esa cara. Miraré por la ventanuca antes de entrar. Llevaré algunos cartuchos por si las moscas, pero estoy seguro que no queda nadie. Si hubieran dejado un centinela, el tipo estaría afuera.

— Mateo, yo estoy en contra. Pregunta a los demás.

No hay tiempo de hacer la pregunta. Hombres, aparentemente soldados, marchan como si vinieran hasta nosotros. ¿Nos han visto? Quizá. Se diría que apuran el paso.

— Corred —ordena Mateo—. Rápido, en diagonal, apurar, más rápido. Y tú, patrona, no te quedes atrás... o te llevo cargada. ¡Por Dios, camina!

Caminar, correr, caer, levantarse. Quiero pararme para ver si me puedo quitar los calcetines. Es una idea fija. Sin los calcetines, a lo mejor todavía será posible. Mateo se vuelve y me toma del brazo.

— Haz un esfuerzo, hasta el montón de piedras que se ve allá. Ya hemos ganado un buen cacho de terreno.

¿Dónde están las piedras? No hay piedras, hay ramas que me desgarran la cara, pies enormes que se pegan al suelo, hielo en la espalda y un deseo desmedido de acabar...

— Suéltame, Mateo. Os alcanzaré en las piedras. Vete, tengo la pistola por si se acercaran. Además, ya no están ahí. Puedo descansar un momento.

— Entonces, me quedo contigo.

Cuando llegamos a las piedras, los otros ya están designando al que volverá atrás para buscarnos. Habían decidido esperar todavía cinco minutos. Yo explico que es por mi culpa, que no podía moverme y que Mateo... Pero, ¿adónde va Mateo?

— ¿Has visto algo, Mateo?

— No he visto nada. Voy a buscar tu fusil. No sé cómo he podido dejarlo, merezco que me arranquen el pellejo.

— No vayas, es demasiado peligroso.

Pero ya se ha ido.

Luisa se pone a hablar bajito y muy rápido.

— ¿Qué estás diciendo? —le pregunta su novio.

— Un Padre Nuestro. Rezo para que no le pase nada. No pararé hasta que regrese. Ya está, aquí viene.

Las primeras estrellas de la noche brillan sobre la cabeza de Mateo.

— Si nos sentamos en círculo —dice—, la capa alcanza para cubrimos las piernas a todos.

El cielo se ha llenado ahora de estrellas. La que debe guiarnos se desdobra a mis ojos. Oigo llorar despacito a mi lado. Es el menor de los dos hermanos. El mayor no se atreve a consolarlo. Pero yo que soy mujer tengo derecho:

— Sí, pequeño, lo sé, tienes mucho miedo. Nosotros también. Y tienes hambre, y no puedes más de fatiga como nosotros todos, pero tú eres todavía un niño y vamos a contarnos cuentos o más

bien hacer la lista de lo que comeremos en la gran cena que nos pagaremos en Madrid. Si, lo peor ya pasó. Mañana estaremos con los nuestros. Comienzo por los entremeses. ¿Te gustan las gambas o prefieres una langosta con mayonesa? No hace falta elegir, habrá langosta y gambas.

— Esas son comidas de ricos —interrumpe Luisa—. Los pobres se conforman con salchichón o aceitunas.

— Se acabaron los ricos. Hemos hecho la revolución y comeremos dos, tres, diez langostas, y también salchichón si nos apetece, bebiendo manzanilla. Es el vino que más me gusta —decide Mateo.

— ¿Quieren después una gallina en pepitoria o cordero asado?

— Gallina y cordero —dice el chico que ya ha entrado en el juego.

De langosta en cordero, casi todos comienzan a dormitar. Yo, no. Entonces me pongo a hablar en voz muy baja con el centinela de guardia. Tenemos que reanudar la marcha dentro de dos horas, a medianoche.

Las dos horas pasan a una velocidad tremenda. Yo paso el tiempo frotándome los pies hinchados y tratando después de volver a calzarme. La operación es difícil y muy dolorosa. Mateo, siempre él, viene en mi auxilio.

— Imposible que lo consigas con una sola mano. ¡También se te ocurre cada cosa! Vale más que no te pongas los calcetines. Caminarás mejor con las alpargatas solas. Ahora hay que despertar a los otros. Es hora de arrancar. Es una gran suerte que sigamos con vida. A ti te lo puedo decir, es casi seguro que los soldados nos vieron, pero no tuvieron ganas de perseguirnos. ¡Señor, qué hambre tengo! ¿Y tú?

— Ya no. Lo que tengo son unos calambres terribles en el estómago.

A medida que avanzamos por el rumbo que marca la estrella, dejándola siempre detrás y un poco a la derecha, el bosque se ve menos tupido. Ya no hay árboles grandes y vemos mejor hasta que descubrimos un sendero. Los ánimos se levantan. Luisa dice que debe llegar a Pelegrina, pero añade en seguida que los fascistas están seguramente en el pueblo. Le ordeno una vez más que se calle. Entonces dice que huele a hongos y se pone a hablar de lo buenos que son.

Se ha decidido que descansemos cada dos horas. Primera parada. Al cabo de un rato mandamos un escucha a reconocer el terreno. Regresa trayendo buenas noticias. No hay nadie en los alrededores. Tenemos que reanudar la marcha. Sigo con los pies muy doloridos, pero la mano izquierda está tan entumecida que ya no la siento. En el reloj de Hipólito son las tres. Dentro de dos días hará dos meses que Hippo ha muerto.

Mateo dice que no habrá más paradas porque pronto llegará el amanecer. La tierra es ahora menos llana. El sendero llega a ser casi un camino y nuestra esperanza de llegar se vuelve casi certidumbre. ¿Llegar dónde? ¿A un pueblo ocupado por los fascistas? Luisa y su novio caminan ahora en cabeza. Al acercarnos a una pequeña colina nos parece distinguir algo que podría ser un campanario. Resolvemos marchar hacia allá hasta el amanecer.

Al alba, el pueblo se ve claro. Es Pelegrina, reconozco su iglesia. Los otros no se ocupan del pueblo. Han descubierto un zarzal cargado de moras y se las están comiendo a puñados. Es verdad que ahora ya no hay prisa. Falta saber solamente en manos de quién está

el pueblo. Uno de los nuestros debe ir en busca de informes. Luisa sería la más indicada, pero tiene tanto miedo de que la detengan, la rapen, la violen y la maten, que la dejamos con las moras. Es Mateo finalmente quien decide ir.

— Pero no con las manos vacías. Me llevo tu fusil, como es pequeño lo puedo esconder bajo la chaqueta.

— ¿Y si te lo ven? Si cuentas que eres un campesino que ha huido de su aldea por miedo a los combates no puedes llevar armas.

— Es verdad. Será mejor que me lleve tu pistola.

— Si te detienen y te encuentran una pistola del nueve largo vas derecho al paredón. No seas terco. Y ten cuidado, dame tu gorro y tus papeles también.

— Sin nada para defenderme, no voy.

— ¿A quién mandar entonces?

— Basta, iré yo, pero todavía es muy pronto. Lo mejor es ir a la panadería y preguntarle al tipo de quién es el pueblo.

— ¿Y nos traerás pan?

— Claro, si hay. Creo que ya puedo salir. Queda un buen rato de camino. Ustedes no anden dando vueltas. Detrás de esas piedras gordas, cerca del manantial, es un sitio que está bien. Tardare al menos una hora en regresar, si regreso.

Regreso.

— ¿Le has preguntado al panadero de quién es el pueblo?

— Sí, a mi modo, sin hablar mucho, como si la cosa no me importara de verdad. Me dijo que todo estaba muy embrollado por

aquí. En esta colina encima nuestro, se encuentran los rojos. Enfrente están los otros, pero que los rojos son más. Lo mejor es trepar a la colina.

Todos hemos oído. Se acercan pasos, y al cabo de un momento resuenan voces. Nos pegamos al suelo y quedamos al acecho. Un hombre, varios hombres, llegan junto al manantial. Todos están vestidos igual: chaqueta y pantalón caqui, como soldados de verdad. Podemos escuchar bastante bien su conversación. Imposible sacar nada en limpio, todos hablan de sus familias, ni una palabra que permita identificarlos. Después de llenar las botas con agua fresca, se ponen a fumar. De pronto estallan las palabras de nuestra salvación. Un mozarrón moreno las pronuncia, de cara a la colina de enfrente: “Los fachas hijos de puta”.

Entonces gritamos muy alto:

— ¡Compañeros!

Bajan a todo correr, fusil en mano. Al ver nuestro grupo lamentable preguntan solamente:

— ¿De dónde vienen?

— De la catedral de Sigüenza —contesta Mateo—. ¿Y quiénes sois vosotros, tan bien vestidos, milicianos?

— Milicianos de Alicante.

— ¿Qué organización?

— UGT, Partido Socialista, Sindicato de Ferroviarios. ¿Y vosotros?

— CNT, POUM, UGT y Juventudes Socialistas. Un verdadero Frente Popular que se muere de hambre.

— A comer, entonces. Pero hay que trepar bastante alto.

— Creo que nosotros podemos trepar —dice Mateo—, menos la compañera, quizá.

La compañera soy yo. Dos milicianos pasan sus brazos bajo los míos y la ascensión comienza. Viéndome tropezar en cada piedra, deciden llevarme cargada. Los otros ya están bebiendo café cuando a mí me sientan en un banco de la espaciosa cabaña escondida entre los árboles. Me ponen entre las manos un jarro de café caliente y en las rodillas una gran rebanada de pan. Bebo, pero no puedo comer. Digo que no hay que preocuparse, que es mejor no comer mucho después de haber pasado hambre tres días.

— Más de tres días —corrige el hermano menor—, porque lo que nos daban en la catedral yo no lo podía tragar. Bacalao en todas las comidas, que era una pura sal...

— Sí, muchacho —le interrumpe Mateo—. Es mejor que ahora te quedes junto a tu madre.

— Pero nuestros padres están del otro lado —explica el hermano mayor—, y en Madrid no tenemos a nadie. No sé con quién dejarlo.

— Buscarás una solución cuando estemos en Madrid —digo yo—. Tenemos que salir para Madrid inmediatamente. Es indispensable que expliquemos lo que pasa en la catedral. Los compañeros no pueden seguir resistiendo, si es que todavía resisten.

— Resisten, la catedral no se ha rendido. Un campesino de los alrededores de Sigüenza nos lo ha dicho ayer. Es una vergüenza que no podamos hacer nada por esos valientes —dice el que parece ser el jefe de la columna.

— Ayúdenos a salir de aquí. Es urgente que lleguemos a Madrid hoy mismo.

La voz me tiembla cuando pronuncio estas palabras. Dentro de la cabeza tengo plantados los ojos febriles de la Chata. Mientras corría el riesgo de morir en la ruta de nuestra evasión pude no sentirme culpable. Estando viva, la angustia vuelve a ahogarme. ¡Si al menos alguien pudiera darme noticias del Marsellés! La idea me cruza brutalmente como un puñetazo en el estómago. Quizás haya pasado por aquí.

— Compañeros, entre los evadidos de la catedral que han visto, ¿no había un extranjero, un hombre alto, fuerte? Teníamos que marchar juntos, pero hubo una desbandada y no lo he vuelto a ver.

— ¿Es un francés? —pregunta el miliciano que está a mi lado.

— Sí, un francés.

— Entonces, quizá lo hayan matado, porque su grupo dio con un puesto enemigo como quien dice de narices, y hubo un tiroteo. Tres hombres del grupo solamente llegaron aquí. No sabían nada de los demás. Ninguno de los tres estaba armado, según dijeron; entonces salieron corriendo. ¿Tú conocías al francés?

— Muy bien. No puedo creer que haya muerto.

Tenía que haber dicho: “No debo creer que haya muerto”. Si lo creyera, me quedaría sentada como estoy hasta morir. Y, de repente pienso en Hippo, en la mirada que me echaría, en su boca mitad sonriente, mitad grave, diciéndome: “Todo esto lo sabíamos desde nuestros dieciocho años. Elegimos la pelea, no las orillas tan bellas del lago Fotalaufquen ¿te acuerdas?”

Sí, me acuerdo, la pelea y la muerte, la nuestra y la de los otros. Hay que irse, llegar a Madrid antes de la noche. Lo digo en voz alta.

— Tenemos la obligación de llevarlos a Mandayona, en el sector. Es una orden terminante para todos los combatientes que han abandonado su unidad.

En la furgoneta que nos conduce a Mandayona nadie habla. Yo no sé en qué piensan los otros. Quizá como yo, en nada. La mano me duele, los pies me duelen, mis ojos se pegan a esta tierra alcarreña que estira sus ocres y sus grises bajo un cielo de ceniza. Muy pocas casas, todas abandonadas, tan grises como la tierra y el cielo, desfilan como jalones de miseria en el paisaje desolado. Este trigo que enarbola espigas negras, muertas, me recuerda los días en que preguntaba a Hippo si los milicianos no debían ayudar a los campesinos a levantar la cosecha.

En la entrada de Mandayona hay parapetos y milicianos andrajosos tumbados detrás de estas fortificaciones precarias. Pobres muchachos que escaparán en cuanto asome en el cielo un avión enemigo. Sus parapetos de piedras apiladas de cualquier modo son tan inútiles como el viejo fusil que tienen en las manos, pero ellos no lo saben todavía.

Nuestro chófer para frente al local del sindicato de campesinos donde se reúne una especie de tribunal encargado de interrogar a los evadidos. Sus miembros pertenecen a las tres organizaciones más importantes: CNT, UGT, y partido comunista. Los hombres están sentados, muy serios, detrás de una mesa cubierta de papeles, de sellos, de platos y tazas vacíos. Las preguntas comienzan.

— Nombre y apellido... Columna...

Soy la primera en tender mi tarjeta de miliciana.

— ¿Eres la compañera de Hipólito Etchebéhère que mandaba la columna del POUM y que cayó en Atienza?

— Muevo la cabeza en señal de asentimiento y digo que queremos partir inmediatamente para informar en Madrid sobre la situación de la catedral.

— Tenemos orden de retener aquí a todos los evadidos para integrarlos a las fuerzas que estamos organizando. Quizá podrías ir tú sola...

— No, compañero —contesto en tono firme—. Nos iremos todos.

Los hombres se hablan en voz baja. Uno de ellos pronuncia varias veces con énfasis la palabra disciplina. Deduzco que es el delegado comunista. Deciden finalmente dejamos ir a todos, pero sin las armas.

— Tenemos que llevarnos las armas, compañeros. Hemos huido de la catedral con los fusiles. Contra viento y marea los hemos conservado hasta aquí. Nuestras unidades nos los han dado y pertenecen a nuestras unidades —digo—. Hagan el favor también de firmarnos una atestación especificando que estuvimos encerrados en la catedral de Sigüenza cinco días, desde el 8 de octubre hasta la noche del 12.

Provistos de la atestación, partimos media hora después llevándonos los fusiles, pero dejando como era justo las municiones, y copiosamente abastecidos de salchichón, pan y botellas de vino.

Llegamos a Madrid a las diez de la noche. Nos separamos cerca de la Puerta del Sol, dándonos cita para el día siguiente en un café de la calle de Alcalá.

En la sede del POUM me reciben con tales exclamaciones y demostraciones de sorpresa que no consigo hacerme escuchar. Tardo un rato en poder preguntar las razones de tanto ruido. Pasa que todos te creíamos muerta. Dos compañeros juraron haber visto tu cadáver cerca de la casa del POUM. Es maravilloso volver a verte. ¿Entonces estabas en la catedral? Pronto, cuenta lo que pasó.

— Ante todo necesito que me curen la mano. También me hace falta un baño y ropa limpia, pero urge que telefonen ustedes al Ministerio de la Guerra para que yo pueda ir inmediatamente a informar sobre la catedral.

Los compañeros me miran con cara de compasión.

— Por supuesto, podemos telefonar, pero es casi seguro que a estas horas no hay nadie en el Ministerio.

Ante mi expresión aterrada, añaden:

— Se comprende que viniendo de donde vienes, esto te choque.

— Pero estamos en guerra, día y noche en guerra —digo—, es imposible que no haya nadie en el Ministerio para escucharme. La catedral no se ha rendido todavía. Sigue resistiendo gracias a un puñado de hombres que mantienen a los fascistas a distancia a golpes de cartuchos de dinamita. No queda casi agua en el pozo. Madrid tiene que hacer algo por los prisioneros de la catedral.

El compañero que ha ido a telefonar anuncia que me recibirán mañana a las diez de la mañana, que el alto mando no ha dejado ni un instante de buscar soluciones para el drama de la catedral y me explica, además, que en todos los frentes la situación militar es desastrosa, que las tropas de Franco marchan hacia Madrid, que,

faltos de armas y de oficiales competentes, los milicianos retroceden sin cesar.

Las palabras me llegan cada vez de más lejos. Una fatiga parecida a la que me echó por tierra cuando entré en la catedral comienza a cerrarme los ojos. La cinta de imágenes desfila tan lentamente y tan borrosa en mi cabeza que apenas las reconozco. Entre ellas la de Pompeyo con el macuto a la espalda y después la de Pompeyo saltando el parapeto para recoger el cartucho de dinamita que se quedó corto, son más claras. Una voz me despierta:

— El coche espera para llevarte al sanatorio.

Estaba casi dormida cuando me enyesaron los tres dedos quebrados. Rechazando el somnífero que la enfermera me tiende después de haberme ayudado a mudar de ropa, me tumbo en la cama.

Una última chispa de conocimiento me hace pedir que me despierten a las nueve.

Parece que las nueve del día siguiente ya han llegado porque unos brazos insistentes quieren enderezarme a toda costa. Mejor que los brazos, un aroma exquisito de café me despierta. Beber el tazón lleno que me traen es fácil, pero asentar los pies en el suelo, imposible. Un masaje eficaz me permite caminar. Cuando llego frente al Ministerio tengo la cabeza perfectamente lúcida.

El hombre que me escucha es atento y benévolo. Me pide que cuente desde el comienzo lo que pasó en Sigüenza. La taquígrafa apunta con sus patas de mosca nuestra llegada a la ciudad, el combate de Atienza, el de Baides, el de Imón, la orden inexplicable de abandonar las colinas para dormir en los camiones, el lento

podrimento de la situación, la ciudad sin fortificaciones, los puestos avanzados del enemigo cada vez más cerca, la noche en que Martínez de Aragón inventó la resistencia entre los muros de la catedral como recurso supremo.

La mano del hombre, general, comandante o nada, simple civil de la retaguardia, se alza en un gesto de interrupción. La voz lenta pregunta:

— ¿Es verdad que entre los milicianos corría el rumor de que Martínez de Aragón era un traidor?

— Muchos lo decían...

— ¿Tú crees que es un traidor?

— No, nunca lo he creído. No sé si la orden de concentrar a los milicianos en la catedral venía de una instancia militar más alta que la suya, si la idea de situar la catedral de Sigüenza en parangón con el Alcázar de Toledo nació en su cabeza o en otras más responsables, poco importa de dónde haya venido, lo que sé es que equivale a entregar al enemigo a los mejores de los nuestros, a todos los que defendieron la ciudad hasta el último instante. Y para ellos, cuando la catedral se rinda, no habrá piedad. Si al menos hubiese enviado dos o tres aviones...

— No tenemos aviones —dice el hombre con voz amarga—. El que voló sobre la ciudad cuando todavía resistía, era el único disponible.

— ¿Entonces, la catedral?

Leo en los ojos del hombre que la catedral se dio por perdida desde el primer día, incluso quizás antes del primer día, como la ciudad, como todo nuestro frente. ¿Para qué seguir hablando? ¿Por

qué haber contado todo lo que conté? Entre los hombres que siguen defendiendo la catedral y éste sentado frente a mí, abatido y resignado, se alzan muros más altos que el cielo. Y ahora yo también estoy del lado de acá de esos muros, formo parte del batallón que archiva los combates. Despojada del relato que la taquígrafa escribe ahora a máquina sobre una mesa vecina, tengo vergüenza de haberlo dado. Quiero irme cuanto antes, huir de esta complicidad humillante.

Cuando me levanto de la silla, el hombre mira mi brazo en cabestrillo y me pregunta si puede hacer algo por mí, si necesito ayuda. Le Contesto que no necesito nada. Sí, quizá de ser posible, una copia de mi informe. El hombre pregunta a la muchacha si le falta mucho. Ella contesta que muy poco. Sus manos rápidas sobre el teclado reproducen el tableteo de una ametralladora minúscula. Y de golpe me viene a la memoria el mortero de Antonio Laborda, su corazón sangrante como una granada estrujada, sus inmensos ojos muertos.

Todavía no puedo irme. Debo verificar si en la versión taquigráfica no hay errores ni omisiones, como se dice en lenguaje administrativo. Hago como que escucho, pero estoy muy lejos del zumbido monótono que emite la bonita muchacha. Cuando termina, tomo las tres hojas que me tiende, digo: “Salud compañeros”, y salgo corriendo.

Al compañero que me espera con el coche frente al Ministerio le pido que me lleve al sanatorio. Pensaba caminar un poco por Madrid, pero tengo las piernas flojas y una necesidad imperiosa de dormir. Como el día en que entré a la catedral, mi misión ha terminado. También como ese día, caigo en un sueño absoluto, espeso, sin la menor rendija.

Alguien me está frotando las piernas con alcohol y me llama muy bajo. “Son las ocho”, dice la voz. ¡Claro! Pedí que me despertaran a las ocho porque estoy citada con mis compañeros de evasión para celebrar la cena prometida en las horas de nuestra salvación incierta.

La conciencia sube lentamente, como el cubo lleno de agua que la pesada cadena remonta del pozo y que se derrama un poco a la izquierda, un poco a la derecha y sigue temblando al llegar al brocal. ¡Lástima no poder seguir durmiendo!

Cuando llego al café, los demás ya están. Luisa lleva un vestido elegante y un peinado de fantasía. Los otros se han puesto monos nuevos. En la mesa hay una botella de coñac sin empezar.

— Te esperábamos para beber la primera copa —dice Mateo—. ¿Has ido al Ministerio? Estoy seguro que sí.

— Por supuesto.

— ¿Qué piensan hacer por la catedral?

— Nada. No pueden hacer nada. Hasta creo que nunca pensaron hacer algo. La situación en todos los frentes es desastrosa. El enemigo avanza sin que se pueda detenerlo. Es todo lo que he podido sacar en limpio de lo poco que me han dicho. No es culpa de ellos. Los que mandan nunca son culpables. Sólo los milicianos son culpables, lo mismo cuando retroceden como si mueren defendiendo una posición que el alto mando daba por perdida sin decirlo a los milicianos.

— ¿Hablaron de Martínez de Aragón? —pregunta Mateo.

— No mucho, algunas palabras solamente. El hombre que escuchaba mi informe me preguntó si los milicianos creían que era un traidor. Le contesté que muchos lo creían, pero yo no. Hasta llego

a pensar que el invento de la catedral no era cosa suya, al menos no exclusivamente, sino que se trataba de un medio desesperado aprobado por Madrid para obligar al enemigo a mantener tropas en Sigüenza.

— ¿Sabiendo que la catedral no podía resistir mucho tiempo y que se vería obligada a rendirse? —pregunta Sebastián—. ¿Sabiendo que no había armas ni víveres, ni siquiera un médico, ni siquiera bastante agua para tanta gente? No disculpes a Martínez de Aragón. No olvides que la noche de su discurso en la estación afirmaba que la catedral era una fortaleza inexpugnable. Después se fue a Madrid, no vino a encerrarse en la catedral como era su deber. Traidor, idiota o cobarde, lo mismo da, no tiene excusa por donde se busque.

Todos aprueban.

Ya nadie piensa en la cena que nos hablamos prometido. Los primeros que se despiden son Luisa y su novio. Los dos hermanos se van al cabo de media hora. Mateo, Sebastián y yo nos quedamos bebiendo y fumando, y recordando hasta medianoche. Los dos hombres me acompañan hasta el sanatorio. No conseguimos separarnos. Sentados en el umbral de una casa vecina hablamos del Marsellés como de un muerto muy querido. Sebastián no está tan seguro de que haya muerto. Dice que a mí también me creyeron muerta, y que a lo mejor a estas horas se encuentra en Mandayona.

— Que los españoles mueran en esta guerra, que es nuestra, me parece normal —dice Mateo, pero que extranjeros como tu marido, como el Marsellés, como tú misma vengán aquí a luchar por nosotros es una cosa muy grande. Escúchame bien, no vuelvas al frente, vete a tu tierra y explica a los obreros que carecemos de armas, que no tenemos nada, que nos ayuden a ganar esta guerra.

Márchate cuanto antes. De todas maneras no puedes hacer nada a causa de tu mano estropeada. Descansarás un par de semanas en Francia. La guerra no habrá terminado cuando regreses, si regresas...

— Mateo, me ofendes. ¿Cómo puedes imaginar que no volveré? Ni siquiera estoy segura de que me marcharé. ¿Qué puedo hacer en Francia por nuestra lucha? Los compañeros a quienes puedo dirigirme, lo mismo que las organizaciones obreras, saben de sobras que carecemos de todo.

— Lo saben y no hacen nada.

— Algo hacen, pero poco. Mandan algunas armas. No es fácil pasar por encima de la no intervención. Ahora, amigos, hay que ir a dormir. Todavía no he recuperado todo el sueño atrasado. A ti, Mateo, tu mujer te reñirá. Debe de estar esperándote.

— La pobre está acostumbrada. Como siempre me he quedado hasta muy tarde en el sindicato. Ella se acuesta sin esperarme.

— ¿Cuántos hijos tienes?

— Cinco, tres varones y dos hembras. Los mayores están luchando en un frente de la Sierra. Mañana iré a verlos, y es posible que me quede con ellos. La retaguardia me sienta mal. Todos esos emboscados que se pasean por las calles de Madrid me caen pesados. Cuando te acercas a ellos te miran con lástima, orgullosos de su bonito uniforme y del pistolón que llevan al cinto. ¡Lástima que tengamos que separarnos! Cuando se ha pasado juntos lo que pasamos, habría que seguir juntos hasta el fin, porque somos más que hermanos. Vete a saber si volveremos a vernos, quizá nunca.

— Algún día nos veremos, hermano —le digo echándole los brazos al cuello—, si antes no nos toca la china.

El día siguiente, a eso de las once, no me quedan rastros de sueño. Ante un tazón de chocolate espeso y una montaña de picatostes, me pongo a pensar que a lo mejor Mateo tiene razón, que no sirvo para nada aquí por ahora y que en París podía contar lo que ocurre en España. Pero en seguida una idea me cruza la mente: “Estás buscando un pretexto válido para huir de los fantasmas de la catedral”. Pretexto o buenas razones, vale más que vaya a París para ver a los Rosmer, por ejemplo, los amigos que más quiero en el mundo, y sentarme en una terraza de café junto a una gran estufa repleta de brasas.

Entonces está decidido. Esta tarde pediré a los compañeros del POUM que me organicen el viaje. No tengo problemas de pasaporte, el mío está en regla. Felizmente se lo di a guardar al compañero Andrade junto con el de Hippo y su cartilla militar. Pero ante todo hay que ir a dar una vuelta por nuestro piso de la calle Meléndez Valdés para ver si queda algo de nuestras cosas.

Iré o no iré. Después de una ausencia tan larga temo encontrar el piso saqueado, pero de verdad tengo más miedo de encontrar los recuerdos de mis primeros días madrileños, solamente cinco antes de que comenzara la guerra civil, cuando dormía con Hippo sobre un colchón en el suelo esperando ganar las pesetas necesarias para comprar la cama, y que nos daba igual dormir en el suelo y que lo único malo eran las chinches que bajaban de la pared en fila india.

París quedaba atrás. No pensábamos volver hasta dentro de unos años, hasta que mejorara verdaderamente la salud de Hippo. Creíamos también que en España podía estallar un movimiento parecido a la Comuna asturiana de 1934, y hasta quizá la Revolución, la grande, aquella que los comunistas no pudieron o no quisieron encender en Alemania cuando todavía era posible acabar con el

nazismo porque el poder se hallaba a merced de quien quisiera tomarlo.

No, decididamente no iré hoy a la calle Meléndez Valdés. Les tengo demasiado miedo a esas paredes silenciosas. Marie Louise y el niño se han ido a Francia. Latorre se encuentra de seguro en un frente de los alrededores de Madrid. Si se han llevado todo del piso, mala suerte. Es mejor que vaya al local del POUM. Es probable que encuentre allí milicianos que conozco, a Emilio García, por ejemplo. En el tranvía la gente habla en voz baja. Interrogo a la mujer que está sentada a mi lado:

— ¿Es verdad que las noticias del frente son malas?

— Son peores. Pronto los tendremos en el mismo centro de la ciudad. Es curioso que no lo sepas. ¿Acaso no vienes del frente?

— Sí, pero de otro frente, de la Alcarria, más allá de Guadalajara.

— ¿Y allí no llegan las noticias? ¿También allí los milicianos chaquetean? Seguro que retroceden como en todas partes —añade la mujer con desprecio.

— No, compañera, los milicianos no han retrocedido. Siguen resistiendo en la catedral de Sigüenza. De allí vengo. Dime lo que pasa aquí.

— Pasa que los fascistas se nos echarán encima un día de éstos, porque de Chapinería a Madrid no hay mucho trecho, y están en Chapinería. Corren como locos, no para atrás, como nosotros, sino adelante.

— Sería malísimo si la población de Madrid pensara como tú, pero creo que la mayoría será capaz de defender la ciudad cuando el

peligro llegue a las puertas. Hay que luchar a toda costa contra el ánimo de derrota. Salud, compañera, yo me apeo aquí.

Como si el breve diálogo con la mujer del tranvía hubiese abierto un agujero en la envoltura de plomo que llevo encima desde que salí de la catedral, comienzo a ver más allá de su drama, a mirar Madrid amenazado, a decirme que debo quedarme aquí. Pero un chorro de ironía apaga el fuego que comenzaba a arder: “Se diría que te crees Juana de Arco, vete a París para mirar de más lejos lo que pasa aquí. De todos modos no sirves para nada en estos momentos”.

El local del POUM está lleno de compañeros. Oigo hablar por primera vez de las Brigadas Internacionales y de armas pesadas rusas que ya han llegado burlando el control de la no intervención.

— El gran peligro —dice alguien— es que con las armas vendrán quizá las “checas” soviéticas y los consejeros políticos.

Los milicianos presentes no parecen haber oído el comentario. En sus oídos ya ruedan tanques, estallan obuses de calibre astronómico, crepitan ametralladoras y zumban centenares de aviones. La consigna: “Ante todo, ganar la guerra” prende fácilmente en el ánimo del combatiente. Lo principal es que nos den armas.

Emilio García acaba de llegar. Un abrazo estrecho nos tiene apretados un largo momento. Llevamos sin vernos hace casi un mes y encuentro que ha envejecido diez años. Lleva uno de esos tabardos forrados que nuestro sastre y la pequeña Emma cosían frente al hangar que nos servía de cuartel en la estación de Sigüenza en los buenos tiempos de la esperanza. Los dulces ojos miopes de Emilio García apenas se ven en su cara quemada por el viento. Trae malas noticias del frente.

Le pregunto si es verdad que los milicianos retroceden en todas partes. El dice que también es verdad que si los oficiales no abandonaran las posiciones demasiado pronto, si supieran dar las órdenes necesarias, el enemigo no avanzaría con tal rapidez. Sin armas, sin mandos, sin fortificaciones no hay moral que resista. Y añade:

— Todavía hay hombres que llegan al frente sin fusil, y muchos de los que lo tienen no han aprendido a usarlo. No se hable de las ametralladoras que datan de la guerra del 14, que se encasquillan a la primera ráfaga. Armados, mejor dicho desarmados de esta suerte contra un ejército disciplinado, bien encuadrado, provisto de un material abundante y moderno, estamos condenados al desastre y no se ve nada que cambie esta situación.

— Escucha, Emilio, pienso ir a pasar unos días en Francia. ¿Encuentras que hago mal? —le digo—. Nada más que diez o quince días hasta que se me cure la mano. Me enteraré de lo que piensan los compañeros franceses.

— ¿Y después vendrás a hacerte matar aquí? Has salido con vida de la trampa de Sigüenza por milagro. Podías haber muerto en la casa del POUM el último día o en el camino de la evasión. Etchebéhère murió...

— Y Antonio Laborda, Escudero también y Pancho Villa y tantos otros. Las vidas se valoran. En la lucha por la Revolución puede ser: “Combatir es necesario, vivir no es necesario”. Dicho lo cual, te ruego que no sacrifiques tu vida en una acción desesperada. Es seguro que la situación cambiará dentro de poco con la llegada de las Brigadas Internacionales. Descansa unos días en tu casa esperando mi regreso. En el fondo es orgullo querer hacerse matar

entre los primeros. Estás luchando desde el 18 de julio. Espérame para estar de nuevo juntos en el combate.

Emilio García dice que lo promete y que ahora se va a dormir.

Mi viaje a París se arregla de una manera inesperada. Pasado mañana dos compañeros salen para Francia en misión y viajan en coche. Lo más sencillo será ir con ellos. Consigna rigurosa. No decir nada a nadie, no hacer preguntas. Viaje directo Madrid— París.

En mi cabeza comienzan entonces a dibujarse las imágenes del otoño de Francia. Todavía habrá flores en el jardín de los Rosmer. Marguerite hará para mí una de esas tartas de manzanas que se deshacen en la boca de tanta mantequilla como ella les pone. Y beberé sidra nueva que no pica. Después iremos a dar la vuelta grande. No, la pequeña, hasta el Molino de Jarcy y regresaremos por Boussy—St. Antoine. Nada más que seis kilómetros, porque en esta estación la noche llega pronto. Cuando hayamos terminado de cenar a la luz de la vieja lámpara de nuestras veladas felices, hablaremos de la guerra de España. Ya sé que Alfred me reprochará el no estar bien enterada de las presiones políticas que están iniciando los comunistas a cuenta de la ayuda soviética.

Pero trataré de explicarle cómo, hasta aquí, en el frente, al menos donde yo estaba desde el comienzo, la política no era nuestra preocupación mayor.

Alguien me da un golpecito en el hombro. Es Quique Rodríguez. Me pregunta si dormía. Le contesto que no, que estaba soñando y me encontraba lejos de aquí, en casa de los Rosmer, en Perigny. Quique me anuncia que la partida se adelantó un día, que debo estar lista mañana alrededor de las ocho de la noche y que es hora de

preparar mi equipaje. Me toma de la mano y me lleva a un cuarto contiguo donde hay toda clase de ropas.

— Las hemos sacado de las casas de los ricos que han huido de la revolución —dice Quique—. Vale más utilizarlas para vestir a los compañeros que lo necesitan que dejarlas pudrir donde estaban. Toma lo que te haga falta. Encontraremos también una maleta.

La verdad es que en materia de ropa no tengo más que lo que llevo puesto. Después de la muerte de Hippo lo di todo pensando que el mono, el pantalón de montaña y el tabardo forrado bastaban ampliamente para mis necesidades de la hora. Tomo lo estrictamente necesario: dos faldas, dos *pullovers* y un abrigo.

¿Quiénes son mis compañeros de viaje? Ni la menor idea. En vista de la consigna de discreción, no pregunto nada. Hemos salido a las ocho de la noche. El coche es amplio y confortable. El asiento trasero me sirve de cama. No sé nada del camino que llevamos. Los puestos de control se siguen. Los milicianos que examinan nuestros salvoconductos deben encontrarlos en orden, porque todos los devuelven con una sonrisa y un: “Salud, compañeros”. Se me ocurre que pasaremos por Barcelona pero no me atrevo a preguntar. Ya veremos. A las cuatro de la madrugada primera parada para dormir. Los dos compañeros que nos esperan en la puerta de la posada se llevan el coche para llenarlo de gasolina y mirar el motor.

Este viaje me parece cada vez más irreal, algo así como una andanza en la nada, una expedición de cuento de hadas hacia ninguna parte. Hasta el estupendo desayuno que nos sirven es cosa de fantasía: jamón serrano, huevos fritos y café con leche. Es evidente que la guerra no ha pasado todavía por estos pueblos benditos de Dios.

Mis compañeros insisten para que coma lo más posible. Al corriente quizá de las penalidades que he pasado, creen que debo resarcirme tragando a más no poder tantas cosas buenas.

Reanudamos el viaje a las nueve. A gran velocidad —parece que vamos retrasados—. Yo miro desfilan en una cinta acelerada naranjos redondos claveteados de amarillo, huertas rectilíneas, hermosas casas de labranza, mujeres y hombres trabajando en los campos. Se acabó la tierra ocre y gris de Castilla con sus trigos muertos y sus casuchas tan muertas como los trigos.

Mediodía ha sonado cuando atravesamos una ciudad bastante importante, quizá Gerona, pero no me dicen nada y yo me abstengo de preguntar. No hay parada aquí, el coche marcha hacia la montaña. A ratos, en la lejanía, brilla un cachito de mar encerrado entre rocas que parecen pintadas a mano. Nuestra carrera termina en un pueblo cuyas casas están construidas en una sola calle muy pendiente. Tres jóvenes vienen a nuestro encuentro. Visten mono y llevan fusil. Son tres milicianos del POUM.

— Aquí están ustedes en su casa —dice uno de ellos— porque todos los del pueblo, o casi todos, somos del POUM. Después de comer iremos a reunirnos con los compañeros que han organizado una fiesta detrás de la colina para agasajar a un grupo de milicianos que han venido de permiso. Y ya se sabe que lo que más gusto les da, es bailar la sardana.

El aire es tibio, el cielo límpido. En el pueblo no hay nadie. Se diría que el mar trepa con nosotros a las montañas. El mar y el cielo tienen el mismo color índigo. El mar parece acercarse a medida que subimos. Las colinas, como partidas a hachazos, están embadurnadas de rojo, violeta y verde. Una luz dorada envuelve la

ancha meseta que sirve de pista de baile. Forman la rueda muchachos y chicas, viejos y viejas, hombres y mujeres de edad madura y niños, que tomados de la mano se desplazan despacio, levantan un pie, dan pasos acompasados al son de una música que a ratos estalla muy alto. Me dicen que bailan la sardana y que yo también debo bailar, que es muy fácil.

Pero yo prefiero mirar. Al cabo de un momento la rueda se ha convertido para mí en ese cartón de Goya llamado La gallina ciega que he visto en el museo de El Prado. El recuerdo me devuelve a Madrid y a la angustia de saber la ciudad amenazada. Este cuadro pintado en medio de montañas pintadas es tan imaginario como mi extraño viaje.

Dos hombres salen de la rueda y vienen a hablar con nosotros. Quieren saber cómo van las cosas del lado de Madrid.

— Bastante mal —contesta uno de mis compañeros, el que parece bien informado—. Pero pronto cambiará todo con la llegada de las Brigadas Internacionales y la ayuda de Rusia, que ya nos está mandando armas.

— Será quizá bueno para la guerra, pero de seguro malo para nuestra organización —dice el hombre—. Veo venir días malos para el POUM. El partido comunista ganará mucha fuerza gracias al apoyo soviético y se volverá contra nosotros empujado por los rusos.

— ¿No crees que el POUM puede contar con el sostén de la CNT y hasta de una parte de los socialistas? —digo yo.

— Las armas serán la carta de mayor arrastre en las negociaciones que los comunistas propondrán a los anarquistas, y éstos entrarán o se declararán neutrales en una querella que, en el fondo, dirán, no

les concierne. En cuanto a los socialistas, les falta temple para medirse con los comunistas, que ya les han quitado los militantes más activos. Créanme, soy pesimista, quisiera engañarme, pero el pueblo español está tan hambriento de armas y el POUM tan desamparado frente a la fuerza de los que habrán de darlas...

Mis compañeros tienen prisa. El que parece ser el jefe de misión pronuncia algunas palabras que quieren ser tranquilizadoras, nos despedimos y marchamos en busca del coche.

Al cabo de tres cuartos de hora el conductor para a orillas de una caleta triangular rodeada de rocas tan coloridas como todas las que vimos en el camino. A un paso del agua hay una cabaña, y en la puerta, sentados en el suelo, dos hombres que parecen estar esperándonos porque uno de ellos, el mayor, grita al vernos que hay una cesta llena de pescados y mariscos para la cena, añadiendo que será una cazuela.

Los compañeros me presentan, explicando que he combatido con las milicias del POUM en Sigüenza. A los hombres que miran con respeto mi brazo en cabestrillo debería decirles que no se trata de una herida de guerra, pero no tengo ganas de entrar en pormenores. Prefiero cambiar de tema, hablar, por ejemplo, de la belleza que tiene esta región.

— Ya lo puedes decir. Nuestra Costa Brava es lo más grande que hay en el mundo, y no has visto mucho. Si al regreso quieres quedarte dos o tres días aquí, te mostraremos lugares más hermosos. Ahora tengo que ocuparme de la cena.

Sin entrar en la conversación, me entero, por lo que dicen los hombres, que cruzaremos la frontera a pie, por un sitio muy seguro.

El chófer no viene con nosotros. En el otro lado tendremos coche y conductor franceses.

No bien nos sentamos a comer llega nuestro guía. Es un hombre delgado, de unos cincuenta años, poco conversador. Trae alpargatas para todos. El camino, según dice, no es largo ni difícil, pero marcharemos mejor con alpargatas. Las que me están destinadas son demasiado grandes. No tiene importancia. El guía ha pensado en los posibles inconvenientes. Saca del macuto un par de calcetines muy gordos, me los tiende y espera que los pruebe. Luego será. Por el momento toda mi atención se fija en la cazuela de mariscos, la más exquisita y lujosa que he comido en toda mi vida y que quizá nunca volveré a comer.

— No es todo lo buena que debiera. Tiene falta de azafrán. Lo siento. Hubiese querido servirles lo mejor de lo mejor —dice el cocinero cuando le elogia el plato—. A tu regreso te haré una como Dios manda, si pasas por aquí.

Ha llegado el momento de probarse los calcetines. Con ellos las alpargatas quedan casi bien. No me atrevo a preguntar si llevaremos mi maleta. El guía parece adivinar y explica que encontraremos el equipaje en el coche que nos espera al otro lado. No debo llevar más que el abrigo y los guantes porque la noche será fría. A las diez y media nos ponemos en camino.

La montaña huele a tomillo y a mar. Un silbido sube de vez en cuando delante de nosotros. Entonces el guía contesta: “Salud y Revolución”. Ningún ser humano se nos cruza, pero yo siento que detrás de cada roca hay alguien. El guía me coge la mano cada vez que hay que pasar un arroyuelo o trepar por las piedras. Le digo que no hace falta y trato de hacérselo comprender adelantándome, pero

él me alcanza. Se ve claro que mi brazo en cabestrillo le infunde temor o respeto porque debe creer que me han herido en combate.

Llevamos caminando dos horas o más cuando al final de una especie de túnel damos con una cabaña hecha de ramas y lona. Un centinela invisible nos da el alto. El guía contesta: “Soy Paco. Salud y Revolución. Conmigo vienen los compañeros que deben pasar al otro lado. Si tenéis café pararemos”.

— Tenemos café y del bueno —dice una voz—. También una copa de aguardiente para calentar el cuerpo. Entrad.

Hay que doblarse hasta el suelo para pasar. Dentro, cuatro hombres están sentados alrededor de un fuego de leña. No visten mono, sino traje de montaña. Todos tienen el fusil cruzado sobre las piernas. Se arriman para dejarnos lugar junto al fuego. En seguida nos preguntan cómo se presenta la situación para Madrid. El mismo compañero de siempre responde con las mismas palabras, que por el momento la situación es crítica, pero que todo cambiará gracias a las Brigadas Internacionales que están al llegar y a las armas que Rusia ya nos está enviando.

— Dicen también que vendrán tropas soviéticas a España. ¿Qué se sabe de esto? —pregunta el que parece ser el jefe del grupo.

— Tropas, no —responde el compañero Andrés, como dice llamarse—. Solamente técnicos para enseñar a nuestros oficiales el manejo del material.

— ¿Y aviones, crees que nos mandarán? —interroga con voz ansiosa el más joven de los hombres—. Lo que necesitamos son aviones para tumbar los aparatos fascistas.

Nuestro guía da la señal de partida. Según él, debemos llegar al otro lado antes de que amanezca. Como todavía nos queda un largo trecho por andar no hay que perder tiempo. El corto descanso y el calor me han hecho tanto bien que camino casi al paso de los hombres, encantada de esta secuencia que se añade a mi viaje de pura fantasía, ya que no me hacía falta todo este misterio para entrar a Francia.

Ya hemos llegado al otro lado, junto al coche listo para arrancar. Los pueblos que atravesamos se parecen a los que hemos dejado atrás, pero aquéllos, hoy todavía apacibles, están amenazados por la guerra, mientras que éstos no corren ningún peligro. La frontera que los separa no es una línea de tierra imaginaria, sino un privilegio que les asegura paz y continuidad.

Mientras esperamos el desayuno, leemos los periódicos de la mañana. Los grandes títulos de primera página dicen que las tropas franquistas están a un paso de Madrid, que no hay salvación para la capital, que caerá irremediabilmente dentro de pocos días.

Una vez más mi viejo enemigo, el sentimiento de culpa, me oprime la garganta.

— En realidad —me digo—, tu viaje es una huida, mírate bien por dentro, el pretexto de tu mano inútil esconde una voluntad de huir porque estás harta de la guerra, porque tienes miedo. ¿Qué vienes a buscar en Francia? No harás nada aquí por la guerra de España, nada, y lo sabes de sobra. Regresa a Madrid con el primer tren, es el único medio de redimirte de esa falta llamada traición que ya te está hincando los dientes. Es posible que tengas miedo de morir de mala muerte en combate o torturada, pero sabes también que el miedo de traicionar es más fuerte que el otro miedo.

No he bebido café ni comido el exquisito pan de Francia. Andrés me pregunta si no tengo hambre.

— No, no tengo hambre. Quiero volver a Madrid. Las noticias de los periódicos son terribles.

— No hagas caso. Según los pronósticos de Franco, sus tropas ya debían estar en Madrid. La situación cambiará completamente en cuanto intervengan las Brigadas Internacionales. La población también reaccionará. Hay que tener confianza.

El compañero Andrés habla con un acento tan firme que lo supongo enterado de secretos que vienen de muy alto, pero no me atrevo a preguntarle quién se los ha transmitido.

CAPÍTULO 4

Ya estoy en París, alojada en el hotel de la calle de Feuillantines donde llevé a menudo a amigos extranjeros que buscaban una habitación barata. La patrona no ha cambiado de peinado ni de sonrisa. Viendo mi brazo en cabestrillo sube mi maleta hasta el cuartito del tercer piso que le he pedido. Cenaré en el restaurante chino de la calle Royer Collard donde se puede comer por 3 francos 73, todo incluido.

Frente al número 1 de la calle de Feuillantines, primera parada en el pasado. Habíamos vivido aquí antes de ir a España. Nuestra morada se componía de dos buhardillas pequeñas cuyos ventanucos daban a los jardines del hospital de Val de Grace. Aquí tuvimos por primera vez nuestros propios muebles, no muebles de verdad, excepto la cama. El resto se componía de repisas fabricadas por Hippo. Dos tablas apoyadas en un par de caballetes componían la mesa. Nuestra estufa se llamaba “Mefisto” a causa del enorme calor que dispensaba con un mínimo de bolas de carbón en el vientre. Alfred Rosmer venía a cenar con nosotros todos los viernes antes de acudir a su trabajo de corrector de pruebas nocturno. Eran los tiempos felices.

Segunda parada frente al 78 de la calle Gay Lussac. En esta casa ocupábamos un apartamento de dos habitaciones en el sexto piso. En el comedor tenían lugar las reuniones para la revista *Que Faire?*

Los compañeros extranjeros que tomaban parte eran evadidos de Polonia a quienes Hippo había dotado de pasaportes perfectamente en regla. Para este delicado trabajo empleaba un taco de goma que venía de uno de mis zapatos viejos, y una serie de pequeñas herramientas fabricadas por él.

Comenzadas a las dos de la tarde, las reuniones se prolongaban a menudo hasta la hora de cenar. Cuando yo regresaba de mi trabajo —lecciones de español a domicilio—, no quedaba en casa ni pan. Hippo se disculpaba:

— Ya lo sabes, nuestros polacos están siempre hambrientos. Todavía tenemos que discutir muchas cosas...

No hacían falta mayores explicaciones, había que hacer cena para todos. Entonces salía a comprar una lata grande de salmón japonés, ponía a cocer un montón de patatas y cubría de mayonesa el manjar. Era el plato de las grandes hambrunas, abundante y barato, un poco engorroso a causa de la mayonesa, pero no era posible alimentar a seis personas con carne.

— Si estás muy cansada —decía Hippo—, bajaré yo a comprar.

Claro que estaba cansada y harta de escuchar el chapurreo de mis alumnos, casi todos hombres de negocios que debían aprender a toda velocidad un vocabulario suficiente para su viaje a España o a Sudamérica. Pero nada era cansancio comparado con mi temor por Hippo, por sus pulmones enfermos que absorbían durante horas el humo de tantos cigarrillos.

He olvidado la catedral y también Madrid. Tampoco yo existo. Es Hippo quien mira por mis ojos, piensa en mi cerebro, late en mi corazón, me habla al oído, se burla de los nombres bobos que le doy.

Una imagen de él se me pega de pronto a los pasos. Viene de tiempo atrás, de cuando vivíamos en el 57 de la calle Claude Bernard donde teníamos un cuarto pequeñito pero muy soleado, muy alegre. Al regresar una mañana del mercado, encuentro a Hippo sentado en la cama sosteniendo junto a su boca una palangana llena de sangre. Viendo mi espanto, suelta la palangana, se limpia los labios, me sonríe con su maravillosa sonrisa luminosa y me dice despacio:

— No te preocupes, ya pasó, ahora me siento mejor. Sabes además que estoy bien decidido a no morir de enfermedad.

No murió de enfermedad. Una bala de ametralladora, en el combate que había elegido desde su adolescencia, le partió el corazón. También aquel día había manado sangre de sus labios. La Abisinia, aquella chica muy morena que estaba enamorada de él como todas las mujeres que se le acercaban, había empapado su pañuelo en su sangre y quiso dármelo. Le dije que lo conservara. Yo no necesitaba todavía recuerdos. Su cuerpo pegado al mío bajo la áspera manta de campaña seguía dándome calor. En mis ojos estaba incrustado todavía el diseño de su boca, la sombra leve bajo sus pómulos, el destello de sus anchos dientes cuando estallaba su risa incontenible. Aún tenía todas sus palabras en los oídos con el sonido un poco ronco de su voz. Seguía sintiendo sus brazos alzarme del suelo el día que llegué a Madrid y le escuchaba decirme apasionadamente:

— Por fin vuelvo a tenerte. Aquí pasarán cosas muy importantes. Hablaremos en casa.

Después levanté un muro frente a los recuerdos. Si recordaba no podría vivir. Entonces quedé vacía, sin más pensamientos que los necesarios para la guerra. Los demás me están vedados. No debo

leer porque todo lo he leído con él, ni mirar el cielo, ni amar la montaña, ni oler una flor, porque todo esto pertenece al tiempo en que nuestras dos vidas se fundían en una sola, a esos días en que me decía:

— Tenemos que cuidar de nuestro amor. Compraremos menos libros para que puedas tener un vestido bonito. ¿Recuerdas el que diseñé para ti cuando nos conocimos? Ahora no tienes más que una falda vieja y ese abrigo de muchacho que te ha dado Marguerite. La política se nos traga la vida, no debemos dejar que nos devore...

Decía esto pocos meses antes de irse a España. Y habíamos hecho proyectos de amor y de vacaciones. Las del verano de 1936 debían transcurrir en Asturias para visitar los lugares donde los mineros habían combatido en 1934, y recoger material para el libro que queríamos escribir después del ya comenzado sobre la Alemania de 1933.

Amor, vacaciones... Aquellas vacaciones la guerra civil vino a aspirarlas en una marejada ardiente, y para Hippo fue el tiempo más bello de su vida, el más feliz. Para mí menos, a causa de la angustia que me abrumaba sabiendo que Hippo moriría, sin tener derecho a hacer nada por evitarlo, apenas decirle de vez en cuando que no se hiciera matar demasiado temprano.

Ya está, no debía recordar. ¿Dónde ir ahora? ¿Sentarme en “Capoulade”? Imposible, lo vería a mi lado. Comeré en un restaurante ruso que conocí sin él. Mañana comenzaré a ver a los amigos, y a más tardar dentro de diez días, quizás antes, regresaré a Madrid para volver al frente, allí donde sólo se mira al cielo para ver venir los aviones y donde se puede morir en la fidelidad.

Esta decisión me alivia un poco, pero no lo bastante como para pensar en comer. Vale más ir al hotel, tragar un somnífero y dormir una noche larga. ¡Ojalá no lo vea una vez más en sueños de pie a mi lado, sonreírme y alejarse sin volver la cabeza! Cuando lo sueño así me despierto en la noche aullando.

Avisados por un neumático, Alfred y Marguerite Rosmer me esperan para almorzar. Su cálida amistad me reconforta. Las noticias de la guerra de España son malísimas. Los corresponsales de los diarios franceses en Madrid son muy pesimistas. La ciudad no se puede defender. Las milicias siguen retrocediendo. El partido comunista francés enrola combatientes para las Brigadas Internacionales. Se espera de un momento a otro que el Gobierno republicano español dé su asentimiento a la intervención de las Brigadas Internacionales en su territorio. Sí, hay un gran movimiento de solidaridad en todas las organizaciones de izquierda, pero en algunos sectores de la clase obrera ya se comienza a desconfiar de esa CNT incontrolada y arbitraria, de sus tropas que saben morir pero no combatir.

Alfred propone reunir el domingo, en la casa de Perigny, un grupo de compañeros para escuchar mi informe sobre la guerra civil española. Yo estoy de acuerdo pero explico que los datos políticos que pueden interesarles me faltan porque he pasado todo el tiempo en el frente.

Llego a la “Grange” —así se llama la casita de los Rosmer en Perigny— el sábado a mediodía. Marguerite ya está preparando la comida. Un olor a manzanas flota en todas partes mezclado con el perfume de confitura de ciruelas que viene de los frascos sin tapar alineados sobre la mesa grande de la entrada.

Le cuento a Marguerite que nuestro compañero austríaco Kurt Landau y Katia, su mujer, quieren a toda costa ir a España, no para combatir en el frente, pues Kurt tiene poca salud, sino porque en España la revolución está en marcha.

Marguerite comprende este deseo, pero Kurt Landau es un militante de cualidades excepcionales, insustituible en nuestro grupo de oposición de izquierda comunista. ¿Por qué habría de ir a echarse en la hoguera española? Que espere al menos hasta que se establezca la situación de Madrid. Mejor cambiar de conversación.

— Ven conmigo a la cocina —dice Marguerite—. Voy a hacer una tarta para el té. Cuando llegue Alfred iremos a recoger las últimas manzanas del año. Esta noche, si puedes, nos hablarás de Sigüenza.

Todo ocurre como estaba previsto, como yo lo había imaginado en España cuando resolví venir. Ningún tajo ha venido aquí a desarraigar la continuidad apaciguadora de los días. Bebemos el té en las tazas de porcelana antigua que Marguerite heredó de su abuela. La tarta, un poco tibia como a mí me gusta, tiene el sabor de siempre. Después vamos a recoger las manzanas, llevando al brazo cada uno su cesto. Sólo falta el paseo ritual porque ya está oscuro cuando terminamos de recoger la fruta y ponemos los cestos en su sitio. Única alteración de la regla, Alfred no se encierra a trabajar en su cuarto hasta la hora de la cena. Me interroga sobre la ayuda rusa. No puedo contestarle más que lo escuchado al compañero Andrés: que la Unión Soviética ya ha enviado tanques y armas pesadas y que se esperan más cantidades a fin de mes.

— Por desgracia —dice Alfred—, con las armas vendrán los chekistas, todo el aparato de la Policía política. ¿Se dice que vendrán tropas rusas?

— Sí, corren rumores, nada de cierto, y el Gobierno lo desmiente. Personas que dicen estar bien informadas cuentan que ya han llegado técnicos rusos para formar el personal que habrá de servirse del material.

Lo que debo contar después de la cena lo sé a fondo. El filme de nuestros combates de Sigüenza desfila con sus menores detalles. Defiendo, sobre todo, a los milicianos. Cuento la muerte de nuestro Pancho Villa, el asombroso saber militar del Maño, el coraje de todas las muchachas que se quedaron con nosotros, la conducta ejemplar de los tres ferroviarios de la estación, los bombardeos terroríficos de la aviación alemana. Me detengo largamente en el personaje del Marsellés, aquel cenetista del sur de Francia, estibador de oficio, para quien el anarquismo era un sacerdocio de pureza y el internacionalismo revolucionario un dogma absoluto.

— Mañana debes contar todo esto a los compañeros —dice Marguerite con voz temblorosa.

— Sí, pero esta noche tengo que hablarles todavía de Antonio Laborda, ferroviario de Murcia, militante socialista, el mejor de todos nosotros.

Alfred me toma la mano suavemente y dice que vale más no seguir contando esta noche, ya que debo recomenzar mañana.

Pero Marguerite interviene:

— Deja que continúe, necesita seguir hablando.

— Sí, he venido a Francia para hablar de los hombres y mujeres cuya vida y combate he compartido, que han muerto con las armas en la mano y que allende las fronteras españolas, incluso en nuestro

campo, se comienza ya a calumniar, pero basta por esta noche, Alfred tiene razón.

Ocurre también que de pronto se me ha echado encima una fatiga desmedida, y que a pesar de la cálida amistad de estos dos seres tan queridos, la angustia comienza a apretarme la garganta.

— Mañana seremos doce para comer, pero tú no necesitas levantarte temprano. Alfred me ayudará. El menú no ha variado: un pote monumental con codillo y toda clase de verduras. Compota de manzanas de postre y sidra nueva a chorros para beber.

Sin que Marguerite me vea tomo un somnífero antes de acostarme. Alfred ha puesto el diario al lado de mi cama. España está en primera plana. Las noticias son desastrosas, salvo la que confirma la aprobación del Gobierno republicano para la venida de las Brigadas Internacionales. Me digo entonces que Madrid no caerá y que quizá se ganará la guerra, sí, pero la revolución...

A las ocho estoy despierta, pero Marguerite se me ha adelantado. Está terminando de desayunar en la mesa de la cocina atestada de legumbres. Aparta algunas para dejarme sitio y me muestra el soberbio codillo para el festín de mediodía. Se oye la tos de Alfred, señal de despertar que Marguerite lleva un rato acechando. Vuelta hacia mí, se pone a explicar, como si necesitara disculparse, que prefiere llevarle el desayuno a la cama porque es más corto subir una bandeja que poner la mesa, que además a Alfred le gusta mucho leer por la mañana antes de levantarse y que a causa de sus bronquios delicados debe evitar el frío.

— Sobre todo, confiesa que lo mimas.

Ya se ha ido con su bandeja. Al regreso, las explicaciones recomienzan.

— Sí, lo cuido. Si no lo cuidara, hace mucho que se habría muerto. Cuando nos conocimos, durante la guerra del 14, se caía de debilidad, estaba enfermo del estómago, asténico. Yo tenía un miedo terrible de perderlo.

— ¿Por qué no escribes tus recuerdos, Marguerite? Has tomado parte en los acontecimientos más importantes de los últimos cuarenta años. Has sido una feminista activa, militante pacifista durante la guerra del 14, has conocido la Rusia de los años 20, la Tercera Internacional en sus comienzos, has tratado al equipo bolchevique de los tiempos heroicos. Todo esto merece ser contado.

— Quizá, pero yo sé mejor actuar que escribir. Y tú, querida niña, ahora que todo está listo para el almuerzo, trata de hacernos un ramillete para la mesa con las últimas flores del jardín. Todavía quedan algunos cosmos y rosas de India.

A Marguerite le debo la pasión por el jardín, no el amor a las flores. Éste es de un viejo jardinero napolitano quien me lo enseñó cuando yo era muy pequeña. Pero con Marguerite aprendí a sembrar, a trazar un surco, podar un rosal, atar las delicadas ramas de la clemátide, guerrear contra las malas hierbas, los nombres de las flores silvestres. Y como ella, en cuanto llegaba a la “Grange” corría al jardín para ver los progresos o fracasos de nuestras plantaciones, contar los desastres causados por las babosas y los caracoles.

La bruma no se ha disipado todavía del todo. El pequeño llano de Jarcy sigue envuelto en velos gris azulados. Hay que juntar las flores a toda velocidad y refugiarse en la casa porque el recuerdo de los

bosques de Sigüenza comienza a remolinear en mi cabeza. Cuando llego a la sala donde Marguerite está poniendo la mesa, ya no tengo fuerzas para seguir el juego. Los sollozos me ahogan.

Terminada la comida, frente a los compañeros atentos y graves, pronuncio lo mejor que puedo el alegato en favor de la guerra de España. Alguien me pregunta si los trotskistas son mal vistos. Mi respuesta es: “No hasta el presente”. Y repito lo que Hippo había dicho a la Pasionaria cuando ésta le pidió que fuese a buscar la dinamita.

Otras preguntas: “¿El partido comunista es fuerte?”.

Respuesta: “Todavía no, pero llegará a ser todopoderoso si la gran cantidad de armas que se espera de Rusia pasa por sus manos”.

Pregunta: “¿Es verdad que los sindicatos y las milicias de la CNT están invadidos por fascistas?”

Respuesta: “Fascistas activos o en potencia los hay actualmente en todas las organizaciones, mucho menos en las milicias a causa de un control más severo. No olviden que en la España revolucionaria, la vida no es fácil para quien no puede mostrar un carnet sindical o de un partido al menos republicano. Las organizaciones paralelas del partido comunista, sobre todo el Socorro Rojo, son refugios muy buscados porque además del aval político dan víveres y ropa. Otro peligro que tiene su importancia viene de todas esas muchachas burguesas, instruidas y bonitas, que se colocan de secretarias en las grandes federaciones sindicales o los ministerios a las órdenes de los altos jefes que muy a menudo las toman de queridas.

Alguien hace un gesto que puede significar: “La cosa no es muy grave”.

Entonces me explico. No hay que creermé más puritana de lo que soy. Sin contar que esas mujeres pertenecen generalmente a medios reaccionarios, que suelen ser hijas o hermanas de fascistas encarcelados cuya situación tratan de mejorar, en el mejor de los casos, es decir que sean simplemente de su clase, ni espías ni traidores, su influencia es siempre negativa en el militante colocado en las alturas. A un cierto espíritu burocrático que comienza a manifestarse en las filas de los dirigentes obreros, tener una querida bonita mucho mejor educada e instruida que la esposa proletaria, añade una promoción social a contrapelo.

Marguerite hace señas de que es tarde. Los compañeros que quieren tomar el autocar de las seis deben darse prisa, cosa que me hace decir que en Francia los transportes nos impedirán preparar la revolución. Recuerdo que en París, ninguna reunión política por importante que fuese, podía prolongarse más tarde que la hora del último “Metro”.

Kurt y Katia Landau se quedan a cenar con nosotros.

Insisten en que debo ayudarles a ir a España. Kurt arrastra una especie de bronquitis agravada por la fatiga que le impone su duro oficio de vendedor ambulante de charcutería alsaciana. Todas las mañanas sale de su casa cargado con dos pesadas maletas llenas de salchichas y otras *delikatessen* que trata de vender a las familias alemanas y austríacas que le recomiendan. Sube todos los días cientos de pisos. Después están las reuniones, los artículos, los compañeros evadidos de la Alemania nazi que hay que ayudar. Su salud resiste mal tanto trabajo, pero su pasión lúcida le ilumina la cara, incluso en los momentos de mayor agobio. Lee en el “Metro”, escribe los artículos en el rincón de una mesa mientras aguarda que la cliente escoja la mercancía, se alimenta a mediodía con un café

con leche y viene después corriendo a nuestra casa para discutir con Hippo su última tesis sobre las perspectivas de la oposición de izquierda o la defensa incondicional de la U.R.S.S. que algunos de nuestros compañeros comienzan a rechazar.

Katia, su mujer, es pequeñita, tiene los cabellos y los ojos increíblemente negros, es inteligente, muy culta, de una sensibilidad casi enfermiza. Por todo trabajo no ha encontrado más que varias horas por semana de fregar suelos y lavar cristales.

Ahora nos toca a nosotros darnos prisa si queremos estar listos para el autocar de las diez.

Mañana regreso a España. Mis últimas jornadas parisienses no me han dado más que desaliento y pena. Sólo consigo ver los grandes títulos de los diarios anunciando que Franco se prepara a entrar en Madrid. Mi equipaje pudo haberse enriquecido con mil cosas que me querían dar los compañeros. He aceptado solamente un par de botas blandas, cómodas, forradas de lana. Colmo de felicidad, los compañeros del POUM me han obtenido un billete de avión Marsella—Barcelona. A mi vez he conseguido organizar el viaje de Kurt y Katia Landau a España. Entonces, misión cumplida. Balance de lo hecho aquí: nada o poquísimo. En total, el equivalente de un reportaje tomado sobre el terreno. Pero las conclusiones en lo que a mí respecta son definitivas. Mientras dure la guerra no puedo vivir más que en España.

Hoy estamos a 6 de noviembre. La columna de Yagüe ha llegado hasta Carabanchel. Llego a Barcelona el 8 por la noche. En la ciudad corren rumores siniestros. No hay esperanzas para Madrid. Los moros se pasean por el Puente de Toledo. El Gobierno se dispone a marchar a Valencia.

Cuando el 11 a mediodía el coche del POUM que me trae de Barcelona se mete en las calles de Cuatro Caminos, tiene que dar vueltas y más vueltas para no tropezar con los caballos reventados cuya sangre corre en espesos regueros, montones de muebles calcinados, ambulancias que aúllan, barricadas, a veces hasta verdaderos muros de dos metros de alto. Por todos lados arden casas. De cada esquina surgen camilleros y hombres que cargan en sus espaldas mujeres y niños heridos o muertos. Volando sobre este mundo de espanto pasan en formación los monstruos negros, pero no en paseo tranquilo como en Sigüenza porque ahora ya no son los amos del cielo. Aviones de combate, livianos y veloces que los madrileños ya llaman cariñosamente “chatos” les cierran el camino, los persiguen con sus ametralladoras a derecha, a izquierda, entre las aclamaciones delirantes de una multitud amontonada en los tejados, despreocupada, ebria de alegría que anima a los aviadores con el mismo vocabulario que usa en la plaza de toros para alentar al torero.

Los miembros de los comités de casa tratan en vano de explicar a los imprudentes que no sólo corren peligro de muerte sino que estorban a los aparatos. Con muchos gritos y amenazas consiguen a veces despejar los tejados pero no por mucho tiempo. En cuanto vuelven a sonar las sirenas todos regresan.

A fuerza de detenernos, dar vueltas, dejar el coche cuando las bombas caen demasiado cerca, de llevar heridos a los hospitales, llegamos al atardecer al local del POUM que se halla ahora en una casa grande de la plaza Santo Domingo. Alrededor, las llamas iluminan el cielo. Sin cuidarse de los incendios, mujeres y niños forman cadena para pasar las piedras a los constructores de barricadas.

Salvo los barrios residenciales que la aviación fascista no bombardea todavía, Madrid arde por los cuatro costados. En la Puerta del Sol, ruidoso corazón de la ciudad, los destrozos son terribles. Es la hora en que el éxodo de las mujeres y los niños que abandonan sus casas amenazadas para buscar refugio en las estaciones del “Metro” está en su plenitud. A la luz de las llamas, estas largas filas ondulantes cuyos costados se hinchan de bultos y sacos recuerdan las filas de hormigas que vuelven del trabajo. Este pueblo que ha resuelto combatir entra en la desdicha del asedio y paga silenciosamente el tributo.

Es hora de echarse a la calle para ir a ver a los compañeros. Alrededor de una mesa que huele a mobiliario de ricos, como todo lo que hay en esta casa cuyos propietarios han huido, una decena de hombres están hablando de las consecuencias que tendrá para el POUM el rápido crecimiento del partido comunista. En el impulso heroico que levanta la defensa de Madrid, todo se parece a los primeros días de la guerra civil. Los milicianos del POUM tienen todavía el derecho de combatir y morir con sus propias insignias. Nadie les obliga a abjurar...

— Desgraciadamente ocurrirá que tendrán que desdecirse — interrumpe Juan Andrade—. Los rusos exigirán que nuestra organización les sea sacrificada. Ya veréis que no tardarán en instaurar aquí los métodos que emplean contra la oposición en la Unión Soviética.

— Querrán hacerlo —replica Quique Rodríguez—, pero en España el partido comunista no es la única organización revolucionaria, incluso si tiene el apoyo de las armas rusas. No olvides a la CNT que cuenta mucho.

— No me hago ilusiones sobre la ayuda de los anarquistas —dice Andrade— y tampoco sobre la de los socialistas. Unos y otros pagan las armas rusas al precio de una dimisión total. Ya la “Junta de Defensa” se encuentra prácticamente bajo control comunista. Las Brigadas Internacionales que están salvando a Madrid...

— ¡Cuidado! —grita alguien—. Las Brigadas, nadie puede negarlo, organizadas por los comunistas en el extranjero, son una punta de lanza encuadrada por hombres que saben servirse de un material que nuestros milicianos conocen mal o no conocen. Sí, las Brigadas están salvando a Madrid, felizmente no ellas solas. Los españoles combaten a su lado con toda el alma, como los de las Brigadas, muriendo como ellos a millares en todos los frentes de Madrid. Rindo homenaje a las Brigadas Internacionales. Su valor y su sacrificio entrarán en la leyenda de la lucha revolucionaria del mundo entero, ¿pero quién se acordará de nuestro Emilio García, ni de cómo cayó en el camino a Illescas, solo en la carretera, pegado a su ametralladora?

— ¿Emilio García ha muerto?

— Sí, hace pocos días, cuando la gran desbandada. Todo parecía perdido. Nuestras tropas no tenían armas, ni mandos, ni moral. En Madrid era peor todavía que en el frente. Entonces Emilio se fue a combatir. No sé si te ha dicho alguna vez lo muchísimo que quería a su Madrid...

— Sí, me hablaba a menudo de sus andanzas de librero ambulante por las calles de la ciudad. Antes de irme a Francia le rogué que me esperara. Es terrible perderlos a todos. Emilio García fue un hermano para Hippo y uno de nuestros mejores combatientes.

¿Qué más decir? Pronuncio su oración fúnebre dentro de mí, reconstruyo su silueta un poco cuadrada, su cara marcada por las intemperies, sus dulces ojos de miope agazapados detrás de los cristales espesos, la cadencia madrileña de su voz diciéndome que había elegido el oficio de librero para poder leer y que cuando terminara la guerra se iría a viajar por el mundo.

Ahora está muerto.

La pequeña milicia del POUM se ha dividido en dos compañías. Todos los antiguos, madrileños en su mayoría, forman parte de la primera. La segunda está formada, sobre todo, por extremeños, de los que conozco solamente algunos, evadidos de la catedral. De los demás, que han venido huyendo de Badajoz, de Castuera, de Llerena, casi todos militantes del POUM, no sé nada. Un convento situado cerca del Hospital Clínico les sirve de cuartel. Un grupo de monjas que se han declarado milicianas se ocupa de la cocina y demás menesteres. Todo el mundo está contento.

El chófer del coche que me lleva al cuartel es un muchacho mulato, muy oscuro, llamado Cirilo. Mientras circulamos bajo un cielo tranquilo, su humor es plácido y la marcha moderada, pero llegados a la proximidad del Clínico, uno de los frentes más comprometidos enclavado en la ciudad, se le estropea el humor, mira a la derecha y a la izquierda, hunde la cabeza entre los hombros como para protegerla y corre a una velocidad loca. Temiendo un accidente, trato de calmarlo.

— Por favor, Cirilo, más despacio. Quiero ver lo que pasa en el barrio y sobre todo no hacernos matar como idiotas en un choque o aplastados contra una pared.

— ¿Prefieres que nos mate un obús? ¿No los oyes estallar? Esto es el infierno, todo el barrio es un puro infierno. Hay que correr todo lo que se puede. Así hay menos posibilidades de dar con un obús o una ráfaga de ametralladora. No digo que sea lo que Dios quiera porque soy contrario, pero si tenemos que morir, que sea sin querer, no a propósito.

El convento cuartel está desierto. La miliciana que me recibe no sabe decir dónde se encuentran los hombres. Los ve irse de mañana, casi siempre vienen a comer a mediodía y a veces regresan tarde de noche.

La celda que me está destinada da a un jardín pequeñito. La monja miliciana me ofrece un brasero para quitar la humedad. Me creo casi en un hotel. Esta impresión se acentúa cuando la muchacha me pregunta si quiero comer en mi habitación. No, no quiero, no soy más que una miliciana igual a ella.

— Puede ser verdad, pero mañana o pasado te irás al frente y pasarás frío y lluvia. Deja que te cuidemos un poco, sabemos que lo mereces.

En vez de halagarme, estas palabras me irritan. Las tomo por una zalamería de monja deseosa de hacerse perdonar su estado anterior, una alabanza hipócrita venida de la acera de enfrente.

La miro fijo en los ojos y le digo con voz dura:

— No intentes hacerme creer que nos quieres, que te has convertido sinceramente a nuestra causa así, del día a la noche, entre las llamaradas que queman tus iglesias y matan a tus curas.

La monja no rehúye mi mirada y contesta con voz firme:

— Yo creo en Dios y lloro por las iglesias quemadas, no tanto por los curas, aunque también los hay buenos. Mi conversión a vuestra causa, como tú dices, se hizo el día en que “ellos” comenzaron a bombardear Madrid, a matar niños. Muchas monjas han colgado los hábitos para llevar una vida alegre. Yo, no. Yo no me acuesto con los milicianos, pero estoy por ellos contra los “otros”, y todos los días le rezo a la Virgen María para que ayude a los “rojos”, castigue a los fascistas y proteja Madrid. ¿Crees que te cuento mentiras?

En lugar de contestarle le pregunto su nombre.

— Antes me llamaban Sor María del Socorro. Ahora soy María a secas, y si Dios me conserva la vida, seguiré siendo María. ¿Quieres comer en tu cuarto?

— No, prefiero comer con todos vosotros.

— Si pasa como de costumbre, no habrá mucha gente. Pero verás seguramente a Antonio Guerrero, el responsable, un hombre estupendo.

Contrariamente a las previsiones de María, toda la compañía se halla en el refectorio alrededor de un hombre envuelto en una larga hopalanda negra. El sombrero abollado echado para atrás descubre unos ojos negros curiosamente redondos y una cara roja picada de viruela. El timbre aflautado de la voz no corresponde para nada a los rasgos varoniles y austeros del personaje. Habla despacio, destacando cada palabra, repitiéndola dos o tres veces, sin parecer nunca mandar.

— Salimos esta noche después de cenar —dice— a un punto de concentración. Tienen tiempo de revisar sus fusiles y llenar los

macutos. No olviden la manta y el jarro. Los que saben servirse de la honda levanten la mano.

Seis manos se alzan. Cada una tiene entre los dedos una honda idéntica a la que usan los pastores para juntar las ovejas que se alejan del rebaño.

— Nadie debe salir del cuartel. A las diez todos deben encontrarse en el patio. He dicho a las diez.

Cuando termina de hablar, Antonio Guerrero se vuelve hacia mí y pregunta si voy con ellos.

— Sí, si me lo permites.

— No sé exactamente adónde vamos, pero parece que el sector que nos destinan se halla en primera línea, del lado de la Ciudad Universitaria donde las tropas se gastan muy pronto a causa de los continuos ataques.

— ¿Entonces crees que no debo ir?

— Creo solamente que tienes que saber que se trata de un sector muy duro.

— Está bien, ahora lo sé. Si no tienes inconveniente, salgo con vosotros.

— Ningún inconveniente, al contrario. Abrígate bien. Por suerte llevas chaquetón de cuero y botas.

Un hombre más que me cuida, me protege. Por ser mujer, quizá sea normal, pero me molesta y hasta me da miedo. Dejémoslo estar, no analicemos, el momento no se presta. Vamos a cenar. Chuni ya está en la mesa y me hace señas para que me siente a su lado. La comida es abundante, el vino menos. En una punta de la mesa, con

el pie izquierdo apoyado en un banco, Antonio Durán canta fandanguillos acompañándose con la guitarra. Chuni me dice muy bajo:

— Para que lo sepas, es un cantaor de flamenco de los buenos. Podría ganarse la vida como profesional, pero, nunca aceptó las proposiciones de la gente del oficio. Prefiere seguir siendo barbero en la Puebla del Maestre que es su tierra y donde era un activo militante del POUM, demasiado conocido por los fascistas.

Con la guitarra a sus pies, Antonio Durán termina de cenar. Me acerco a él.

— ¿Piensas llevar la guitarra?

Me contesta con voz más bien agresiva:

— ¿Por qué no? Llevo esta guitarra en el hombro desde que salí del pueblo. Irá donde yo vaya. Además, compañera, no eres tú quien manda aquí, ya tenemos un jefe.

— Yo no te ordeno nada, era una simple pregunta —le digo, muy arrepentida de mi torpeza.

Contento de haberme dado una lección, consiente en sonreír y hasta me ofrenda un sonoro acorde de guitarra. El incidente me sirve para tomar en cuenta la gran susceptibilidad de los extremeños.

En el patio completamente a oscuras, Antonio Guerrero pasa lista. Ciento quince voces contestan “presente”. No todos los hombres tienen fusil. Cuatro viejos de unos cincuenta años y seis jóvenes de menos de dieciséis no tienen, pero no hay manera de excluirlos. Tras mucho hablar, el jefe acepta que vengan.

Ha llegado la hora de partir. Las monjas milicianas distribuyen besos generosamente. Pocos minutos después, la noche negra cerrada sobre sí misma como una caja de muerto, nos traga. Se diría que el enorme edificio del Hospital Clínico es un polvorín incendiado a punto de estallar. Con el oído atento, los hombres tratan de identificar las explosiones. Un vibrante “Olé, bendita sea tu madre” o un “Vivan los cojones de los rojos”, saludan cada cartucho de dinamita. Una consigna de silencio ordena callar. Hay que desconfiar de los “pacos”, esos disparos tirados por enemigos emboscados que causan víctimas en las calles de Madrid, sobre todo de noche.

Llevamos caminando más de una hora cuando nos hacen parar frente a un edificio con aspecto de fábrica. Alguien viene de dentro y nos lleva por muchos pasillos hasta una sala cuyas dimensiones descubrimos a la luz de la linterna de nuestro guía. En el suelo de cemento hay muchos hombres dormidos, otros que charlan o comen. Nuestro lugar se halla al fondo de todo. Antonio Guerrero viene a sentarse a mi lado. Con esa voz de falsete que nada tiene que ver con el resto de su persona me explica que saldremos al amanecer. Si espera que le haga preguntas se equivoca. Lo mismo me da un frente que otro.

Una mano roza la mía y me pone en la palma una caja. ¡Curioso! Contiene jabones de tocador.

— ¿De dónde has sacado estos jabones?

— Me han pasado la caja. Parece que los hay a montones aquí, y también perfumes y polvos.

— ¡Atiza, ya sé dónde estamos! —dice el madrileño rubio que no tiene fusil—. Es la perfumería Gal. Conozco el olor de los jabones.

Entonces no iremos lejos de aquí. Nos pondrán en la Moncloa. ¡Qué suerte! Es un frente de honor.

Me llegan otros paquetes que dejo en el suelo. No por escrúpulos, sino porque me parece idiota ir al frente cargada de jabones y agua de colonia.

La sala se ha vaciado poco a poco. Nos llaman los últimos. Todavía es de noche cuando salimos. El tiroteo se oye no muy lejos, a nuestra izquierda.

— Siempre es lo mismo —dice el hombre que parece ser el responsable aquí—. Paran de ametrallarnos a la madrugada. De todos modos, vale más correr. Adelante, y si oyen cañonazos, cuerpo a tierra.

El rubito tenía razón, está muy cerca. Se puede decir que aún no se han enfriado las plazas cuando entramos a la trinchera que nuestros predecesores abandonan por la otra punta. Antonio Guerrero comienza inmediatamente a hacer el inventario de las municiones. Hay tres cajas, alcanza por el momento. En cambio, la trinchera es desastrosa, poco profunda. Habrá que ahondarla si los de enfrente nos dan tiempo y consolidar la cuneta. Instala a los hombres, les explica cómo tener el fusil para protegerlo del barro, y luego se dirige a mí.

— Creo que tú debes encargarte del enlace con el puesto de mando. Se encuentra a unos trescientos metros detrás de nosotros, en una casa del barrio. No estás obligada a aceptar. Sobre todo no vayas a pensar que te ofrezco un enchufe. Es más peligroso andar por las calles que amagarse en una trinchera cuando la artillería se pone a tirar y los aviones bombardean el sector.

— No hace falta tanto hablar. Si crees que soy útil haciendo de enlace, de acuerdo. Otra cosa, ¿qué hay de la comida?

— Nos mandarán raciones, seguramente latas de conserva. No me han dado mayores detalles. Quizás haya una cocina de campaña instalada en los alrededores, pero lo dudo. De todas maneras, tienes plena libertad en este terreno.

— Por el momento te pido permiso para salir a buscar bebida en los almacenes del barrio. Necesitaremos alcohol. Es posible que todavía haya por aquí.

— De acuerdo —dice sonriendo nuestro jefe—. Llévate dos hombres. Aprovecha la tregua, no se sabe lo que pasará luego.

Inmediatamente se presentan dos voluntarios. La colecta, dado el motivo, es fructuosa. Tengo los bolsillos llenos de dinero. Está lejos el tiempo en que yo pedía a Hippo que impidiera beber a los milicianos el vino que habían subido al tren. Soy yo quien sale ahora en busca de alcohol. Pero resulta que los de enfrente se ponen a tirar. Los nuestros quieren responder. El comandante los detiene. No se trata de un ataque, sino del convoy de abastecimiento de las tropas fascistas encerradas en el Clínico, que regresa a las posiciones. Tiran para cubrirse. Una explosión terrorífica, nos manda al suelo.

— ¡Es nuestro cañón, el gordo! —grita Antonio Guerrero—. Tendrán que acostumbrarse. Uno de sus obuses vale cien veces más que todos nuestros fusiles y granadas cuando el enemigo no se encuentra al alcance de nuestras armas.

El cañón tira otras tres veces, después se para. Los otros también se callan. Mejor salir en seguida. Descubro, con gran sorpresa, que

este barrio es el mío. Pasamos por delante de la casa que llaman “de las flores” a causa de sus ventanas guarnecidas de malvones y claveles. Mi calle es la segunda a la derecha. Me entran ganas de ir, pero se me quitan al instante. Mejor no poner en marcha la máquina de sufrir. Mis compañeros silban bajito “Trinidad, mi Trinidad”, esa copla pegada como una ventosa a la piel de nuestra guerra. Frente al primer almacén abierto, uno de los muchachos pregunta si vamos a pagar las botellas.

— ¡Claro que sí! —le digo—. ¿Crees que nos las regalarán?

— Al comienzo era la revolución. Cuando ibas a los comercios en busca de cosas para las milicias no se pagaba. Bastaba con firmar un vale, alzar el puño y decir UHP. Ahora ya no es la revolución, es la guerra, y los comerciantes ganan dinero a costa de los combatientes. El otro muchacho es menos pesimista:

— Que se metan el dinero donde más rabia les dé. Cuando termine la guerra les quitaremos todo. Ahora, vengan las botellas.

Regresamos cargados de bebidas finas, habiendo dejado otras apalabradas para mañana o esta tarde. Terminada la primera ronda, esperamos que de algún sitio nos venga el café. Y el milagro se produce. Cirilo, nombrado cocinero, aparece a la entrada de la trinchera trayendo un caldero humeante. Varios milicianos acuden a ayudarlo. Hay doble ración para todos.

— Nuestra organización ha instalado una cocina de campaña cerca de aquí —dice—. El que guisa soy yo. Una vez al día, por la mañana, habrá café. Una vez al día comida sólida, carne con alguna cosa para abultar. La organización quiere que nuestros milicianos coman caliente. Para tapar los huecos estarán las conservas que manda el sector.

Las exclamaciones que saludan el discurso de Cirilo se refieren sobre todo a su virilidad y a la madre que lo ha parido.

Al comienzo de la tarde, un enlace del Cuartel General trae una orden pidiendo que Antonio Guerrero se presente al teniente coronel Ortega, comandante de nuestro sector. Por su mirada creo comprender que nuestro jefe cuenta conmigo para reemplazarlo durante su ausencia. Regresa al cabo de veinte minutos y da parte de lo que se le ha dicho en el Cuartel General. Primeramente, que nuestra trinchera, delante de la Cárcel Modelo, es una posición clave. Nos ha sido confiada teniendo en cuenta nuestra reputación de combatientes aguerridos. Después, si el tiroteo muy nutrido que el enemigo desencadena todas las noches se centrare en nosotros, hay que contestar con la mayor fuerza posible, a base, sobre todo, de dinamita y granadas. Nos mandarán todo lo que sea necesario. Por último, recibiremos los fusiles que nos faltan. Serán fusiles checos.

— Ya tenemos mexicanos y españoles —dice Antonio Durán—. ¡Ojo con las municiones!

— Sí, habrá que poner mucho cuidado —añade el jefe con su voz tranquila.

En principio, las cajas deben llevar la mención de origen. Aunque la diferencia de calibre es mínima, basta para encasquillar un fusil o peor. Veremos de poner remedio. Por el momento tenemos que ponernos a abrir puestos avanzados para los tiradores

de granadas con honda. Digo granadas, pero a juzgar por lo que hemos encontrado aquí, serán sobre todo bombas y cartuchos de dinamita.

En manos de estos hombres de la tierra, los picos y palas bailan a derecha e izquierda, se alzan y se hunden a un ritmo vertiginoso. En una hora quedan listos seis refugios—plataformas que se adelantan a una decena de metros más allá de la trinchera.

Las horas de tregua de la tarde se dedican a clasificar las municiones protegidas de la lluvia por un toldo improvisado. Tenemos que estar tumbados boca abajo en el barro. Un trago de alcohol de vez en cuando nos reanima. Cirilo regresa trayendo un guisado de carne con habichuelas. Ha perfeccionado su medio de transporte. El pesado caldero llega ahora en carretilla.

Elogiamos mucho a Cirilo por su guiso y por la maña que se ha dado para la carretilla. El contesta, muy ufano:

— Mi madre no me ha hecho guapo ni gordo, pero apañado sí. También hay que la vida me enseñó mucho. A los ocho años se acabó la escuela. Tenía que ayudar a mi madre. Para cuatro hermanos que somos, no había qué comer en casa. Yo soy el mayor. Bueno, ya está bien. No es buen momento para contarles mi vida, ni falta que hace. Volveré mañana si los hijos de puta de enfrente me dejan pasar. Olvidaba una buena noticia: el vino llegará mañana. Habrá medio litro por cabeza. Si Dios quiere, me veréis aquí mañana con mi carretilla.

La noche ha venido muy temprano. La lluvia del cielo ha cesado. La otra, esplendorosa como un gigantesco fuego artificial, riega la tierra, estalla en el aire y enciende las posiciones de ellos y las nuestras. Es la primera vez que veo descender estos minúsculos paracaídas rojos, azules y verdes.

— Cuidado —dice Antonio Guerrero recorriendo la trinchera de punta a punta—. Nos están localizando. Que los escuchas abran bien los oídos y los ojos.

El mismo comienza a arrastrarse fuera de la trinchera, llevando en la mano el fusil y una granada prendida en el cinturón. Dos minutos después oímos la explosión de la granada seguida por los cartuchos de dinamita de nuestros dinamiteros.

De regreso, nuestro jefe nos dice que los fascistas están adelantando las ametralladoras y emplazando morteros. ¡Lástima que tengamos tan pocas granadas! Paciencia. Usaremos las bombas, esas latas de conserva rellenas de explosivos que los obreros de Madrid fabrican a toneladas en estos momentos. El dinamitero tiene entre los labios un cigarro encendido, corta la mecha a la altura debida con los dientes, le arrima el cigarro y lanza la bomba con la mano o la honda según su especialidad.

La dinamita, generosamente utilizada, levanta delante de nosotros una barrera temible. El estruendo de enfrente se ha calmado un poco. El tableteo de las ametralladoras se oye más lejos. En vista de que los fusiles descansan, Antonio Durán toma su guitarra y se pone a cantar, no flamenco sino una canción anarquista muy indicada para la situación: *Arroja la bomba que escupe metralla, coloca petardos y empuña la "Star"*. Las trincheras vecinas se unen a nuestras voces. Después, cuando *la Internacional* inunda con sus santas palabras los corazones de los miles de fieles que en estas catacumbas cavadas alrededor de la ciudad alzan sus plegarias pidiendo bombas para salvar Madrid, el canto sube al cielo en oleadas de tempestad.

Pegado a la cuneta de la trinchera, apretando el fusil sobre su corazón, Paquito, uno de nuestros pequeños, llora a lágrima viva. Le

pregunto qué le pasa, si tiene miedo o le duele algo. El muchacho niega con la cabeza, se limpia los mocos y consigue hablar:

— Es por *la Internacional*. Siempre me hace llorar. Hoy ha sido tan grande, tan fuerte, que sentía ganas de aullar de alegría. Estoy seguro que los fascistas nos han oído.

Es posible. En todo caso, nos mandan un epílogo repleto de obuses de mortero. Antonio Guerrero se arrastra de nuevo fuera de la trinchera. Nuestros escuchas son hombres seguros, pastores como él, y como él acostumbrados a oír muy lejos, pero nuestro jefe debe de tener un poder especial en sus extraños ojos redondos. Cuando regresa le pregunto si no tiene confianza en los escuchas.

— Una confianza absoluta —dice—, pero siempre debo comprobar por mí mismo. No somos oficiales. Para compensar nuestra falta de saber militar tenemos que estar en todo, vigilar constantemente. Ahora mandaré a dormir a la mitad de la tropa aprovechando que parecen dejarnos tranquilos. También tenemos que aprender a descansar. Es malo gastar a los hombres inútilmente. Tú debes ir a dormir ahora.

Tanteo con el pie el barro que se me pega a las botas, buscando con la mirada un lugar para tenderme. Antonio Guerrero me hace señas de seguirlo. Pala en mano se pone a caminar por la trinchera de evacuación. De cuatro paladas quita el lodo, abriendo un ancho canalón.

— Aquí tienes tu casa —dice sonriendo—. Ya puedes acostarte.

Con su sombrero redondo echado atrás, envuelto en su capa de pastor, en nada se parece a un jefe militar. Forzando la imaginación se podría encontrarle un vago parecido con un bandido andaluz,

porque es alto y delgado, valiente hasta la temeridad, diestro en desarmar todas las trampas de una guerra que viene llevando desde su pueblo de Extremadura.

Con la cabeza apoyada en la cuneta de la trinchera, casi acostada, entro en uno de esos sueños que me asaltan muy pocas veces y que son como hundidas en la negrura bajo los efectos de una droga.

Cuando me veo de pie, fusil bajo el brazo, piernas tan mareadas como la cabeza, todo tira, todo estalla a mi alrededor. El gran cañón emplazado detrás de nosotros, a unos cientos de metros tan sólo de las trincheras, manda sus obuses a voleo, igual que un loco incapaz de parar. Marchando hacia la otra trinchera, paso por delante de nuestro pequeño depósito de municiones.

— ¡Ojalá no dure demasiado este jaleo! —gruñe el viejo Mauro, cerrajero de oficio, que identifica el calibre de las balas al tacto.

A su derecha, sobre un trapo, las del “Máuser” español; a la izquierda, el paquete para el fusil checo, y entre los dos, las del fusil mexicano. Bombas, por el momento, hay bastantes, gracias a Dios, pero añade que si el combate dura habrá que ir a buscar.

La trinchera tira por descargas. En sus puestos avanzados, los dinamiteros apuntan a los morteros que el enemigo trata de acercar a nuestras líneas. Las bombas parten a una cadencia vertiginosa gracias a una mejora en el sistema: cada tirador tiene ahora un ayudante que corta la mecha con navaja. Ebrios de cigarros, de humo y alegría, los dinamiteros se arriesgan demasiado, olvidan cubrirse, tiran a pecho descubierto como discóbolos rabiosos.

En el terreno del enemigo se ven retroceder sombras arrastrando sombras. Un fuego graneado cubre su retirada. Los nuestros se

encarnizan con los fugitivos. Las dos ametralladoras de nuestros vecinos de la derecha cantan, como dicen los milicianos, a ráfagas constantes. Enfrente, el fuego amaina progresivamente. Algunos obuses de mortero siguen explotando sobre nuestros parapetos causándonos dos heridos leves, los primeros, y por su culpa, porque querían ver correr a los fascistas.

La tempestad ha arriado sus anchas velas sonoras. Dos botas llenas de buen coñac circulan entre los hombres derrumbados al pie de sus puestos. Antonio Durán ha soltado el fusil y empuñado la guitarra con sus manos ardiendo de tanto tirar. Sobre una música de su cosecha improvisa coplas alusivas al combate que los demás no tardan en corear. Pero la fatiga puede más y los hombres se duermen uno tras otro. Antonio Durán también cierra los ojos sin soltar la guitarra. Nuestro comandante se va a contar las municiones. Son las dos de la madrugada. Yo regreso a mi zanja para tratar de dormir. De la noche de fuego me queda en los oídos como un eco de terremoto que pudo haber derribado montañas, y en la cabeza un pensamiento alentador: hemos aguantado.

El día comienza tranquilo, con una lluvia fina que nos traspasa.

Cuando llega el café caliente hay calurosos aplausos para Cirilo y punteadas alusiones lisonjeras a sus cojones que tienen la cifra máxima en el lenguaje de nuestra guerra. Los dos puños apretados uno con otro muestran el grosor de los atribuidos a los más valientes, por ejemplo, nuestros dinamiteros, nuestro jefe y hasta yo, a causa de la leyenda de Sigüenza. A tal punto, que la palabra cojones ha perdido su significado carnal para convertirse en símbolo.

Es la primera vez que vivo en una trinchera, emparedada día y noche en una zanja pegajosa donde los olores de la tierra podrida se

añaden a las emanaciones ácidas de los hombres como yo mal lavados, nunca descalzados, apenas alimentados, inmovilizados en las cercanías de la gran ciudad tan próxima, que doscientos metros alcanzan para entrar en el bonito barrio de la Moncloa.

Tener a los hombres metidos en esta trinchera tan parecida a una fosa colectiva no plantea problemas a la hora del combate. Pero en las horas baldías de la larga jornada empapada de lluvia, cuando nada se mueve, llega a ser cada vez más difícil impedir que salgan un rato. Todos quisieran dar una vuelta por las calles donde hay todavía chicas en las puertas y bodegones abiertos que venden vino.

Hablo de esto con Antonio Guerrero, tratando de convencerlo de que podría dejarlos ir por turno, en grupos de cinco con dos horas de permiso durante las cuales, si el cuerpo se lo pide, puedan entrar en un burdel o conquistar a una muchacha.

Mi lenguaje produce un efecto curioso en nuestro jefe, mitad fraile, mitad pastor. De sus ojos adormilados cae una mirada despaciosa, que me descubre de repente mujer y despierta en mis entrañas, durante un instante mínimo, a una hembra ablandada que puede ceder. Con un movimiento brusco aparto la mano que ya busca mi hombro y, mostrando un trozo de trinchera que comienza a desmoronarse, digo que habrá que apuntalarla.

¿Habrá leído el hombre una complicidad en las inflexiones de mi voz, un consentimiento en mis ojos antes de que yo los hurte? ¿De dónde me ha venido esa debilidad, esa traición de una carne reprimida sin el menor esfuerzo consciente desde la muerte de Hippo? Me pongo a odiar con todas mis fuerzas esta flaqueza que me devuelve a la humilde condición de mujer, tan bien escondida hasta aquí, que ninguno de los hombres con quienes he dormido a

menudo sobre el mismo jergón se atrevió a descubrirla. ¿Hablaban entre ellos? Es la primera vez que me lo pregunto. Para ver más claro, me alejo de un Antonio Guerrero, que ha vuelto a ser el hombre de antes de la mirada.

En mi zanja—dormitorio trato de rememorar mis relaciones con los compañeros que me rodean desde los comienzos de la guerra. Sí, estoy siempre con ellos. Hablamos de sus familias, de política, nos queremos quizá, pero, ante todo, me respetan como respetan los españoles. Nunca revelan delante de mí más que sentimientos confesables según el código del pudor español. A la vez pegada a ellos y distante, todo lo que se refiere a los sentidos, las historias de burdel, incluso las otras, menos groseras, casi amorosas, nacidas al azar de los encuentros en la ciudad antes del asedio, se cuentan delante de mí.

¿Qué soy yo para ellos? Probablemente ni mujer ni hombre, un ser híbrido de una especie particular a quien obedecen ahora sin esfuerzo, que vivía al comienzo a la sombra de su marido, que lo ha remplazado en circunstancias dramáticas, que no ha flaqueado, que siempre los ha sostenido, y, colmo de méritos, ha venido del extranjero a combatir en su guerra.

¿Tengo derecho a tomar un amante entre ellos, incluso fuera de ellos, y dejar de pertenecerles? Las palabras del viejo Anselmo diciéndome que no debía ir a ver tan a menudo a los hombres de la estación porque los nuestros tenían celos, me acuden a la memoria. Había decidido entonces pensar en lo que contenían esos celos colectivos, pero me faltó tiempo. Ahora me pregunto si no había en este sentimiento componentes carnales que no se habrían manifestado si se tratara de un jefe varón. Luego soy para ellos una mujer, su mujer, excepcional, pura y dura, a la cual se le perdona su

sexo en la medida en que no se sirve de él, a la que se admira tanto por su valentía como por su castidad, por su conducta.

¿Puedo correr el riesgo de faltar a este compromiso tácito, tener un amante y que ellos lo sepan, portarme como un hombre y conservar al mismo tiempo su respeto y la admiración que me manifiestan a la hora de la verdad? La respuesta es “quizá”, si yo fuese capaz de mandarlos pistola en mano, infundirles temor, si me portara como un hombre de guerra, más hombre que todos ellos en la mala acepción del término.

Pues bien, no, no quiero, sigo siendo la que soy, austera y casta como ellos me quieren, mujer o un ser híbrido, no tiene importancia. Lo que cuenta es servir en esta revolución con el máximo de eficacia y que se vaya a la mierda el pequeño tirón de la carne. Además, ya está tan lejos que puedo volver a la trinchera, mirar cara a cara a Antonio Guerrero lavada de toda culpa, envuelta en mi inviolabilidad y mi leyenda.

Un tremendo cañonazo, tan cerca que da la impresión de arrancarnos del suelo, me libera de mis meditaciones inútiles. Más vale así, ocupémonos de la guerra. No es momento apropiado para hacer otra cosa.

El tiroteo en pleno día, los morterazos a mansalva y las ráfagas de ametralladora a un ritmo infernal, todo esto representa una variación en el programa que el enemigo estableció desde el comienzo. Los bombos entran en danza de noche. Las horas claras son de calma total, fuera de algunos tiros dispersos. El verdadero “tomate” como los milicianos llaman al gran teatro de fuego, estalla por la noche.

Nuestro querido Cirilo había terminado hacía un rato la distribución de patatas con tocino, manjar inventado por él, según dijo, para agasajar a los milicianos.

Poco aficionado a los combates, en cuanto los primeros obuses de mortero estallan en los parapetos, Cirilo recoge su caldero vacío y echa a correr. Los milicianos le dicen al pasar palabras de aliento, pero viendo que el jaleo no para, le aconsejan que se quede en la trinchera.

Cirilo no escucha nada. Con el caldero en una mano y protegiéndose la cabeza con la otra corre en zigzag hacia la ciudad. De pronto se detiene, alza el caldero, mete la cabeza dentro hasta el cuello y sigue corriendo.

— El pobre se va a matar —gritan los milicianos que lo siguen con la mirada—. Se va a ahogar, hay que ayudarle.

Dos hombres salen en su busca. Cirilo está sentado ahora en el suelo y hace esfuerzos desesperados para liberar la cabeza. Da vueltas y vueltas al caldero alrededor de su cuello, lo tira con las dos manos, lo inclina a todos lados sin conseguir quitárselo. La salsa que quedó en la olla le corre por los hombros. Los compañeros que han llegado junto a él paran de reír al escuchar el llanto infantil que resuena en el caldero. Con mucha delicadeza, puntuando cada movimiento con palabras de consuelo y esperanza, se ponen a tirar de las asas. Al cabo de un momento hay que abandonar el método suave. El fuerte da resultado, el caldero sube de golpe. Cirilo grita que le han arrancado las orejas, y los dos salvadores ríen a carcajadas viendo la cabeza chorreando grasa, cebolla y patatas, que Cirilo aprieta entre las manos como para encajarla en el cuello.

Antes de que se terminara la aventura de Cirilo ya había vuelto la calma. Mientras aguardan la batalla nocturna, los hombres escuchan cantar a Antonio Durán coplas inventadas por él sobre los combates sostenidos en sus pueblos de Extremadura. Casi ha vaciado la botella de manzanilla que le hemos puesto al alcance de la mano. Entre copla y copla tose con una tos que yo conozco demasiado bien.

— ¿Hace mucho que toses, Antonio?

— Desde el mes de julio. Parece que tengo los pulmones enfermos —dice en tono jocoso—. El médico de nuestra organización quería mandarme a un sanatorio. Cuando termine la guerra, si no me mata una bala, iré a curarme. Por ahora, la manzanilla es buen remedio.

¿Para qué contarle que el alcohol es malo para sus pulmones enfermos o explicarle que una trinchera encharcada no es sitio apropiado para un tuberculoso? Entonces, dejemos a Antonio Durán cantar y beber a la salud de la revolución. Su problema de salud lo resolverá, a lo mejor, una bala de ametralladora. Por lo demás, ya comienzan a silbar las balas.

Con la guitarra terciada en la espalda, Antonio Durán levanta el fusil que tenía apretado entre las piernas y se coloca en su puesto. Llevando una botella de coñac en cada mano, recorro la trinchera. La noche se anuncia movida, el alcohol adormece el miedo, hace olvidar el barro que se nos pega al cuerpo. Consumimos mucho, pero en pequeñas dosis y es de calidad excelente. Aguardiente de ricos, dicen los milicianos. El que nos manda el sector que nosotros llamamos matarratas lo encendemos en los jarros para calentarnos los dedos entumecidos.

Ya está. La gran función despliega sus pompas de gala alumbrando todos los fuegos de morteros, ametralladoras y cohetes luminosos. Un casco de metralla hace volar por el aire la guitarra de Antonio Durán. A él no lo ha tocado. El muchacho manda con los dedos un beso a la muerta, le canta fandanguillos, después una saeta como las que se dedican a la Virgen en las procesiones de Semana Santa, sin dejar de tirar. Nuestro cañón grande, apodado el Abuelo dispara sin parar. Paquito dice que nuestro querido cañón le da miedo.

— ¿Sabes? —añade—. Siempre creo que es del enemigo. No consigo creer que tengamos un cañón tan fuerte. Entonces, cuando se pone a tronar tan cerca de la trinchera, me entra un pánico de locura, pienso que estamos copados...

— Paquito, no pronuncies nunca esa palabra, incluso si un día te ves en peligro de caer en manos del enemigo. Vete a tu casa si tienes tanto miedo. Nadie lo tomará a mal, porque la guerra te queda grande.

En el estruendo apocalíptico que los fascistas desencadenan cada día —ahora sabemos que es para cubrir sus expediciones de abastecimiento destinados al Hospital Clínico— mis palabras, aunque dichas al oído de Paquito, apenas le llegan. No insiste, hablaremos a una hora más tranquila. En el reloj de Hippo que llevo como un amuleto en el bolsillo del pecho son las dos de la mañana. El enemigo se ensaña más que de costumbre. Nuestro jefe parece inquieto.

— Están preparando un mal golpe —dice—. Hasta aquí hemos conseguido que no adelanten los morteros y las ametralladoras, gracias, sobre todo, a los dinamiteros y al cañón. En fin, parece que aflojan. Lo que me preocupa es la fatiga de los milicianos. Tantos

días metidos en el fango helado, mal comidos, obligados a trabajar buena parte de la jornada para mejorar esta maldita trinchera...

— No te preocupes, compañero. Los milicianos tienen buena moral y tú eres un jefe formidable que sabe perfectamente lo que hay que hacer en todo momento, como un verdadero oficial de carrera. A veces me pregunto dónde has aprendido tantas cosas de la guerra.

— No he aprendido nada de nada. Apenas sé leer y escribir. Mis padres no podían mandarme a la escuela porque había que pagar. Ahora me voy a echar una ojeada por ahí. Esta tranquilidad repentina me huele muy mal.

— Porque se te ha metido en la cabeza que preparan algo. Cada noche se parece a la anterior, mortero más, mortero menos. Hasta aquí no han puesto artillería pesada...

— Precisamente, sin verlo he sentido que están trabajando a la derecha, enfrente de nosotros. Emplazan algo, de seguro cañones. Y si se ponen a meternos obuses en la trinchera, las cosas cambiarán por completo. No digas nada a nadie. Cuando aclare iré a ver al teniente coronel Ortega para explicarle mis temores. Ve a descansar. Yo también pienso dormir. Una decena de escuchas bastan para vigilar.

Entre Antonio Guerrero y yo todo ha vuelto a ser como antes de la mirada sospechosa. El es el jefe y yo algo así como su asistente. La llamita que sus ojos encendieron se apagó tan pronto que me cuesta admitir que haya ardido, o no quiero admitirlo. Anda, hipócrita, puritana infecta, sabes que ardió pero tienes vergüenza, y una vez más te sientes culpable ¿Llegarás un día a librarte de ese complejo de culpa cósmico que llevas encima desde la infancia? ¿Lograrás

dejar de asumir los sufrimientos más lejanos, quererte un poco más, vivir, en fin?

¿Vivir? Entonces, ¿quieres vivir? ¿Vivir sin él? ¿Después de la guerra, en el mundo de antes de su muerte, en un mundo sin trincheras, sin bombardeos de aviones? ¿Un mundo con libros, cuadros, puestas de sol, árboles, sin él? ¿Sin caminar colgada de su brazo, sin su sonrisa, sus manos dulces, sus ojos de luz, su frente, su voz? Sabes de sobra que no podrás, que te autorizas a seguir viviendo en misión de servicio, con un mínimo de vida, entre los únicos seres que puedes querer, sublimes y sórdidos a la vez, a quienes te liga el compromiso que aceptaste junto con él en la claridad y la alegría.

No puedo dormir. Estas sesiones de pensar que me concedo demasiado a menudo acaban por deprimirme. Cuando nuestro jefe se acerca con un papelito en la mano, me levanto de un salto.

— Mira —me dice—, lee esto y verás que tenía razón.

El papel informa que el enemigo intentará abrir una brecha hoy 25 de noviembre por la mañana muy temprano, que debemos estar preparados. Municiones, fusiles y bombas nos serán enviados a partir de las cinco, que se deben tomar las disposiciones necesarias para rechazar el ataque y mantener las posiciones a toda costa.

Un enlace permanente con el puesto de mando es indispensable.

— Tú no serás el enlace —dice Guerrero—. Es mejor que te quedes en la trinchera. Mandaremos a Andrés. Es serio y tiene instrucción. Vamos a leer el papel a los hombres, todos están despiertos.

Se acaba de descargar la primera remesa de municiones cuando comienza el bombardeo. Una tanda de obuses de mortero dan en la cuneta. La segunda pasa por encima de nuestras cabezas.

— Esos hijos de puta están ajustando el tiro —dice el jefe—. ¡Todos a tierra! Con tal de que el sector nos mande las camillas que he pedido. Esta vez habrá bajas. Dios quiera que no nos echen abajo la cuneta.

Las camillas llegan a tiempo para evacuar los dos primeros heridos, uno en el brazo, el otro en el cuello. Antonio Durán ha hecho las curas de urgencia y ha guiado a los camilleros hasta la salida. Los minutos transcurren largos y pesados. Solamente los dinamiteros están en sus puestos de tiro. Los vigías acechan en la zanja avanzada.

— Nada que hacer por ahora —explica el jefe—, salvo pegarse a la cuneta o aplastarse en el suelo, lo menos juntos posible, tener los fusiles listos, pero no moverse incluso si tienen que mearse en los pantalones o peor. Y si vienen los aviones, no tengan miedo, es muy, muy difícil largar una bomba en la trinchera, estamos cubiertos...

Su voz llega a ser como un canto, como una canción de cuna para niños medrosos que la pesadilla ronda. Sus palabras ya no quieren decir nada. Todos estamos pegados a la cuneta o tendidos, tan incrustados en la tierra que el fango se nos mete en el cuello o entre los dientes como si ya estuviésemos muertos. El mundo no existe a nuestro alrededor, la vida asoma por un agujerito de luz después de cada obús de mortero tirado demasiado largo o demasiado corto. Y el día llega, claro, sin lluvia. ¡Qué tontería! Como si el enemigo tuviese necesidad de vernos para hacernos morir.

Le han sobrado jornadas para localizar la trinchera. Se la sabe de memoria, sabe todo de nosotros, somos su presa. Tendidos en este

foso que huele a tumba. Nuestro único reflejo de vivientes es taparnos la cabeza con los brazos cada vez que nos llega a los oídos el maullido del mortero.

Pasan más y más minutos, quizás horas, o días. El cielo se nubla ligeramente, parece, alguien lo dice, puede ser Paquito, tan apretado a mí que lo siento temblar. Antonio Guerrero viene a ponerse a nuestro lado. Yo quedo en el medio. Tratamos de hablar. Un casco de metralla nos corta la palabra, destroza el pie izquierdo del jefe, el hombro derecho de Paquito, me toca levemente el cuello, nada, ni siquiera sangra, un reguero de perdigones muy chiquitos incrustados en la piel. Antes de tenderse en la camilla, Antonio Guerrero me aprieta la mano y dice muy bajito, para mí sola:

— Lamento dejarte metida en este jaleo. Ten cuidado, será muy duro, no te apartes de los hombres. Es una suerte que te tengan confianza. No te hagas matar tontamente. Cuídate, cuídate...

Una suerte. Es una suerte que le haya hecho quitar la bota. Ha sido Antonio Durán quien se la quitó, no yo, hasta giré la cara para no flaquear. No puedo tocar a un herido, es la parte ñoña de mi carácter.

Ya no se ven las camillas. Entonces me pongo a gatear por la trinchera para tranquilizar a los milicianos, verificar las municiones, hablar con los escuchas, decir dos palabras a los dinamiteros que se impacientan por falta de actividad. Al lado de la caja de bombas, cada uno tiene su botella de aguardiente.

— Beber lo que haga falta, sin exagerar. Queda poco de esta mercancía, y tal como se presenta la jornada, no habrá manera de ir a buscar más porque...

El primer obús de cañón explota a unos cincuenta metros de nosotros. Dos, tres, diez siguen, cada vez más cerca. Un escucha llega corriendo:

— Hay movimiento enfrente. Los tíos están saliendo de sus agujeros en grupos. Todavía no son muchos, pero salen.

— Vuelve a tu puesto. Se hará lo necesario cuando estén al alcance de fusil y bombas.

Yo también voy a mi puesto, no ya gateando, sino de pie. Los hombres saben ahora que se aproxima el ataque. Apoyados en el parapeto, con el dedo en el gatillo, los ojos pegados a las troneras, aguardan la orden de tirar.

— Las bombas antes, ¿me oyen bien, compañeros? Que cada uno elija su blanco. Sigán las órdenes de los responsables de la escuadra. No carecerán de municiones, pero no las malgasten. Si sienten que el fusil resiste, no se emperren, denlo a Juanito que lo llevará a desencasquillar. Para ello tenemos un equipo práctico. Y cuando necesiten cartuchos, anuncien la marca.

Por primera vez tenemos un sol resplandeciente. Su luz nos permite distinguir formas que se arrastran entre los árboles. Para cortarles el avance, nuestros dinamiteros levantan una barrera de bombas, reforzada ahora por el tiro graneado de toda la trinchera. La ametralladora de nuestros vecinos de la izquierda barre el terreno. Es eficaz contra los hombres, pero no sirve de nada contra los cañones fascistas que no paran de mandar obuses. Ninguno ha explotado todavía en la trinchera, pero nuestro pobre parapeto de tierra recibe golpes mortales, los hombres también. Ya tenemos diez heridos.

Los milicianos tiran furiosamente contra toda forma que se endereza. Algunas caen, con gran alegría de los nuestros que las cuentan a gritos. Yo he dado mi mosquetón a uno de los muchachos cuyo fusil ha ido a la reparación. Un verdadero desastre tanto fusil encasquillado, recalentado al punto de producir quemaduras en las manos.

Del puesto de mando llega un mensaje: “Hay que resistir a toda costa. El enemigo tratará de romper las líneas por el camino que pasa a vuestra derecha. Empleen sobre todo bombas. Salud y coraje”.

Dos dinamiteros, Chuni y Pedro, los más arrojados y eficaces, se colocan a la derecha. Están negros de polvo y de humo, un poco borrachos también, como todos nosotros por lo demás.

Ya no se ve moverse a los de enfrente. Sólo sus cañones se mueven. Tan estrechamente pegada al parapeto que parezco incrustada en la tierra, los ojos ansiosos de descubrir de qué muerte moriré hoy, no resignada sino curiosa, un estruendo tremendo me lo dice brutalmente: moriré enterrada, sepultada bajo toneladas de tierra que el obús de mayor calibre del día me echa encima.

Ni bala ni metralla, solamente tierra por todo, pegajosa, hedionda. Ningún grito es posible. Mi boca está en la tierra, llena de tierra, mis manos se hunden en la tierra. Sólo el pensamiento anda, estoy totalmente lúcida, demasiado, rechazo esta muerte nunca prevista, sucia, estúpida, infamante. Morir de no poder respirar, morir de accidente un día de combate, morir en la negrura helada, la boca llena de tierra, ciega y sorda. No, esta muerte es inaceptable.

¿Cuánto tiempo resiste un minero bloqueado en la mina? ¿Horas, cuántas horas, cuántos minutos? Ninguna comparación es posible.

En una mina bloqueada debe quedar un soplo de aire. Comienzo a sentir mareos. Si al menos pudiera desmayarme, dormirme antes de ahogarme. ¿Qué hacen mis compañeros? Tiran, tiran quizá, pero mis oídos no escuchan nada ni escucharán nunca más nada. Ahora siento que me arrancan las piernas. Un casco de metralla ha perforado probablemente la tierra. La cabeza se me hunde cada vez más y deja de pensar. Cuando se pone a andar de nuevo oigo gritos:

— Despacio las palas. No vayan tan fuerte. Despejen del lado de la cabeza, a lo mejor vive todavía. Suelten las palas, caven con las manos, rápido, rápido. ¡Hatajo de brutos, suelten las piernas! Lo que hay que liberar es la cabeza.

Una manaza me tiene la nuca. Alguien me pasa un pañuelo por la cara, despegla la tierra pegada a la boca, me limpia la nariz, me sopla en los ojos. Yo respiro a bocanadas, como los peces antes de morir fuera del agua. Pero ya no moriré a pesar del paquete de tierra que me queda en la garganta y la sangre que me sale de la nariz. Las orejas también sangran un poco.

Antonio Durán me hace tragar coñac gota a gota. Mezclado con el barro resulta asqueroso. Escucho el relato de mi salvamento. Parece que al darse cuenta de mi ausencia se pusieron a buscarme por todas partes. A fuerza de explorar la trinchera alguien descubrió la punta de un tacón de mis botas asomando de la masa de tierra que se había desmoronado sobre mí. Todos quieren que me vaya en una camilla a ver el médico. La camilla está ahí, pero yo no quiero irme. Para tranquilizarlos, me enderezo, estiro los brazos y las piernas mostrando que no hay nada roto. Los hombres insisten. Seguro que hay algo roto por dentro.

Cuando saco del bolsillo el reloj de Hippo, la consternación es general. El vidrio y el cuadrante están hechos polvo. Debo explicar que las costillas son más duras que un vidrio de reloj, y que incluso si hubiese una o dos rotas no es grave. En cambio, y esto sí me preocupa, el silbido en los oídos y el zumbido en el cráneo continúan. Por suerte, la sangre de la nariz no cae más que gota a gota. Y la de los oídos ha parado.

Un miliciano trae noticias dolorosas: dos compañeros enterrados como yo han muerto porque su ausencia pasó inadvertida. A estas horas tenemos seis muertos y catorce heridos más o menos graves, y la artillería enemiga sigue tirando a intervalos cada vez más cortos. Ya nadie se pega al parapeto. Los tiradores se turnan de quince en quince minutos, lo cual da también más tiempo para la reparación de fusiles.

— Otra cosa sería si tuviésemos una ametralladora —dice Ramón que ha sido soldado en una sección de armas automáticas—. Todos estos fusiles podridos son una pura mierda comparados con una ametralladora, hasta con un fusil ametrallador. Tengo todavía en el hombro las marcas de tantos fusiles ametralladores como he cargado para ellos en su ejército cabrón. Había que montarlos, desmontarlos, lustrarlos, cuidarlos como a los propios hijos. Y ahora, fíjense lo que tenemos para nuestra revolución, miren un poco este resto de la guerra de Filipinas, esta culata rajada que destroza los dedos.

Dicho lo cual, Ramón escupe en señal de desprecio, se bebe de un trago la ración de aguardiente y se marcha al relevo.

Tengo las piernas flojas, la cabeza llena de zumbidos, oigo mal, y aguanto con mucho esfuerzo las arcadas que me hacen daño en las

costillas, pero sigo decidida a quedarme en la trinchera. Otros diez minutos de descanso, y volver al trabajo. Ante todo, juntar las ideas. No es fácil a causa del rumor de olas que me llena el cráneo.

Es monótono y aterrador un ataque que viene durando desde hace cinco horas. Las latas de conserva que llegan del sector se quedan amontonadas en un hoyo. No hay tiempo de abrirlas y menos todavía de comerlas. Por lo demás, nadie tiene hambre. Ha sido necesario organizar una distribución de agua. Uno de los pequeños recorre la trinchera, cubo y trapo en manos.

Una idea llega a atravesar el magma de lodo que me llena la cabeza: dar chocolate a los hombres. Tenemos una provisión intacta. Un hallazgo más de madre de familia comandante el día que recogimos todas las botellas del barrio. En un almacén de artículos finos había gran cantidad de chocolate suizo de la mejor calidad. Me dije que podría servir en caso de escasez. Nos llevamos toda la provisión a un precio razonable. Por fin una misión determinada para mis primeros pasos de convaleciente de asfixia, y que me dará la posibilidad de decir dos palabras a cada combatiente.

Bajo su máscara de polvo y humo los hombres sonrían cuando les tiendo el trozo de chocolate. Es a mí a quien miran enternecidos. Las palabras que expresan su alegría de verme con vida varían poco y tienen todas el mismo calor: “Vaya suerte que no te hayas muerto!, ¡Mira que faltó poco!, ¡Yo fui el primero que vi asomar el tacón de tu bota!, ¡No sabes la alegría que tengo!, ¡Ya tienes valor para seguir con nosotros después de lo que pasaste!”.

Conozco poco a estos milicianos. De los de Sigüenza, cuyo camino doloroso desde sus pueblos hasta Madrid era todo lo que saben en realidad, no hay aquí más que unos veinte. Los otros, también casi

todos extremeños, entre los cuales hay numerosos militantes activos del POUM de Castuera, Llerena y Badajoz, llegaron después con Antonio Guerrero. Los más son obreros agrícolas o pastores de una tierra dura que señores duros poseen por miles de hectáreas dejadas a menudo improductivas, pero inaccesibles para los pobres.

— ¿Por qué razón has venido a luchar aquí con nosotros?—me preguntó un día Ramón.

— Porque soy revolucionaria.

— Pero España no es tu país, no estabas obligada...

—España, Alemania o Francia, el deber del revolucionario lo lleva allí donde los trabajadores se ponen a luchar para acabar con el capitalismo. Hay muchos compañeros extranjeros que están combatiendo ahora mismo en los frentes de Madrid.

Ramón lo sabe, pero sabe también que son hombres. Lo que sobre todo le sorprende en mi caso es que soy mujer. Entonces quiere saber más.

— ¿Tienes hijos?

—No.

— ¿No lamentas no tener hijos?

— No, porque ha sido voluntario. Lo habíamos decidido con mi marido para no tener ataduras que impiden cumplir el deber de revolucionario. Hay hijos de sobra en el mundo. ¿Tú tienes?

— No me he casado todavía, estoy de novio. Pero si no me toca la china, si me puedo casar, ¿cómo hacerlo para no tener hijos? A mi novia le daría mucha pena no tener. En nuestra tierra se ve muy mal. También los hombres quieren tener hijos, si no, la gente dice que no

sirven. Eso sí, no hay que tener un montón. Mi madre ha tenido trece, de los que quedamos vivos ocho.

— ¿En qué trabaja tu padre?

— Mi padre ya no existe. Los fascistas lo han matado porque era del sindicato de campesinos. Ni siquiera fue enterrado. No hay tierra para los pobres cuando están vivos ni derecho a una sepultura cristiana en un cachito de tierra cuando los asesinan. Mi padre era un hombre bueno que nunca había hecho daño a nadie. Lo han matado como a un perro rabioso. Los asesinos son señoritos que nunca han tocado un terrón, juerguistas que sólo venían al pueblo el día de la fiesta y para cobrar el producto de sus tierras. Cuando estalló el movimiento en Madrid, abandonaron sus casas lujosas para venir a esconderse en sus fincas. A medida que iban cayendo los pueblos en manos de los fascistas salían de sus guaridas y se ponían a matar a los nuestros...

De pronto se oye gritar de todas partes: “¡Un tanque, uno de verdad, que avanza hacia aquí! ¡No tirar, no tirar!”, lleva un banderín rojo en la torreta, acelera, no hay engaño, el banderín es rojo, dejarlo pasar, los otros le tiran, pero se quedan cortos...”

Estamos hipnotizados por el bonito tanque que enarbola nuestra bandera y evita los obuses avanzando en zigzag. Pero antes de que llegue al boquete que se abre a la derecha de nuestra trinchera, comprendemos que hemos caído en una trampa.

Aprovechando el descuido de los milicianos a los que el tanque de bandera roja atrae como un imán, otros cinco blindados han conseguido tomar posición de combate. El que ha servido de cebo no puede retroceder, porque la dinamita le cierra el retorno.

Obligado a seguir adelante, ya no interesa a nadie. El puesto de mando que ha recibido aviso se encargará de él.

Bajo la protección de los blindados que tiran ahora con todas sus ametralladoras, espesos racimos humanos se arrastran hacia nosotros. Los milicianos de la trinchera vecina son más ricos que los nuestros. Tienen verdaderas granadas y saben lanzarlas.

— No vale la pena tirar con fusil, dejen trabajar a los dinamiteros y quédense clavados en sus puestos. Esta vez va de veras. Tengan cuidado con la cuneta. Hace falta refuerzo para los dinamiteros, que los que saben de bombas se acerquen.

Mi cabeza se ha puesto de nuevo en servicio. Las costillas ya no me duelen y la máquina vuelve a girar alimentada por una idea fija: hay que resistir a toda costa.

Cuatro milicianos dicen ser capaces de reforzar los puestos de los bombarderos. Cuatro sirvientes van con ellos. Picos y palas abren a gran velocidad anchas escotaduras en el parapeto para dar sitio a los nuevos tiradores.

Saco de un bolsillo un trozo de chocolate que se me pega a los dedos y del otro el reloj de Hippo, olvidando que las horas han muerto en su cuadrante pulverizado. El viejo Blas dice que son las dos de la tarde.

La barrera de bombas y granadas inmoviliza a los blindados y a los hombres que los siguen. Quizás avanzarían a pesar de todo si nuestro gran cañón dejara de tirar, pero no para, al contrario, manda los obuses por tandas. Un mensaje del puesto de mando nos alienta: “Sigán con dinamita. Hay muchos moros en las tropas fascistas y la

dinamita les da mucho miedo. Mandaremos todas las bombas que se necesiten”.

En verdad no carecemos de ellas, las cajas llegan a decenas y también los cigarros. En cambio, se acabó el aguardiente bueno. No queda más remedio que beber el matarratas que quema la garganta y emborracha pronto. Hay que racionar a los dinamiteros porque se ponen temerarios, se exponen demasiado, tiran a pecho descubierto, cantan, lanzan insultos de una obscenidad rebuscada, refinada, dedicados a la familia de los destinatarios, casi siempre del lado de la madre. Esta clase de insultos es una especialidad española. Se inventan para cada circunstancia, adornándolos con variaciones floridas que aluden a los antepasados, para llegar hasta Dios, hasta todos los santos.

¿Entonces es esto la guerra, la verdadera? Cinco tanques que intentan asaltar nuestras trincheras, y que nosotros, armados de fusiles anticuados desiguales, encasquillados, de bombas artesanas encendidas a la lumbre de un cigarro, debemos parar, en una palabra, vencer. Es a la vez irrisorio y trágico. ¿Cuántos combatientes hambrientos, lastimados, sedientos quedan en esta zanja que huele a sudor y a mierda? Más vale no contarlos, ni saber cuántos han muerto.

Dos tanques tocados por los obuses de nuestro cañón están ardiendo. La ametralladora de nuestros vecinos se ensaña con los hombres que tratan de retroceder y con los que vienen en su auxilio. Cada vez que un personaje del cuadro que tenemos enfrente cae, estalla la alegría de los nuestros como en el juego de bolos de las ferias, igual que los cangrejos, los tanques retroceden marchando de costado, sin dejar de tirar para cubrir su retirada y la de sus soldados.

Una calma sospechosa, bienhechora sin embargo, nos permite respirar. Del sector han llegado varios cubos de agua, salchichón y vino, todo tan excelente para apaciguar el hambre como para mantener la moral.

— Palabra, los tipos del mando nos miman —dice Ramón—. Da gusto saber que se acuerdan de nosotros. Si los fachas hijos de puta nos dejaran comer tranquilamente, el ánimo sería mejor para volver al jaleo...

No, no hay tiempo para comer y beber. En el cielo gris claro, todavía muy alto, cinco triángulos negros se mantienen casi inmóviles.

Un grito unánime estalla: “ ¡Aviones!”

Antes de que se produzca el pánico, ordeno con voz tranquila:

— Péguense a la tierra, en la trinchera o fuera. Yo prefiero el aire libre.

Consigo escalar penosamente el parapeto para salir de la trinchera. Mi objetivo es un claro abierto entre un grupo de pinos muy delgados. Imposible andar arrastras a causa del dolor de los brazos y la sofocación. Mala suerte, no hay más remedio que correr. Tendida boca abajo sobre la tierra que huele a raíces y resina, las explosiones de las primeras bombas que sueltan los aviones no llegan a turbar mi beatitud. Relajada, sin nada que me trote en la cabeza, el ronquido de los aparatos que se pasean tranquilamente por el cielo, me adormece a ratos. Finos troncos de pino serrados por la metralla se doblan suavemente sobre mí sin lastimarme. Me pongo de espaldas para ver cómo se doblan en una lenta reverencia antes de caer a mi lado o encima de mí. Pese a todos mis esfuerzos,

la balada siniestra que cantan los aviones me hace dormir de verdad. ¿Cansancio, evasión quizá frente al peligro de una muerte casi inevitable? Cuando el estallido de una bomba a unos cincuenta metros me despierta, veo la ametralladora de la trinchera vecina plantada a campo raso, apuntando al cielo en busca de los triángulos negros que siguen presentes.

Debería levantarme, marchar hacia la ametralladora. El hombre arrodillado detrás es un héroe de verdad, debo ponerme a su lado, alentarle aunque sólo sea con mi presencia, porque no hay nadie con él. Hay que ayudarle, pero tengo miedo, un miedo horrible de morir o de que me mutile la metralla. La muerte que rechazaba hace dos horas, cuando la tierra me recubría como en una tumba, con el pretexto de que era estúpido morir de accidente, sigo rechazándola en el orden normal del combate. Seamos francos entonces, no quiero morir, quiere decir que le tengo apego a la vida, pero ¿qué haré de mi vida? ¿De qué podrá servirme cargada de remordimientos si para no morir abandono esta guerra?

Por lo pronto tengo que salir de este amontonamiento vegetal que me aprisiona y marchar hasta la ametralladora. Al cabo de un rato lo consigo.

El hombre de la ametralladora es joven, rubio, y tiembla de furor. Sin quitar el ojo de la mira ni aflojar los dientes, dice:

— ¿Qué vienes a hacer aquí? Vete, con uno basta para hacerse matar... Te digo que te vayas, no me sirves para nada.

— Ya está bien, he comprendido. Quiero solamente hacerte compañía, no te ocupes de mí. Además, creo que se acabó, se van, podrás descansar.

Con voz más tranquila, aprueba.

— Es verdad que se van.

Y rodeando con sus brazos la ametralladora caliente, rompe a llorar.

Como si no lo oyera, con los ojos clavados en el cielo, le digo mi admiración por su valor y la importancia de su acción en el combate.

— ¡Pamplinas! Hubiera hecho falta que los aviones volaran mucho más bajo para que la ametralladora sirviera. Lo que hacía falta era un cañón antiaéreo, pero no tenemos. Más lejos, en la otra punta de la trinchera donde están los internacionales parece que hay porque ellos saben servirse. Sin las Brigadas, Madrid ya habría caído...

— Posiblemente sea verdad, pero esta vez los españoles también han combatido magníficamente. Tú mismo, por ejemplo.

— ¡Vaya combatiente que se ha puesto a lloriquear! Bueno, son los nervios que han aflojado después de la rabia que he pasado.

— ¿A qué organización perteneces?

— Sindicato de la Enseñanza. Soy maestro en una escuela primaria de Madrid. ¡Ahora, salud! Hay que volver a meterse en la zanja con la máquina, pobre vieja que se portó como una muchacha. Los compañeros no querían que saliera llevándola por miedo a que nos machacaran a los dos, pero en la trinchera no se podía trabajar como es debido. Tampoco afuera, pero yo prefiero reventar al aire libre.

— Yo también. ¡Salud, compañero!

A pesar de que la calma es total desde hace un buen rato, mejor no enderezarse por las dudas. Un poco a gatas, otro a rastras cuando el suelo está libre de ramas y troncos, llego a la trinchera que

comienza a repoblarse. No hubo víctimas entre los que estuvimos fuera. En la trinchera, por desgracia, se cuentan tres muertos y seis heridos. El balance de las bajas durante esta semana de combate es de dieciséis muertos y veintiún heridos más o menos graves, sin contar los enfermos que no han querido irse, pero que no se pueden tener en pie.

Todos estamos de acuerdo en pedir el relevo. Junto con los delegados del POUM que han venido a por noticias, voy a ver al teniente coronel Ortega. Su recibimiento es efusivo. Le habían hablado muy bien de la columna del POUM y nos tenía confianza, pero nuestro comportamiento ha superado todo lo que cabía esperar. Nos encarga que felicitemos a los milicianos en su nombre en espera de poder hacerlo personalmente cuando nos vayamos de las posiciones.

— Queremos irnos esta misma noche —le digo yo—. No podemos seguir aguantando. Entre los setenta y cinco que quedamos todavía, más de la mitad están enfermos. Hay piernas hinchadas, bronquitis con fiebre y tos, y yo misma no creo poder resistir más allá de esta noche. Entonces, haz el favor, compañero comandante, de relevarnos. Más tarde, si hace falta, volveremos.

— De acuerdo, tienen ustedes derecho a partir. El relevo llegará al oscurecer. Entreguen las municiones en propias manos a los responsables de la columna que vendrá, para evitar la confusión de cartuchos. Que vuestros milicianos se detengan un momento aquí antes de seguir a la ciudad. Quiero decirles lo mucho que he apreciado su comportamiento.

En la trinchera, los milicianos están tirados en el suelo, tan agobiados de fatiga, que ni siquiera tienen fuerzas para alegrarse al

saber que nos vamos esta noche. Algunos lloran muertos que eran amigos de infancia. Garbanzo, un muchacho moreno, alegre, bromista, llora a su hermano mayor caído esta mañana. La salida transcurre en medio del silencio y de la tristeza.

En la puerta del puesto de mando, un centinela nos dice que pasemos. El teniente coronel Ortega y los oficiales que lo rodean se cuadran cuando entramos. Ortega se dirige a los milicianos con palabras graves y conmovidas:

— Me siento orgulloso de mandar un sector donde hombres como vosotros han combatido con tanto coraje. A luchadores como vosotros se debe que Madrid no haya caído en manos de los fascistas. Dijeron que hoy pasarían, pero tuvieron que retroceder. Muchas gracias y hasta la próxima. Los milicianos del POUM se merecen la fama que llevan.

Sobre estas últimas palabras se alzan los acordes de *la Internacional* que todos cantamos con el puño en alto.

CAPÍTULO 5

Nuestro cuartel es ahora una gran casa de ricos de la calle Serrano, en pleno barrio residencial. El salón desembarazado de sus muebles, sirve de dormitorio a los milicianos. Yo tengo una verdadera habitación, con cama y armario de luna. Hay dos cuartos de baño, y aunque parezca mentira, de los grifos sale agua caliente. Tenemos un comandante llamado Olmeda, militante del POUM. Es él quien se ocupa de la parte administrativa con toda la seguridad que la reorganización del régimen de las milicias ahora en curso exige. Ya se comienza a escuchar la consigna de “mando único”, pero los sindicatos y partidos siguen conservando el control de sus columnas y cobran la paga de los milicianos. Los grados del ejército regular vuelven a estar en uso. Yo tengo el de capitán, con las tres estrellas correspondientes.

Acostada en mi cama de verdad, con la cabeza llena de rumores extraños, el tórax dolorido, las piernas flojas, no me atrevo a concederme el baño caliente tan deseado en la trinchera viscosa. Quizá fuera necesario que me examinara un médico, pero me falta valor. Veré más claro mañana, después de la buena noche de sueño que me promete el somnífero.

Los compañeros del POUM han traído ropa nueva para todos. Estos hombres que no hace más de dos horas se caían de agotamiento, riñen ahora por un pantalón o un par de botas. La voz

del cocinero llamando a comer los calma. Cuando golpean en mi puerta no contesto. Por suerte, el sueño llega pronto. Me despierto tarde al día siguiente. El tórax me duele todavía, pero la cabeza está tranquila. No hace falta ver médicos, mejor dar un paseo por Madrid.

He andado poco por las calles de Madrid desde que comenzó la guerra. Esta ciudad despreocupada que a toda costa quería ignorar el combate me disgustaba profundamente. Una copla nacida en el frente pintaba uno de sus aspectos más irritantes. Decía así: “Cuando se llega a Madrid, lo primero que se ve son milicianos de pega sentados en los cafés...”

Y lo cierto es que había montones de estos milicianos de retaguardia, elegantes, encargados de misiones importantes, de las cuales la principal se cumplía en los bares. La pistola de gran calibre que colgaba de sus cinturones despertaba la ira de los verdaderos milicianos: “Faltan armas en el frente —decían— y estos chulos se pavonean por las calles de Madrid arrastrando pistolones más grandes que ellos”.

En este día de 26 de noviembre ya no hay milicianos de pega en los cafés. La multitud andrajosa que busca sitio alrededor de las mesas lleva la marca de todos los combates, los del frente y los llevados contra los incendios y las ruinas humeantes bajo las cuales hay que buscar cuerpos heridos o muertos que los bombardeos fascistas suman día tras día, hora tras hora.

Los barrios populares son los más castigados. Sus habitantes caminan día y noche hacia las calles burguesas del barrio de Salamanca donde, dicen, no caen bombas. Empujando carritos de mano, a veces llevando solamente un colchón en la cabeza y bultos

de ropa atados a la espalda, seres de toda edad, sobre todo viejos, mujeres y niños, marchan en busca de un refugio. En las caras opacas no se lee ningún sentimiento, ni siquiera el de miedo. Los ojos solamente escudriñan de izquierda a derecha. Cuando el estruendo de las bombas parece demasiado próximo, sueltan las varas del carro, y cubriéndose con el colchón se tienden en el suelo o se acurrucan en el quicio de una puerta.

Las sirenas de las ambulancias y de los bomberos tocan la música que cuadra exactamente con este espectáculo de angustia alucinante. Cuando calla la alerta, las tribus del miedo vuelven a ponerse en marcha, se detienen a cada anuncio de bombas y terminan por meterse en la primera boca del “Metro” que se abre en su camino. Desciendo con estos seres a los abismos que sólo el espanto puede hacer elegir.

Comparada con este andén de “Metro”, nuestra trinchera de la Moncloa excavada entre los árboles cobra casi los contornos de un lugar de recreo. Encima de nuestras cabezas estaba el cielo.

Aquí, una bóveda sombría pesa sobre miles de seres cuyos cuerpos tirados se parecen extrañamente a los sacos y paquetes que los rodean. Llegados de los barrios pobres que los aviones de Franco arrasan día tras día, buscan en el calor de sus semejantes, en la miseria y el espanto comunes, la esperanza de escapar a una muerte solitaria.

Incluso en este infierno que ninguna literatura ha sabido todavía inventar, la diferencia de clases junta entre sí a los más ricos, los más limpios, los que pondrán una sábana sobre su colchón a la hora de dormir. Los otros que no tienen colchón ni mantas, no parecen

tomarlo a mal. La mujer joven a quien se lo hago notar me contesta sin el menor asomo de hostilidad:

— Sí, son quizá menos pobres, pero son sobre todo inquilinos más recientes del “Metro” y muchos de ellos pasan el día fuera. Sus familiares se turnan para vigilar sus cosas. Los hay que acaban por encontrar una habitación en barrios menos bombardeados. Los hay que vienen solamente a pasar con los suyos los días de permiso, como mi marido, que ahora es miliciano de retaguardia, a causa de un obús que le arrancó la pierna izquierda en el frente de la Sierra.

— ¿Dónde vivían ustedes antes de la guerra?

— En Tetuán de las Victorias. Teníamos una casita que construyó mi padre. La pobre casa ardió como papel un día de bombas. Mis padres y dos de mis niños murieron bajo los escombros. Los vecinos nos alojaron, pero tuvimos que huir a los pocos días por los bombardeos.

— ¿Y no han encontrado más que el “Metro” para refugiarse?

— Hemos venido aquí por culpa del miedo. Cuando oigo volar aviones me vuelvo loca. Mi marido encontró dos habitaciones en una casa de Cuatro Caminos, pero cuando fuimos a instalarnos nos cogió un bombardeo horrible. Había fuego y sangre por todas partes. Parece que tuve un ataque de locura furiosa. Me desperté en una cama de hospital. Para mí ya no es posible vivir en una casa.

— Pero es horrible vivir aquí, en este aire hediondo, entre la suciedad y la miseria...

— Uno se acostumbra y se organiza. Yo salgo un rato todos los días, a causa de los niños, cuando no hay aviones. Mi hermana mayor se lleva la ropa para lavarla. Mira bien, no estamos sucios. La

semana próxima mis niños irán a una colonia o al extranjero. Puede ser que entonces esté más tranquila sabiendo que no habrá más bombas para ellos. Cuando se vayan de esta ciudad de sangre y de fuego, mi marido buscará un cuarto en el barrio de Salamanca.

Una niñita muy morena viene a acurrucarse entre los brazos de la mujer que saca un peine del bolsillo y se pone a peinarla. Las lágrimas le inundan la cara.

— La niña que las bombas me mataron tenía los ojos verdes y unas trenzas negras como azabache —dice con voz temblorosa—. Era muy estudiosa y decía que de mayor sería maestra de escuela. Tantos niños que ya no serán nada porque las bombas los destrozaron en mil pedazos. Si ganamos la guerra, habrá que matar a todos los aviadores fascistas, porque son asesinos de niños.

La estancia en el infierno me ha puesto hiel en la boca. Cuando me dispongo a partir, la mujer me toma del brazo y dice:

— Mira, ha llegado la noche.

Sin atropellarse, silenciosamente, la multitud que viene a dormir en el “Metro”, se intercala entre los grupos ya aposentados. Algunas familias traen hasta cunas. A orillas del andén, el espacio reservado a los viajeros queda libre.

El cierzo helado del Guadarrama barre las calles negras y desiertas. Pasan camiones como masas oscuras. De vez en cuando, el grito de un centinela amenaza la ínfima claridad que se filtra a través de una ventana:

— ¡Esa luz! Apagad o tiro...

Dicen que los individuos de esa quinta columna con la que cuentan los fascistas para ayudarles a vencer la resistencia de Madrid

orientan el tiro de las baterías franquistas con señales luminosas. Los vigías de los comités de casa han descubierto varios en los tejados.

En las negras casas madrileñas duermen niños que ya han aprendido a reconocer el calibre de los obuses por el volumen de sus explosiones y que se quedan tranquilos cuando oyen el canto ronco de nuestras ametralladoras diciendo: “Son las nuestras”.

No tengo ganas de regresar al confortable cuartel de la calle Serrano. A esta hora los milicianos están cenando o andan por la ciudad en busca de alguna de esas tabernas confidenciales que consiguen en el mercado negro toda clase de víveres. Todos aquellos que siguen teniendo dinero abundante se pasan direcciones privilegiadas. Los más pobres deben conformarse con el racionamiento ya muy estricto, que esperan durante horas frente a los almacenes vaciados de su antigua opulencia.

Ya no hay colas o todavía no, a esta hora de la noche. Comienzan a formarse mucho antes del amanecer, mucho antes de que se abran los almacenes. Para ganar tiempo, las amas de casa han establecido una convención. Cuando llegan a la cola “piden la vez” a la última de la fila, vuelven a sus quehaceres calculando el tiempo que les queda hasta que les toque el turno y evitan así la espera interminable.

No han transcurrido más de cuatro meses desde los días en que los milicianos de Sigüenza desdeñaban el rancho porque preferían alimentarse de jamón y pollo. Este recuerdo yergue ante mí la estampa de Hippo, hace brillar sus ojos luminosos en la negrura de la noche, murmura en mis oídos sus palabras indulgentes:

— El jamón es un desquite para ellos. En España los pobres no podían comprar jamón.

Sigo andando. Las lágrimas me empapan la cara. Es la primera vez, desde la muerte de Hippo, que lloro así, aislada en la oscuridad, para mí sola, libremente, con fuertes sollozos, escondida en el quicio de una puerta, lejos de las miradas que podrían asombrarse de mi debilidad. La guerra me llama a la realidad a golpes de obuses pesados que estallan a lo lejos, del lado de la Ciudad Universitaria. Mientras aguardo que pare el cañoneo, vacío el saco de lágrimas atrasadas. Cuando ya no quedan, se instala la reflexión.

Debo volver al frente cuanto antes, la retaguardia me hace daño. Mis días se llenarán aquí de imágenes desalentadoras, tendré un montón de ocios inútiles, cantidades de noches sin sueño pobladas por todos los muertos que llevo a la zaga. No puedo ser útil más que en la acción, porque me siento incapaz de asumir otras tareas que las de la guerra misma. ¿Es una fuga, una manera de dar la espalda a la vida? No hace falta que me lo digan, lo sé. Pero sé también que cuando tuve en las manos el revólver de Hippo acepté seguir viviendo a condición de continuar el combate en que podría encontrar una muerte menos inútil que el suicidio.

Dos milicianos armados montan guardia en la puerta de nuestra casa cuartel.

— ¿Ha pasado algo, compañeros? ¿Por qué están armados?

— Armados de pega, los fusiles están vacíos. Se trata solamente de no dejar entrar a los evacuados. Pobre gente, duele espantarlos, sobre todo a los viejos y los críos, pero ya puedes figurarte el lío que se armaría con todos aquí dentro. ¿Sabes tú qué se debería hacer? Muy fácil, sacar a todos los fascistas refugiados en las Embajadas y dar los edificios a los pobres que huyen de los barrios

bombardeados. ¿No crees que sería un acto revolucionario digno de nuestra guerra?

— Es imposible tocar las Embajadas —digo yo—. El mundo entero se pondría contra nosotros.

— ¿Y qué? De todos modos, el mundo está contra nosotros, salvo México que nos manda unos pocos fusiles y la Unión Soviética, que comienza a ayudarnos de verdad, pero que hará pagar la factura al POUM. Los fascistas encerrados en las Embajadas nos matan a mansalva, dirigen la quinta columna, se comunican con el Ejército de Franco y nosotros seguimos teniéndolos al calor, en el mismo centro de Madrid, al amparo de las bombas, porque sus aviones nunca tiran a las Embajadas.

El miliciano que habla así se llamaba Pedro Argüelles, más conocido por el Sargento, grado que ganó en la guerra de África luchando contra los moros, y cuyos dos galones conserva en el gorro y la guerrera. Viene de Extremadura, como gran parte de nuestros milicianos, pero se distingue de ellos por su carácter tranquilo y sus modales corteses.

— Tienes toda la razón, Pedro, y estoy de acuerdo contigo. Desgraciadamente, el Gobierno español comienza a dejar de lado la revolución. Dentro de poco las milicias serán militarizadas bajo el mando de la Junta de Defensa. Los comunistas aprovechan la aportación decisiva de las Brigadas Internacionales en la defensa de Madrid para escalar posiciones de control. Su consigna “ante todo ganar la guerra” penetra hasta en la poderosa CNT. Sin la heroica indisciplina de los anarquistas, la guerra civil no hubiese estallado, habría sido un golpe de estado, pero a estas horas no se habla más que del “Quinto Regimiento” comunista. En la Alemania de 1933, el

partido comunista, con sus cientos de miles de afiliados, no impidió que Hitler subiera al poder. En España, por el contrario, los obreros asturianos desencadenaron una revolución en 1934 contra el Gobierno reaccionario surgido de las elecciones.

El otro miliciano, un guapo muchacho moreno, no parece aprobar mis palabras. Apoyado en su fusil, se vuelve hacia mí y grita:

— Basta. Todo lo que dices es verdad, pero es malo para moral.

Y alzando el fusil, añade:

— Mientras yo tenga este fusil y un palmo de tierra para apoyar los pies, seguiré combatiendo y creeré que lucho por la revolución.

¿Quién de nosotros dos tiene razón? Probablemente él, porque yo misma, aunque convencida de que el Gobierno sostenido por el partido comunista está liquidando la revolución, estoy decidida a marchar al frente en cuanto nos llamen.

En el pasillo que lleva a mi habitación, uno de nuestros viejos me detiene.

— Sería bueno que fueses a echar una mirada al dormitorio del primer piso. Casi todos los milicianos juegan a las cartas por dinero. Y todo se lo lleva ese maldito andaluz, que nadie sabe de dónde viene.

— No olvides que ahora tenemos un comandante —le digo—. Es él quien tiene que poner orden aquí. Deberías ponerlo al corriente.

— Y tú no olvides —me contesta el viejo— que nuestros milicianos todavía no saben gran cosa de los grados militares, que apenas conocen al compañero comandante y que no lo han visto combatiendo con ellos. A tí te conocen bien desde antes que llevaras estrellas de capitana. Mejor no hablar al comandante y que tú vayas

a ver lo que pasa, pero no esta noche, porque me han visto salir y podrían acusarme de haber ido con el cuento.

Resignada a intervenir, digo al viejo que iré mañana. La perspectiva de aparecer como guardiana de la moral en medio de los jugadores me hace poca gracia. ¿Qué les voy a decir? En estos momentos están de descanso y son dueños de su dinero. Claro que se les puede hablar de la familia, explicar que el dinero perdido en el juego se lo quitan a las mujeres y a los hijos. Habrá que encontrar las palabras justas para no disgustarlos, pero también el valor de recoger el dinero.

En nuestro Madrid asediado, todos los días se parecen. Los aviones fascistas incendian y asesinan la ciudad. Los niños juegan a la guerra junto a las casas amenazadas, y en las puertas de los cines largas colas se hacen y deshacen al ritmo de los obuses que caen de la mañana a la noche. Madrid ha tomado la costumbre de sufrir.

En el cuartel de la calle de Serrano, los fusiles cuidadosamente revisados aguardan el próximo combate. Los milicianos que tienen familia en la ciudad vienen una vez por día en busca de noticias.

Entre nuestros hombres hay una decena pertenecientes a las Juventudes Socialistas Unificadas, que se incorporaron a nuestra columna al comienzo de la guerra civil, en el tren que nos llevaba a Guadalajara. Los comunistas tienen ahora gran influencia en su organización, pero hasta el presente ellos han combatido a nuestro lado. Esta noche piden hablarme.

— Es para decirte —articula penosamente el delegado— que estamos obligados a irnos de la columna del POUM.

— ¿A causa de...?

— A causa del POUM —contesta el delegado—. Parece que el POUM no es una organización revolucionaria. Lo dicen nuestros responsables. El POUM es trotskista, y Trotski es un contrarrevolucionario enemigo del proletariado que han tenido que echar de la Unión Soviética. Entonces nosotros no podemos quedarnos en la columna del POUM.

Dominando la cólera que comienza a invadirme, trato de convencerlos explicándoles que Trotski fue el organizador del Ejército Rojo soviético, el compañero de Lenin, el revolucionario más grande del mundo, pero en seguida dejo de hablar, porque leo en sus ojos tercos que lo que quieren es irse cuanto antes.

Este incidente demuestra que ya ha comenzado una campaña contra el POUM, una campaña taimada, sorda todavía. Está lejos aquel día de julio en que la Pasionaria dijo a Hippo que todos estábamos empeñados en el mismo combate, los trotskistas como los otros. Con los tanques y las ametralladoras rusas llegan los métodos estalinistas, la máquina de triturar que está liquidando a la vieja guardia bolchevique en la U.R.S.S.

Mirando de frente al grupo de hombres mudos y visiblemente incómodos, le digo que si es su voluntad pueden irse.

— Pero hemos decidido llevarte con nosotros. Nuestros responsables están de acuerdo, y la comandancia de milicias también. Tendrás el mismo grado y hasta más, porque te lo mereces.

¿Qué decir a estos pobres muchachos cuya ignorancia política raya en la inocencia?

— Pero yo soy trotskista.

— No tiene importancia, nadie necesita saberlo. Queremos que vengas con nosotros y no se hable más —dice en tono firme el delegado, sostenido por la voz de los demás.

— No insistan, compañeros, yo me quedo aquí.

— ¿Y si te dieran orden de cambiar de columna? ¿Sabes que se te puede obligar?

— Todavía no. Somos voluntarios, y las milicias siguen aún bajo el control de las organizaciones. Váyanse y que haya suerte. Sería bueno también que explicaran a sus responsables que la columna del POUM ha sido siempre ejemplar. Lo saben ustedes de sobra, porque han combatido en nuestras filas desde el primer día. Adiós, compañeros.

Los veo marchar por el pasillo ante las miradas de un puñado de milicianos que han debido escuchar lo que se decía en el cuarto. Entre ellos está el Sargento, que me sigue hasta la oficina de nuestro comandante y entra conmigo. Cuando acabo de contar el incidente, su voz grave de pronunciado acento extremeño se alza la primera:

— Me lo esperaba, aun cuando no tan pronto. En otras peores nos veremos, pero, ¿qué hacer? Las armas rusas darán cada vez más fuerza los comunistas que acabarán por imponer su ley, que es la ley de Stalin.

El comandante es menos pesimista. Quizá para evitar que nazca la inquietud entre los milicianos.

— No se nos puede reprochar nada —dice—. La columna del POUM ha dejado en todas partes un recuerdo de valentía y de disciplina.

— ¿Y tú crees que este buen nombre nos pondrá todavía durante mucho tiempo al amparo de los ataques comunistas? Esos milicianos que se acaban de ir estaban con nosotros desde el comienzo de la guerra civil. ¿Qué podían reprocharnos? ¡Hubieras visto lo orgullosos que estaban de pertenecer a nuestra columna la noche que nos fuimos del sector de la Moncloa saludados por *la Internacional* que tocaron en nuestro honor! Sin embargo, bastó una orden de sus responsables para que se fueran de esa misma columna. Mejor no engañarse y estar alerta.

— Estar alerta, de acuerdo. Poner al corriente a nuestros responsables —dice el comandante sin exagerar la importancia de lo ocurrido—. Eso sí, explicar a nuestros milicianos que el POUM puede verse amenazado por razones ideológicas.

Y volviéndose hacia mí, añade:

— ¿Quieres hablarles tú?

— No, compañero —digo yo—. Eres tú quien debe hacerlo en tu calidad de comandante y también porque conoces mejor que yo la política española y la historia del POUM.

Cuando me quedo sola con el comandante, le cuento que los milicianos juegan a las cartas por dinero, que hay entre ellos un fullero que gana siempre y que he prometido a uno de nuestros viejos ir a ver lo que pasa.

— ¿Irás esta noche?

— Sí, después de cenar.

— Puede ser que te reciban mal. ¿Quieres que te acompañe?

— Mejor que no. Basta con uno para aguantar la afrenta si se rebelan, pero no te preocupes, no me pasará nada.

He tranquilizado al comandante. Sin embargo, a la hora de comer la carne y los garbanzos se me atragantan. ¿Cómo van a reaccionar? Sobre todo, evitar los discursos, no hablar de moral revolucionaria, no decir que perder tontamente en el juego el dinero que viene del pueblo es indigno de combatientes.

Cuando termina la cena sólo quedan en el comedor cinco o seis milicianos alrededor de Antonio Durán que se ha puesto a templar su guitarra nueva. Viéndome acercar, los hombres me hacen sitio junto al cantor. Sus mejillas arrebatadas denuncian la fiebre. La muñeca que palpo con mis dedos acostumbrados a tomar el pulso lo confirman: 38 grados por lo menos. Sin soltar la muñeca le digo que debe ver al médico sin falta, a más tardar mañana, y que sin la autorización del médico no podrá volver al frente.

— Está bien, iré, pero esta noche déjame cantar y emborracharme. El vino tapa los agujeros del pulmón y el cante cura el corazón. No te vayas, escucha este fandanguillo.

— Cuando regrese, dentro de unos minutos, todavía estarás cantando.

El viejo Anastasio, que aguarda en el pasillo, me dice que el juego está en lo más subido.

Llego hasta el dormitorio de puntillas, abro muy despacio la puerta y me adelanto con paso decidido hasta el grupo de jugadores. El andaluz tiende el brazo para recoger el gorro lleno de billetes que está junto a él. Le dejo hacer. En el silencio, mi voz se alza clara y tranquila:

— Dame eso. Con el dinero que hay aquí compraremos libros para todos. Si hay manera de mandarlo a las familias, lo haremos. Si prefieren que quede depositado, díganlo, pero no vuelvan a jugar. Un cuartel de la revolución no es un garito. Contemos el dinero ahora. Les daré un recibo.

— No hace falta contar ni dar recibos —dice Garbanzo mirándome derecho a los ojos—. Yo prometo no volver a jugar. Todos los cuartos que había puesto de lado se fueron en la baraja desde que estamos de descanso. Has hecho bien en desbaratar este manejo. Llévate el dinero y que no se hable más.

Ninguna voz se alza para aprobar o contradecir a Garbanzo. Vuelco en mi pañuelo el contenido del gorro y me voy, más molesta por el mutismo general que si hubiese tenido que hacer frente a una discusión o a un arranque de cólera.

Un día más comienza, parecido a los otros, asesinado, quemado por el fuego del cielo, desgarrado por los obuses, atravesado por ambulancias y coches de bomberos, también por rumores, buenos y malos, pero los niños siguen jugando en las calles y cantidades de chicas bonitas caminan mandando los pechos por delante, colgadas del brazo de milicianos andrajosos.

— Nunca se ha hecho tanto el amor aquí —dice una mujer a la que me acerqué para preguntarle cosas de la gallina que tiene atada a la silla—. ¿Te intriga la gallina? Animalito de Dios, es más buena que el pan, y me pone un huevo cada día. La saco a tomar el sol cuando paran los obuses. Las muchachas de Madrid van a poner también montones de críos. De noche, en cada puerta hay una pareja que se da un atracón. A este paso pronto se cubrirán las bajas de la guerra.

— Parece que siempre es así en tiempos de guerra —le digo yo para que no se avergüence de sus compatriotas—. La gente ansia vivir de prisa por miedo a morir. Quiero decir tener muchas satisfacciones, disfrutar de todo. Pero volvamos a la gallina, ¿no te estorba dentro de casa?

— ¡Qué va! Una gallina cabe en cualquier sitio. Cerca de aquí vive una mujer que tiene una cabra. Su suegro se la ha traído del campo. ¡Su buena leche le da la cabra! Para resistir en Madrid no sólo hace falta tener valor, sino saber arreglárselas. Cada uno cría lo que puede, conejos, conejillos de Indias y verduras en macetas.

Un zumbido lejano, muy alto, pero los oídos madrileños se han afinado mucho. La mujer da un salto, empuña la gallina, grita: “¡Salud compañera!”, y desaparece detrás de la puerta. Dos chiquillos fijan los ojos en los puntos brillantes que corren por el cielo, giran la cabeza a derecha, a izquierda, la echan hacia atrás, proclamando finalmente con firmeza: “Son nuestros”. Se les puede tener confianza, no se equivocan. Desgraciadamente, este ejercicio de identificación que los niños de Madrid practican con tanto empeño desde la llegada de los aviones rusos causa muchas víctimas entre ellos.

Llego a nuestro cuartel cuando las mesas están puestas para la cena. No bien comenzamos a comer, el centinela nos trae dos milicianos extranjeros, un francés y un alemán, quienes, según me explican, están de paseo aprovechando un día de descanso bien ganado, porque ambos pertenecen a esas Brigadas Internacionales que pagan tan duro tributo en la defensa de Madrid.

Todo el mundo los agasaja, los harta de comida y de vino, les agradecen el haber venido a luchar por nuestra revolución y cuando el alemán me pide ropa, le doy lo mejor que tenemos.

Garbanzo les muestra el gran retrato de Trotsky colgado en la pared.

— Es un contrarrevolucionario —dice el alemán.

El francés dice que él lee *L'Humanité* y que piensa como Cachin, Thorez y Marty. El alemán afirma que Trotsky es la Segunda Internacional. Y aquí termina nuestra conversación política. Tampoco valdría seguir porque los dos hombres han bebido demasiado. Cuando se van, los nuestros deciden que todos los estalinistas se parecen y que los extranjeros son tan brutos como los españoles.

Del contacto con los dos hombres de las Brigadas Internacionales me queda un sabor amargo en la boca, la sensación de estar combatiendo en una trinchera aparte, marcada, de la que nos desalojarán un día de éstos.

Una llamada telefónica del teniente coronel Ortega me tranquiliza.

— Pide setenta hombres para la Moncloa antes de las cuatro de la madrugada —informa el comandante—. Es urgente. He prometido contestar dentro de media hora.

— Tendrás que decir no a Ortega. Los milicianos han cobrado hoy las trescientas pesetas del mes. Casi todos andan por ahí. No vendrán a dormir al cuartel, y los que vengan, estarán borrachos. Los hemos retenido aquí toda la semana, pero es difícil impedir que salgan el día de la paga.

El comandante está molesto, disgustado. Yo también, ¡y muy harta! Me siento tan incapaz de encontrar otra ocupación que la de

hacerme matar, que esta ocasión fallida me ha puesto aún de peor humor. Yo no tengo derecho a andar por los bares para acortar los días y las noches sin combate. Mi estatuto de mujer sin miedo y sin tacha me lo prohíbe. Mi catecismo personal también me lo prohíbe. A estudiar entonces el manual de formación militar, que trataré de aprender de memoria.

La mañana siguiente trae una buena noticia. La compañía debe marchar hacia el sector de Pozuelo al comienzo de la tarde. Sabemos que en esa parte del frente de Madrid se han desarrollado combates sangrientos hace dos días.

El almuerzo se despacha a toda velocidad. A pesar de mis consejos, los milicianos comen poco. Los hay que hasta se niegan a poner en el macuto el bocadillo que se les ha preparado. Digo que es obligatorio llevarlo.

— Se lo comerán muy a gusto esta noche si, como es probable, no hay nada preparado para la cena. Abriguense todo lo que puedan y no se olviden de agregar dos pares de calcetines de lana.

— Lo que hace falta son capotes militares —dice el Sargento.

El tiene uno, roto por los codos, de color indefinido, atado a la cintura con una cuerda, reliquia andrajosa del tiempo en que servía en el Ejército, el verdadero, el de enfrente, lleno de oficiales, cañones, morteros y aviones que asesinan a los niños de Madrid, que queman las casas de Madrid. Nada molesto por la mirada que echo a su capote, el Sargento insiste.

— Es viejo, tiene sus remiendos, pero verás si sirve todavía para las noches de guardia. No hay como un capote militar cuando llueve o hiela. Soy yo quien te lo dice.

El comandante pasa lista al pie de los camiones. Somos ciento veinticinco. Cuando arrancamos son las dos de la tarde. Un capitán delegado por el Alto Mando nos acompaña. Sólo él sabe exactamente a donde vamos.

Aún hay mucha claridad cuando llegamos a Pozuelo, no al pueblo, sino a varios centenares de metros. La tierra que pisamos está como revuelta por un cataclismo. Los cráteres abiertos por las bombas tienen dimensiones inverosímiles. Árboles desgajados, quemados, trazan rayas negras a derecha, a izquierda y en medio del campo. El capitán dice que vendrá a buscarnos dentro de una hora, que es mejor no quedarnos agrupados, y que a la menor alerta los hoyos de las bombas son excelentes refugios. Estos hoyos de bombas, embudos enormes que vemos por primera vez, nos dan miedo. Nadie se atreve a meterse dentro. Inclínados sobre los bordes despedazados, los milicianos escudriñan el fondo un instante, pero pronto se echan para atrás, temiendo los peligros misteriosos que se esconden entre las grietas de esta tierra que ha perdido su inocencia.

Jirones de bruma comienzan a velar las montañas lejanas. Cuando llega nuestro guía, el sol ya no es más que un pequeño disco rojo sobre un cielo que las nubes están cubriendo de gris oscuro. La carretera muy estrecha pero asfaltada que tomamos, pasa en medio de un bosque de pinos. A la derecha, una casita que parece abandonada se esconde entre los árboles. El capitán me dice al oído que ahí está nuestro puesto de mando y que debo presentarme mañana a las ocho. Añade que el sector se las trae y que han elegido nuestra compañía por tener fama de aguerrida.

Nada más que un cuarto de hora de marcha para llegar a destino. La cerca quebrada en varios sitios demuestra que se trata de una

finca privada. El guía explica que pertenece a la marquesa... No oigo bien el nombre, en cambio comprendo enseguida que la hermosa casona blanca rodeada de pinos no es para nosotros. A mi mirada interrogadora el capitán contesta que no careceremos de refugios, que esa casa es demasiado grande, demasiado llamativa, que encierra un lujoso mobiliario y obras de arte que no se han podido sacar por falta de una calma duradera en el frente.

Ya hemos llegado a nuestro refugio. Es una amplia cocina de campo con suelo de baldosas rojas. En la chimenea, del ancho de una pared, arde un fuego amortiguado por cenizas espesas. Dos velas plantadas en la mesa muy larga que ocupa el centro alumbran escasamente el cuarto. En el claroscuro de la estampa se distinguen las caras de una decena de milicianos sentados junto al hogar. Viendo acercarse a algunos de los nuestros, el capitán los detiene con un gesto:

— No necesitan interrogar a los compañeros acerca de la posición que ustedes van a ocupar. Yo les daré todos los detalles. Este lugar se llama la “Pineda de Húmera”. Un puesto avanzado del enemigo, el sanatorio de Bellavista, se halla a unos ciento cincuenta metros a vuelo de pájaro de vuestra trinchera. Es corto, es peligroso, hay que vigilar día y noche. Esa gente tira mucho con mortero; con ametralladora, menos. Nuestros jefes tienen confianza en vosotros porque en la Moncloa habéis demostrado ser buenos combatientes. En el saco que está sobre la mesa hay comida, salchichas dentro de pan y bebida.

Después dirigiéndose a mí, pide que le siga fuera. Cerca de la cocina, a orillas de un charco, hay un pequeño cobertizo y, junto a él, un miliciano.

— Este es el polvorín, no muy rico, como puedes ir viendo —dice el capitán—. Cuatro cajas de cartuchos...

— Que habrá que verificar...

— Quizá, para mayor seguridad, aunque vuestro jefe de sector, el coronel Perea, es un militar cuidadoso. Agregaremos un lanzabombas y una ametralladora. Te los mostraré dentro de un rato; pero, ¿tienes milicianos que conocen el manejo?

— Sí, tres para la ametralladora y otros tantos o más para el lanzabombas, sin contar los dinamiteros, que son de lo mejor. Ahora me toca preguntar a mí. ¿Cómo piensan alimentarnos? ¿Habrá comidas calientes?

Acabo apenas de pronunciar estas palabras cuando ya me arrepiento de haberlas dicho porque descubren mi flaqueza de capitana ama de casa o madre de familia. Pero al capitán no le chocan, al contrario.

— Haces bien en preocuparte —dice—. Todos los oficiales deberían pensar en la comida de su gente. Desgraciadamente no siempre se acuerdan. A causa de este abandono hemos perdido a veces posiciones porque los milicianos no podían más de hambre y de sed. Aquí, quien debe velar es el coronel Perea. Mi misión se limita a dejarlos instalados en las dos trincheras...

— ¿Dos, dices?

— Sí. Una, más o menos a cincuenta metros por delante; otra, más alejada, a la izquierda, en campo raso.

Bendita sea la oscuridad que no deja ver al capitán la inquietud que me está invadiendo. Hasta el presente, nunca estuvimos solos. En Sigüenza, como en la Moncloa, había muy cerca otros hombres

empeñados en el mismo combate. Por primera vez, en este pinar amenazador que nos envuelve y nos aísla, con sólo ciento veinticinco milicianos, debemos sentirnos ejército. Estos pensamientos traen otros que me echan en cara mis carencias militares. De haber sabido dónde nos traían...

El capitán debe encontrar muy largo mi silencio y comprender las razones, porque sale al paso de mis temores

— No te plantees más problemas de los necesarios. Hemos tenido combates durísimos en este sector hace pocos días. Lo más probable es que durante algún tiempo haya tranquilidad.

Con una voz que me sorprende a mí misma por su firmeza, contesto riendo la más socorrida de las trivialidades:

— ¡Fuera miedo!, “¡no pasarán!”.

También riendo, el capitán concluye: “Que Dios te oiga”. Este intercambio de frases idiotas me serena tan bien, que cuando un hombre que no hemos visto llegar nos dice que ya podemos ir, todas las disposiciones que debo tomar se me inscriben en la mente como un letrero luminoso.

Los milicianos que se van pasan a la derecha por una trinchera vacía. No se cruzan con los nuestros ya en marcha entre los pinos. Me adelanto guiada por el capitán que dice haber pasado revista a la posición esta mañana. El corazón se me encoge cuando bajo a ese foso donde ni siquiera un enano puede quedarse en pie.

Veinte hombres como máximo caben ahí. Diez montarán guardia detrás de los árboles. Treinta descansarán para asegurar el relevo cada seis horas. Sesenta y cinco irán a ocupar la trinchera del llano a las órdenes del Sargento. Parece que aquello es menos siniestro.

Veré mañana. Los treinta de descanso se quedan en la cocina, encantados de una ganga que durará seis horas.

El cierzo silba entre los pinos y la helada muerde las manos desnudas de los milicianos. Tengo vergüenza de sentir las mías metidas en los gruesos guantes de lana que me tejíó Taía cuando estuve en París. Tanta vergüenza, que me los quito y se los tiendo al minúsculo Obdulio el único que podría poner dentro de ellos sus patitas de araña. Pero los rechaza en tono categórico.

— Quédate con tus guantes, yo no tengo más frío que los demás. Cuando haya para todos, habrá para mí.

Una urgencia se me clava en la memoria: hay que encontrar guantes, así como varios capotes para los centinelas que montan guardia al aire libre. Se los pediremos al delegado del POUM que seguramente vendrá a vernos mañana.

Todo el mundo está ahora en su sitio. En la cocina hay treinta cuerpos tendidos sobre el suelo tibio. Un solo trocito de mecha sigue ardiendo en el pequeño charco de cera. El recinto habitado por el sueño humano se ha evadido del mundo de la guerra. La plácida respiración de los durmientes acaba por amodorrarme. Gritos lejanos me despiertan bruscamente. Algunos hombres se enderezan para escuchar mejor. Se oyen palabras que dicen: “Rusos, hijos de puta, aguardar un poco que ya iremos y los destriparemos a todos... rusos...”

— Mientras no sea más que conversación —gruñe Garbanzo—, ya pueden seguir chillando.

Viendo que me dispongo a salir, el muchacho salta.

— No debes ir sola, nunca sola en este maldito pinar —dice—. No te ofendas, ya sabemos que no tienes miedo, pero una bala llega pronto y ahí te quedas sin que nadie se entere...

— Está bien, me llevaré al Corneta. ¿Quieres venir conmigo, niño, o prefieres quedarte con tu hermano?

— No quiero ir contigo —declara el Corneta—. Los dos solos en la oscuridad me da mucho miedo esta noche, a lo mejor por ser la primera.

Sus ojos no se despegan del hermano que no dice nada, no lo defiende, no explica nada, mira al pequeño con una sonrisa forzada. Nos sentimos molestos porque todos conocemos su historia. Elijo a Ernesto, uno de los viejos, lo menos tiene cuarenta años. Es un madrileño que se sabe la región de memoria por haber venido a merendar a menudo en las cercanías.

No bien pasamos la puerta, Ernesto me propone llevar mi fusil. No quiero. Este mosquetón se me ha convertido en amuleto. Me recuerda las colinas de Sigüenza, la cabeza del sargento del Tercio muerto a mi lado de una muerte tan silenciosa. Cuando lo tengo apretado bajo el brazo me devuelve el olor de los bosques donde estuvimos errando como animales acorralados antes de llegar a Pelegrina. Si esta vez también escapo con vida, la madera de su culata me traerá el aroma de los pinos que nos siguen por todas partes.

— ¡Decir que a esto le llaman trinchera! —gruñe Chuni cuando me acerco a él—. Nada más que con el culo los tipos que se han ido podían haber ahondado este nido de ratas. Me pregunto cuánto tiempo estuvieron aquí. Apuesto que muy poco, porque esto no se

aguanta. Lo menos hay que cavar medio metro. Falta saber si han dejado herramientas.

— Y si los fascistas nos dejan un poco de tranquilidad, compañero Chuni. A mi modo de ver, no se trata de hacer una fortificación. El enemigo está demasiado cerca. Hablaré mañana con el comandante del sector. En realidad, esta zanja no es más que una avanzadilla donde los milicianos montarán guardia por turno seis horas al día.

— Boca abajo en el barro... Los demás harán lo que quieran, pero yo me arreglaré un hoyo.

Juan Luis, el responsable de la posición, se acerca gateando. Es un hombre maduro, de espaldas anchas, de cara surcada por arrugas profundas que le dan más edad de la que tiene. Obrero agrícola en un pueblo de Extremadura, sindicado y politizado, militante del POUM, los terratenientes de la región lo consideraban un cabecilla peligroso. Cuando los fascistas tomaron el pueblo, lo buscaron por todas partes, menos en la casa señorial de don Indalecio, su patrón, un viejo raro que le enseñó a Juan Luis a cantar La Marsellesa en francés.

Don Indalecio escondió a Juan Luis en su propio dormitorio, le regaló una estupenda escopeta, doscientos cartuchos y le ayudó a huir.

— No quiero que esos matones acaben contigo porque eres un hombre de verdad, un español de buena raza —le dijo al despedirse—. Vete con los tuyos y que Dios te ayude. Yo me ocuparé de tu mujer y de tus hijos.

Yo soy la única que conoce este capítulo de la vida de Juan Luis. No se lo contó a los demás, avergonzado de haber escapado al destino

de tantos de sus compañeros asesinados por los fascistas, de saber a su familia amparada por don Indalecio. Para redimirse, Juan Luis se presenta siempre voluntario en las misiones más peligrosas. Dinamitero en la Moncloa, se le vio muchas veces saltar el parapeto para lanzar sus cartuchos a los tanques.

Metidos en el barro que la helada ha endurecido y recortado en hojas filosas que desgarran las manos, deteniéndonos junto a cada hombre para darle una copa de aguardiente y cambiar algunas palabras, llegamos al final de la zanja donde un puesto de escucha permite estar de pie.

— He colocado aquí al Boliviano —me dice Juan Luis—. Para ver y oír se le puede tener confianza.

La cabeza que se vuelve hacia nosotros está metida en una boina que tapa parte de las orejas y toda la frente. La cara es redonda. Los pómulos muy altos ponen una mancha más clara en la piel cobriza. La nariz descende recta y fina, pero las aletas muy abiertas alzan a cada lado un pequeño bulto de carne reluciente.

Al verme mirarlo con tanta atención, el Boliviano se quita de la boca un cigarro apagado, se echa hacia atrás la boina y me dice sonriendo:

— ¿Me encuentras una cabeza de indio?

— Sí, exactamente la cabeza pintada en los viejos huacos de tu tierra. ¿Pero eres de verdad indio?

— Casi cien por ciento. Las pocas gotas de sangre impura que nos dio un lejano abuelo español ya no se ven.

— ¿Hace mucho que estás en España?

— Dos años. Vine para terminar los estudios. Me estaba preparando para volver a Bolivia cuando comenzó la guerra civil.

— Nada te impedía regresar a tu país...

— Nada, pero elegí quedarme.

Al decir esto, el Boliviano se inclina rápidamente para tender mejor la oreja, se quita del hombro el fusil colgado de una cuerda y lo pone sobre el parapeto. Ahora se ve bien su vestimenta de miliciano pobre, el abrigo raído con mangas que no llegan a las muñecas, las medias de lana estiradas sobre un pantalón de paisano, el calzado mísero. La cartuchera es un saquito de tela cosido a la cuerda del fusil.

Cuando al cabo de un momento nos da de nuevo la cara para decirnos que el ruido se aleja, le pregunto si tiene bastante abrigo, si no le hace falta una camiseta de lana o un jersey.

— Llevo tres, y calzoncillos de franela. En cambio, me puedes apuntar para un par de botas, es todo lo que necesito.

Al desandar la trinchera me rozan chaquetas tiesas como cuero crudo, manos que el hielo pega al fusil, escucho toses sofocadas, siento crujir la escarcha en las bufandas. Digo la misma frase a cada miliciano: “Dentro de una hora, el relevo”.

Por la mañana muy temprano llega un milagroso caldero de café no muy caliente. ¡Qué más da! Nos sobra fuego, lo bebemos cociendo. El café es un filtro optimista que anula todos los fríos del mundo. Después de recomendar a los milicianos que traigan leña para todo el día, me marchó al puesto de mando.

Son las ocho cuando me presento. Por suerte, el coronel Perea tarda en venir porque, de pronto, frente al gran mapa de Estado

Mayor clavado en la pared me entra un pánico horrible. Si se le ocurre al coronel hacerme preguntas de orden militar, ¿cómo contestarle que no sé nada? Que nunca he sabido leer un simple plano de ciudad, que las cotas son misterios indescifrables...

Un hombre alto, fuerte sin ser grueso se yergue en el marco de la puerta. Una cabeza de bronce y plata se inclina ligeramente sobre la mano tendida que la mía estrecha con el ansia del náufrago a punto de hundirse. La voz cálida que dice: *Bonjour, Capitaine* en un francés impecable me tranquiliza del todo. Y cuando añade: “¿Puedo ofrecerle una taza de café?”, tal alarde de buena educación comienza a molestarme. Pero yo también soy una persona bien educada. En este terreno no le tengo miedo al gallardo coronel.

— La encuentro muy distinta de la mujer que uno puede imaginar al frente de una compañía y que tiene fama de saber combatir. El teniente coronel Ortega le tiene gran aprecio.

— ¿Entonces creía usted ver llegar una especie de marimacho con trazas de soldadote? Es curioso, todos los hombres tienen las mismas ideas acerca de las mujeres que cumplen una tarea que no concuerda con “las labores propias de su sexo”, como reza la fórmula tradicional.

Totalmente cómoda, instalada a mis anchas en un terreno no militar, aguardo sonriendo la respuesta del coronel, que dice simplemente:

— Encantado de tener bajo mis órdenes a una dama oficial.

Y tomando papel y lápiz, me invita a mirar el diseño que se dispone a trazar.

— Fíjese bien. Su terreno tiene forma de trapecio. Aquí está la avanzadilla frente al enemigo, tan cerca que casi se le oye respirar y que se manifiesta sobre todo con tiros de mortero. La primera línea se puede defender gracias a la trinchera. Digamos que es una trinchera, ya hablaremos. Pero habrá que cavar refugios para los hombres de la retaguardia. A la izquierda, en dirección a Casa Quemada, hay una línea bastante bien colocada que cubre la posición en un largo espacio. Detrás, luego, no hay peligro, como va viendo...

— ¿Pero a la derecha?

— Iba a decírselo. A la derecha hay un vacío peligroso. Vale más que lo sepa en seguida. Una guardia, no hace falta que sean muchos hombres, se impone ahí hasta que llegue la compañía que ocupará la trinchera. Dentro de dos o tres días vendrá una, bien equipada, con mandos competentes, que pertenece al sindicato de “Artes Blancas”, en lenguaje claro, de Panaderos. Entretanto, habrá que arreglarse como se pueda, lo mejor que usted pueda.

Lo mejor para mí en este momento es no perder la calma, no rebelarme contra el exceso de fatiga que esto supone para nuestros milicianos. Además, poner en claro varios asuntos importantes.

— Compañero coronel (es ridículo, pero decir “mi coronel” no me sale), quiero preguntarle si debemos ahondar la trinchera de la avanzadilla.

— Por supuesto, lo más posible, pero sin poner a trabajar más que dos o tres hombres a la vez para no llamar la atención del enemigo. Un detalle importante: los escuchas deben estar alerta día y noche, el riesgo de la posición lo exige.

— No se preocupe, tenemos escuchas de toda confianza. A mi vez le ruego que obtenga para los milicianos al menos una comida caliente al día. Tenga la bondad de no burlarse de esta preocupación casera. La experiencia me ha demostrado que si al frío se añade el hambre, la moral cae a cero. En materia de frío estamos colmados. A propósito, necesitamos diez o doce capotes militares, o más si es posible, o capas, o cualquier prenda de vestir larga y envolvente. Nos hacen falta también dos camillas. Olvidaba los guantes...

El coronel no tiene la intención de burlarse de mí, lo veo por su sonrisa triste, pero no puede prometer más que las camillas. El resto debe correr a cargo de las organizaciones, capaces todavía de equipar sus milicias. Le cuento en pocas palabras que todo lo que teníamos para el invierno se quedó en la catedral de Sigüenza...

— Quisiera que habláramos un día de la catedral —dice Perea.

Debió de leer en mi cara una especie de espanto porque hace un gesto de apaciguamiento, murmurando en voz baja:

“Comprendo, comprendo”.

¿De dónde me viene esta compasión repentina por el bello coronel de cabellos plateados y tez de bronce? A manera de compensación, creo útil decirle que en caso de ataque la compañía responderá, que puede tener confianza en nosotros. Su contestación me sorprende:

— Lo que voy a decirle no tiene nada de militar, es incluso lo contrario, porque nada es todavía verdaderamente militar del lado de aquí de la guerra. Seguimos luchando como guerrilleros, sin el fuego sagrado de los primeros días, cansados y a menudo desalentados a causa de este combate desigual, pero debemos

resistir a toda costa. El peligroso trozo de frente que ustedes cubren es una ratonera, vale más que lo sepan. Ahora bien, si el enemigo avanza hay que aguantar, agarrarse con uñas y dientes al parapeto. Su pequeña columna tiene buena reputación. ¡Ojalá no le toque ponerla en juego! Un par de palabras todavía, solamente de rutina. Hay que hacerme llegar todas las mañanas un estadillo detallando la cantidad de armas, número de milicianos, movimientos del enemigo, etcétera...

La perspectiva de esta faena suplementaria me cae mal. Aguanto, sin embargo, las ganas de decirlo. No nos faltaba más que el papeleo para remedar un ejército cuyos grados militares hemos copiado sin que sus insignias prendidas en nuestras chaquetas desiguales signifiquen, en el mejor de los casos, que el que las ostenta está más dispuesto a hacerse matar que los otros.

Estoy a un paso de nuestras líneas cuando me sale al encuentro el ladrido de un obús de mortero. Éste salió largo. Es casi seguro que vendrán más. Y vienen. No es cosa de esperar que termine el bombardeo pegada al suelo. Los primeros centinelas que encuentro en el camino están tendidos al pie de un pino o arrimados al árbol. No hay pánico, pero esta forma de guardia sin la menor protección no puede continuar mucho tiempo.

En la trinchera el orden es perfecto. En cada puesto de escucha hay dos centinelas. Colmo de disciplina, no se ha disparado ni un solo tiro. Juan Luis está orgulloso de su trinchera. Volviéndose a los hombres pregunta si están de acuerdo en esperar que paren los morteros antes de hacer venir el relevo. No hay objeción. No tenemos más que un herido, felizmente leve. El casco de metralla incrustado en su hombro es bastante grande, pero no parece que haya tocado el hueso.

Tareas por orden de urgencia: ponerse inmediatamente a cavar refugios entre los pinos. Más vale afrontar el descontento de los milicianos recargados de trabajo que verlos caer bajo los obuses. Comenzaremos esta misma noche.

La olla de guiso que dos hombres han ido a buscar a la entrada del terreno despierta gran entusiasmo. La distribución plantea problemas molestos. Cada uno quisiera escoger el trozo que prefiere, protesta si lo ve en el plato de un compañero y los insultos llegan detrás de las protestas. A este paso hasta es posible que se peguen. Estos hombres que aceptan combatir en las peores condiciones, que no discuten las órdenes, se disputan furiosamente dos centímetros de carne o una cucharada de salsa.

Para dominar la cólera que este espectáculo despierta en mí, tengo que recitar mentalmente las palabras de Hippo: “Son muy pobres. La carne era un lujo para ellos”, y añadir, teniendo en cuenta la fatiga, el frío y la tensión que los abruma, que esta agresividad es una especie de válvula de escape. Como en la catedral de Sigüenza cuando veía a los campesinos muy viejos cortar amorosamente pequeñísimos trozos de salchichón y llevarlos con un gesto casi religioso a sus bocas desdentadas, me digo que son ellos quienes tienen razón, siempre razón, que debo quererlos tal como son, quererlos siempre.

Abordo con paso decidido el sórdido campo de batalla diciendo en voz alta y firme pero serena:

— Si no son ustedes capaces de repartirse en orden unas tajadas de guiso, no habrá más comida caliente. Cada uno recibirá su lata de conserva y se la arreglará como quiera.

Las protestas estallan como disparos, nadie tiene la culpa, aquél si la tiene, aquél dice que es el otro, todos quieren que les mire los platos.

— Ya está bien, compañeros, basta de alegar. Si mañana hay riña, comeremos conservas. Al coronel Perea, a quien he pedido que nos dieran al menos una comida caliente al día, le diré que la distribución plantea demasiados problemas y que preferimos las conservas.

No me queda ni chispa de cólera. Viéndolos recoger con grandes trozos de pan hasta la última gota de salsa, me entran ganas de hablarles como si fueran niños. Este impulso es tan absurdo como el otro, el de la cólera. Por suerte, ellos no se dan cuenta de nada. El momento es propicio para hablarles de los refugios.

— Habrá que cavar hoyos bastante profundos entre los árboles para proteger a los centinelas del pinar. Más vale sacrificar una hora de sueño que dejarse matar por incuria.

— ¿Han encontrado herramientas?

— Algunas —dice Ernesto— y flamantes. Para comenzar alcanzan. Eso sí, el trabajo será de pronóstico a causa de la tierra que está helada muy hondo. Se necesitan también sacos y paja para poner en el fondo.

Ya está lejos la riña mezquina por el guiso. Diez milicianos se presentan voluntarios para trazar los refugios. Los otros descansarán dos horas, relevando luego a los que trabajan. Mañana pediré en el puesto de mando los picos y las palas que nos faltan. Ramón me recuerda la ametralladora prometida. Ya tiene su sitio listo en la trinchera.

Todo es normal nuevamente. Ahora podría ir a ver la casucha llena de latas de conservas que se halla a poca distancia de nuestra cocina. Obdulio se ofrece a acompañarme.

— Ya verás —dice—. Hay cientos de latas y también panes con una salchicha dentro.

Por la mueca de asco que le tuerce la boca, comprendo que las tales conservas no son de su agrado. Le pregunto por qué.

— Todas son de pescado con tomate dulce. Dicen que nos las mandan los rusos. Habría que estar muerto de hambre para comer semejante porquería. A los compañeros que se han ido tampoco debían de gustarles. Ven a ver todo lo que hay.

Las latas parecen en perfecto estado. Los panes, un poco duros, también se pueden comer a mi juicio, pero no a juicio de Obdulio. Su veto es definitivo, hasta con cierto desprecio para mí.

— Ustedes los extranjeros comen cualquier cosa. ¿Es verdad que los franceses comen sapos?

— Sapos no, ranas, ni siquiera toda la rana, solamente las ancas. Volvamos ahora a estas conservas. Déjenlas como están, quiero decir, no las estropeen porque pueden servir si un día no hay nada que comer. Mientras no se haya pasado hambre de verdad se pueden despreciar ciertos alimentos. ¿Tú no has tenido nunca hambre?

— Completamente hambre, no, pero en mi casa me hubiese comido muy a gusto un huevo frito entero en vez de partirlo en cuatro con los hermanos, o un buen trozo de carne en lugar del hilito que nos daba mi madre en los días grandes, cuando ponía media libra en el cocido. A veces era peor. Si mi padre pasaba mucho

tiempo sin trabajo, había que conformarse con un puñado de habichuelas. Sabrás que mi padre ganaba menos de tres pesetas al día. En nuestra región se puede decir que el trabajo no dura más que cuatro meses al año.

— ¿Hasta qué edad has ido a la escuela?

— No he ido a la escuela más que un año, cuando era muy pequeño. Después me mandaron a cuidar cabras.

No hay nada nuevo en la historia de Obdulio. El breve capítulo que acaba de contarme se parece a todos los que escucho desde que mi vida está ligada a todos estos campesinos de Extremadura o de Castilla. He pensado a menudo que no debía interrogarlos con tanto interés acerca de su vida como si quisiera a toda costa forzar su amistad, quebrar esa reserva que al comienzo, durante los días de Sigüenza, yo tomaba por hostilidad, y que probablemente lo era pero ya no lo es. ¿Me quieren ahora? Quizás, a su manera, como yo los quiero. Estamos, ellos y yo, en guardia.

Esa especie de desazón que nos mantiene a distancia viene de mi calidad de mujer que manda hombres, definida por ellos “mujer no como las otras” para justificar su obediencia o alardear frente a las columnas privadas de esta anomalía: tener de capitán a una mujer.

Esta clase de pensamientos inútiles se me ocurren solamente en los momentos de vacío, y los momentos de vacío son los del tiempo superfluo, sin problema inmediato, cuando cierta rutina comienza a facilitar las cosas. La tendencia del ser humano a instalarse no tiene límites. Ya hemos echado raíces en este triángulo o trapecio amenazador, a tiro directo de un enemigo que nos tiene a su merced.

Una buena idea nace en mi mente libre ya de elucubraciones molestas o parásitas. Es una idea de dinamita. Hay que pedir mañana al coronel Perea diez cajas de esas bombas caseras que nuestros mineros y nuestros pastores saben usar con tanta eficacia. Mejor sería granadas de verdad, quizá nos darán. Hasta aquí no han dicho nada. Recordar también la ametralladora prometida.

El viento arrastra trocitos de hielo. Bajo el cielo luminoso, casi podemos contar las oscuras pirámides que rodeamos para llegar a los puestos de guardia. En algunos lugares los pinos están tan juntos, y sus copas tan altas que parecen montañas.

Son las tres de la madrugada. He elegido la última ronda, la más tardía. También suele ocurrirme, porque no consigo dormir, pasar gran parte de la noche en la avanzadilla o con los centinelas del pinar.

Los fascistas no paran de insultarnos. Es su manera de entrar en calor, de quitarse el aburrimiento o de tratar de contarnos. Todo el tiempo gritan lo mismo: “¡Eh, rusos, contestar en ruso si todavía no habéis aprendido el español, rusos, hijos de puta...”

Esta noche han olvidado a los rusos para tomárselas con los españoles, amenazándoles con venir a ver si tienen cojones como los hombres, o son todos maricas, jodidos por el culo que no se atreven a contestar cuando los insultan.

Los milicianos están hartos de aguantar en silencio, por disciplina, la avalancha de injurias que viene de enfrente noche tras noche. Opinan que ya es hora de responder. Encuentro que tienen razón. Propongo que organicemos una especie de coro hablado como los que recorrían las calles de Berlín durante las semanas que precedían a las elecciones, antes de Hitler. Los sesenta hombres dirán mañana

las palabras, todos a la vez. Después, nuestros tres cantores de flamenco, mineros de la provincia de Córdoba, harán escuchar a los fascistas coplas de la tierra.

Gracias a esta decisión, la noche parece más corta, menos glacial, menos amenazadora. Hace menos daño a las manos hinchadas que se pegan a los fusiles, a los ojos que el cierzo quema como fuego líquido, a los pies lastimados por la tierra helada cuyas aristas cortantes llegan a atravesar las delgadas suelas del calzado.

Toses mal contenidas estallan con una frecuencia alarmante. Dos milicianos, tres, parecen arrancarse los bronquios tosiendo. Habrá que mandarlos a Madrid. Ellos no quieren entender razones. Valerio, el más viejo, cuarenta años pasados, demasiado débil para servir en nuestro Ejército castigado por el fango y la helada, declara que se pondrá paños calientes durante el descanso, añadiendo que yo hasta podría aplicarle ventosas que lo curarían aquí mismo, sin necesidad de irse a Madrid.

— Valerio, a este paso cogerás una pulmonía, no seas terco.

— Lo que tengo no es más que un catarro de pecho...

— No hay tal catarro, sino una bronquitis de las malas. Debes irte.

— Bronquitis parecidas a ésta he tenido a montones. Nadie se muere de toser y escupir. Claro que aquí, lo malo es la tos, por el ruido. Si de verdad quieres curarme, manda traer un frasco de jarabe.

Los otros dos, Tomás y Chuni, de la guardia joven, se niegan también a ser evacuados a causa de bronquitis.

— ¿Para que nos llamen emboscados? —gruñe Chuni—. Los hay a montones en las milicias de los alrededores de Madrid, que se

escapan con cualquier disculpa. Pero nosotros, milicianos del POUM, reventaremos aquí mismo, de enfermedad o de bala.

Chuni no ha pronunciado un discurso de militante para hacerse ver delante de los otros. Ha hablado en voz muy baja solamente para mí y para él. Le tomo la mano. Su pulso late muy rápido, de seguro 38 grados de fiebre. ¿De qué servirá decírselo? Felizmente, me queda una gran provisión de aspirinas. Encargaremos un buen jarabe para la tos esta misma mañana, porque, a pesar de la oscuridad, ya no es de noche. Dentro de un cuarto de hora llegará el relevo.

Los que parten se quitan, quién el capote, quién la capa o la manta, y los pasan a los que llegan.

En nuestra cocina tibia y ahumada, los puntos de luz pintan lienzos de Rembrandt que muestran hombres ocupados en cortar pan. Lo que comen más a gusto los milicianos es el pan. Lo parten a lo largo, ponen en cada mitad una espesa capa de manteca rusa, polaca o checa, la cubren de azúcar molido, la ensartan en la bayoneta o el cuchillo y la acercan a las brasas de la chimenea. De todos los alimentos que reciben, es el manjar que prefieren. Digamos de paso que los tales alimentos no son muy variados. Todas las noches nos dan jamón blanco procedente, como la manteca, de un país amigo o simplemente proveedor a título puramente comercial. Desde el comienzo, esta masa de carne cocida encerrada en una lata fue declarada “no jamón” y acogida con prevención.

— En vez de comer tanto pan con azúcar, pongan ese jamón en bocadillos. También lo pueden asar, es carne buena, de mucho alimento.

— Con sabor a trapo mojado —declara el Sordillo, así llamado porque de tantas otitis como tuvo de pequeño perdió el oído.

Este chiquillo de aspecto enclenque es uno de nuestros benjamines y se cuenta entre los mejores bombarderos de la compañía. Su aspiración máxima es poder lanzar granadas de piña.

— ¿Cuándo nos darán? —pregunta diez veces al día—. Según dicen, los rusos mandan toneladas, pero son para las columnas comunistas. Nosotros, milicianos del POUM, tenemos que conformarnos con las bombas de lata. Con la ametralladora pasará lo mismo. Es seguro que no llegará.

Le digo que en esto se equivoca. Cuatro hombres irán a buscarla esta tarde al puesto de mando.

Se me ha ocurrido un remedio excelente para curar a nuestros enfermos. Tenemos aguardiente, malísimo, pero muy fuerte. Tenemos también azúcar, es decir, los elementos esenciales para hacer ponche. Lo fabrico en seguida, doy a cada enfermo un jarro lleno después de hacerles tragar dos comprimidos de aspirina, recomendándoles que se queden al calor el mayor tiempo posible. A los delegados del POUM que vendrán antes de mediodía les pediré unos frascos de jarabe para la tos.

Una vez más me descubro capitana madre de familia que vela por sus niños soldados. Niños, incluso si tienen el pelo gris como este Valerio que conserva un instante mi mano en la suya caliente y húmeda cuando le tiendo el jarro de bebida y los comprimidos.

La lluvia ha disuelto ahora el viento glacial. Es peor, porque los milicianos que cavan los refugios están empapados. Les digo que vayan a calentarse en la cocina. Sesenta milicianos para cubrir una trinchera, vigilar al descubierto un terreno arbolado, cavar la tierra, da una suma de diez horas de puesto por hombre, seis pala en

mano, ocho de descanso, partidas en dos etapas. Me pregunto cuánto tiempo podremos aguantar a este ritmo.

¿De qué sirve hurgarse los sesos de antemano, ceder a la eterna manía de querer asegurar el porvenir? ¿Qué porvenir? El nuestro se puede hundir esta misma noche bajo los obuses de enfrente o de los aviones que han dejado rastros tan profundos en la tierra de al lado. Tratemos mejor de dormir un poco.

Acostada junto a la chimenea, me pongo a contar ovejas para hacer venir el sueño. No hay sueño posible. Los milicianos quieren a toda costa preparar nuestro discurso de la noche. Les diremos que son traidores. Que siendo obreros e hijos de obreros sirven a sus explotadores, arrastrados a la guerra por oficiales felones. Que sus generales cristianos han traído los moros a España para degollar al pueblo español.

No, no hay que llamarlos traidores, sobre todo para comenzar. Digamos “pobres infelices engañados por oficiales traidores, obreros y campesinos que se dejan matar para servir a sus explotadores. Vuestros generales cristianos han traído los moros a España para que degüellen al pueblo español...”

— No importa si se ponen a insultarnos —dice Juan Luis—. Debemos continuar lo mismo.

— Tampoco importa si gritando cambiamos las palabras —añade Chuni—. Lo que hace falta es chillar todos a la vez para que se les revienten los oídos.

Se ha ido a pique mi programa de coro hablado a estilo alemán de los buenos tiempos comunistas en los días de las gigantescas manifestaciones del Partido, acompasadas con la marcha de un

ejército desfilando al ritmo de las canciones revolucionarias. Mala suerte. Lo cierto es que un exceso de disciplina impidió a los trabajadores alemanes lanzarse al combate cuando Hitler fue llamado a tomar el poder. Y fue la indisciplina española la que ganó las primeras batallas contra los generales fascistas.

— Griten lo que les dé la gana, pero a mi modo de ver no hay que olvidar la frase sobre los generales cristianos y los moros. Antes de terminar las últimas palabras debe venir el cante.

Bueno, ya estoy queriendo de nuevo poner orden, en fin, un mínimo. Ya se verá, dejemos que venga la noche. Ahora necesitaría dormir una hora o dos. La falta de sueño me pesa en la nuca y los hombros, nunca dentro de la cabeza, al contrario. Hasta se diría que no consigo dormir porque tengo una luz encendida detrás de la frente.

Salvo tres milicianos que montan guardia en el pinar y otro frente al cobertizo que llamamos pomposamente polvorín, todo el mundo está en su sitio para el festival del diálogo. Colmo de felicidad, la tan esperada ametralladora se halla bien escondida en su emplazamiento.

— Lástima que sea una “Lewis” —dice Ramón—. Bonita de figura pero demasiado delicada. Yo esperaba una “Maxim”, buena máquina grande que tira sola, bueno, sola no, pero mucho más segura. La “Lewis” se encasquilla de sólo mirarla.

— Deja de protestar, Ramón. A fuerza de rebajarla, acabarás echándole mal de ojo. Cuídala mucho, no dejes que nadie la manosee.

Una luna inmensa que ha crecido a espaldas nuestras trepa despacio por el cielo. Viene hacia nosotros como si tirara de ella el camino estrecho que nos separa del enemigo.

— Verás que no tardarán en comenzar —susurra Obdulio—. La luna siempre da ganas de gritar.

En efecto, se ponen a gritar más fuerte que nunca. Su primera andanada de insultos no ha terminado cuando los nuestros levantan el desafío con un clamor salvaje cuyos ecos llegan seguramente hasta los oídos del coronel Perea a quien no pedí la autorización de contestar a los fascistas.

Los acentos de diez provincias de España se mezclan en los rugidos de insultos y palabras de compasión destinados a los infelices que los fascistas engañan. Las voces de nuestros tres cantores de flamenco barren las últimas palabras obscenas. Todavía no es cante jondo, sino “Trinidad, mi Trinidad” la copla que ha marchado con nosotros de Madrid a Guadalajara, de Guadalajara a Sigüenza, Imón, Huérmeces del Cerro, Pelegrina, la Moncloa y aterrizo bajo la luna llena en esta trinchera cuyo control se me está escapando.

Lo más grave es que algunos hombres de enfrente recogen el estribillo, iniciando una especie de fraternización que, no entraba en nuestros cálculos. Pido a los cantores que se detengan un momento. Los fascistas se ponen entonces a insultarnos de nuevo. Se callan en cuanto las cadencias de un fandanguillo que teje y desteje sus arabescos comienzan a desmenuzarse la noche casi transparente a fuerza de luna llena.

Cuando el canto deja de vibrar, voces aisladas del enemigo piden una continuación. No la habrá. Por otra parte, todo vuelve a quedar silencioso enfrente, como si una orden lo hubiese impuesto.

bruscamente para cortar en seco ese pequeño lazo de amistad nacido de las canciones. En la quietud recobrada, bajo la luna inmensa que se marcha cielo abajo a pasos cortos, el frío que mantuvo un rato a distancia el furor desatado de los hombres, comienza de nuevo a mordernos la carne con terribles dentelladas.

Ya son las tres de la mañana. Los centinelas del pinar irán a calentarse un momento en la cocina antes de volver a sus puestos. Yo me quedo en la trinchera a compartir el frío y el miedo que siento rondar desde que el silencio ha caído como una pesada losa sobre los humanos y sobre la tierra.

— Estar tan cerca y no saber nada, no oír nada —murmura Obdulio—. Cuando chillan uno está más tranquilo, como cuando los vecinos te gritan detrás de la puerta sin salir de casa.

Llega un mensaje del puesto de escucha muy avanzado a la izquierda, entre unas matas. El miliciano que está al acecho cree percibir un ruido como si alguien se arrastrara. Juan Luis y Chuni van a comprobarlo. Pasa un rato largo, demasiado largo para nuestra inquietud. Voy a mi vez, convencida de que se trata de una falsa alarma. No, el ruido existe, bastante claro, cada vez más cerca y cesa unos segundos. Una voz sofocada dice: “No tiréis, dejadme avanzar con mi compañero”.

— Seguro que es una trampa para distraernos —murmura Chuni—. Todos los fascistas vendrán detrás.

Yo no creo que sea una trampa, pero mando a Juan Luis a la trinchera para dar la voz de alerta y también impedir que los milicianos se pongan a tirar. La voz llega de nuevo:

“Ayudadnos a encontrar el camino”.

Chuni pide ir. Al consentimiento añadido mi pistola. Esta prima a la decisión barre todos sus temores. Un minuto después le escuchamos decir: “Por aquí, marchad delante hacia las matas, a la izquierda, no tengáis miedo”.

Son dos soldados casi harapientos, agotados, que tiemblan de frío y de miedo. Toman con las dos manos el jarro de aguardiente que les doy para reanimarlos. Chuni pone su paquete de cigarrillos en el bolsillo del más pequeño, mira largamente al uno y al otro, acabando por declarar en tono muy serio que es vergonzoso para un ejército de verdad tener soldados andrajosos.

— Y hambrientos, y mandados a la baqueta. Los oficiales no sueltan la pistola —dice el más alto frotándose las piernas—. Nos dan de comer porotos siete días por semana, carne nunca. Queríamos venir cinco pero en el momento de partir los otros tres han tenido miedo viendo la luna tan clara. Si los soldados estuviesen seguros de que los rojos ganarán la guerra se escaparían a montones de las tropas de Franco. Se quedan por miedo a la matanza que anuncian los fascistas para cuando triunfen.

— ¿Cuántos hay enfrente? —pregunta Chuni.

— Dos compañías —contesta el soldado que acaba de hablar,

Intervengo para cortar el interrogatorio.

— Daréis el informe al comandante del sector. Entretanto no hay que contestar a nadie. Vamos ahora al calor. Todos los compañeros quieren ver cómo son los soldados de verdad.

— ¿Eres tú quien manda aquí? —pregunta tímidamente el soldado más pequeño.

— Sí, yo.

— Entonces es cierto lo que cuentan los tíos, que las milicias rojas están llenas de mujeres. ¿Hay otras con vosotros?

— ¿A ti qué te importa? —interviene Chuni, molesto. Esos tíos no cuentan más que embustes. Antes había mujeres en las milicias, no muchas, ahora casi no quedan. Como ésta no hay ninguna, ¿comprendido?

— No lo tomes así, muchacho, no había nada malo en su pregunta. Ten en cuenta de dónde vienen estos hombres. Ahora son más que compañeros porque para venir con nosotros han arriesgado su vida.

Chuni murmura unas disculpas. Avanzamos lentamente por la trinchera a causa de todos los brazos que se tienden para estrechar a los evadidos cuyos bolsillos se hinchan de cigarrillos y cuyos oídos se llenan de bendiciones dirigidas a la madre que los ha parido junto con elogios a sus cojones.

Los milicianos que descansan en la cocina aguardando la hora del relevo ya están al corriente de la gran aventura. Tanto saben, que hay un pote de café junto a las brasas, pilas de pan tostado y mucha animación. Los soldados comen y beben ante las miradas enternecidas de los nuestros. En cuanto sea de día llevaré a los evadidos al puesto de mando.

La claridad es todavía escasa cuando llegamos a la casita donde el coronel Perea nos recibe entre severo y sorprendido por esta irrupción poco reglamentaria. Es él quien habla primero. Señalando a los dos soldados, pregunta:

— ¿Quiénes son estos hombres y por qué los trae usted?

— Son evadidos del ejército fascista.

La cara de nuestro coronel cambia por completo. Como al anuncio de una dicha muy grande, sus ojos se han puesto a brillar tan fuerte que la luna se derrama sobre las mejillas de color bronce. Estrechando las manos de los dos hombres a la vez, les dice: “Bienvenidos a nuestras filas, compañeros. Les agradecemos que hayan tenido el coraje de huir de los fascistas”. Luego volviéndose hacia mí, con voz que quiere ser neutra, pero que no consigue ocultar cierta molestia, dice:

— Supongo que los ha interrogado usted.

— No, ni interrogado ni permitido que les hicieran más preguntas que las estrictamente personales.

Sin el menor asomo de ironía, mirándome de frente, el coronel declara que mi sentido de la disciplina le sorprende agradablemente, añadiendo que, en cambio, el griterío de la noche le pareció comprometedor, incluso peligroso, y me pregunta si yo lo había autorizado.

— Sí, les di mi consentimiento viendo hasta qué punto los milicianos estaban hartos de oírse insultar todas las noches. Querían lavar a toda costa la humillación a fuerza de obscenidades en perfecto español. Después cantaron flamenco y después los otros quedaron callados como muertos y los nuestros se sintieron muy a gusto. Quizás hubiese sido necesario pedir su autorización, compañero coronel, pero temí no obtenerla.

— Entonces, ¿la pasó por alto?

— Le pido que me disculpe teniendo en cuenta que hombre» agotados por guardias demasiado largas y un trabajo durísimo merecen un mínimo de satisfacción. Por otra parte, ¿no se podría

hacer venir milicianos de retaguardia para cavar las fortificaciones? Sobre todo en el pinar donde ya hemos tenido cuatro heridos por obuses de mortero.

— Lo pediré a Madrid sin asegurarle que lo conseguiré.

Ya no hay más luz en los ojos del coronel cuando nos despedimos. Los dos estamos cansados. El más que yo porque sabe lo que yo no sé de esta guerra absurda por la desproporción de los medios de combate y por los cuadros, uno de cuyos representantes negativos soy yo, aunque los hay peores. Porque, ocurra lo que ocurra, yo no me moveré. Mis milicianos tampoco. Ellos y yo lo sabemos. Esta convicción es la base de nuestra alianza. Firmada en Sigüenza, mantenida sin la menor falla en la Moncloa, está firmada de por vida. De esta certidumbre me viene una bocanada de alegría que se me ve probablemente en la cara porque Ernesto, siempre a mi lado en los desplazamientos, me pregunta por qué sonrío.

— Quizá porque nos entendemos bien todos nosotros o porque el coronel no me ha reñido mucho por el jaleo de esta noche.

— Es verdad que todos estamos de acuerdo contigo. Hay uno solo que no te quiere. Los compañeros me encargaron que te ponga al corriente para que tengas cuidado. Ya debes suponer de quién se trata. ¿No lo sabes? Es el Andaluz, el tahúr que nos ganaba el dinero a las cartas en el cuartel de Serrano. Se le ha oído decir que te mataría.

Una sensación curiosa, como si una araña agazapada en el techo estuviese por caerme encima, me llena bruscamente de asco. ¡Lástima de alegría que se me va!

— No te preocupes —me dice Ernesto en voz muy baja—. Si estás de acuerdo le podemos dar pasaporte a la chita callando.

— No estoy de acuerdo. Soy yo quien debo arreglar este asunto, y a mi manera. Di a los compañeros que no tengan miedo cuando me vean elegir esta noche al Andaluz para que me acompañe a la trinchera del llano. No pasará nada. El tipo se irá de la compañía dentro de dos o tres días sin que haya conflicto.

— No conoces al individuo —dice Ernesto—. Yo os seguiré aunque tú no quieras. Un mal golpe se da pronto. El tipo cuenta que ha matado a no sé cuántos.

— No hagas caso. Ese hombre no es capaz de matar. Todo lo que cuenta son faroles para darse importancia. No corro ningún peligro hablándole cara a cara en vez de hacerlo juzgar públicamente por la compañía. Es mejor no crear incidentes, evitar los comentarios.

CAPÍTULO 6

Una lluvia tupida, mitad agua mitad nieve, remolinea entre los pinos cuyas copas se hunden en las nubes. Casi no se distingue a los centinelas sentados bajo los árboles, con la cabeza protegida por un saco o una chapa, el fusil resguardado bajo la chaqueta o metido en el pantalón.

Demetrio, el responsable de la guardia verde, como llamamos a la que vigila el pinar, se me acerca. Es un muchachote altísimo, oriundo de Llerena, militante del POUM que todos los compañeros respetan por su seriedad y admiran por sus proezas de tirador excepcional.

— Esta lluvia tiene trazas de seguir todo el día —me dice—. Si das tu consentimiento, no dejaré en el pinar más que cinco hombres de guardia a la vez, solamente por una hora de puesto.

— Haz lo que te parezca bien, Demetrio. El amo del pinar eres tú. A lo mejor tendremos la suerte de ver llegar una compañía de milicianos de retaguardia que nos arreglará el terreno como Dios manda. Acabo de pedírselo al coronel Perea.

Son más de las nueve cuando llego a nuestra cocina ahumada, maravillosamente tibia, amasada con una mezcla de malos olores humanos, cera quemada, madera de pino y pan tostado. Un pensamiento estúpido se me cruza, prendido en este tufo espeso, un pensamiento alimentado por los olores de esta guerra desde el comienzo. El primerísimo, en los locales de Madrid cuando esperábamos las armas entre la multitud de obreros mal lavados

como nosotros desde dos días atrás, en pleno mes de julio. Después vinieron los buenos aromas de tomillo y espliego en los campos de Pelegrina, los olores fríos de las colinas de Sigüenza, el olor a tabaco fuerte y tinta, a bultos viejos, polvo y melones podridos de la estación. El perfume del chocolate humeante en la mañana del día final. El olor, todos los olores de la catedral, el mohoso, ligeramente pútrido que salía de los sepulcros abiertos para echar dentro la gasolina, y los demás, humanos, o de la metralla y polvo, de yeso añejo y ropa meada.

Los olores a hojas fermentadas, corteza húmeda y llovizna que bañaban los bosques de nuestras malandanzas cuando huimos de la catedral, y ese otro olor tan bueno a patata asada en las brasas de un puesto de guardia civil. Y los olores confundidos a miedo y a mugre pegados a las paredes del “Metro” de Madrid.

Esta recapitulación de olores que siguen prendidos a mi nariz, desfila como una película en cámara lenta detrás de mis ojos que buscan el sueño. Al llegar a las emanaciones de la trinchera de la Moncloa, ya no estoy.

Un despertar brutal me arranca de la pesadilla que, parece, es Ernesto quien lo dice, me hacía gemir muy alto. Hippo estaba ahí, en la otra punta de la cocina, mirándome a los ojos sin decir nada. Yo no conseguía gritar ni levantarme para ir junto a él. Al verle marcharse sin volver la cabeza, como se va siempre en mis sueños, fue cuando me desperté sollozando.

— Tenías una pena tremenda durmiendo —murmura Ernesto—. No me atrevía a despertarte sabiendo lo mucho que necesitas dormir.

— Gracias por haberme dejado dormir. ¿Qué hora es? Se me ocurre que es de noche.

— Todavía no. Lo que pasa es que está muy oscuro porque la lluvia sigue cayendo. Son las cuatro de la tarde. Esta vez has descansado bien, lo menos seis horas de sueño, gracias a que no hubo ningún ruido. Hasta los fascistas estuvieron tranquilos, ni siquiera un mortero, nada. Además, hay noticias importantes. La compañía de “Artes Blancas” ha llegado. Tíos vestidos como príncipes, con oficiales uniformados. Se acabó el vacío a la derecha, ahora tenemos refuerzo.

— Oye, Ernesto ¿no hay un poco de café caliente? Lo necesito para despejarme del todo después de tanto dormir.

— Tienes que comer también un bocadillo de jamón con pan y mantequilla.

— Pan tostado sin mantequilla, la gordura me da asco.

— Todos nos preguntamos cómo lo haces para resistir sin casi comer ni dormir, corriendo sin parar de un lado a otro. Con lo flacucha que eres, resulta un verdadero milagro.

Saber que los milicianos me han adoptado al punto de preocuparse por mi salud y hablar bien de mí entre ellos me conmueve tanto, que la intensidad de la emoción me revela cómo soy de vulnerable. Un poco avergonzada de la ola de calor que siento en el corazón me digo que en una madera tan frágil como la mía no se tallan los conductores de hombres.

Ajeno a mis preocupaciones, Ernesto pregunta si no es necesario ir a ver a los milicianos que acaban de llegar.

— Déjalos que se instalen en paz —le contesto—. Son ellos quienes tienen que venir a vernos, hasta por deber de cortesía. Lo principal es que estén ahí y que sean buenos combatientes. Ahora toca dar una vuelta por nuestra trinchera.

— Olvidaba decirte que los compañeros del POUM nos han traído un montón de cosas.

De verdad hay un montón de cosas: cuatro capotes militares, un gran paquete de guantes de lana, calcetines, jarabe para la tos, muchos tubos de aspirina. Antes de salir doy una cucharada de jarabe a los dos hombres que están descansando en la cocina y echo un capote sobre los hombros de los milicianos que se marchan a hacer guardia en el pinar.

¿Se ha visto alguna vez a un capitán administrando jarabe para la tos a sus soldados en plena guerra, dentro de una trinchera cavada a ciento cincuenta metros del enemigo? Frasco y cuchara en mano, tiendo la poción a los enfermos con el aire más natural, y ellos la tragan igual.

— Si dentro de dos días no se han mejorado, no habrá más remedio que mandarlos al hospital.

Modesto, uno de los que están peor, cuyo pulso acusa más de 38 grados de fiebre, me explica que no puede haber mejor hospital que nuestra cocina caliente como una estufa.

— Nos dejas un día o dos ahí dentro, nos das jarabe, pastillas de ésas, el brebaje de aguardiente tan bueno que preparas, y aquí nos quedamos. Si los fascistas se están quietos, tenemos tiempo para dejar de toser. Pero si dan un achuchón, aquí estamos. Fiebre, tos y

el resto, pamplinas, cada uno ocupará su puesto. ¿No te parece que tengo razón?

— Sí, quizá, pero tu fiebre pasa de 38 grados. Los enfermos son cuatro o cinco. No hay nadie aquí para cuidarlos. Quédense ya que insisten. Mala suerte para el que pesque una pulmonía. Esta noche, Ernesto se encargará de darles los remedios cada dos horas. Llevaré al Andaluz para la ronda de la otra trinchera.

Es seguro que Ernesto ha prevenido a los milicianos porque nadie parece sorprendido. Nadie, salvo el Andaluz, que me dirige una mirada interrogadora a la que yo respondo con una sonrisa amistosa.

— Vamos, compañero.

La aventura comienza a un centenar de metros de la trinchera.

— Ya debes suponer, Andaluz, que tenemos que decirnos unas palabras. Como el asunto está entre tú y yo solamente, es mejor que lo arreglemos aquí, entre nosotros. Me he enterado de que me guardas rencor por haber prohibido el juego llevándome el dinero que tú habías ganado haciendo trampas.

— Ni soy un fullero ni he dicho nada contra ti. A los soplones que llevan cuentos, les romperé la cara por maricones y cobardes.

— Parece incluso que has hablado de matarme en la confusión de un combate. Estas cosas ya se han visto desgraciadamente en nuestras filas. Si has dicho tal cosa por jactancia o si eres capaz de matar por la espalda, tu lugar ya no puede estar entre nosotros. Mañana no, dentro de dos o tres días los compañeros del POUM te llevarán a Madrid. Encontraremos una excusa para explicar tu partida.

— Tú no tienes derecho a echarme por capricho. Somos milicianos, no soldados. Mis compañeros son los que deben decidir.

— Es verdad. Si estuviésemos de descanso en el cuartel, la compañía reunida te juzgaría. Pero estamos en el frente, con el enemigo a un paso, amenazados día y noche. Para resistir es necesario que tengamos una confianza ciega los unos en los otros y evitar todo problema que pueda quebrar nuestra solidaridad o perturbar nuestras relaciones. Entonces, vale más que te vayas. Si la suerte quiere que regresemos a Madrid, pongamos dentro de quince días o tres semanas, ven a la calle Serrano para explicarte delante de los compañeros.

Al mando del Sargento, la trinchera del llano ha llegado a ser casi confortable. Tiene refugios apuntalados, con los suelos cubiertos de paja, mantenidos muy limpios. A mi proposición de relevar sus milicianos para que puedan aprovechar el calor de la cocina, el Sargento contesta que no le parece útil porque se pueden calentar aquí mismo, alrededor de un gran brasero instalado en una excavación muy profunda a la que se llega por una zanja de veinte metros de largo. Dice también que los hombres conocen bien la posición, que se sienten a gusto, que cambiarlos de sitio les resultaría más bien molesto. Yo encuentro que sus razones son válidas.

— ¿Toda la gente está sana aquí? ¿No tienen enfermos?

— Sí —responde el Sargento—. Tenemos dos que tosen mucho. Los compañeros del POUM los han visto esta tarde y querían llevarlos a Madrid, pero no hubo manera de convencerlos.

— Que vengan entonces a la otra trinchera para que los curemos. Con los dos tuyos sumarán seis los enfermos que se quieren quedar

a toda costa. Mañana pediré a los compañeros del POUM que nos traigan algodón yodado, buenísimo para el pecho. Ahora tengo que encontrar a mi enlace. Cualquiera sabe dónde se ha metido el Andaluz.

— Lo que yo sé es que tu manía de meterte en peligros pudo haberte costado caro hoy.

— Yo no corría ni corro ningún peligro. Además, era la mejor manera de deshinchar el globo. Dentro de dos o tres días se irá y el asunto quedará resuelto por las buenas.

El regreso, bajo la lluvia helada, es largo y penoso a causa de los charcos en que uno se hunde hasta los tobillos. El hombre que marcha a mi lado sin decir nada me molesta tanto como el barro pegado a mis botas. Para deshacerme de él aprieto el paso porque este ser que he humillado tiene ya el peso de un remordimiento en mi conciencia. Me reprocho este sentimiento absurdo para con un individuo cobarde y dañino, pero una vez más esta compasión que vive en mí desde tan lejos como puedo recordarlo se pone a andar.

El pobre tipo me alcanza sofocado y dice con voz sorda:

— No debo caminar detrás de ti porque podría darte miedo.

— Ya estás viendo que no tengo miedo.

— Es verdad, nunca tienes miedo. Aquí todos hablan de tu coraje. Por eso es por lo que puedes mangonearlos.

El personaje ha vuelto a entrar en su molde, pero sus palabras despreciativas no me llegan. Ahora ya estamos frente a la cocina. La tarea penosa ha terminado. Es bueno que me aparte de él con una impresión desfavorable. Mi acto queda así plenamente justificado. No me acordaré más del incidente sórdido. Aun cuando entra

conmigo a la cocina, ya no existe. Toda mi atención va a los enfermos acostados a ambos lados de la chimenea. Me inclino para oírles respirar, tomarles el pulso. Todos tienen fiebre.

— Si no te quitas las botas y los calcetines, tú también pillarás una gorda —dice Ernesto tendiéndome un par de calcetines entibiados frente al fuego—. Te los he lavado todos. Había un montón. Te los cambias, eso sí, pero un alma caritativa debe ocuparse de lavarlos y hasta remendarlos. Como el viejo Saturnino tiene con qué coser, es él quien ha hecho el trabajo. De todo se habrá visto. Una mujer manda la compañía y los milicianos le lavan los calcetines. ¡Para revolución ya es una grande!

— Como bien dices, es una revolución. ¿La prueba? Que me habéis elegido libremente para mandar la compañía sin tener en cuenta que soy una mujer. Si estamos vivos cuando termine la guerra, hablaremos de todas estas cosas. Por el momento, muchas gracias, Ernesto, nunca me hubiese atrevido a pedirte que me lavaras los calcetines.

Lluvia, más lluvia en la noche espesa. Es la hora del relevo. Los pocos capotes e impermeables cambian de espaldas. Se oyen toses nuevas. Ya no suelto el frasco de jarabe y la cuchara. Cuando han tragado la poción, pregunto si no quieren irse a Madrid. A lo mejor éstos querrán. No, ni Madrid ni quedarse en la cocina. En cuanto a mí, ya es hora que deje de mirar la boca de los hombres.

Son ellos quienes tienen razón. Nadie se muere de toser. Esta obsesión me viene de lo mucho que me preocupaba cada vez que Hippo se ponía a toser porque después escupía sangre.

Una claridad grisácea se arrastra por el Este anunciando el día. Todo iría mejor si parara la lluvia, pero no para, al contrario, cae más

fuerte a ratos empujada por el viento. En la trinchera los milicianos luchan contra el fango a golpes de pala. Están empapados, rendidos, malhumorados, agresivos. Las palas marchan al compás de las palabrotas.

Sigue lloviendo a mediodía, y también a las dos, cuando Ernesto llega corriendo al pinar donde estoy mirando los daños causados por varios obuses de mortero caídos la víspera.

— Ven rápido. El coronel Perea está ahí con un general. Los he hecho entrar en el cuartito donde está el mapa del sector, pero han preferido esperarte en la cocina.

Al lado de nuestro bello coronel hay un militar casi tan bello como él.

— Buenas tardes, capitana. Le presento al general Kléber.

Los enfermos y los sanos que ya se habían levantado en señal de respeto, llevan todos a una la mano a la frente en un saludo militar totalmente inhabitual en nuestras filas. Pero el general Kléber ya forma parte de la leyenda. Al frente de las Brigadas Internacionales, es el salvador de Madrid. Su nombre es más popular que el de Miaja. Verlo aquí entre nosotros es cosa de milagro, y los milicianos deben creerme en parte la causa. Kléber ha venido a ver el fenómeno. Esa mujer que asume la responsabilidad de una posición peligrosa. Lo cierto es que yo estoy tan deslumbrada como ellos.

El coronel Perea propone que pasemos a la estancia de al lado para mirar juntos el mapa. A Kléber han debido sorprenderle las quintas de tos que los enfermos no han conseguido contener. Se dirige a mí en un francés vacilante:

— ¿Permite que le pregunte por qué estos enfermos se quedan aquí?

— Simplemente, camarada general, porque no quieren irse a Madrid. Los que usted acaba de ver son los que están peor. Hay otros en la trinchera. Todos afirman que se pueden curar aquí mismo. Son hombres rudos, acostumbrados a las intemperies y muy orgullosos. A mi juicio se niegan a irse a causa de todo lo malo que dice la gente de los milicianos que ocupan los frentes de los alrededores de Madrid, acusándolos de abandonar las posiciones para ir a pasar la noche en la capital.

— Desgraciadamente es verdad que a menudo los milicianos se van a pasar la noche a Madrid —dice el coronel Perea.

— La culpa es de los responsables, de los oficiales, como los llaman ahora. Son ellos generalmente quienes se van los primeros, y en coche casi siempre.

Mis palabras se dirigen al coronel Perea en respuesta a las suyas. El general Kléber mueve varias veces la cabeza en señal de aprobación. Después dice con voz grave:

— De todos nuestros problemas, el de los cuadros es el más urgente y el más difícil de resolver. Ojalá nos den tiempo...

Cuando nos ponemos delante del mapa grande, me vuelve el viejo susto de todo lo que ignoro en materia militar. Si al general Kléber se le ocurre examinarme, se quedará aterrado de todo lo que no sé. Para no pasar vergüenza y para que estos dos militares de verdad no crean que tomo muy a pecho mis estrellas de capitán, me adelanto a su posible interrogatorio.

— Por favor, no me pregunten detalles de táctica o de estrategia, porque prácticamente no tengo la menor idea. Tampoco sé mandar. Mejor dicho, no necesito imponerme, porque los milicianos me tienen confianza. Cuando llega una orden la comunico a la compañía y la cumplimos entre todos. Trato en lo posible de que no pasen hambre, pero cuando no hay más remedio, se aguantan, sin protestar, porque conocen mi manía de darles de comer.

De la sonrisa, los dos hombres han pasado a la risa franca. Creo que he ganado, que no me harán preguntas incómodas. Eso sí, les preocupa saber hasta dónde conozco los riesgos de la posición. Les contesto que hasta el último miliciano está al tanto de la situación del enemigo con respecto a nosotros, porque los hombres se turnan en las descubiertas y todos los datos se comunican a la compañía.

— Es posible que el enemigo se conforme durante algún tiempo con operaciones de hostigamiento más o menos ruidosas, sin salir de sus trincheras. Es importante saber distinguir un tiroteo, incluso muy nutrido, de una preparación de ataque. De lo poco o mucho que le toca saber, esto es de lo más importante. Ahora bien, la consigna máxima...

— Ya lo sé: resistir, no salir corriendo. Puede estar tranquilo, camarada general —digo yo en tono un poco agrio—. No nos moveremos...

El coronel Perea le aclara a Kléber que la compañía del POUM es veterana fogueada y segura. Entonces, el general me pregunta si necesitamos algo urgente en materia de armas o cualquier otra cosa.

— De armas, los milicianos reclaman granadas de mano y una ametralladora que les inspire confianza. Los tres hombres que tienen

a su cargo la pequeña “Lewis” que nos han dado creen que dará poco resultado.

— Damos lo que tenemos —dice Kléber—, que no es mucho. Si los hombres son cuidadosos la “Lewis” servirá. En cuanto a granadas de mano, por el momento no las necesitan. Cuando les hagan falta, las tendrán. Me ha dicho el coronel Perea que sus milicianos son muy buenos para la dinamita. En caso de apuro, una bomba de mano o un cartucho sirven tanto como una granada. Díganos qué más necesita.

— Sobre todo, gente que venga a fortificar. Los centinelas del pinar no tienen defensa contra los obuses de mortero. Se han puesto a cavar refugios, pero tuvieron que parar porque están agotados. Las guardias son demasiado largas y penosas a causa del mal tiempo. También necesitamos botas y ropa de abrigo...

— Mañana mismo vendrán cincuenta hombres de las milicias de retaguardia con las herramientas necesarias —dice el general Kléber, al parecer contento de poder darnos algo—. Transmita nuestros saludos a la compañía. Si nouviésemos tanta prisa, iríamos hasta la trinchera. Que tengan suerte y mucho coraje. Adiós, capitana.

Respiro aliviada porque no he pasado vergüenza, al contrario. Pude ser más afirmativa en eso de resistir, haber dicho que podía dar mi palabra, en nombre de los milicianos, de que aguantaríamos hasta el fin. Bueno, quizás haya sido mejor no alardear.

En la cocina, los milicianos vuelven a cuadrarse cuando pasamos por delante de ellos. Acompaño un corto trecho a los dos hombres. Al separarnos, nos damos la mano sin hablar. La lluvia se va con ellos y también se queda conmigo. En vez de refugiarme al calor de la cocina, camino despacio hacia la trinchera. Ernesto me alcanza

corriendo trayéndome el gorro de lana que puse a secar junto al fuego. Sonríó para adentro al descubrir el lazo extraño que me une a los milicianos. Yo los protejo y ellos me protegen. Son mis hijos y a la vez mis padres. Se preocupan por lo poco que como y lo poco que duermo, encontrando milagroso que resista tanto o más que ellos a las penalidades de la guerra. Todo el catecismo que sabían sobre la mujer se les ha embrollado. Para no declararlo falso me juzgan diferente, y por tenerme de jefe se sienten en cierto modo superiores a los demás combatientes. Que el general Kléber haya venido a nuestra posición, los confirma seguramente en esta creencia.

Sigue lloviendo toda la noche, pero más despacio, con hilitos finos que ponen puntadas de hielo en la piel. Frasco de jarabe y cuchara en mano, llego gateando junto a los hombres que tosen. Ellos echan un poco la cabeza hacia atrás, abren la boca, y cuando han tragado el jarabe, nos reímos un momento de este capítulo bastante cómico de la guerra.

— ¿Le has dicho al general Kléber que te pasas la noche en la trinchera dándonos jarabe para la tos?

— No; en cambio, le he dicho que los enfermos no quieren irse del frente para que no los tomen por cobardes.

— Bien hablado, es la pura verdad. También es cierto que si vamos a Madrid nos meterán en un hospital y que no hay nada más malo que el hospital. Se lo puedes preguntar a cualquiera.

— Primero, que no es verdad. No hay nada mejor que el hospital para curar a los enfermos. Segundo, que aquí estamos calados hasta los huesos y muertos de frío. Pero que cada uno haga lo que quiera. Si pilla una pulmonía, yo no tendré la culpa.

Con el alba apenas más clara que la noche, nos llegan los primeros morterazos de la jornada. Ya es casi una rutina. Sólo varían las horas. Lo peor es cuando tiran de noche, porque la gente circula más descuidada. Ya nos han causado seis heridos, dos de ellos graves. Esta vez no ha pasado nada. Los obuses han explotado a la vera del pinar.

Un ruido de pasos que vienen hacia el pinar me clava en el suelo. Lo que voy distinguiendo a medida que el ruido se acerca me parece una secuencia de película cómica. Un grupo compacto de hombres marcha penosamente entre los charcos, enarbolando una cantidad increíble de paraguas abiertos. Para evitar que los paraguas se enganchen, algunos hombres salen del camino cubierto tan tranquilos como si fuesen de merienda al campo.

Ernesto y Javier salen corriendo al encuentro de los pobres milicianos de retaguardia para hacerles cerrar los paraguas. Hemos comprendido que son los trabajadores prometidos por el general Kléber. Da pena verlos. La mayoría tiene más de cuarenta años y, quién más quién menos, arrastra una pierna o se para a trechos para respirar a fondo o bajar las herramientas del hombro.

— Tenemos buena voluntad —dice el jefe del grupo cuando les mostramos el terreno donde deben cavar—, pero ¡vaya tierra y vaya lluvia! No creo que se pueda hacer gran cosa con semejante tiempo. Quisiera ver al comandante para explicarle...

— Soy yo quien manda aquí, y no necesita explicar nada, todo está a la vista. Quizá le convenga dividir a los hombres en equipos de diez. Dos equipos pueden trabajar por turnos, mientras los demás se quedan al calor allá dentro.

El pobre jefe de grupo me mira con cara de susto. Es el más viejo de todos y le falta el brazo derecho. Con el izquierdo se apoya pesadamente en la pala. Me pregunto con qué derecho doy órdenes a un inválido para que haga trabajar en el fango, bajo la lluvia, a estos infelices que apenas se tienen en pie.

— Mira, compañero —le digo—, haz lo que puedas y como mejor te parezca. Ya sabes lo que necesitamos y dónde. Si consiguen cavarnos seis refugios, estará muy bien. Si menos, bien igualmente; si ninguno, mala suerte. Ya nos arreglaremos.

Un hombre más joven que el jefe, o menos estropeado, se adelanta alzando el brazo como si pidiera permiso para hablar. Antes de que nadie lo autorice, afirma que deben cumplir las órdenes de la Comandancia de Milicias y ponerse a trabajar. Dice también que llueve para todos, para ellos y para nosotros los combatientes, y que sería una vergüenza presentarse en Madrid sin haber cumplido.

La palabra “vergüenza”, ese motor todopoderoso que rige la conducta de los españoles, restalla como un latigazo en el aire. Veinte hombres, voluntarios, marchan al pinar. A mediodía hay ocho refugios suficientemente profundos y hasta apuntalados. No hemos escatimado el aguardiente para alentar a los trabajadores. Al final tenían tanto calor por dentro que proponían fortificar también la avanzadilla. Les explicamos que era peligroso moverse allí de día, les agradecemos la buena labor realizada y les recomendamos, al irse, que por nada del mundo abrieran los paraguas.

— Cuando le dijiste al hombre ése que se podía ir sin hacer nada, nos chocó bastante —declara Juan Luis, momentos después de haber perdido de vista a los trabajadores—. Por disciplina, y un poco

también porque podía ser de tu parte una manera de obligarlos, nos callamos. Pero si de verdad se hubiesen marchado...

— Ustedes están en su derecho de llamarme al orden cuando lo creen necesario —interrumpo yo—. Esa gente me irritaba y me daba pena a la vez. No podía obligarlos a trabajar contra su voluntad. Los mandos que les dieron la orden de venir son más culpables que ellos. Ni siquiera les explicaron que los enviaban a una posición de primera línea. Ya los viste desfilando con los paraguas abiertos como si anduviesen de paseo. Tenía que haberlos acompañado un responsable con autoridad suficiente. Debo confesar que al hablarles como les hablé, no tenía ningún plan. Si no hubiesen reaccionado como reaccionaron, los habría dejado marchar. Yo no creo en las amenazas. La mejor manera de obligar es dejar libre a la gente...

— A lo mejor eres tú quien tiene razón —tercia Ernesto—, pero si esos tíos daban la vuelta para marcharse, aquí había bronca.

— Y yo sigo sosteniendo que aquí todos somos libres. Entre nosotros no hay obediencia, sino una responsabilidad compartida voluntariamente. Si ustedes prefieren elegir otro capitán, para mí no hay ofensa. Juan Luis puede remplazarme perfectamente si la compañía lo decide. A ustedes les toca resolver con toda libertad. Se notifica el cambio al puesto de mando...

— Lo que pasa es que estás harta de nosotros —dice riendo Juan Luis—. Pues tendrás que aguantarte y seguir dónde estás, porque eres la capitana más grande de toda la guerra y la más flamenca. Lo que tú hagas, siempre estará bien hecho. La prueba es que los hombres trabajaron más de lo que pedíamos. Hasta quisieron seguir los pobres estropeados. Ven un rato a la trinchera. Si te parece que debemos informar a los compañeros...

— No hace falta informar nada, porque aquí no ha pasado nada — dice Chuni con voz de enojo—. Ya se ha hablado más de la cuenta. Mirar mejor a la puerta, que ahí está el perro de los fascistas pidiendo entrar. ¡Anda, y trae algo atado al cuello!

— A ver si es dinamita —exclama Ernesto corriendo hacia el perro—. No, es Prensa. Los tíos quieren convencernos. También hay un papel escrito a mano.

La Prensa es un pasquín de la Falange parecido a los que suelen tirar los aviones franquistas y varios partes de guerra anunciando victorias en el frente de Madrid. El mensaje escrito a mano pide que mandemos con el perro papel de fumar, varios librillos, de ser posible.

Todas las caras se vuelven hacia mí con expresión interrogadora.

— Decidid vosotros. Si les mandamos lo que piden, es una manera de confraternizar. De parte de ellos, para con sus oficiales, es un acto de insubordinación, un modo de confesar que carecen de ciertas cosas importantes. A mi juicio, conviene que la compañía se entere y resuelva.

Un mensajero sale disparado hacia la avanzadilla, otro va a la trinchera del llano con la misión de informar y traer la respuesta. Mientras tanto, el perro devora toda la gordura de jamón que encontramos, a una velocidad increíble. Cuando termina de comer, se sienta sobre sus patas traseras mirándonos con ojos mansos, que parecen agradecer la dádiva. Sabemos que el perro regresará al otro lado porque ya lo hizo otras veces, llamado por un silbido lejano apenas perceptible para nuestros oídos, pero que a él le hacía enderezar las orejas y salir a la carrera.

La respuesta que traen los dos mensajeros es afirmativa. Enviamos el papel de fumar envuelto en nuestro periódico, *El Combatiente Rojo*. Ponemos además, escrito a mano, un papel que dice: “Nosotros tenemos tabaco, buen papel para liarlo, comida abundante y nuestro ideal revolucionario. Muera el fascismo”. Atamos el envoltorio al cuello del animal, y Valerio, que sabe mandar a los perros, lo saca de la cocina ordenándole que se marche.

Lluvia y obuses de mortero son nuestro pan de cada día. Para quebrar la rutina de agua y metralla nos ponemos a tirar con el lanzabombas, un cacharro de fácil manejo que cambiamos de sitio varias veces por hora para evitar que el enemigo descubra su emplazamiento.

Un enlace del puesto de mando viene a decirnos que economicemos los proyectiles del lanzabombas, porque hay poca provisión. Significa que debemos aguantar los morterazos sin dar ninguna respuesta. Enfrente tienen de todo; nosotros, nada, sólo barro, frío y fatiga.

Al rato llegan otros dos hombres del puesto de mando con un gran bulto que no parece ser de armas ni de otras cosas de guerra y que resulta ser de botas. Hay veinte pares de botas que despiertan una codicia indescriptible, porque son de un modelo poco corriente, cortas, cerradas por tres hebillas. Diez pares de manos las palpan. Diez pares de ojos miran los pies correspondientes, todos mal calzados, no cabe duda, pero los hay peores. Habrá que hacer una selección severa. Por lo pronto, aparto diez pares destinados a la trinchera del llano. Allá se arreglará el Sargento. Aquí no tengo más remedio que encargarme yo.

Sin gran esfuerzo, recuerdo a tres milicianos que mantienen con tiras de arpillera los trozos de cuero que quedan de su calzado. Primero de todos, el Boliviano. Le sigue Obdulio, después viene Severio que es de los viejos. Para los demás habrá que ir a ver. Voy. Cuando regreso, hay tres extremeños que levantan los pies para mostrarme las suelas rotas. Las toco. Todavía están calientes. Los miro a la cara tratando de dominar la ira que me sube a la garganta. Las botas que llevan ni siquiera están rotas. Tampoco son flamantes, pero todavía podían resistir. Como niños ansiosos de un juguete, no han vacilado en meter las botas mojadas en la ceniza caliente para que reventaran las suelas.

— Lo siento mucho, compañeros, no quedan botas. Si quedaran no serían para quienes han quemado adrede las que llevan puestas.

Los hombres intentan protestar. Yo no les contesto. Tomás, uno de nuestros chiquillos, se les planta delante. Sin hablar, con el índice apoyado en los labios, les impone silencio. Así quedan las cosas. Comprendo que voy ganando en serenidad, que comprendo cada vez mejor a estos hombres capaces de pegarse por un trozo de carne o de estropear su calzado para obtener otro más bonito, pendencieros cuando han bebido y, al mismo tiempo, valientes hasta la temeridad en el combate. “Váyase lo uno por lo otro”, me digo, aunque debo confesar que a ratos estoy cansada de luchar con ellos.

El segundo regalo del día —el primero fueron las botas— es que ha dejado de llover, como quien dice a espaldas nuestras, sin que nos diéramos cuenta, a tal punto estábamos metidos en la aventura de distribuir las botas de tres hebillas.

De pronto, el mundo se ha dividido en cielo y tierra. Una tierra parda y negra. Un cielo estriado de azul y oro fino a la altura del sol

poniente. Las caras se han aclarado como el cielo, festejando el paro de la lluvia. Los enfermos hablan de volver mañana a la trinchera. En la cocina huele bien el pan tostado. La noche llega despacio, remolcada por una Estrella Polar que parecía lavada por una larga lluvia.

Cuando la oscuridad fue completa se oyeron los primeros tiros. Fusilería solamente. Los nuestros no contestan. Mandan, eso sí, una descubierta para ver si el enemigo se mueve. No se mueve, pero el tiroteo arrecia. Corro a la trinchera seguida de Ernesto. Tres hombres van al polvorín en busca de municiones por si hacen falta.

Juan Luis lo ha organizado todo. Los dinamiteros están en su puesto avanzado, cigarrillo en mano, caja de bombas al pie. Los encargados de desencasquillar fusiles aguardan en el refugio. Cada miliciano tiene su carga completa de municiones.

Cuando las ametralladoras comienzan a tabletear, los nuestros tiran por descargas, como en la Moncloa.

— Esto es un “tomate” parecido a los de la Universitaria —dice Juan Luis—. Probablemente un relevo, tiros que empiezan de miedo y el lío se arma por nada. No creo que ataquen de verdad.

Verdad o mentira, ellos y nosotros tiramos a más no poder. Un enlace viene del puesto de mando con la orden de que mantengamos el fuego nutrido mientras el enemigo no pare de tirar. De la cocina llega el viejo Valerio resoplando y tosiendo.

— En la trinchera de “Artes Blancas” no hay nadie o están todos muertos —dice jadeando, apretándose el pecho con las dos manos—. Ni un tiro sale de ahí, lo puedo asegurar porque he ido hasta la orilla de la zanja.

—Juan Luis, vigila aquí. Ya has oído la orden del puesto de mando, tirar mientras ellos tiren. Manda a buscar municiones a tiempo. Que los dinamiteros estén alerta al menor movimiento de enfrente. Yo voy a ver qué pasa con los de “Artes Blancas”. Dile a Garbanzo que me siga.

Cuando salto a la trinchera, caigo sobre un montón de hombres pegados a la tierra.

— Somos rojos, de la compañía de al lado —grito—. ¿Qué ocurre aquí? ¿Dónde están sus oficiales?

— No sabemos —contesta una voz temblorosa—. Parece que el capitán ha muerto. Los tenientes han ido a ver. No tenemos mandos. Parece que algunos milicianos ya han huido...

Garbanzo aterriza como un avión en picado en medio del grupo.

— Ya veremos si siguen huyendo —grita—. Al primero que se mueva, le parto la cabeza de un culatazo. Tanto uniforme bonito y tanta cobardía...

— Calma, Garbanzo, no insultes. Recorre la trinchera y anima a los compañeros que encuentres. Ernesto y yo iremos colocándolos en posición. ¿No ves que esta gente es nueva, que está por primera vez en un jaleo semejante?

Mientras hablo despacio, con una voz casi maternal, voy arrimando los hombres al parapeto, contándolos a medida que se enderezan. Detrás de mí, Ernesto les explica cómo deben tirar por descargas, a la voz de “fuego”. Sin saber por dónde ni de dónde, salen milicianos. No es el momento de indagar. La trinchera vibra ahora de fuego y alegría, pero los oficiales no aparecen. Según cuentan algunos, cuando el enemigo comenzó a tirar, el capitán

quiso meterse en un refugio y se le disparó la pistola que llevaba al cinto. Nadie sabe si está muerto o herido.

Ya puedo irme. Ernesto y Garbanzo se quedan con los de “Artes Blancas”, que no caben en sí de orgullo por el mucho ruido que han aprendido a meter. En nuestra avanzadilla me espera una mala noticia. Tenemos cuatro heridos, dos de ellos, graves, Obdulio y Belarmino, ambos de los más pequeños. Obdulio, saliendo de descubierta con el Sordillo. Belarmino, en la misma trinchera. Una imprudencia, asomó la cabeza. Perdía mucha sangre, pero quizá la herida no sea mortal. Tenía todo su conocimiento cuando se lo llevaron.

Las dos caritas morenas se me incrustan en los ojos. Están dentro y fuera de mí. La pena me pesa en la garganta y en los hombros. Es tan grande la fatiga, de pronto, que me siento en el suelo, junto al Boliviano, que alarga un brazo sin quitar la mirada del frente y me toca despacio la cabeza.

El fuego ha cesado bruscamente como empezó. Los milicianos se quedan todavía un largo rato pegados al parapeto sin soltar los fusiles. Ramón ha podido estrenar, al fin, la ametralladora que respondió mejor de lo que él creía. Ahora, con una ametralladora que tira, es como si fuésemos mayores de edad o nos hubiesen subido de categoría.

— Tras los tiros, la helada. ¡Vaya guerra jodida! —dice Chuni—. La que está cayendo nos va a dejar tiesos. Yo ya tengo la ropa más dura que cajón de muerto. Se me ha congelado hasta el estómago. Una copa de aguardiente nos vendría bien a todos.

— Primero una cucharada de jarabe, compañero. Se me estaba olvidando. Que se acerquen los de la tos. Después habrá aguardiente

general y los enfermos se irán a la cocina para pasar la noche al calor.

Mientras tiendo la cucharada de jarabe a los hombres ateridos, me digo que Obdulio y Belarmino, si están vivos, no tienen frío esta noche. Que los han acostado en una cama con sábanas limpias. Que la sala del hospital está muy caliente. Que como son casi niños, las enfermeras los atienden con mucho cariño.

Mirándome con ojos regocijados, oigo decir a Obdulio hinchando los carrillos: “¡Vaya botas guapas que tengo! Da lástima meterlas en el barro. Nunca pensé que calzaría botas de tres hebillas como un señorito. Las que tú llevas no son malas; claro, como que vienen de París”. Yo le contesto que las he pagado con mi dinero. Él dice: “Porque podías, porque no eres pobre como nosotros. Por algo sabes tantas cosas de todo. Yo he ido solamente un año a la escuela, ¿y tú?”. Contesto que muchos, unos veinte. Obdulio se lleva las manos a la cabeza.

Para no ver los ojos muy abiertos de Obdulio, cierro los míos. Es peor, los tengo pegados por dentro. La cara redonda de Belarmino sube del rincón donde solía descansar como si la tirara una cuerda muy fina... Pasa que estoy durmiendo. Un relámpago de sueño sin soltar la cuchara. El frío me ha endurecido el cansancio de pies a cabeza. Alguien me quita la cuchara poniéndose a frotarme las manos y los brazos. El hilito de calor que va subiendo despacio funde el nudo de hielo que tengo detrás de la frente. Ahora veo los hombres apiñados a mi alrededor. Hasta consigo decir: “¡Qué vergüenza quedarse helada!, ¿verdad?”

— Porque estás muerta de cansancio —gruñe Juan Luis—. Vete a la cocina, que aquí no pasará nada más esta noche. Toma, bebe esta copa de aguardiente.

Ahora son ellos los que me protegen. No es bueno que me vean flaquear. Debo poner más cuidado, evitar el agotamiento. Conociendo mi poca resistencia al frío, no debí quedarme tanto tiempo en la trinchera. Lo peor es que mis errores de conducta me quitarán el sueño. También, ¿por qué me meto a mandar hombres? Si salgo con vida de ésta, tiraré los galones, me quedaré en Madrid. Por ahora tengo que llegar hasta la cocina, no resbalar sobre la tierra helada. Sólo faltaría que me quebrara una pierna. Una segunda copa de aguardiente me quita el miedo.

Barajo todas estas ideas fáciles como un ejercicio de pensar, igual que se calienta un coche para ponerlo en marcha. El alcohol disipa la niebla que tenía en la cabeza. Más optimista ya, tomo la mano que me tiende Ernesto. Perdido por perdido el prestigio, es mejor caminar en seguro.

La fatiga y el aguardiente resultan un somnífero tan activo, que me despierto a media mañana.

Cuatro hombres desconocidos están sentados en el suelo junto a la chimenea. Se levantan cuando me ven en pie y se cuadran como militares de verdad. Se me ocurre que pueden ser soldados del enemigo pasados a nuestras filas. Juan Luis me saca de las dudas.

— Estos compañeros de la compañía de “Artes Blancas” quieren hablar contigo.

Yo digo:

— Salud compañeros, ¿qué pasa?

— Pasa que venimos a decirte que nuestra compañía ha decidido recusar nuestros mandos para ponernos bajo los vuestros, formar parte de vuestra compañía, porque anoche, de no haber sido por ti, los milicianos de “Artes Blancas”, abandonados por sus oficiales y creyéndose copados...

— Escucha, compañero, no vuelvas a pronunciar la palabra “copados”, culpa de tantos desastres en nuestras filas. Ocurre que la compañía de “Artes Blancas” viene por primera vez al frente...

— Y que lo digas, y que la mayoría de los nuestros saben apenas manejar el fusil y que el capitán se hirió de mala manera de puro susto, que no ha sido por bala del enemigo, sino con su propia pistola, al forcejear para meterse en el refugio...

— Mira, compañero, nadie sabe todavía de cierto cómo se hirió el capitán. Pienso que uno de los tenientes se hará cargo de la compañía. De todas maneras, sin el consentimiento de vuestro sindicato no podéis pasar a otra unidad. Además, el coronel Perea, jefe del sector, no lo permitiría, por considerarlo un acto de indisciplina.

— Tú debes informar al coronel Perea de lo que pasó anoche...

— No creo que haga falta. A estas horas debe de estar enterado. Es probable que no tome por cosa muy grave lo ocurrido anoche. Supuso que de hacer falta, nosotros estábamos ahí para arrimar una mano. Así se hizo. No merece la pena darle al asunto mitad importancia de la que tuvo.

Al fin se van los hombres, no del todo convencidos.

Con el descanso y el sol brillante me vuelve la convicción de estar en lo cierto quedándome donde estoy. Aquí no sobra tiempo ni

fuerzas para mecer recuerdos ni reprocharse el delito de seguir viviendo. La responsabilidad y el peligro de cada instante son avales suficientes para justificarme y garantizar que cumplo el pacto que firmamos él y yo para toda la vida. Además, el mundo detrás del frente se me ha vuelto extraño; su vocabulario hostil. Lejos de la trinchera fangosa, de las hileras de pinos con sus refugios al pie, de la gran cocina y su olor a humo y a humanidad sucia, ya no hay lugar para mí.

El sol marcha conmigo camino del puesto de mando. Porque el aire es tibio, porque he descansado o porque el balance que acabo de hacer me deja un saldo favorable, saludo al coronel Perea con una sonrisa que le sorprende visiblemente.

— Es la primera vez que la veo sonreír así —dice—. Parece otra, mucho más joven, muy poco militar. Confieso que no esperaba verla tan tranquila y sonriente después del tiroteo de anoche. Nosotros sabíamos aquí que las cosas no pasarían a mayores, pero estuvimos a punto de mandar un refuerzo cuando se presentaron los tenientes de la compañía de “Artes Blancas” con su capitán herido. ¿Puede explicarme exactamente lo que pasó con esa gente?

— Pasó que es gente nueva y el estreno los desconcertó. Nos chocó cuando llegaron a ocupar la trinchera, que no vinieran a presentarse. Probablemente, viéndonos de lejos tan desharrapados, nos tuvieron en menos. Si así fue, anoche, cambiaron de opinión, porque les ayudamos a quitarse el miedo...

— Y ahora quieren pasar bajo su mando, capitana. Aquí lo sabemos todo. Si hubo ofensa, el desquite debe enorgullecerla.

— Ni hubo ofensa ni hay desquite, ni pueden integrarse a nuestra compañía sin el consentimiento de usted.

— Compruebo una vez más, como le dije al general Kléber, que es usted el mejor oficial de mi sector. Que consigue mantener en su compañía una moral ejemplar. Quedamos impresionados con el general Kléber viendo que, ni enfermos, sus milicianos consentían abandonar el frente. Volviendo a la gente de “Artes Blancas”, ¿los quiere usted bajo su mando?

— No, compañero coronel (no me sale decir mi coronel), sería una mala mezcla muy difícil de amalgamar. La mayoría de nuestros hombres son campesinos de Extremadura, muchos militantes del POUM que, de haberse quedado en sus pueblos, habrían sido asesinados como tantos de sus compañeros. Algunos son casi niños, otros casi viejos. Para ellos el combate comenzó en la huida, pero el primer frente de guerra fue Sigüenza. Allí trabamos conocimiento. La columna del POUM con su comandante estaba luchando fuera de la ciudad. Yo me quedé dentro. Los extremeños, unos cuarenta, llegaron el mismo día en que Martínez de Aragón, jefe de la plaza, declaró qué había llegado la hora de encerrarse en la catedral...

— Algún día me contará el episodio de la catedral...

— Algún día, si salimos con vida de esta guerra. Por ahora, volveré a mis extremeños que aceptaron voluntariamente seguir defendiendo la ciudad sitiada. Ni uno solo desertó, varios murieron. Son hombres rudos, herméticos, orgullosos y doloridos, difíciles de tratar en las horas de calma, obedientes, serenos y valerosos en el combate. Sumarles los milicianos de “Artes Blancas” sería un error porque habría una incompatibilidad total, sin contar las posibles fricciones políticas por pertenecer la mayoría de los nuestros al POUM, una organización que los comunistas se disponen a poner en el banquillo. Ya se fue de nuestras filas un grupo de la JSU por imposición de su partido, a causa de nuestra filiación trotskista. Sería

lamentable que un incidente de este tipo se produjera en el frente. Mejor no correr el riesgo.

— Posiblemente tenga usted razón, capitana, pero le confieso que me preocupa esa gente de “Artes Blancas”, y que la he mandado llamar para conocer su opinión al respecto. Su discreción no me permite formar un juicio definitivo. Quisiera que fuese más explícita.

— Creo poder afirmar que es un problema de mandos. Si los oficiales de esa compañía cumplen, los milicianos cumplirán. Se desorientaron porque se vieron solos. Es todo lo que puedo decirle. Ahora, si no manda otra cosa, volveré con los míos para evitar los celos.

— ¿Celos de quién? ¿De mí?

— De usted o de cualquiera. Uno de nuestros viejos me explicó en Sigüenza que no debía ir tan a menudo a ver a los compañeros de la estación, porque nuestros milicianos tenían celos. De momento me pareció un disparate, aunque tomé en cuenta la advertencia. Después, en horas de calma, traté de hallar las raíces de ese sentimiento. Por una parte, los celos y el coraje son en España virtudes o defectos nacionales. Aquello de “te mato porque te amo” o “me hago matar por vergüenza”, forman parte del código del honor de esta tierra...

— ¿Invocando qué vínculos pueden permitirse sus milicianos tener celos de usted?

— En primer lugar, yo soy la madre de todos, luego tienen derecho a ser los únicos para el querer. Por otra parte, y este aspecto es más sutil, yo soy la mujer de todos ellos. Intocable, colocada en un altar. Pero si por cualquier razón voy a ver a otros

hombres, ya no estoy en el altar, ando por el llano, como las demás mujeres. Como ellas, puedo pecar. En una palabra, llego a ser capaz de provocar en los mismos malos pensamientos. Dicho lo cual, me retiro, porque a estas horas ya debe estar en camino mi enlace enviado por la compañía en mi busca.

A veinte metros del puesto de mando está sentado Ernesto sobre un tronco de árbol tumbado. Me digo que no debo darle explicaciones sobre la ausencia algo más larga que de costumbre, pero pienso en seguida que esta decisión razonada es un alarde de independencia inútil. Entonces le cuento que el coronel Perea me ha pedido detalles de lo que había pasado anoche con los de “Artes Blancas”, que él ya sabía el deseo de esos milicianos de pasarse a nuestra compañía.

— ¿Y tú qué le has dicho?

— Que nosotros no estábamos de acuerdo.

— Has hecho bien. Mejor ser pocos y buenos. Cualquiera sabe los líos que se armarían con esa gente desconocida. Bueno, a lo nuestro ahora. El viejo Valerio no para de toser. Además le duele mucho la espalda. Hay que obligarlo a que se vaya a Madrid. Los compañeros del POUM te están esperando. Han traído bufandas, guantes y un paquete.

— Les diremos que se lleven a Valerio. En el sanatorio de la organización lo atenderán muy bien. Vale más que esté en una cama limpia que tirado en el suelo, respirando el humo de la cocina. En realidad, deberían irse todos los enfermos —digo al trasponer el umbral.

Voces coléricas me responden:

— Déjalos aquí. Mira lo que dice la Prensa comunista del POUM, toma, lee. Nos llaman fascistas, traidores, aliados de Franco. Belarmino y Obdulio han muerto esta madrugada. Y los muertos de la Moncloa, de Sigüenza, los que quedaron encerrados en la catedral. Tu marido que cayó en Atienza. Todos traidores, vendidos. Y nada de revolución, estamos combatiendo por la República, la misma que asesinó a los mineros asturianos y a los campesinos de Casas Viejas. ¡Maldita sea la leche que mamó la República! ¡Me cago en la República! Pero hay que seguir el combate, ganar la guerra y ahorcarlos después a todos, traidores ellos.

Ya verán si nos van a quitar la revolución. Si no muero en la guerra, me llevaré por delante a más de cuatro emboscados —dice Garbanzo—. Lo juro por ésta.

Y se besa los dos índices cruzados en un gesto infantil.

Para impedir que la campaña iniciada contra el POUM nos estropee la moral, pedimos que nos traigan solamente *La Batalla* y *La Antorcha*, periódicos de la organización y de la CNT, órgano de la Confederación de la región Centro, que dirige el inteligente, sereno y para nosotros cordial García Pradas, que no se asocia a la campaña criminal de la Prensa comunista, ni se inclina respetuoso ante las hazañas del Quinto Regimiento.

— Total —resume Adalberto Miranda que es uno de los pocos madrileños de la compañía—, que se rompa los cuernos Largo Caballero y que Prieto baile en la cuerda floja, los que tienen ahora la sartén por el mango son los comunistas gracias a las armas que vienen de la Unión Soviética. ¿Qué somos nosotros? Cuatro gatos que se han batido el cobre desde el primer día de la guerra civil. La historia no dirá nada de nosotros, porque somos del POUM,

trotskistas. No dirá que en proporción al puñado que somos, tenemos más bajas en combate que cualquier unidad comunista. Esto tampoco lo dirá nadie, porque somos los leprosos, los traidores...

— Buenos para ocupar los frentes donde hay que quedarse clavados. Venga llamarnos Ortega a los pocos días del relevo. No quería más que setenta milicianos, pero teníamos que ser nosotros con nuestros dinamiteros de olé y los combatientes que se pegan al parapeto hasta quedar enterrados por los obuses...

Tomás es quien habla ahora, jadeante por la tos y la rabia. Moreno, muy alto para sus diecisiete años confesados que no deben pasar de dieciséis según sus paisanos, esbelto, de rasgos finos, ojos grises muy claros velados por larguísimas pestañas negras como sus cabellos. Tomás es un miembro activo de las juventudes del POUM. Gracias a los esfuerzos de su padre, viejo militante revolucionario, terminó la escuela primaria. “Mi padre quería que fuese maestro — me contó un día, añadiendo—: Pero en esta tierra maldita, los pobres sirven solamente para arañar la tierra o cuidar ganado. Si ganamos la guerra, seré maestro”.

— Esta rutina lo pudre a uno —grita Chuni tirando su gorra al suelo de un manotazo—. Quince días empapados y helados son muchos días. En la guardia de anoche creí que me quedaba tieso para siempre. No recuerdo haber pasado tanto frío en toda mi vida. Ya dice el periódico que este invierno es el peor de no sé cuántos años a esta parte...

— Puedes irte a Madrid ahora mismo, si quieres —le contesto—. Con la bronquitis que llevas encima, tienes derecho de sobra para

dejar el frente hasta que te cures. Si a toda costa te quieres quedar aquí, no vayas a la trinchera. Te pondré un sinapismo...

— Mi madre nos ponía ventosas y nos daba leche caliente con miel, leche de cabra, claro está. Teníamos dos cabras, una blanca y una gris. Pero toda la leche no era para beberla nosotros. Con la mayor parte hacíamos quesos que se vendían. No sé si mi madre vive, mi padre seguro que no, porque era del sindicato. Quiso quedarse a resistir en el pueblo, pero a mí no me dejó porque soy el mayor de seis hermanos, dos hembras y cuatro varones. Soy yo quien tendrá que sacarlos adelante si él ha muerto. Cuando me pongo a pensar, cojo una borrachera. En el frente, casi no pienso.

Chuni no se dirige a mí. Habla con la cabeza gacha, para sus propios oídos, con voz monótona, como si leyera algo que lleva escrito dentro. Su monólogo contiene, quizá, la clave de la respuesta misteriosa que me dio un día al reprocharle yo sus borracheras. “¿Por qué bebes tanto?”, le pregunté. “Porque la vida arrastra más”, me contestó. Debíó de pensar que yo comprendía. No pedí más explicaciones. Añadí solamente: “Es mucho alcohol para tu edad. ¿Qué pasará cuando seas mayor?”. Entonces, él preguntó: “¿Y tú crees que me dejarán ser mayor? Eso era antes, cuando no había guerra”. No insistí. La conversación transcurrió en la retaguardia, estando de descanso. Jamás lo vi borracho en el frente.

— Esto arde como fuego —grita cuando el sinapismo se le pega a la piel.

— Aguanta, niño, que así te curarás. No te quites las mantas, debes sudar y quedarte esta noche en la cocina. Beberás también leche caliente, no de cabra, sino de bote, que tengo guardado uno. Le pondré un buen chorro de aguardiente a falta de ron, que es lo

que cuadra, pero el efecto será el mismo si pasas toda la noche al calor sin arrancarte el sinapismo que te estoy viendo manosear. Quítate las botas para descansar mejor. Aquí está la leche. Cuando la hayas bebido, te dormirás y mañana estarás más aliviado. Pero si los bronquios te siguen roncando te mandaremos a Madrid.

Chuni sigue mis pasos por la cocina con sus ojitos muy negros y una sonrisa de niño arrullado. Entonces me pongo a pensar en mi extraña misión híbrida como mi condición de mujer sin sexo y de comandante madre que no parece chocar a estos españoles tan celosos de su hombría. Una primera explosión seguida de otras tres corta mis cavilaciones.

Nos están tirando con mortero. Ernesto llega corriendo.

— Los obuses caen en el pinar. Los hombres estaban desprevenidos. Voy a buscar a los camilleros. Hay dos heridos, Basilio y José Pedro, al parecer no graves. Quédate aquí, no hace falta que salgas en busca de un casco de metralla. La gente se ha metido en los refugios.

Teóricamente, no hace falta que vaya. Los milicianos ya están alerta, sin más misión que esquivar el cuerpo. Los centinelas de escucha en sus puestos avanzados avisarán si el enemigo se mueve. Pero es bueno que la gente me vea. En la trinchera de evacuación me encuentro con los camilleros que se llevan a los heridos. La venda que envuelve la cabeza de Basilio está empapada en sangre. La metralla le abrió un boquete en la frente, pero el muchacho está lúcido y de buen humor. La herida de José Pedro, en la pierna izquierda, es más grave.

Con los dos de hoy llevamos catorce bajas: doce heridos y dos muertos, sin contar los enfermos. Acortamos las guardias para que

los milicianos no sufran demasiado del frío que llega a montones de grados bajo cero, pero resulta que la gente apenas duerme. Hasta aquí los ánimos no han flaqueado, gracias probablemente al mucho café que nos traen los compañeros del POUM y a los ratos de calor en la cocina.

Los obuses van raleando. Casi no caen en el pinar. Aprovecho la calma relativa para marchar a la avanzadilla, un poco a la carrera, otro poco a rastras. Ernesto me sigue los pasos gruñendo que me expongo inútilmente. Le contesto que si está harto de ser mi enlace puede cambiar de puesto. Entonces se calla.

Cuando llegamos a la trinchera no queda ninguna claridad en el cielo. Los días de fines de diciembre se acaban pronto. Las noches, en cambio, duran doble. Se diría que de las estrellas ya están cayendo hilitos de hielo sobre los capotes, que dentro de un rato se pondrán duros como leños. Salvo los enfermos que descansan en la cocina, los efectivos de la avanzadilla están completos, “por si las moscas”, como dice Juan Luis. Añade que una descubierta acaba de salir para escuchar más de cerca al enemigo. Sé que no hago falta aquí. Podría marcharme, pero prefiero quedarme a charlar con los milicianos.

Uno de nuestros viejos viene a recordarme que dentro de tres noches será Nochebuena, y que a ver si se puede hacer una *miajita* de fiesta.

— No es que yo crea en esas cosas del nacimiento de Cristo, ya sabemos que son inventos de los curas —dice—. Así y todo, en nuestras casas siempre se ha celebrado porque es la costumbre.

— Trataremos de arreglar algo —le contesto—, aunque el enemigo suele aprovechar las fiestas de mala manera. Pediremos a

los compañeros del POUM que nos traigan unas botellas de vino algo regular y que nos manden a vuestro paisano Macedo, que, según tengo entendido, canta muy bien. Si se te ocurre alguna otra cosa posible, habla.

Mi modesto programa queda aprobado. Falta saber si los fascistas no lo cambiarán por uno de ametralladoras y morterazos, que muchas veces es su manera de celebrar las fiestas religiosas.

Los escuchas vuelven de la descubierta informando que en las líneas fascistas no hay ningún movimiento. Entonces mandamos a dormir a la mitad de los hombres. Consigo que Juan Luis se vaya a descansar. Yo me quedaré en la avanzadilla hasta el relevo.

A ratos metida en un refugio, a ratos marchando de puesto en puesto, me digo que nunca hubo en el mundo una noche tan helada como la presente, ni cielo tan cuajado de estrellas, ni combatientes tan desarmados, tan heroicos y tan sufridos como los nuestros. La poca ropa, la mala ropa que visten más parece de metal que de tela. Tienen las orejas y las manos llenas de sabañones pero ahí están pegados a los puestos sin más protesta que una palabrota o una blasfemia. Y llevamos así dieciséis días. Mañana, mejor dicho, esta mañana, dentro de unas horas, porque metido en la noche densa ya está el día de hoy, pediré al coronel Perea que nos releve. No diré nada a los milicianos hasta saber lo que resuelve el mando.

A las siete en punto regresa Juan Luis con los hombres y la olla del café bueno para alegrar el corazón y calentar las manos. Terminada la distribución, explico en voz baja a Juan Luis que pienso pedir a Perea que nos releven. Él me dice que podemos esperar hasta después de Navidad. La fiesta próxima entretiene a los milicianos haciéndoles más llevadera la situación. Yo contesto que de todos

modos es necesario hablar cuanto antes para que el mando vaya viendo las fuerzas que vendrán a relevarnos.

Es tan succulenta la tibieza de nuestra cocina, que se llega a olvidar su olor a guarida de fieras mezclado con el de pan quemado y manteca rancia. Espero que los hombres estén dormidos para echar al fuego un paquete de algodón empapado en sangre mía que no es de herida sino el tributo mensual de mi condición femenina.

Llego al puesto de mando a las nueve. Explico en seguida al coronel Perea el proyecto mínimo para festejar Navidad que hemos acordado: un poco de música y cante con algo de vino...

— Cuidado con la bebida —me interrumpe el coronel—. Las noches de fiesta suelen ser peligrosas. Esa gentuza que nos mata en nombre de Cristo no respeta sus fechas sagradas. Comprendo que los milicianos quieran un rato de distracción, pero le ruego que refuerce los puestos de vigilancia.

— No se preocupe, estaremos alerta. Otra cosa ahora: le pido que piense en nuestro relevo. Nuestra gente está agotada. ¿Sabe usted que todas las noches hago dos rondas de jarabe en la trinchera?

— ¿Cómo de jarabe?

— Sí, señor, para la tos. Recorro los puestos frasco y cuchara en mano. A los más enfermos les pongo sinapismos en el refugio, porque nadie quiere ir a Madrid. Además, todos descansan poco a causa de la rotación de las guardias. Conste que nadie se ha quejado hasta ahora, pero a mi juicio vale más mandarnos a Madrid antes de que los milicianos comiencen a pedirlo. La otra compañía del POUM está actualmente en la retaguardia. Los combatientes que la

componen son aguerridos y disciplinados, tan buenos o mejores que los míos...

— Muchas gracias por la indicación. Hoy mismo me dirigiré a la organización para solicitar que esa compañía venga a relevar a la suya después de Navidad. Le comunicaré inmediatamente la respuesta si es afirmativa. Si no, habrá que buscar por otro lado gente de toda confianza. Perdona la insistencia, pero le ruego que refuerce la vigilancia en Nochebuena.

— No pase cuidado, compañero coronel. Avanzaremos al máximo los puestos de escucha. Por otra parte, nadie dormirá.

Todo está listo para la fiesta. Habrá vino de Jerez a razón de media copa por cabeza. Nos han traído también jamón y pasteles, un poco de cada cosa porque a la hora presente no se encuentra nada en Madrid. Macedo ha llegado a media tarde con su guitarra. En la primera parte, los cordobeses irán a cantar a la trinchera del llano. Después le tocará a Macedo.

Al anochecer se presenta un enlace del puesto de mando trayendo la orden de ir a buscar municiones de fusil y bombas porque se tienen noticias de un posible ataque.

— ¡Maldita sea el alma de esos hijos de puta! —gruñe Modesto—. A ver si nos estropean los villancicos. ¡Mira que ponerse a matar a la hora que nació el Niño Jesús! Bien lo pueden dejar para mañana. Aunque también es posible que no haya tales noticias de ataque, que sea una treta del coronel para que tengamos los ojos muy abiertos.

Son casi las diez de la noche cuando Macedo se instala en el refugio que le han arreglado en la avanzadilla. Como habrá de cantar

bajito, los hombres formarán grupo a su alrededor por turno. Después del primer villancico, dicho como un murmullo, la voz del cantor puede más que la prudencia, y al segundo ya no estamos solos para escuchar. De enfrente llegan comentarios:

— Anda, que los rojos le cantan a la Virgen y al Niño Dios. Esos hijos de puta no respetan nada...

— Basta de pamplinas —dice Rosendo, el menos hablador de nuestros milicianos—. Que se queden ellos con Cristo y su madre. A nosotros, danos cante de verdad, fandanguillos, bulerías, tarantas. ¿Vale lo que pido para todos?

— ¡Vale! —responden los hombres—. Y que te oigan lo tíos cabrones. Macedo, suelta la voz. Si al coronel le parece mal, ya nos lo mandará a decir. Si los fascistas han decidido atacar, lo harán con cante o sin cante.

Con la cabeza doblada sobre el hombro, la rodilla derecha en alto, los dedos afanados en las cuerdas, el cantaor se escucha por dentro barajando retazos de coplas apenas murmuradas, como si buscara en un libro la buena página que nos habrá de decir. Y de pronto estallan unas bulerías de tanto arrastre, que los hombres no pueden sujetar las manos lanzadas en un acompañamiento de palmas que no se cuidan del miedo, de la reprobación del puesto de mando ni del probable ataque del enemigo.

Al comienzo tímidas, poco a poco nutridas, tan sonoras como las nuestras, del otro lado llegan palmas y las clásicas aclamaciones que arranca el cante cuando sus acentos se van metiendo en las entrañas. Ni confraternización ni tregua. Sólo comunión inconsciente nacida de un ritmo de bulerías que se renueva en todos los aires que siguen, algunos, a petición de los soldados de Franco.

Extraña Nochebuena celebrada con cantos profanos en una avanzadilla roja de cara al enemigo que vuelve en sí cuando se apaga la música, prometiendo asarnos a morterazos dentro de unas horas. Siento vergüenza por esa promiscuidad que tampoco cae bien a los milicianos. Lo manifiestan pidiendo a los cordobeses, de regreso a la trinchera, que canten bajito para evitar toda comunicación con la gentuza de enfrente.

Pero nuestra fiesta se ha entristecido. Sin vino, sin palmas, las coplas murmuradas escarban recuerdos. Mejor cortar. Son las tres de la madrugada. Es hora de que la mitad de los hombres se vaya a descansar al calor. Yo no creo en el ataque anunciado, pero prefiero quedarme aquí. Ya hace falta que nos releven porque los enfermos aumentan, con lo cual se alargan las guardias para los que todavía resisten. Ayer he pedido a los compañeros del POUM que nos traigan limones porque hay muchas encías inflamadas a causa de la comida a base de conservas. Cuando el cielo comienza a clarear me voy en busca de unas horas de sueño.

El tufo de la cocina me corta la respiración. El humo, mezclado a los olores humanos, ha creado una masa sólida y negruzca que cuesta atravesar. Alguien me tiende en la punta del machete la mitad de un pan tostado, pringoso de manteca rancia y azúcar. Lo agradezco diciendo que comeré luego, sin explicar que una náusea incontenible me llena la boca de saliva salada. Un trago de aguardiente me apacigua el estómago. Media copa me ayuda a dormir.

La nota del puesto de mando que encuentro al despertar, el sol encaramado en la copa de los pinos, la sonrisa de los milicianos tumbados en la puerta de la cocina borran el desánimo de la noche pasada. El relevo ya no me parece tan urgente, pero de parte del

coronel Perea el relevo se anuncia para el día 28 de diciembre. Estamos a 25.

La compañía que vendrá es la primera del POUM, al mando de Jesús Blanco, un capitán de 21 años, militante de la organización, combatiente de la primera hora. Ya puedo comunicar a los hombres la buena nueva. Contrariamente a lo que esperaba, la reciben sin mayor entusiasmo aparente a causa del eterno orgullo. Algunos llegan hasta a decir que podíamos haber aguantado más tiempo. Adalberto Miranda, el miliciano menos hablador de la compañía, uno de los más cumplidores y disciplinados, deja caer como una sentencia:

— En el puesto de mando dirán que somos unos flojos.

Parecería que Adalberto expresa el resquemor de todos porque nadie le contesta. Entonces me toca a mi dar una respuesta. Una vez más debo asumir el bien y el mal de los hombres que me han concedido su confianza.

— No pasen cuidado —digo—. El puesto de mando tiene muy buena opinión de nosotros. Cuando pedí el relevo al coronel Perea, éste me afirmó que sentía mucho vernos partir porque hemos demostrado ser gente segura, pero que comprendía también nuestra necesidad de descanso. Ahora bien, si la compañía prefiere quedarse, no tengo inconveniente en hacérselo saber a Perea y a los compañeros del POUM. Ustedes deben decidir.

— ¡Qué decidir ni qué niño muerto! —exclama Ernesto girando la mirada a su alrededor—. Todos queremos ser más valientes que los numantinos, pero quién más, quien menos, está harto de frío y de lluvia, pasado de sueño, podrido de reuma o de tos. A mi modo de

ver, hemos cumplido bien, merecemos el relevo y no creo que haga falta ponerlo a votación.

Los demás tampoco lo creen. Ninguna voz se alza, ni siquiera la de Adalberto, para contradecir a Ernesto. Hasta estoy por creer que los tres días que faltan ya les parecen largos. En cuanto a mí, pienso que las estrellas de capitana me vienen grandes por muchas razones. La primera, mi falta de conocimientos militares y las poquísimas ganas de adquirirlos. Después viene la preocupación excesiva por la salud de los milicianos, la responsabilidad que me abrumba ante los heridos y los muertos, y la necesidad enfermiza de sentirme aprobada en todas las circunstancias.

En estas cosas voy cavilando camino del puesto de mando. Pero al llegar, la cálida acogida del coronel Perea las barre de la mente. Cuando le oigo decir que mi compañía es ejemplar, la mejor que tiene en su sector. Ante tales elogios comienzo a sentir vergüenza. Entonces le digo a Perea que no es tanto nuestro mérito, porque en realidad no hemos tenido que afrontar un verdadero combate, que el tiroteo de días pasados era cosa de rutina, que se trataba solamente de aguantar...

— Usted lo ha dicho, aguantar. No todas las unidades aguantan. Por mucho menos que ese tiroteo ha corrido a veces la gente. Transmita mis felicitaciones a sus milicianos. Espero que sean tan buenos como ellos los que vendrán a relevarnos.

— Son iguales o mejores. La mayoría llevan combatiendo desde los primeros días. Puede tener confianza, no le plantearán problemas de disciplina. Permita ahora que me retire, porque aunque no se atreven a decírmelo, a los milicianos les molesta que pase mucho tiempo fuera de su lado.

El sol marcha conmigo entre los pinos. A mi lado, Ernesto está silencioso, contrariamente a su costumbre. Le pregunto si le ocurre algo.

— Nada especial, cavilaciones que se le meten a uno en la cabeza. Volver a Madrid para ver a toda esa gentuza no me hace gracia. Además, es seguro que tendré que pegarme con alguien. Al primero que oiga hablar mal del POUM, le romperé la cara. Casi sería mejor quedarse aquí. Se me antoja que es el último frente que ocupamos como milicianos del POUM.

— Es posible que el mando vaya incorporando las pequeñas unidades a los batallones que se están formando. La guerra será larga y dura. Ya no es posible operar con puñados de hombres mal equipados, sin más armas que un fusil y una caja de bombas de mano frente a un Ejército de verdad. No habrá más remedio que aceptar la militarización.

— Pues yo te digo que la guerra se puede ganar combatiendo en guerrillas —me interrumpe Ernesto—. Piensa en todo el terreno que se recuperó durante las primeras semanas, cuando la gente se tiraba a tomar los cuarteles sin armas, a pecho descubierto, o salía en busca de los fascistas que según los rumores venían por no sé cuántos caminos. Si el Gobierno no hubiese cortado este empuje, no estaríamos ahora parando a las tropas de Franco en las puertas de Madrid. Malas puñaladas le pegan al Gobierno traidor que lo que buscaba era arreglarse con Franco porque le tenía más miedo al pueblo que al fascismo. Cuando me pongo a remover estas cosas, pierdo hasta las ganas de ver a mi familia, porque te diré que tengo un cuñado comunista de los de Stalin hasta el tuétano.

— Déjate de cavilaciones. En el frente hay que vivir al día. Ya hablaremos con los responsables del POUM cuando vayamos a Madrid.

— ¿Y qué quieres que nos digan los responsables? Si comienzan las persecuciones, ellos estarán más copados que nosotros. Ahora no se hable más, que ya estamos como quien dice en casa.

Junto a la puerta de la cocina, aprovechando los resplandores del sol, hay un grupo de milicianos ocupados en engrasar sus fusiles. Dentro flota un olor a sopas de ajo tan fuerte que cubre a todos los demás. Pregunto qué clase de mixtura están fabricando. Rosendo contesta con orgullo:

— Sopas, y de las buenas. Esa carne blanca que tú dices que es jamón y que a nosotros nos sabe a estropajo, trae una gelatina bastante sabrosa. Un par de ajos fritos, pan migado, agua, esa gelatina, y sale una comida como Dios manda.

— ¿Y el jamón?

— Algunos lo comen todavía. Yo ya estoy harto. Hace días que se lo doy al perro de los fascistas... ¡Animalito de Dios que ya es más nuestro que de ellos! Ha vuelto a traer un mensaje pidiendo papel de fumar. Estaba tan a gusto aquí que costó trabajo hacerlo marchar con un par de librillos metidos en un paquete de Prensa. Agregamos dos líneas diciendo que le tocaran la barriga al perro para ver lo gordo que se estaba poniendo a fuerza de comer jamón. Claro que si fuera jamón de verdad no le daríamos ni un hilo.

— Yo sigo diciendo que es jamón cocido del bueno. En Francia lo comemos muy a gusto.

— Porque los franceses comen cada cosa... No tienen paladar.

— Lo cierto es que el obrero francés come carne todos los días.

— ¿Y qué? —tercia Higinio sacando el pecho—. Nuestras judías y nuestros garbanzos tienen tanta sustancia como vuestra carne. Si vienes un día a mi pueblo, probarás lo que es un potaje arreglado por mi madre...

De pronto dobla la cabeza, se lleva las manos a la frente murmurando en voz baja:

— Si vive, si no la han matado esos asesinos...

Se terminó la querella alimentaria. La sopa de ajos cuece despacio sobre un lecho de cenizas calientes, olvidada de todos. Alguien mira el reloj y dice que es hora de ir a relevar la guardia de la avanzadilla. Los hombres recogen sus fusiles y comienzan a salir. La noche ha llegado entretanto con su carga de rocío helado. En el cielo sin luna las primeras estrellas acuden a su puesto. La masa de aire frío que se cuela por la puerta abierta despierta las quintas de tos. Propongo a la redonda toda clase de remedios: sinapismos, cataplasmas, jarabe. El rechazo es unánime, sólo se acepta el jarabe.

— Total —dice Chuni—, para lo que nos resta de quedarnos aquí, no vale la pena sufrir. Duele más aguantar el sinapismo que toser. En Madrid, con una buena curda se irán las miasmas.

Los milicianos que llegan de la avanzadilla se echan junto al fuego, no muy cerca, para evitar las puñaladas que clava en la carne aterida el calor repentino. Al poco rato hay un charquito a la altura de todos los pies y las botas se ponen a echar humo.

— Me mosquea tanta tranquilidad enfrente. Ni gritos ni morterazos, un silencio de muerte —murmura Juan Luis—. A ver si

nos están preparando alguna, a no ser que estén tan helados como nosotros.

— Me hará bien un poco de aire fresco —digo yo—. Voy a dar una vuelta por la trinchera.

— Lo que pasa es que ya estás desconfiando y quieres correr a mirar...

La voz es de Valerio, que parecía dormido en el fondo de la cocina. Salgo sin contestar.

— ¿Eres tú, Boliviano? ¿De dónde vienes?

— De ahí no más. Estaba haciendo mi ronda personal por los alrededores de la casa. Nadie me ha dado misión, es cosa mía, costumbre de serrano que se entiende bien con el frío. Pero te estaba buscando para que vayas del lado del Corneta, que está de guardia en el polvorín. Me pareció oírlo llorar. No me mostré por no avergonzarlo.

Yo me pregunto por qué mandan de guardia a ese chiquillo.

— Es él quien lo pide —explica Ernesto—, para no ser menos que los demás. Como el polvorín está a un paso de la cocina, Juan Luis pensó que no había ningún peligro para el crío.

A diez pasos del muchacho que está sentado en una piedra con la cabeza echada hacia atrás, lo llamo despacio. No me oye. Levanto un poco la voz. Entonces se levanta de un salto llevándose las manos a la cara.

Para acercarme a él debo contornear un charco que el sol no ha logrado secar, tan ancho y profundo que lo llamamos el lago del polvorín.

— Salud, niño —digo, cuando estoy a su lado—. ¿Tienes mucho frío?

Ha dejado caer los brazos y niega con la cabeza. Le tomo la mano, helada y húmeda. La suelto, apoyando las mías en sus hombros que siento temblar convulsivamente. Los sollozos que se empeña en tragarse le salen por la nariz en ruidosos resoplidos. Cuando llegan los suspiros del final del llanto pregunto qué le pasa, que por qué llora.

— Tengo miedo y vergüenza de tener miedo. La noche siempre me ha dado miedo, en mi casa también, pero aquí es peor. Este charco tan hondo y tan negro parece que me va a tragar o que la bomba que hay en el fondo va a explotar, porque este charco lo hizo una bomba, todos lo dicen. No le cuentes a mi hermano que me has visto llorar. Si lo sabe, me dejará solo en Madrid. Nosotros ya no tenemos familia. También me da miedo por mi hermano. Si han de matarlo, que me maten igual a mí. Por eso es mejor que yo esté con él en el frente. Si le dices que me has visto llorar, no querrá que siga con él.

— No lo sabrá, te doy mi palabra de que no se lo diré. Dentro de un rato te irás a dormir. No te mando ahora mismo para que nadie sepa nada. Mañana harás guardia de día.

— ¿En los pinos? Allí llueven los morteros. Mejor en la trinchera, cerca de mi hermano.

— En la trinchera entonces. Hasta luego, no mires el charco. Mira el cielo bonito lleno de estrellas.

— No quiero, porque me acuerdo de mi madre, que me las mostraba siempre cuando era pequeño y me decía que las estrellas nos cuidan.

Por su voz temblorosa siento que volverá a llorar, que todo lo que pueda decirle no calmará su congoja de niño desamparado. Vale más que me vaya y le deje sacarse de dentro el raudal de lágrimas que lo sofocan. Ni siquiera me atrevo a recordarle que faltan solamente dos días para el relevo. Me alejo despacio. Ernesto me sale al encuentro.

— ¿Qué le pasa al Corneta? —pregunta.

— Nada, que la guerra le viene grande. Habrá que encontrar en Madrid alguna familia que quiera hacerse cargo de él. No le digas nada a su hermano. Vamos ahora un rato junto al fuego, porque se me han helado hasta los ojos. Por nada del mundo quisiera pillar una pulmonía en el último momento, ni romperme un hueso sobre esta escarcha.

— Lo mejor que puedes hacer es quedarte al calor —gruñe Ernesto—, y dormir un par de horas. Si haces falta en la avanzadilla ya vendrán a buscarte.

— Depende de lo que llames hacer falta. Dar una copa de aguardiente y decir dos palabras al miliciano que está agarrotado de frío en su puesto es importante para el ánimo del combatiente y desde luego hace falta. Si él pasa frío yo debo pasar frío. El peor combate que nos toca llevar aquí es contra la escarcha, la lluvia, el fango. Si yo lo rehúyo, no tengo derecho a exigir que los demás luchen.

Ernesto asiente dubitativo:

— Quizá tengas razón, como siempre —dice.

Pero para mis adentros yo me digo que una vez más he cedido a la necesidad de afirmarme, de justificarme, que hubiese valido más no contestar a Ernesto, en cuyas palabras me pareció sentir un asomo de desdén; que mi tendencia a la prédica me lleva a hablar más de la cuenta con el afán de ganar autoridad. Impone más el silencio que las explicaciones. Juro callarme en adelante, como se callaba Antonio Guerrero, mi modelo de hombre de mando y el ser humano menos locuaz que he conocido.

Ocupada en pensar me encuentro sin darme cuenta buscando la botella de aguardiente y el frasco de jarabe entre los cacharros de la cocina, sin ver que Ernesto ya los tiene en la mano y me espera sentado en el suelo junto a la puerta. Reparo en él cuando le oigo decir que valdría mejor aguardar un rato hasta que se me calienten los pies, que mis botas están chorreando, que debería beber una copa de alcohol y ponerme otro gorro porque el que llevo está empapado. Su solicitud disipa el malestar que me ha invadido a fuerza de escarbarme los defectos. Sigo los consejos diciendo solamente “gracias” por toda respuesta.

— ¿Te has enfadado conmigo? —pregunta Ernesto.

— No. ¿Por qué habría de enfadarme? ¿Qué ha podido hacerte creer que estoy enfadada?

— La cara tan seria que se te ha puesto. Además, todo ese tiempo que llevas sin hablar es cosa rara...

— ¿Entonces te parece que hablo demasiado? (¿Para qué habré preguntado otra vez? Decididamente, no tengo remedio.)

— ¿Por qué dices eso? Si da gusto oírte —declara con énfasis Ernesto—. Pasa, que viéndote tan seria he creído que te habías

molestado por lo que dije en la avanzadilla, que lo mismo podías no ir y entonces a ti te sentó mal que yo creyera que no hacías falta.

— Oye, que estás hilando muy fino. No vi nada malo en lo que me dijiste, y lo que te contesté de lo que yo creo ser una obligación del que manda es nada más que mi manera de pensar. (Otra vez estás hablando más de la cuenta, basta, cállate, un poco de orgullo, vamos.) Es hora de marchar, andando compañero.

Por el camino consigo no despegar los labios. Que Ernesto crea lo que se le antoje. En la trinchera también hablaré poco. Imposible. En cuanto me acerco al primer centinela metido en su capote endurecido por la escarcha, se me desploma la decisión de reserva. ¿Qué puedo darle a este hombre que despega trabajosamente la mano adherida al fusil, sino unas palabras de aliento? Digo todas las que se me ocurren: “Que dentro de poco vendrá la otra guardia, que sólo faltan dos días para el relevo, ni siquiera dos, uno y medio, que en la cocina hay café caliente”, ¡qué sé yo! Con cada cucharada de jarabe administro cachitos de esperanza. A cada copa de aguardiente añado un recuerdo grato. Mala suerte si esta solicitud me quita autoridad. Nada puedo contra la humildad que me invade frente a los centinelas clavados durante cuatro horas seguidas en el barro helado que les aprisiona los pies.

Apoyada en el parapeto con todo el cuerpo, abro los ojos hasta hacerme daño para llenarlos de contornos y volúmenes, de inciertas sombras de árboles, de ese espacio apenas más claro que la noche, ínfima carretera abierta entre dos ámbitos de guerra que la magnitud de esta noche absoluta anula. Su cielo no está suspendido ni aparte. La masa de sus estrellas hinca pernos de luz a ras de tierra. No hay horizonte. La noche es redonda y se balancea llevando detrás

de sí la tierra. En los oídos me zumban sirenas ahiladas de barcos lejanísimos que anuncian su naufragio.

De un tirón del brazo, Juan Luis me hace bajar de la noche, borra las estrellas que tenía prendidas en los ojos, acalla las sirenas. Tardo un instante en volver la cabeza.

— ¿Qué te pasa? —pregunta Juan Luis—. Pensé que te había dado una congestión.

— A lo mejor me dará más tarde o no me dará nada. Lo que hacía era escuchar todo lo que podía.

— A mí también me pone mosca tanto silencio, aunque acaban de volver los tres escuchas que mandé de descubierta jurando que no hay ningún movimiento. Sólo llegaron a ver un poco de humo. Creen que es humo. También puede ser vaho de la helada tan fuerte que está cayendo. Ahora toca cambiar la guardia. Tenemos buena gente. Mira, ya llega el relevo. ¿Vienes con nosotros?

Estamos todavía en la trinchera de evacuación cuando estalla el tiroteo. No hace falta dar órdenes. Como si obedecieran a una voz de mando, todos los milicianos dan media vuelta. Corren erguidos. Debo gritar que bajen la cabeza. Una suelta de cohetes luminosos agrega estrellas rojas, azules y verdes a la noche. Los primeros obuses de mortero se ponen a ladrar. Me digo si será para hoy el ataque anunciado. Hay que reforzar los puestos de dinamiteros, traer todas las cajas de bombas que tenemos en el polvorín, mandar un enlace a la trinchera de “Artes Blancas” para ver si necesitan ayuda. No hace falta ocuparse del Sargento. Pienso que del puesto de mando vendrán municiones, sobre todo para el lanzabombas y la ametralladora.

Ya han salido dos descubiertas, una a cada extremo de la posición. Esperamos que el tiroteo aumente para dar la voz de “fuego”. Cuando las ametralladoras irrumpen, los nuestros se ponen a tirar por descargas, no todos juntos al comienzo, diez solamente, a causa de la ley de economía, nuestra ley de combatientes míseros.

Adalberto, que tiene a su cargo el pozo excavado en un muñón de zanja pomposamente bautizado “polvorín inmediato”, me tira del abrigo.

— Dos hombres del puesto de mando han traído seis cajas, tres de cartuchos de fusil, una de bombas de mano, dos con cintas de ametralladora. Ya está todo en el pozo —anuncia con voz triunfante—. También me han dado este papel para ti.

Aplastada en el suelo, enciendo una cerilla. El mensaje dice:

“Ordene un fuego nutrido. El enemigo está tanteando nuestras posiciones, pero no creemos que ataque. Si intenta una salida, hay que pararlo con bombas de mano. Ponga en línea todos los dinamiteros. Salud y coraje”.

Paso la voz a Juan Luis. No se necesita escatimar las municiones.

— ¿También bombas de mano? —pregunta Juan Luis—. Con la honda pueden llegar lejos. No estaría mal mandarles una tanda al mortero que nos está tirando de muy cerca. Dice el Chuni que lo ha localizado.

Cuando estalla el primer obús en la trinchera hiriendo —por suerte levemente— a dos milicianos, creemos llegado el momento de responder con bombas de mano, seis a la vez, que estallan con intervalos de pocos segundos, seguidas de seis, más seis, más no sé

cuántas, encendidas al hilo con tal velocidad que parecen explotar todas al mismo tiempo.

En medio del estruendo que hace crujir la trinchera como un barco sacudido por la tempestad, me asalta un pensamiento: el puesto de mando ordenaba utilizar las bombas de mano si el enemigo intentaba una salida. No hubo tal salida ni la hay. Si Perea oye los estampidos de la dinamita, que los oye, no cabe duda, puede creer que estamos trabados en combate. Debemos mandar inmediatamente un enlace para explicar que no hay tal cosa por el momento, que sólo se trata de un tiroteo muy violento... Pues no, que vengan a ver los del puesto de mando.

Las ametralladoras de enfrente han parado. La nuestra ya hace rato que está encasquillada. Todos los esfuerzos de Ramón para hacerla marchar son inútiles. Entonces la cubre como se tapa a un muerto y sale a un puesto de dinamitero.

La trinchera de los fascistas se va calmando. Cuando se apagan los últimos tiros, cesan los nuestros. El barco está de nuevo inmóvil en la noche que comienza a marcharse despacio hacia el alba. Ahora podemos hacer balance: seis heridos en total, no graves, cuatro evacuados, los otros dos siguieron tirando. Muchas manos con quemaduras, varios fusiles reventados. Nos salió barato el teatro. Todos estamos rendidos, pero no hay mal humor, al contrario. Sacamos del agujero la reserva de aguardiente y nos damos un atracón de beber. En la trinchera queda una guardia, lo justo para mantener la vigilancia.

Está clareando cuando llegamos a la cocina. Me digo que debo ir ahora mismo al puesto de mando para explicar lo ocurrido. Ernesto

cree que lo podemos dejar hasta dentro de unas horas. Yo no, porque me conozco. Así que, andando.

Al centinela que está pegado a la puerta de la casita blanca le pregunto si el jefe está despierto. El hombre contesta riendo que cualquiera dormía con los bombazos y que el coronel Perea ha pedido café ahora mismo. Que seguramente se pondría muy contento de verme, y que él le oyó hablar por teléfono con el general Kléber diciendo que la posición del Pinar respondía muy bien.

— No creo que fuera con el general Kléber la conversación si fue en español —digo yo.

— Pues habrá sido para que se lo dijeran, ¡qué más da! Yo el nombre lo oí muy claro. Entra ya, que ahora mismo habrán traído el café. No te vendrá mal beberte un jarro.

Cuando alargo las manos para estrechar las dos que me tiende el coronel Perea, veo que están sucias de barro hasta las muñecas. Entonces las dejo caer avergonzada buscando la frase de disculpa que no llego a pronunciar porque el compañero coronel me toma por los codos, me junta las dos manos en las suyas y, riendo a carcajadas, dice:

— Pues no se ha visto usted la cara.

— Con la prisa de venir a dar explicaciones no se me ha ocurrido que debía lavarme. Lo cierto es que ni siquiera lo he pensado. Bueno, ¿cree usted que exageramos con las bombas de mano? Temí que oyendo la cantidad de explosiones creyera usted que el enemigo había saltado los parapetos. En ningún momento se movió, pero nos estaba asando a morterazos. Con fusilería solamente no podíamos

hacerle callar. La pobrecita ametralladora que tenemos se encasquilla al cabo de diez ráfagas...

— No necesita usted dar explicaciones. Si el enemigo se proponía explorar la defensa de nuestra posición, las bombas crearon un potencial de fuego impresionante. Mientras no tengamos buenas armas automáticas en cantidad suficiente, la dinamita seguirá prestando servicios muy eficaces. Felicite en mi nombre a los milicianos que saben manejarla con tanta destreza, y también a los otros. Le aseguro que siento mucho verlos partir, pero comprendo que necesitan descanso.

El calor y el olor de la estufa de petróleo me están mareando. Si no salgo de aquí, ahora mismo me pondré a vomitar. Digo rápidamente que volveré esta tarde y consigo llegar a la puerta sin correr. La bocanada de aire helado que aspiro largamente me calma las náuseas.

Recostada en la pared, sigo tragando frío hasta que el estómago se tranquiliza. Pienso que debería entrar a decirle al coronel Perea lo que me ha pasado para explicar mi salida brusca. Después me digo que es un impulso de señora bien educada, que la explicación puede esperar hasta la tarde.

Ernesto llega ahora corriendo.

— ¿Hace mucho que esperas? Como siempre tardas, fui a la chabola de la guardia y resulta que un centinela me dice que llevas un rato fuera. ¿Ha pasado algo? ¿El coronel te ha reñido por lo de las bombas?

— Al contrario, manda felicitar a los dinamiteros y a los otros también. Dijo que le pesa mucho que nos vayamos. Ocurre que salí

de prisa porque la estufa me estaba intoxicando. Ya se fue el malestar, vamos.

— Pasa, además, que no das más de cansancio. Cógete de mi brazo para caminar. Podías haberme llamado si te sentías mal. No lo has hecho por soberbia. Merecerías que les contase a los compañeros que te encontré desmayada lejos de la comandancia.

— Lo cual querría decir que no estabas en tu puesto, que es lo que te mortifica. Ya me da lo mismo, cuenta lo que quieras. Total, no falta más que un día de trinchera. Veremos si después sigo al mando de la compañía.

— ¿Por qué no habrías de seguir? Lo que te he dicho ha sido una broma. A ver si vas a ofenderte también si te muestro en este espejo la cara que tienes. Llevas como una careta de barro. Buscaré un poco de agua para que te quites lo más gordo.

— No traigas agua. Me lavaré cuando lleguemos. No me importa tener la cara sucia. Estoy muy cansada, tienes razón, vamos caminando; si no, me quedaré helada.

Y me callo para no ponerme a aullar. Ahora mismo me tiraría al suelo. Siento plomo en los brazos, un collar de hierro me aprieta la garganta, la angustia de los días malos me produce calambres en el estómago, trepa hasta el cuello, toca a rebato en mi corazón, me hace vibrar las sienes, los oídos, estallan detrás de la frente. Un resto ínfimo de lucidez me hace buscar el brazo de Ernesto. Tengo que caminar, tengo que llegar hasta el refugio, no debo tirarme al suelo, no debo gritar, ya falta poco, para mañana también falta poco, después tendré soledad, no veré más estos negros pinos triangulares parecidos a cipreses funerarios, podré quitarme el disfraz de mujer fuerte, podré llorar, podré dormir.

— Quieta —me digo—, quieta. Estira los brazos, añoja las manos, respira hondo con la boca abierta. Ya no tienes que caminar, comienza a pensar despacio.

Salgo del sueño como de un baño tibio. Tardo en recoger los trozos de ideas que se encienden y se apagan sin darme tiempo a leer lo que dicen, igual que los títulos sobreimpresos que se borran demasiado de prisa en las películas. Alguien me pone en las manos un jarro de café, sosteniéndolo hasta que me lo llevo a los labios. El brebaje amargo cargado de aguardiente corta violentamente las amarras que me ataban al otro lado. Las voces que exclaman: “Bendito sea Dios, ya está despierta, sana y buena...”, repican como campanadas de gloria. El pobre ser aterrado que hubo en mí ya nada tiene que ver conmigo. Ahora me toca volver de nuevo con los míos. La inquietud que leo en los ojos de todos, dice a las claras que han temido perderme. Explico que estoy completamente repuesta, que el malestar se debió a las emanaciones de la estufa y después al frío.

— Pues faltó poco para que pidiéramos un médico al puesto de mando —dice Severio—. Menos mal que se te oía respirar. También hablabas a ratos de cosas que parecían de delirio. Pensamos que tenías fiebre muy alta.

— ¿De qué hablaba? —pregunto con un poco de miedo.

— ¡Cualquiera sabe! Eran palabras en otra lengua, no se comprendía nada. Eso sí, nombraste varias veces a tu marido.

— Bueno, puesto que todo pasó —digo—, veamos en qué andan los preparativos para mañana. Hay que limpiar las armas, los cacharros, la mesa, el suelo. Todo debe quedar recogido aquí, en la trinchera y en el polvorín. Tenemos que contar los fusiles, las municiones, las bombas y poner por escrito todos los detalles de la

posición para que nuestros compañeros sepan de entrada las precauciones que hay que tomar.

— ¿Todo esto no se le puede explicar de palabra al capitán de la compañía? —dice Garbanzo—, No creo que los que estamos aquí seamos capaces de poner tantas letras. Tendrás que hacerlo tú con José Luis o algún otro.

Sé muy bien que Garbanzo tiene razón. En el fondo, me arrepiento de haber mencionado esta tarea, que ni yo misma podría realizar ahora. Como quedaría mal reconocerlo delante de todos, postergo el trabajo para luego.

— Veremos de hacerlo esta noche en la trinchera. Por lo menos ponernos de acuerdo en lo que es indispensable mencionar. Después trataremos de escribirlo. Si no se puede, mala suerte, daremos el parte de palabra. Pero lo demás, debe quedar listo antes de mañana, porque no sabemos a qué hora llegará el relevo. Necesitamos dos voluntarios que se encarguen de contar y ordenar lo que hay en el polvorín antes de que la noche se nos eche encima.

Severio y Adalberto se levantan los primeros. Les doy lápiz y papel. Por la mirada que me echan comprendo que no saben escribir. Me dispongo a trazar los nombres de los pertrechos que deben contar.

— Pero, ¿saben leer? —pregunto.

— Un poquitín —dice Adalberto. No escribas nada, no hace falta, tengo muy buena memoria. Contar sí que sé. Guarda el papel para apuntar los números y queda tranquila, no habrá errores.

— Te parecerá mucha vergüenza para los españoles tanta ignorancia, pero has de saber que en los pueblos no hay escuelas para los pobres —dice Severio desde la puerta.

— Y cuando la hay —tercia Chuni— y nuestros padres no nos mandan porque de muy pequeños hacemos falta para el trabajo. Yo digo que esta guerra hay que ganarla, aunque sólo sea para que los críos no tengan que penar en las tierras de los señores apenas pueden tenerse en pie.

Una violenta quinta de tos remata sus palabras. Corro a buscar el frasco de jarabe. Mientras le tiendo la cuchara, pienso que mañana a estas horas no oiré toser más, que no me dolerá el pecho de no poder quitarles a ellos el dolor de espaldas, el dolor de las manos hinchadas por los sabañones o las quemaduras del fusil recalentado. Pienso, además, que vale más no pensar y que me vendría bien un trago de aguardiente o un jarro de vino, aunque sería mejor comer antes un bocado.

A mi alrededor, los milicianos recogen los fusiles para ir a relevar la guardia. Quisiera marchar con ellos, pero todavía siento las piernas flojas. Por la puerta entreabierta se mete un vaho helado que enfría hasta dar náuseas el olor a colillas, a grasa rancia, a mugre espesa, a sudor de fiebre, a guerra mísera.

— Vámonos, Ernesto —digo—. Tenemos que marchar hasta la trinchera del llano antes de ir a la avanzadilla. No me mires con esos ojos de susto, puedo caminar perfectamente. Además, me vendrá bien respirar aire fresco. Y a los milicianos del Sargento les gustará que vayamos a visitarlos.

— ¡Buena está la noche para visitas! —masculla Ernesto—. A mi modo de ver, es la más helada de todas las que llevamos pasadas aquí. Menos mal que es la última...

— De esta vuelta, compañero. No creo que nos dejen parar mucho tiempo en Madrid. En todos los frentes hace falta gente

aguerrida, segura, y como hemos adquirido buena fama, no tardarán en mandarnos a un sitio parecido a éste o peor.

— Pues yo te digo que no pienso quedarme en el Centro. Aquí ya soplan vientos malos para el POUM, porque los comunistas quieren liquidar nuestra organización a toda costa. No tienes más que leer su Prensa. De traidores para abajo, nos llaman de todo. Si pudiéramos seguir juntos como hasta aquí, se podría aguantar todavía, pero con el pretexto de la militarización, nos meterán en alguna brigada de ellos...

— También habrá brigadas socialistas y de la CNT —digo yo—. Aún no pueden mandarnos obligados. Tenemos tiempo de ver cómo vienen las cosas. Por el momento siguen cubriendo posiciones con compañías de los sindicatos y las organizaciones políticas. La prueba está en que las fuerzas que vienen a relevarnos son del POUM. Existiremos mientras sigamos juntos, pero si de los pocos que somos cada uno se pone a tirar por su lado, nos borrarémos de la lucha como organización antes de que ellos nos borren. Salgamos ahora, Ernesto, que se hace tarde.

Fuera brillan tanto los collares de escarcha enrollados en los pinos, hay tal cantidad de estrellas refulgentes, que la noche parece una inmensa fiesta de Navidad. Sobre la tierra helada, nuestros pasos suenan extrañamente ruidosos en la densa masa de silencio que envuelve el paisaje.

Dentro de la trinchera sólo hay ocho hombres de guardia, que nos reciben con grandes exclamaciones de júbilo. El ingenio campesino ha hecho aquí maravillas en materia de lumbre. El fogón excavado profundamente está repleto de brasas. A la orilla humea un caldero de café. Más allá hay otro, mayor, que deja escapar un tufillo

apetitoso. Antes de que yo pregunte lo que contiene, se adelanta Fabián, mozo alto, fornido, que se ha dejado crecer un espeso bigote.

— ¿Te intriga? —dice—. ¿Quieres probar?

Mi expresión dubitativa muestra a las claras que no estoy muy decidida, temerosa de lo que dirá mi estómago.

— Puedes mirar —insiste Fabián—. Es un pote de verdad, con carne y todo, lleva hasta habichuelas. Ya sé, me preguntarás de dónde las hemos sacado. La carne es eso que nos dan por jamón, malo de comer, ya se sabe, pero que aderezado con cebolla y el resto, pasa muy bien. Las habichuelas, hemos encontrado medio saco en una casa abandonada de por ahí. Había también garbanzos, patatas, mucha ropa, sábanas, mantas. Da pena pensar en la gente que salió corriendo sin llevarse nada.

— Esas casas hay que respetarlas, Fabián. Espero que no hayan hecho destrozos —digo yo—. Está permitido sacar comestibles y ropa de abrigo.

— Mira, estaba todo tan curioso y bonito en esa casa, que te entraban ganas de quedarte a vivir. Hubiese sido pecado entrar a saco. Nosotros nos llevamos solamente algunos cacharros de cocina, las mantas y lo que había de comida. Aquí está el Sargento, que lo puede decir.

El Sargento confirma lo dicho por Fabián. Y, sin dar mayor importancia al asunto, que en realidad no lo tiene porque tarde o temprano esa casa plantada en pleno frente de guerra será bombardeada, se pone a dar el parte de la posición que tiene a su cargo: una zanja de cien metros de largo, solitaria y vulnerable, que

fue trazada como una raya, sin más destino que cobijar malamente a un puñado de internacionales en las primeras jornadas de la defensa de Madrid.

— Mira un poco esta trinchera —invita el Sargento con su voz despaciosa—. Ya puede venir el relevo. Menos mal que son compañeros nuestros que sabrán mantener todo lo bueno que les dejamos. Fíjate en el suelo, no hay barro porque se ha hecho el desnivel necesario. Tenemos hasta un dormitorio alfombrado. Y nada rodando por ahí. Limpieza y orden para que no se te coma la miseria. Aquí no se ha visto nunca un piojo.

— Felicitaciones, Sargento. Claro que aquí hay más tranquilidad que en la avanzadilla, donde tenemos al enemigo como quien dice en las narices.

— Tranquilidad si se quiere —responde el hombre cortando las sílabas con el palillo que se mete hasta las profundidades de la boca— porqué estamos más lejos, pero si el enemigo llegaba a atacar...

— Ya está bien, compañero, dejemos la discusión para cuando estemos en Madrid, que será dentro de unas horas —corto yo—. No hace falta preguntar si todo está listo para el relevo. Hasta luego.

El día ha llegado con un sol resplandeciente. La compañía de relevo ocupa ya las posiciones. Nuestros vecinos de “Artes Blancas” han armado una mesa entre los árboles para agasajarnos con vino y música. Las palabras de despedida que pronuncia el más viejo de los milicianos evocan la noche del gran miedo que les ayudamos a vencer.

Cuando nuestra columna se forma para iniciar la marcha estallan en el anticuado gramófono los acordes de *La Internacional*. Porque todos la escuchan silenciosos con el puño el alto, el mensaje de lucha y esperanza que proclama el canto revolucionario universal parece llegar de otras tierras, de mucho más lejos que este estrecho espacio de soledad, ínfima parcela del ensangrentado suelo español.

En uno de los camiones, junto a los compañeros del POUM que han venido a buscarnos, hay un hombre desconocido, de aspecto extranjero, que lleva colgada del hombro una máquina fotográfica. Tiene trazas de periodista, y lo es, según me informa

Antonio Rodríguez al presentármelo, francés además, que escribe para un diario de París. Escucho, sin prestar mayor atención, su nombre y el del periódico.

El hombre me dice que ha recorrido la posición mientras la compañía se preparaba para marchar, y que le parece una locura poner combatientes en ese agujero, prácticamente metidos en el terreno enemigo, sin más armas que fusiles y bombas para rechazar un ataque.

— ¿Y qué hacen los franceses del Frente Popular cruzados de brazos, mirando la lucha del pueblo español? ¿Por qué no mandan las armas necesarias para combatir contra el fascismo? Aquí vienen ustedes a contemplar la guerra civil como los aficionados van a la plaza de toros, y hasta describen en bellos artículos el martirio de la población madrileña bajo los siniestros bombardeos de la aviación franquista. A ti también, la pequeña excursión que has hecho al Pinar de Humera te servirá para mandar una crónica más o menos pintoresca, probablemente apiadada, llena de buena voluntad, sobre el puñado de milicianos que han pasado tres semanas aguantando

las ametralladoras y los morteros fascistas a fuerza de dinamita. No tomes a mal lo que digo, tú no tienes la culpa, nadie tiene la culpa del crimen que cometen las naciones llamadas democráticas contra los trabajadores españoles. No se hable más...

— Yo desearía seguir hablando contigo —dice el periodista—. ¿Quieres que nos veamos en Madrid esta noche? Lo que tú me digas puede ser útil para la causa que estás defendiendo. Comprendo tu indignación, tu rencor y hasta tu desprecio por los que sólo damos testimonio de esta lucha sin tomar las armas...

— Te equivocas, no se trata de tomar las armas, que, por otra parte, no tenemos, ya que ni siquiera contamos con humildes fusiles para todos los combatientes. Se trata de obtener que los países llamados democráticos hagan por nuestra lucha lo que las naciones fascistas hacen por los fascistas españoles. España es hoy la vanguardia de un lado y de otro. ¡Ay de Europa si los franquistas ganan esta guerra! Aquí termina todo lo que puedo decirte, que, además, muchos otros han dicho ya hasta el cansancio. Si lo que te interesa es un análisis político, es mejor que acudas a los compañeros del POUM aquí presentes.

— Lo que me interesa es hablar contigo de lo que tú quieras. Pasaré esta noche a buscarte para cenar. Comeremos en el “Hotel Gran Vía”, donde estoy parando. No te prometo manjares extraordinarios, pero sí buen vino que todavía queda. No me mires con esa cara de burla, no te estoy sobornando, trato simplemente de convencerte para que aceptes un rato de charla amistosa, que te servirá de distracción.

— A lo mejor es verdad —digo yo—, pero no vengas a buscarme al cuartel. Si después de bañarme y dormir tengo ganas de

conversación, iré a tu hotel alrededor de las nueve. No es seguro, solamente probable.

CAPÍTULO 7

En el cuartel de Serrano nos aguarda una verdadera comida de fiesta con carne guisada, buñuelos rociados de almíbar y café. Aprovecho el comienzo de borrachera obtenida a fuerza de vino y coñac para intentar dormir así como estoy, sin desvestirme ni abrir la cama por respeto a las sábanas limpias. ¡Ojalá no me despierte hasta mañana, aunque el periodista francés se quede sin la conversación!

Abro los ojos sobresaltada como si estuviese sonando la campana de los bomberos. Miro el reloj. Las ocho en punto. Una vez más, ese despertador que tengo detrás de la frente ha marcado la hora de cumplir. De nada ha servido la cita dudosa fijada a regañadientes. La manía de cumplir que mantiene viva mi ansiedad desde que tengo uso de razón, se revela constantemente. Como sé que no conseguiré seguir durmiendo, voy a ver si hay agua caliente en el baño.

Portento, milagro, la hay. Además, doblada sobre un banco, la toalla más ancha y mullida que he visto hasta ahora. De seguro debotan delicadas atenciones a nuestro Cirilo el moreno, definitivamente retirado de la vida militar por incompatibilidad absoluta con los tiros. El miedo que pasó en la Moncloa le causó un verdadero desequilibrio nervioso, que se fue atenuando a fuerza de medicamentos, pero, que, según el médico, podría agravarse si volviera al frente.

Tengo que quedarme un largo rato en remojo para ablandar la capa de mugre pegada a la piel. El agua tibia y el jabón perfumado van recreando despacio mi mundo de antes, como si se me abrieran en la memoria agujeros luminosos por donde se cuelan las duchas municipales de la rué Lacedpede, a un paso de la rué Mouffetard, donde íbamos a bañarnos dos veces por semana. Oigo cantar a las chicas y a los muchachos de las cabinas de al lado y las voces que gritan: “Pásame el jabón, tíralo por el tabique”, “Espérame, Jeannine, ya me falta poco...”. Por otra rendija se abre camino la imagen de Hippo, nuestras andanzas por l’île St. Louis, el jardín de Luxemburgo, las reuniones políticas en el café de La Mairie de la plaza St. Sulpice.

Ahora me pregunto por qué estuve tan agresiva con el periodista. Es normal que el hombre busque temas para sus artículos sobre la guerra civil española. Que haya acudido al POUM en vez de dirigirse a las prestigiosas fuerzas comunistas es un gesto de simpatía que debemos agradecer.

“Ya está bien. Deja de buscar razones para justificar las ganas que tienes de hablar con el francés”, me digo mientras paso revista a la ropa que puedo ponerme.

Es una lástima que no tenga ninguna falda, ni vestido, ni abrigo de mujer. Venga entonces el pantalón azul de esquí, el tabardo nuevo y la capa que me llega a los tobillos. Hurgando en el maletín donde guardo una pomada para las manos, encuentro el lápiz de labios que una amiga me regaló en París. Lo tomo sin darme cuenta, lo abro, me acerco al espejo y reconozco, asombrada, la que soy ahora: una mujer—soldado que no tiene derecho a pintarse la boca.

En el ancho zaguán iluminado con una bombilla azul hay un grupo de milicianos alrededor de Garbanzo, que escucha, halagado, los elogios que los compañeros dirigen al retrato de su novia. Yo también me detengo a mirar la pequeña fotografía grisácea de una muchacha campesina de pecho alto y gruesas trenzas recogidas sobre la frente.

— Tienes una novia muy bonita, Garbanzo —digo—. ¿Se ha quedado en el pueblo? ¿Sabes algo de ella?

— En el pueblo se quedó. Saber, no sé nada, porque todo aquello lo ocuparon los fascistas. Pienso que a estas horas sigue con vida gracias a que sus padres son campesinos acomodados que no me querían para yerno a causa de mis ideas. Pero la chica ha jurado esperarme. Llevábamos tres años hablando cuando estalló el Movimiento. Bueno, no quiero recordar estas cosas. Lo que me hace falta es una juerga con cante y vino. Ahora mismo salgo a buscar a unos paisanos que me han invitado.

Y como si de pronto descubriera que estoy vestida de ciudad, hince una rodilla en tierra, tira el gorro a mis pies exclamando: “¡Vaya garbo! ¿Se puede saber adónde vas tan compuesta?”

— ¡A ver si tiene que dar cuenta de sus pasos la capitana!, —le riñe el viejo Severio.

Dicho lo cual, me mira con ojos de pregunta, porque también él quisiera saber dónde voy.

— Al “Hotel Gran Vía” —contesto—. Tengo que hablar con el periodista francés para contarle las hazañas de los milicianos del POUM. Lo de las hazañas no va en serio. Le explicaré solamente que

estamos combatiendo desde los primeros días de la guerra, que muchos de los nuestros han muerto luchando...

— Ante todo, que somos revolucionarios —dicta Garbanzo—. No de pega ni de última hora, como tantos que hoy se llaman comunistas.

El estruendo de un obús, seguido de una andanada, de otra y otra más, hacen trizas la noche madrileña. Al fragor de la metralla se suma el rodar de piedras y cristales, y pocos instantes después, las sirenas de las ambulancias y los bomberos.

— Están explotando bastante cerca —dice Severio tendiendo la oreja—. No se te ocurra salir ahora.

— No tan cerca —corrijo yo—. Lo que pasa es que tiran por baterías. Caminaré pegada a las paredes. Todavía no se ensañan con este barrio que fue de ricos.

— A estas horas ya deben saber que está lleno de pobres. La quinta columna les da informes —murmura Cirilo, que ha venido a calmar su miedo junto a nosotros.

Al estruendo de los obuses sigue ahora el crepitar de las ametralladoras, nuestras o de ellos, de los dos probablemente. Salgo antes de que vuelva a desatarse la jauría de metralla. Me cruzo en el camino con mujeres que marchan rozando los muros. Algunas llevan niños de la mano. Otras, cargadas de bultos, corren un trecho, se detienen sin soltar los paquetes, vuelven a correr mirando al cielo como si creyeran que verán el próximo obús apuntar a las estrellas antes de hundirse en el vientre de las casas o destrozar carnes humanas.

Me acerco a una mujer agobiada por el doble peso de su vientre preñado y el fardo que aguanta entre sus brazos. Le pregunto adonde va.

— Al “Metro” —responde— si llego, o al hospital si las fuerzas me alcanzan. Estoy casi de término. Salí con idea de encontrar una ambulancia en la calle. Después pensé que estarían repletas de muertos y heridos. Tuve miedo por la criatura que, a lo mejor, me salía un monstruo si yo miraba tantos horrores. Si consigo llegar al “Metro” allí me quedaré hasta que me den los dolores, porque entonces vienen los camilleros y te llevan.

— Si aguardas un momento, yo volveré con un miliciano que te llevará el paquete.

— Muchas gracias —contesta la mujer con una sonrisa en los labios y en los ojos—. No hace falta molestar a nadie. El paquete pesa poco, abulta solamente; son dos mantas por si tengo que quedarme en el “Metro”. ¿Tú eres miliciana?

—Sí.

— ¿Crees que ganaremos la guerra? Yo tengo a mi padre y a mi marido en el frente. Hacía seis meses que nos habíamos casado cuando estalló el Movimiento. Mi marido marchó inmediatamente a la Sierra. ¿De verdad estás segura de que ganaremos la guerra?

— Segura. Ahora tenemos más armas, y aún vendrán más.

— ¡Que Dios te oiga! Salud, compañera. Gracias por haberme hablado, ahora se me ha pasado el miedo.

No bien nos separamos, me digo que hubiese debido acompañar a la mujer hasta el “Metro”, quedarme allí, compartir con los míos esta

noche de espanto en vez de ir a contar cosas de nuestra guerra a un forastero que viene solamente a mirar esta tierra ensangrentada.

Mientras resuelvo qué camino tomar, dejan de estallar los obuses, pero las ambulancias y los coches de bomberos siguen corriendo por las calles. No iré al “Metro”, no iré al cuartel, estoy temblando de frío y de terror, no conseguiré dormir, iré a ver al periodista francés.

— Viendo pasar la hora pensé que no vendrías —dice el hombre—. Por si acaso, pedí que nos dejaran cena. Vamos a comer.

Desde que comenzó la guerra, es la primera vez que veo manteles blancos, camareros a usanza de los tiempos de paz, gente sentada alrededor de mesas del pasado, que habla y come como antes de los bombardeos. Hay algunos oficiales, incluso simples milicianos. Enchufados, dirían los nuestros, pero puede no ser verdad. Probablemente sólo haga falta tener dinero suficiente. Estoy a punto de preguntárselo al camarero que viene a servirnos. Me digo que es mejor no averiguar. De todas maneras, no pienso volver aquí. Me molestan las miradas que se fijan en las tres estrellas que llevo prendidas en el tabardo.



Mika con un grupo

— Me he olvidado de quitarme las insignias —le digo al periodista—. Estos señores deben de creer que soy una capitana de pega salida de algún Ministerio.

— En la cara se te ve que llegas del frente —dice él—. Tienes la piel como cuero curtido y una especie de arrogancia en el porte poco común en la retaguardia. Es natural que se te haya pegado el orgullo del combatiente. De todas maneras, me imagino que te importa poco lo que la gente piense de ti.

— Te equivocas, me importa mucho más de lo que quisiera. Es una falla de mi carácter, una flaqueza, si lo prefieres. La menor manifestación de desconfianza o de hostilidad me hiere, peor aún, me humilla como una ofensa. En el fondo soy una débil mujer indefensa. Es la pura verdad, pero no debería confesarlo. Estoy hablando más de la cuenta, como siempre. Debe de ser a causa del calor y del vino. Cambiemos de tema. Pregúntame lo que te interese saber.

— Ante todo —dice el hombre mirándome a los ojos— saber por qué te burlas de mí.

— Peor para ti si crees que me burlo. Con esto revelas que tienes las concepciones del montón. Esperabas verme reaccionar a lo hombre, afirmar que la opinión de los individuos más o menos enchufados que están aquí me tiene sin cuidado. Te cuesta creer que sea vulnerable porque mi situación en el frente, mandando hombres, contradice lo que la gente define como esencia femenina. Vamos a dejarlo, no tengo ganas de entrar en explicaciones.

— A riesgo de molestarte, quiero preguntarte algo que juzgo importante.

— Ya lo sé, lo que pregunta todo el mundo. Que si no se me crean problemas de tipo que podríamos llamar sentimental. Si no tengo que rechazar proposiciones, insinuaciones o tentativas digamos amorosas. ¿Es esto lo que querías preguntarme, o me equivoco?

— No te equivocas, a eso me refería.

— Entonces te contesto rotundamente. ¡Nunca!

— ¿Alguna vez has hablado del tema con los milicianos, establecido cómo debían tratarte?

— Nunca. Hubiese sido un error de mi parte y, además, una debilidad. Para ellos, yo no soy mujer ni hombre. El clima que se ha creado entre nosotros ha nacido de mi conducta.

— ¿Nunca has intentado enterarte de lo que hablan de ti entre ellos?

— Deliberadamente, no. Una vez, por casualidad, en Sigüenza, cuando aguantábamos la presión del enemigo atrincherados en la casa que nos servía de cuartel, supe por uno de nuestros viejos que a los milicianos les sabía mal que yo fuese varias veces al día a ver a los compañeros que defendían la estación del ferrocarril.

— ¿Por qué lo tomaban a mal?

— Porque tenían celos.

— Esto debería demostrarte que para ellos no eres tan intangible como lo quieres creer, ya que pueden tener celos de otros hombres.

— No seas tan primario. Los celos son un sentimiento posesivo que los niños manifiestan para con su madre, que existe entre amigos, hasta entre los animales.

— Otra pregunta, trivial quizá, que te habrán hecho muchas veces. ¿Nunca has tenido miedo?

— Siempre he tenido miedo. No en la cabeza ni en las piernas, sino en el estómago, sobre todo al comienzo de un combate, cuando estallan los primeros obuses, más todavía si hay bombardeo de aviación. A veces son peores los cañonazos si estás en una trinchera, pero el avión tiene un prestigio siniestro, al que es difícil sustraerse. En los primeros tiempos de la guerra solía bastar un solo avión volando sobre el terreno para provocar una desbandada. Pasaba que nosotros no teníamos nada, ni siquiera fusiles suficientes para todos. Ahora estamos un poco mejor gracias a la Unión Soviética, pero a la pequeña unidad del POUM le esperan momentos duros. La Prensa comunista ya está atacando a la organización. Sus calumnias son una afrenta para nuestros combatientes que han visto caer tantos de sus compañeros desde los primeros días de la lucha. Duele mucho ver que se acaba la fraternidad que nació con el movimiento revolucionario y que la misma revolución está perdiendo terreno.

— Pero en España el Partido Comunista no es la organización más fuerte. El partido socialista, con su poderosa UGT y la CNT—FAI con sus masas anarquistas, pueden muy bien impedirle que imponga su ley, no dejar, por ejemplo, que destruya al POUM, por mucho que lo ordene Rusia.

— Antes del 18 de julio, el partido comunista, frente a las demás organizaciones obreras, representaba muy poco. Pero tres días después, ya se puso a encuadrar milicias con un sentido de la

disciplina y de la propaganda que se inspiraban en los métodos de la Internacional Comunista. A estos primeros galones se sumaban los que ganaban los aviones rusos luchando en el cielo contra la aviación fascista. Ahora Rusia nos manda tanques, cañones, ametralladoras. Rusia es nuestra providencia, y su abanderado es el partido comunista. Junto con las armas soviéticas, vienen los siniestros métodos estalinistas, los fabricantes de calumnias, los chequistas que obtienen “confesiones”.

— Lo que me estás diciendo no explica el sometimiento de todas las otras organizaciones obreras que han tomado las armas para luchar contra el levantamiento.

— Ocurre que tomaron las armas, pero no el Gobierno. Fíjate que digo el Gobierno, no el poder, porque en realidad instauraron un poder revolucionario en los primeros días y hasta en las primeras semanas. Pero dejaron el Gobierno en manos de los mismos políticos burgueses, que no supieron frenar la conspiración militar que todos veían venir, por miedo a fortalecer la corriente revolucionaria que circulaba en el país. Hasta el último momento, el Gobierno ocultó la gravedad de la situación porque esperaba poder negociar con los generales sublevados y evitar dar las armas a los trabajadores. Cuando éstos consiguieron los primeros fusiles, se olvidaron del Gobierno, preocupados solamente por lo inmediato: sofocar los focos fascistas, formar las milicias...

— Y el Gobierno no lo pudo impedir...

— Es verdad que no pudo, pero diez días después intentó asumir el control de las fuerzas revolucionarias pagando diez pesetas al día a cada miliciano. No sé si tienes idea de lo que representaba esa suma para los obreros y campesinos que nunca habían ganado semejante

jornal. Ni siquiera en nuestra columna, que contaba con muchos militantes políticos, conseguimos que los milicianos rechazaran las diez pesetas. Los sindicatos y los partidos anularon en parte la maniobra del Gobierno exigiendo que la paga de las milicias les fuese entregada para ser ellos quienes la distribuyeran.

— ¿Tú crees verdaderamente que, de haber destituido al Gobierno republicano, instalando en su lugar una junta revolucionaria, digamos, a estas horas se habría ganado la guerra?

— No sé si se habría ganado pero sí cambiado su curso con toda seguridad. De no haber frenado el Gobierno ese empuje revolucionario que reconquistó el Cuartel de la Montaña, rescató tantos pueblos y ciudades, inició la defensa de Madrid cuando el Gobierno salió huyendo a Valencia, las milicias hubiesen ganado más territorio y habrían conservado ciudades que se perdieron a causa de las dilaciones impuestas por el Gobierno.

— ¿Con qué armas, con qué cuadros militares? Franco tiene y tenía desde el comienzo un Ejército. Para luchar contra él es necesario que las milicias lleguen a ser un ejército disciplinado.

— Si el enemigo nos da tiempo. Entretanto, no hay más remedio que seguir combatiendo como somos y con lo que tenemos, de todo poco: pocas armas, pocos mandos y poquísima ciencia militar. No tengo más ganas de hablar. Me voy a dormir, adiós.

— Podrías quedarte a dormir aquí.

— ¿Aquí, contigo?

— ¿Por qué no? ¿Tus principios te lo prohíben?

— Sí, mis principios de la guerra me lo prohíben.

— ¿Acaso crees que en el artículo que voy a escribir diré que me he acostado con una capitana que manda fuerzas en el frente de Madrid?

— Aunque no lo dijeras. Aunque nadie se enterara, ni siquiera mis milicianos, algo se habría rebajado y hasta manchado en la causa que estoy sirviendo. No me mires con ojos de burla o de lástima, no pienses que me creo Juana de Arco o que me impongo un código monástico. Mi actitud nada tiene que ver con la moral burguesa. Tiene que ver con el personaje que encarno para los milicianos de mi compañía, para todos los que me rodean y hasta para ti.

— ¿Entonces tú te imaginas que si pasaras la noche conmigo habrías desmerecido en mi estima?

— Estoy segura de que sí. No tengo fuerzas esta noche para explicarte por qué caminos tortuosos la imagen que te llevarías de mí se habría trivializado, rebajado al tamaño de una aventura pintoresca en la España roja con una capitana que te llevas a la cama en cuanto se lo propones. Me contestarás, ya lo sé, que le doy una importancia trascendental a algo que no tiene ninguna, porque me doy a mi misma una falsa importancia, queriendo a toda costa que me tomes por una mujer excepcional.

— Espero al menos no haberte ofendido. Lo único que quizás puedas reprocharme es haber querido simplemente tratarte como a una mujer igual a las demás mujeres, olvidando, en efecto, que eres excepcional.

— Mira, vamos a dejarlo. El asunto no merece tantas palabras. Añadiré solamente que estoy segura de encontrar varios milicianos despiertos cuando llegue al cuartel, de los más viejos, claro está.

— ¿Te acompaño?

— Muchas gracias, no hace falta. La noche madrileña es negra, pero tranquila. El único peligro son los obuses, y contra ellos no hay compañía que valga.

— Decididamente no acierto ninguna. Ya podía haber pensado que tú nunca tienes miedo.

— Si lo dices para burlarte es una maldad gratuita. Si lo dices en serio repito lo que te dije al comienzo: tengo miedo siempre y a todo. Adiós, compañero periodista. Según vayan las cosas, a lo mejor continuaremos algún día esta conversación en París.

Son las dos de la madrugada cuando llego al cuartel. Detrás de la puerta entreabierta, además de los dos milicianos de guardia están sentados en el suelo fumando tres de nuestros viejos y cuatro o cinco jóvenes.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué no duermen?

— No pasa nada, te esperábamos. Hasta creímos que no vendrías a dormir. Podías no haber venido...

Las voces se turnan, indecisas, como pesarosas, buscando una explicación difícil de expresar. Yo no recojo la desconfianza, no reivindico una independencia perfectamente natural que a ellos les costaría discutir.

— De haber pensado no venir a dormir —digo solamente—, hubiese avisado antes de irme. Si algo grave hubiese ocurrido, ustedes sabían que yo estaba citada con el periodista en el “Hotel Gran Vía”.

Ni yo ni ellos aludimos al motivo que podía tener realmente el no haber regresado a dormir al cuartel. ¿Hipocresía? Yo digo precaución. Entre ellos y yo existe un terreno común, la lucha, la solidaridad, la dura ley del combate. Más allá hay una zona oscura en la que nos movemos, ellos y yo, a pasos prudentes, como si camináramos a orillas de un pozo mal tapado. Lo que duerme o se agita en las aguas de ese pozo nos concierne, pero por un acuerdo tácito no miramos dentro del pozo. Tampoco hace falta. Lo esencial está claro entre nosotros. Si yo me hubiese quedado a dormir con el periodista francés, algo se habría enturbiado. El hombre no podía comprenderlo, porque no es español.

La voz del viejo Servando corta un silencio que ya dura más de la cuenta, y es para decir: “No vayas a creer que te espiamos. Tú eres muy dueña de hacer lo que te parezca. Nos quedamos despiertos por si llegaba una orden y hacía falta ir a buscarte”.

— Claro, ya lo sé, no vale la pena seguir con el tema. Buenas noches a todos. Mejor que no haya llegado ninguna orden, porque necesitamos descansar.

Son más de las doce del día cuando me despierto a medias, inquieta por el malestar que me dejan esos sueños de trenes que se me van de entre las manos desde la infancia. El tren de hoy lo he dejado ir porque temía no conseguir montar con todas las maletas de mi equipaje. Yo estaba sentada en el banco de una estación solitaria parecida a la de Sigüenza, pero que no era española, sino francesa. El tren que se detuvo frente a mí traía un coche— comedor suntuoso, cuajado de luces que iluminaban mesas rodeadas de personas vestidas con trajes de fiesta. El jefe de la estación anunció dos minutos de parada.

No había nadie cerca que pudiese ayudarme a subir las maletas. Tampoco estaba segura de que el tren llevase coches de segunda. No había tiempo para preguntar. Además, ese tren de ricos me intimidaba. Tenía también vergüenza de mis maletas viejas, deformadas. Pero, por encima de todo, estaba el temor de no llegar a subir con todo el equipaje. Sin embargo, optimista como siempre, me digo que tomaré el próximo tren, total, nadie me espera. Pero cuando pregunto a qué hora hay otro tren, el jefe de estación contesta que mañana a las ocho, que el que acaba de irse era el último del día, y me mira extrañado, sin atreverse a preguntarme por qué no lo tomé. Como de costumbre, me creo obligada a dar explicaciones, diciendo la pura verdad.

— El tren hubiese esperado, dice el hombre. Al verla en apuros, yo hubiese acudido a ayudarla, pero usted no se movió.

Una sensación de derrota y de humillación me sube a la garganta. El esfuerzo por vencer el ahogo me despierta, librándome de la angustia de tener que pasar la noche en una estación desierta. De buena gana seguiría durmiendo. Imposible. Entonces me pongo a descifrar el sueño que me parece transparente. Ando por la vida con una carga superior a mis fuerzas reales. Me impongo una conducta que no responde a mi vocación profunda.

“¿A santo de qué te pones a fabricar mala literatura? —me digo en seguida—. Eso de la vocación profunda habría que verlo. Los trenes que dejas pasar pueden ser episodios secundarios. Siempre has asumido los deberes que has elegido deliberadamente. Ahora mismo podrías irte de España, volver a París, pero sabes que esta decisión te amargaría la vida. Sabes de sobra que la guerra se ganará o se perderá sin ti, pero sabes también que debes quedarte con los tuyos.

Y basta de pamplinas. Por el momento hay asuntos mucho más importantes que interpretar sueños. Entonces, arriba”.

El comedor está lleno de milicianos y de malos rumores llegados de las zonas vecinas a Madrid. Pido a los compañeros que no pasen la noche fuera del cuartel por si nos llamasen con urgencia. Algunos gruñen que necesitamos descanso, pero la mayoría resuelve que pasemos lista dos veces al día. Pienso con angustia en nuestra primera compañía, colocada en la línea de la ofensiva fascista que se teme.

Son las tres de la tarde cuando salgo a caminar por las calles de la ciudad. Junto a los almacenes de comestibles se alargan colas interminables de mujeres ateridas y silenciosas que miran pasar los camiones de milicianos sin explosiones de entusiasmo. Algunas saludan con el puño en alto, siguiendo un rato con la vista a los hombres que marchan a los frentes amenazados. Madrid está dolorosamente instalado en el asedio, el hambre, el frío de este invierno helado como pocos, en los bombardeos de artillería y las sangrientas incursiones de la aviación.

También hay colas en las puertas de los cines. Puñados de hombres viejos, muchas chicas, algunas mujeres mayores. Me pongo en la cola, no para entrar, sino para escuchar las conversaciones. Dos muchachas cuentan el viaje que han hecho a la Mancha en busca de víveres.

— Cambiamos hilo de coser y jabón por harina de gachas, un poco de tocino y ocho huevos. De haber llevado alguna sábana, la campesina me hubiese dado dos kilos de cerdo adobado —dice una muchacha rubia—. Aunque la esconden, los campesinos tienen

todavía mucha comida. Nuestra vecina del primer piso se trajo medio cordero la semana pasada.

— Habrá dado lo suyo —comenta una mujer vieja—. Porque mi hija, que llevó dos paquetes de tabaco, medio kilo de sal y un jersey de lana, consiguió solamente dos kilos de harina, un hueso de jamón, una ristra de tomates secos, seis huevos y pare de contar.

A este paso, si todo Madrid se echa a los pueblos, pronto no se encontrará nada.

— Siempre habrá para los que saben buscar —tercia el hombre que está a mi lado—. En el mismo Madrid, quien lo puede pagar, come de todo. Conozco algunas tascas que sirven filetes con patatas fritas. No a mí, que soy un infeliz sin más paga que las diez pesetas del miliciano raso. Ni siquiera puedo volver al frente a causa de mis pulmones estropeados.

El hombre tiene los ojos hundidos, muy brillantes, la espalda agobiada y la voz ronca.

— ¿Has enfermado en el frente? —le pregunto.

— ¡Cualquiera sabe! —contesta—. Yo tosía antes de la guerra.

Soy minero. En nuestro oficio hay eso que llaman la silicosis. Cuando comenzó la guerra vine a Madrid con otros compañeros de Asturias. Muerto por muerto, me dije, mejor palmar de un tiro que arrastrar un cuerpo maltrecho. No me fue bien. El tiro que me dieron medio me arrancó el brazo izquierdo, mira

El hombre se quita el tabardo, se arremanga la camisa, mostrando una larga cicatriz todavía tierna. Las mujeres se agolpan a su alrededor. Yo no me acerco. Las mujeres le ayudan a ponerse el tabardo. Después vuelven a sus charlas de comida.

Pienso un instante quedarme en la cola para entrar en el cine, pero los obuses que comienzan a estallar me obligan a buscar refugio en el quicio de una puerta vecina. Cuando, al cabo de un cuarto de hora, la artillería se pone a tirar más lejos, se ha vuelto a formar la cola. A mí se me han quitado las ganas de ver películas, incluso de andar por las calles.

Nuestras milicias están de luto. La primera compañía del POUM que nos relevó en el Pinar de Humera ha sido destrozada en los combates que lanzó el enemigo durante los primeros días de enero. Entre los muertos figura Jesús Blanco, temerario capitán de veintiún años. Los milicianos están ansiosos ahora por volver al frente.

Mientras llega la orden, nos ponemos a vagar junto a nuestra antigua posición. Los internacionales defienden Pozuelo y sus alrededores. También sus batallones tuvieron pérdidas enormes.

El frío es tan intenso y la niebla tan espesa a las dos de la tarde, que el paisaje tiene contornos de noche helada. Detrás de un bulto de ramas oigo hablar en idioma extranjero. Dos hombres se incorporan cuando me acerco. Ambos son casi viejos o lo parecen por las barbas crecidas, la piel arrugada, los hombros vencidos.

— ¿Qué vienes a hacer aquí? —pregunta el primero que se levanta—. Este lugar no es propio para paseos.

Le tiendo mi tarjeta de miliciana. Después, apartando la capa que me envuelve hasta los pies, le muestro las insignias de capitán. Entonces, los dos me abrazan y nos besamos en las mejillas a la francesa. Les explico que pasé tres semanas con mi compañía en el Pinar de Húmera, no lejos de aquí.

De esa especie de sentimiento de culpa que me oprime por no haber tenido que afrontar los combates que aniquilaron a nuestra primera compañía, no digo nada. Sería largo e inútil contarles que me pasa algo parecido a lo que le ocurre al criminal que viene a rondar al sitio de su crimen. Mi crimen es haber tenido la suerte de no morir en el Pinar de Húmera como tantos de nuestros compañeros.

Los dos hombres me cuentan que pertenecen al batallón “Commune de París”, que son polacos radicados hace varios años en Francia, adonde fueron huyendo de las persecuciones que sufren los revolucionarios en su país, y que la guerra civil española contra el fascismo es su propia guerra. Contesto que lo mismo pienso yo. Fumamos un último cigarrillo, callamos, no tenemos nada más que decirnos porque tanto ellos como yo estamos saturados de compañeros muertos y no es bueno traer muertos a la memoria mientras dura el combate. Entonces volvemos a abrazarnos. Yo me voy dejándolos detrás de su ilusorio parapeto de ramas que chorrea hielo y niebla.

Consigo trepar a un camión lleno de milicianos que regresan del frente. Al poco rato me encuentro cerca del cuartel. Corro al despacho del comandante para saber si nos han llamado de alguna parte, si hay orden de marcha.

— Ninguna orden por el momento —dice el comandante—. Se habla, en cambio, de integrar a los milicianos del POUM en un batallón de la 38ª Brigada que manda el teniente coronel Tomás, socialista.

Añade que como no hay manera de formar una unidad autónoma porque nuestros efectivos pasan apenas de una compañía, estamos obligados a acatar la decisión de la comandancia de milicias.

— ¿Se trata de rumores, o ha venido una notificación? — pregunto.

— Me lo han comunicado verbalmente en la comandancia de milicias cuando acudí esta tarde.

— ¿Te llamaron ellos?

— Sí, por teléfono. Te he buscado para decírtelo, pero no estabas en la casa. Antes de ir a la comandancia, hablé con los responsables de nuestra organización, porque temía recibir una orden de disolución. Pedí que alguien me acompañara. Antonio Rodríguez vino conmigo. Tratamos de mantener la independencia de nuestras fuerzas, escasas pero aguerridas y muy bien conceptuadas, como lo pueden atestiguar el teniente coronel Ortega, que las tuvo bajo su mando en la Moncloa, y el coronel Perea, en cuyo sector actuaron nuestras dos compañías, pero nos respondieron que en adelante no habrá compañías aisladas en ningún frente.

— ¿Tuviste la impresión de que no se trataba de una medida discriminatoria por tratarse del POUM?

— Al contrario, más bien me pareció que nos tienen en buen concepto. La prueba es que dejan juntos a nuestros milicianos. Formarán una compañía dentro del batallón. ¿Tú crees que no debemos aceptar?

— Al contrario, pienso que la solución es correcta. De todas maneras, habrá que someterla a los milicianos cuando nos la notifiquen oficialmente. Por el momento, sólo podemos hablar con

ellos de una posibilidad, tratando de hacerles comprender que entra en los lineamientos de la militarización, diciéndoles al mismo tiempo que tienen entera libertad, ya que siguen siendo voluntarios. ¿Crees que llegará pronto la notificación?

— Mañana o pasado. Por lo visto, depende de la 38ª Brigada. Quien debe decidir es el teniente coronel Tomás. En la comandancia de milicias están seguros de que aceptará. Yo creo que te podría proteger, porque haber salido con vida aquel día de la Moncloa, es cosa de puro milagro.

— Casualidad, Severio. Cuando me toque la china, me moriré como los demás, pero no será adrede, te lo aseguro. Uno cree de lejos que no le importa morir. Sin embargo, cuando se ve con la muerte encima, quiere escapar a toda costa. Lo he comprobado más de una vez.

— Ojalá que Dios siga protegiéndote, porque en el mundo no hay nadie como tú...

— Hombre, no digas bobadas. Antonio Guerrero, tu paisano, vale mil veces más que yo. El mismo Juan Luis puede ser mejor que yo. Lo que pasa es que soy mujer y que aquí en España llama la atención que una mujer pueda portarse como un hombre en situaciones que generalmente son de hombre.

— A lo mejor es verdad lo que dices, pero no estoy seguro. Puede ser que tengas razón y que los españoles seamos muy brutos y todavía más los de mi tierra que no hay quien los mande, y que tú sin gritos ni amenazas has conseguido mandarlos. Que lo sepas, ahora mismo, si les hubieran dicho que tú no marchabas con la compañía, se habrían negado a entrar en ese batallón.

— Ni es seguro, ni tiene importancia. ¿Quieres venir a dar una vuelta por Madrid? A lo mejor nos tocará salir mañana para el frente y vete a saber cuándo volveré a ver la ciudad.

— No tengo ganas de salir a ver tanto destrozo y tanta pobreza. Además, escucha, ya están cayendo obuses. Quédate aquí tú también.

— Bueno, iré solamente hasta la puerta para echar una mirada a la calle.

Al llegar al zaguán oigo voces de mujeres mezcladas con lloriqueos de niños.

— Las pobres se han metido aquí a causa del cañoneo —dice el centinela—. Hubiera sido criminal echarlas. Cuando pare el bombardeo, se irán.

Me siento en el suelo junto a las mujeres. Al cabo de un instante estamos hablando de las cosas que hablan las mujeres. De lo poco que se encuentra para comer, de lo malo que es para los niños pasar tanto miedo, de la tristeza que da el frío. Cuando aparece Javier trayendo una cacerola de café caliente, todas le decimos mil cosas amables. Hemos olvidado el cañoneo, medidas por los estribillos triviales del diario vivir. A la hora de la despedida somos viejas amigas.

Ahora, acostada en mi cama de tiempos normales, con sábanas limpias, mantas de lana y hasta un ladrillo caliente en los pies, paso revista a nuestra situación. Se ha conseguido parar la última ofensiva franquista a costa de miles y miles de bajas, pero seguimos a la defensiva. Políticamente, si cabe, la situación es peor. La cohesión revolucionaria de los comienzos que se reafirmó en las jornadas

heroicas, cuando todo el pueblo se lanzó a defender Madrid, se resquebraja semana tras semana. Tirantez entre las facciones socialistas, predominio creciente de los comunistas, inmovilismo de la CNT, frenada por el temor de dar al extranjero una imagen verdaderamente revolucionaria de la guerra civil. En cuanto al puñado de militantes del POUM en Madrid, algunos socialistas y muchos cenetistas dicen apoyarlos, pero esta simpatía no pasa de ser platónica.

¿Qué conclusiones saco de este balance negativo? ¿Que perderemos la guerra? Es probable que la perdamos. Ahora bien, aun así, los trabajadores españoles habrán lavado la derrota sin combate de los trabajadores alemanes e inscrito en los anales de las luchas obreras las páginas más fulgurantes de su historia.

Esta tarde, al cabo de dos días largos de espera, nos ha llegado la orden de marchar al frente. Un oficial de la 38ª brigada viene a buscarnos a medianoche. Todos nuestros milicianos están presentes. Entre ellos descubro a Clavelín. Tiene la cabeza vendada y el andar un poco inseguro de los convalecientes. En la espalda, la abultada mochila rematada por el rollo de la manta le forma una giba desmesurada. En la semipenumbra que crean los focos pintados de azul, su extraña silueta de gnomo viajero evoca episodios de cuentos infantiles. Siento una piedad infinita por el niño que corre así detrás de la muerte.

Porque Clavelín cayó herido en los combates del Pinar de Humera. Le tocó lo que llamamos un tiro de suerte. La bala le abrió un ancho surco en la cabeza, sin dañar zonas profundas. Cuando lo vi en el sanatorio, tenía un vendaje espectacular.

— Pareces un fakir —le dije—. ¿Te duele mucho? Cuando te cures, te quedarás en casa. Hay mucho que hacer en la retaguardia.

Tenía entre las mías su mano morenucha y áspera, buscando en sus ojos un signo de asentimiento.

— ¿Quedarme en casa ahora...? ¡Qué va...! Cuando se acabe la guerra, se habrá acabado para todos.

— ¿Y si te matan?

— Mala suerte. Otros han muerto que valían más que yo.

Yo sabía que era inútil insistir. Entonces le hice prometer que se quedaría en Madrid hasta que se le curara completamente la herida. Prometió, pero aquí está a la hora de marchar con su carita de niño triste y su voluntad de hombre cabal.

— ¿Tanta prisa tienes por hacerte matar, chiquillo? Irás al frente cuando tu herida esté cicatrizada del todo.

Como en aquella tarde de Sigüenza, sus ojos me tocan con una larga mirada implorante. Su voz apremia:

— ¡Ya no tengo nada! Cada día me pasan una pincelada de yodo. Para eso no hace falta quedarse en Madrid. Déjame marchar con la compañía...

— Cuando estés curado, ¿entiendes?, completamente curado. Antes no quiero verte en los parapetos. Dentro de ocho o diez días vendrás a reunirse con nosotros. Quítate ahora de encima todos esos bultos. Vete a la cocina a beber una taza de café caliente.

Arrimado a la pared, Clavelín nos mira marchar sin despegar los labios.

Todavía es de noche cuando llegamos a un edificio que, por las trazas, parece un convento. A orillas de la acera hay una larga fila de camiones, algunos de los cuales ya están llenos de milicianos. Cuando nos toca el turno de subir a los nuestros, me pongo a pasar lista a la luz de una linterna pequeña, apenas mayor que una luciérnaga. Intrigados por la claridad que sale de mi mano izquierda, un grupo de milicianos se acerca a mirar. De pronto, exclaman asombrados:

— ¡Es una mujer! Venid a ver, es una capitana...



Y, dirigiéndose a los hombres que aguardan al pie del camión, uno de ellos pregunta:

— ¿Entonces a vosotros os manda una mujer?

— Una mujer, sí, y a mucha honra —contesta Garbanzo con voz de desafío—. Una capitana que tiene más cojones que todos los capitanes del mundo. ¿Queréis saber algo más?

— Oye, compañero, que ha sido sólo interés, no ofensa —dice el hombre en tono conciliador—. Ni intención de faltar al respeto.

— Está bien —contesta Garbanzo, apaciguado.

El episodio me da qué pensar. Nada grave en sí, demuestra que formando parte de un batallón en que todos los mandos son hombres, a nuestros milicianos se les puede crear una situación aparte por tener de capitán a una mujer. Me digo que deberíamos buscar una solución que evite esta clase de incidentes.

Cuando dejamos atrás los límites de Madrid, los camiones aceleran. Como es de rigor, ignoramos nuestro punto de destino. Los vehículos aminoran la marcha al entrar en un terreno sembrado de baches y troncos de árboles. Se detienen a la vera de un tupido matorral. Ya es casi de día, pero la niebla sigue a ras de tierra sin dejar pasar la claridad del amanecer más que a trechos. Por lo visto hemos llegado. Los camiones se vacían rápidamente, los nuestros como los demás.

Esperamos en tierra órdenes que no llegan. Entonces, en formación como los demás, seguimos al grueso de los milicianos que se han puesto en marcha. Ahora distinguimos un grupo de casas. En el medio hay una de muy buena apariencia. Dos más pequeñas se alzan a poca distancia. Algo más lejos hay otras dos. Como los demás, entramos en la mayor.

Lo primero que nos sale al encuentro en la puerta de la primera sala es un violento olor a formol. En el interior reina un tremendo desorden. Frascos rotos por el suelo, libros destrozados, peces muertos en los rincones. El cuarto de al lado es una biblioteca. En las estanterías quedan aún muchos libros intactos. Algunos son muy antiguos, ricamente encuadernados. El primero que abro trata de peces; el segundo, también. Deduzco que nos hallamos en un museo o un centro de estudios dedicado a los peces, por donde ha pasado la guerra.

No hay tiempo de sufrir por el bello material aniquilado. Hubiese sido bueno para todos preservarlo. Así lo digo a los milicianos que me han seguido, pero no pronuncio discursos inútiles. He aprendido a moderar mis arrebatos culturales. Un oficial viene a buscarme para presentarme al comandante del batallón.

El puesto de mando se halla en una de las casas pequeñas. El comandante es un hombre no muy alto, de rostro amarillento, como suelen tener los militares que han combatido largo tiempo en África. Lleva gorro, no gorra de plato como lucen ahora los oficiales de milicias imitando a los de carrera. Viste un tabardo sencillo, leguis y se desplaza con cierta dificultad a causa de una cojera de la pierna izquierda. Me tiende la mano con un gesto cordial, no hace ningún comentario sobre mi calidad de capitana. Entra en materia de manera llana, sin rebuscamientos.

— Necesito hacerle una proposición, capitana. Le ruego que deje su compañía a cargo de otro oficial y venga a cooperar conmigo al frente del batallón en calidad de capitán ayudante.

Mi primera reacción es de amargura, en seguida se le mezcla la cólera. Deduzco que se trata de quitarme el mando de la compañía

ofreciéndome un ascenso ilusorio de mucho nombre sin ninguna actividad. Recuerdo a continuación el incidente ocurrido entre los milicianos, los míos y los otros, al manifestar estos últimos su sorpresa viendo que al frente de nuestra compañía se hallaba una mujer.

Entonces decido poner en claro el verdadero motivo de la proposición que me hace el comandante.

— Antes de aceptar o rechazar su ofrecimiento, comandante, quiero saber a qué se debe. Le ruego que me diga con franqueza si, a su juicio, el hecho de haber en su batallón una mujer capitán de compañía puede crear una situación molesta para el resto de los oficiales y los demás milicianos. De ser ésta la causa, no necesita usted indemnizarme con un cargo para el cual probablemente no sirvo, ya que se me antoja que es puramente administrativo.

— Muy sinceramente le contesto que se equivoca en las dos suposiciones. En la primera, porque todos sabemos que ha ganado usted sus galones en el frente, en varios frentes. Luego, a nadie puede chocarle que mande usted una compañía, al contrario, más bien es una honra para el batallón. El segundo error es creer que el cargo de capitán ayudante a mi lado, sería administrativo.

— En realidad, no veo bien en qué consiste. A lo mejor es una especie de cargo de enlace, de acompañante...

— De ambas cosas tiene en un ejército regular. En el nuestro, que está lejos de serlo, abarca mucho más espacio. El capitán ayudante en este batallón deberá mantener permanentemente el contacto entre las trincheras y el puesto de mando. Saber lo que necesitan los milicianos, velar por la disciplina sin rigores inútiles, como usted muy bien sabe hacerlo.

Comprendo que de nada sirve prolongar la discusión. Debo aceptar el cargo o irme a Madrid. No quiero vivir en la retaguardia. Entonces recojo el desafío, porque sigo creyendo que la aparente promoción encubre el propósito de deshacerse de mí por las buenas. Digo al comandante que estoy de acuerdo y salgo en busca de la compañía. Por el camino voy enhebrando las explicaciones que daré a los milicianos.

Los encuentro reunidos en la sala de los peces muertos, impacientes, desamparados, porque el resto del batallón ya se ha ido a las trincheras. Algunos preguntan qué pasa.

— Pasa —contesto sonriendo— que tienen que elegir un nuevo capitán.

— ¿Porque aquí no te quieren a ti? —pregunta Juan Luis con voz airada.

— No hay tal cosa, compañeros. Ocurre que me ascienden a capitán ayudante para secundar al comandante en el mando del batallón. Intenté negarme al comienzo. Después comprendí que la orden venía de la brigada y que debía acatarla como un honor para las milicias del POUM. Hay entre nosotros varios compañeros que pueden remplazarme al frente de la compañía. Propongo que se nombre al compañero Fuentesmilla por su seriedad, sus conocimientos militares y su comportamiento en los recientes combates que afrontó nuestra primera compañía.

Fuentesmilla es ese campesino que se pasó a nuestras filas en Sigüenza, junto con Duarte y Entrena. Poco hablador, inteligente sin ostentación, acostumbrado a la disciplina militar, es sin duda de todos nosotros el más indicado para llevar la compañía. Los demás no hacen objeción a su nombramiento; al contrario, parecen

contentos, sobre todo, presurosos de marchar a las trincheras cuanto antes.

La nuestra se halla al final de la calle profundamente excavada, formando martillo, ni mejor ni peor que todas las otras, igualmente tapizada de barro hediondo, mucho menos en declive que lo necesario, pero bien provista de huecos que sirven para el descanso de los hombres. Se ve que han sido largamente ocupadas, probablemente por los internacionales, que han pagado un terrible tributo en este sector como en tantos otros de las cercanías de Madrid.

Antes de alejarme de la trinchera digo a Fuentemilla que anote en un papel todo aquello que a su juicio hace falta para la comodidad relativa de los milicianos. Por mi parte, pienso que sería urgente desinfectar estos nidos de microbios. Veremos si se puede. Cuando me dispongo a marchar al puesto de mando, llega el suministro: una lata de carne por cabeza, pan y vino en cantidad suficiente, más dos botellas de aguardiente.

Hago el primer recorrido por las otras trincheras parándome a charlar con los milicianos. Los oficiales parecen ya enterados de la misión que me toca cumplir junto al comandante. En ninguno descubro el menor signo de hostilidad; al contrario, me hablan de igual a igual, con naturalidad, atentos y cordiales. El nudo de ansiedad que llevaba atado en el estómago se afloja poco a poco. Varios milicianos dicen haberme conocido en Sigüenza. Yo no los recuerdo, pero no cabe duda de que estuvieron allí, porque citan hechos verídicos. En seguida, dirigiéndose a la redonda, añaden el elogio máximo: “¿Sabéis? Es mucho hombre esta mujer...”

Cubierta con este aval, llego al puesto de mando serena, lista a desempeñar mis nuevas funciones. El comandante Bautista, así se llama, me cuenta que en el Ejército, donde sirvió más de veinte años, tenía el grado de alférez. Se hallaba en el Cuartel de la Montaña cuando estalló la sublevación fascista, compartiendo un calabozo con dos oficiales, republicanos como él, los tres condenados al fusilamiento. La toma del cuartel por las fuerzas populares les salvó la vida. Coincidencia extraña, uno de esos oficiales era el capitán Martínez Vicente, a cuyo mando estaba la columna en que íbamos nosotros, los milicianos del POUM. Le cuento al comandante cómo murió Martínez Vicente durante los combates que se desarrollaron en las afueras de Sigüenza, cuando las tropas franquistas cercaron la ciudad.

— Es una pérdida muy grande la muerte de ese militar republicano —dice él con tristeza—. Además de valiente, sabía mucho de lo que tanta falta nos hace, de técnica, de armamento, porque no era un capitán de oficina, sino de combate.

A la luz de una bombilla eléctrica velada por un papel verdoso miro el ir y venir del comandante de un extremo a otro de la habitación. Se mueve con agilidad a pesar de su rodilla izquierda tiesa. Puede tener cuarenta años, a lo mejor menos, también más a juzgar por las arrugas de la cara y la fatiga de los ojos. Si cediera a mi reflejo de madre de familia, le diría a este hombre que necesita dormir, que vaya a acostarse, que yo estaré alerta. Felizmente recuerdo a tiempo que yo no mando aquí, y que mi consejo le puede caer mal al comandante. Entonces pregunto si debo salir de patrulla por las trincheras esta noche.

— No creo que haga falta, capitana, ya veremos después. De todas maneras, usted ya ha dado una vuelta. Eso sí, en adelante le

recuerdo que no debe salir sin un enlace. Aquí está este compañero de absoluta confianza para todo lo que usted quiera mandarle.

No pienso mandarle gran cosa a este buenazo que viene hacia mí con la mano tendida, la mirada franca y una sonrisa tímida.

— Me llamo Rogelio Torres —dice—. Soy madrileño de Chamberí, de oficio carpintero, padre de cinco hijos. El mayor ya está en el frente. Aquí termina como quien dice la historia de mi vida. Ni siquiera tomé el Cuartel de la Montaña. Cuando conseguí entrar en el patio, no quedaba más que una pila de sartenes grandísimas que nadie se quería llevar.

El tono de chungu madrileña que Rogelio Torres pone en sus palabras se aviene mal con su tez amarillenta, sus ojos apagados y la barba rala que le come las mejillas. Se me ocurre que este hombre sufre de alguna enfermedad, probablemente del hígado o del estómago.

— ¿Tú tienes buena salud? —le pregunto.

— Buena, buena, no. Si la tuviese del todo buena no estaría aquí en servicio aligerado. No diré que enfermé en la Sierra. Debía ya de estar malo antes, porque muchas veces vomitaba bilis y sentía calambres en el estómago, pero me aguantaba para no perder el jornal. En la Sierra, las conservas y el vino áspero me estropearon del todo. Los compañeros se empeñaron en mandarme al hospital donde estuve más de un mes atendido como un rey. Salí muy mejorado. Lo malo es que tengo prohibido el vino y el tabaco.

— Más te hubiese valido quedarte en la retaguardia —digo yo—. ¡Cualquiera sigue un régimen de comida en el frente!

— Lo que pasa es que el régimen de la retaguardia me sienta peor. Los emboscados me dan ardor de estómago.

Diciendo esto, Rogelio Torres se lleva a los labios el cigarrillo que estuvo liando amorosamente un largo rato. Al sorprender mi mirada desaprobadora, se encoge de hombros sonriendo.

— ¿Qué quieres? Unos se mueren de un tiro, otros de fumar, nadie se escapa de la china que le habrá de tocar. ¿Verdad, comandante? —dice, dirigiéndose a Bautista que ha dejado de recorrer el cuarto para escucharnos.

— Así será —asiente el hombre, muy serio—. Los españoles no le tenemos mucho miedo a la muerte, a lo mejor de palabra, aunque creo que de verdad, quizá por la religión o la pobreza, también por jactancia, porque somos muy faroleros los españoles.

Aquí no tenemos al enemigo a distancia de voz humana, como en el Pinar de Húmera. El Cerro del Águila, su posición más próxima, se halla a unos trescientos metros a la derecha de nuestras avanzadillas. Digo trescientos, quizás esté más lejos. En el Pinar de Humera nos gritaban, nos insultaban, nos mandábamos Prensa con el perro estafeta, contestábamos sus insultos. Afilábamos el odio grande con diarias querellas de vecinos, sabiendo que un día u otro las habríamos de dirimir a tiros. La probabilidad del encuentro justificaba el hielo, la lluvia, el barro que se nos metía en el cuerpo.

Aquí, el enemigo nos parece tan lejano, que la lluvia y el fango se nos antojan un castigo inútil, agravado peligrosamente por el tedio y los piojos. El comandante sonríe viendo mi encarnizamiento en luchar contra los piojos a fuerza de polvos insecticidas que sólo sirven para hacer toser a los milicianos, porque los bichos parecen más bien prosperar y multiplicarse.

— Los piojos —dice— son la plaga inevitable de las trincheras que llevan tiempo sirviendo de cobijo a hombres que no pueden lavarse ni cambiarse de ropa. Para acabar con los piojos hay que arrasar las trincheras infestadas, prenderles fuego.

Tengo que resignarme, renunciar al combate antipiojos. Queda el tedio de los días interminables. Comunico al comandante mi proyecto de traer libros y revistas ilustradas que puedan interesar a los milicianos. Si él está de acuerdo y me presta un coche, iré a Madrid en busca del material de lectura. Conseguiré libros fáciles, novelas de aventura y de amor, relatos históricos, en fin, literatura poco complicada al alcance de todos.

— Nada cuesta probar, —contesta el comandante, no muy convencido—. Lo malo es que muchos de nuestros milicianos no saben leer...

— Ya lo he pensado. Para ellos tengo otro proyecto. Les enseñaremos a leer y escribir aquí mismo, si usted está de acuerdo. He averiguado que tenemos cuatro maestros de escuela en las trincheras. No dará mucho trabajo construir dos chabolas detrás de las primeras líneas para que sirvan de escuela.

Esta vez el comandante muestra más entusiasmo. Decidimos que mañana a primera hora iré a Madrid en busca de lo necesario. Mientras mastico el jamón blanco cotidiano, voy repasando en la memoria títulos y autores de novelas populares. Salgari me parece excelente, Julio Verne, Alejandro Dumas pueden servir, sin olvidar a Pérez Escrich, Dhelly, Héctor Malot y el folletinesco Luis de Val. Pérez Galdós será para los más instruidos. Veremos lo que encuentro de novelas policíacas.

A la hora de dormir tengo la cabeza tan llena de libros posibles, que me quedo despierta horas y horas. Consigo amodorrarme de madrugada. Cuando abro los ojos, es de día. Rogelio y el comandante ya están desayunando. Al comienzo no sé quiénes son estos dos hombres. El jarro de café caliente me reinstala en la guerra. Con la lucidez viene el recuerdo de la buena tarea que me aguarda.

— Puede marchar cuando quiera, capitana —dice el comandante—. El coche está listo.

— ¿Voy contigo? —pregunta Rogelio con voz ansiosa.

— Naturalmente. Me harás mucha falta para cargar las cajas de libros. Además, te vendrá bien dar una vuelta por tu casa. Si el comandante no se opone, te dejaremos un par de horas libres mientras yo recorro las librerías. A mi vez, si el comandante me autoriza, pasaré por el cuartel para asearme un poco.

Tardamos tres cuartos de hora en llegar al centro de Madrid. El chófer resuelve por su cuenta llevarme hasta la calle Serrano. Nos damos cita en un bar de la Gran Vía a las dos de la tarde.

En el cuartel queda solamente el compañero Olmeda y tres milicianos de los más viejos. Se acabó la animación de los tiempos buenos. Los virulentos ataques contra el POUM hacen temer que un día de éstos nos quitarán la casa.

— Por si acaso —dice Olmeda—, he sacado toda la documentación, Yo estaré aquí mientras sea posible. Sería bueno que te llevaras a otro sitio las cosas que tienes aquí, ropa, papeles. Cualquiera sabe lo que puede ocurrir.

— No tengo tiempo de hacerlo hoy. De momento pon lo mío con lo demás si lo juzgas urgente. De todos modos, no tengo gran cosa. Lo más importante es un cuaderno de notas que te daré ahora mismo. Siento salir corriendo. Para tranquilidad de los compañeros del POUM, diles que no tenemos problemas en el batallón. La mayoría de los milicianos son de la UGT, y el comandante, militar de carrera, probablemente republicano con quien hasta aquí no he hablado de política.

A la hora de la cita con Rogelio y el chófer, llevo revisadas cuatro librerías. Encontré unas doscientas novelas y otras tantas revistas ilustradas. Los propietarios se mostraron generosos. Ninguno quiso que le pagara; al contrario, hasta se ofrecieron a buscar por su cuenta en otras casas material de enseñanza para la escuela que vamos a formar. La idea de crear una escuela en la primera línea de frente les infunde respeto y entusiasmo. Todos quieren ayudar.

Llegamos al puesto de mando con seis cajas repletas. Después de contar al comandante lo bien que me recibieron en los comercios, me pongo a clasificar los libros por temas. Rogelio los mete en las cajas con los lomos visibles para leer los títulos. No hay más remedio que dejar para mañana la inauguración de nuestra biblioteca ambulante, porque ya es noche cerrada cuando terminamos de preparar las dos cajas que llevaremos a las trincheras.

Detrás del café, llegamos Rogelio y yo como buhoneros pregonando la mercancía: “Libros. ¿Quién quiere distraerse leyendo? Hay libros para todos los gustos, de amor, de piratas, de poesía y policíacos”.

Los comentarios que acogen nuestro pregón son variados, más bien pesimistas. Los más ponen en duda que se pueda leer teniendo el cuerpo empapado y comido por los piojos.

Yo explico que una novela interesante llega a hacer olvidar los piojos, que nada cuesta probar. A los primeros que tienden la mano les pregunto qué clase de libro prefieren. Las respuestas difieren poco: nada que sea aburrido.

Observo con atención a los que piden revistas que tengan muchas ilustraciones. Deduzco que no saben leer, pero pongo cuidado, no les pregunto. Dirigiéndome al grupo anuncio que dentro de dos días tendremos una escuela aquí mismo y que habrá recompensas de permisos para quienes aprendan pronto las primeras letras. Entretanto, los que saben leer deberían hacerlo en voz alta para los que todavía no saben, si es que a éstos les interesan las historias que cuentan los libros.

Cuando, al cabo de dos horas, habiendo colocado toda nuestra mercancía, volvemos a pasar por las chabolas, hay muchos hombres leyendo. Algunos levantan la cabeza al vernos.

— Hay que ver las cosas que le pasan a este tío —dice uno—, y siempre sale ganando. Me tiene tan atontado que no consigo vigilar la marcha de mi piojo en la carrera. Allá él si pierde. Ahora me tiene sin cuidado. Lo que dice este libro es de no creer, y te parece que lo estás viendo. Echaré una mirada a mi piojo, ya que me he parado de leer.

Yo también echo una ojeada al cartón cuadriculado, puesto sobre una piedra en medio de la chabola. Tiene dibujadas cinco filas de cuadros. En cada una marcha un piojo de tamaño excepcional. Palito en mano, cada propietario endereza suavemente al animal de su

cabaña cada vez que se desvía de su fila. Pregunto si juegan por dinero o es pura diversión.

— Para que la diversión valga de verdad y tenga interés debe dar premio, pero ponemos muy poca cosa, dos o tres perras gordas. Lo que importa es el título de nuestros trimotores, como los llamamos. Con decirte que nos da pena matar al ganador. Una vez yo puse al mío en una caja de cerillas para dejarlo vivir porque había triunfado tres veces seguidas el mismo día. Cuando lo saqué, no valía nada, estaba fofo, medio muerto. Entonces lo aplasté y elegí otro. Todos no sirven, tienen que ser redondos, tener las patas fuertes y que se les vea bien la cruz del lomo.

Viendo que sigo con interés su tratado sobre piojos de carrera, el hombre se mete la mano debajo de la camisa, tantea un momento con el dedo y acaba sacando un ejemplar que me acerca a los ojos. Curiosamente, no siento repulsión. Cabe creer que un piojo solo, aislado de la masa, entra en estado de inocencia. Eso sí, sin darme cuenta, comienzo a rascarme la cabeza como si el bicho me anduviera por el pelo. Los milicianos se ríen a carcajadas.

— A lo mejor tienes piojos —dice uno—. Deberías pasarte un peine fino para ver antes de que se te metan en la ropa.

— No estoy muy segura —contesto yo—, pero me parece haber leído que son dos razas diferentes. Claro que para el caso da lo mismo, unos y otros pican igual.

A pocos pasos más allá hay tres hombres con el torso desnudo que van echando en una lata llena de agua los piojos que arrancan de las costuras de la camisa y el tabardo. No me atrevo a preguntarles si han comenzado los libros que les dejé. Son ellos los que me hablan. Dicen que después de la gran cacería se pondrán a leer. Que es

necesario llevar un ataque a fondo al menos dos veces por día. Este es el primero, el segundo vendrá de noche, para poder dormir...

— ¿De noche, a oscuras, cómo hacen para verlos?

Los hombres me miran con ojos de lástima, compadecidos de mi ignorancia en materia de piojos. En seguida me explican que no hace falta luz para cazarlos.

— Pasas la uña por las costuras y recoges un montón. Más sirven los dedos que los ojos. Hay que repetir la operación decenas de veces. Por mucho que vuelvas al mismo sitio, sigues encontrando bichos. Al final quedan menos. Si los dejas estar, se crían a millones y te comen vivo a todas horas del día y de la noche.

Estoy tan impregnada de piojos cuando llego al puesto de mando, que en vez de ponerme a comer abrumo al comandante con las posibles soluciones para combatir la plaga. El pobre hombre me escucha con paciencia. Cuando paro de hablar declara que no hay manera de acabar con los piojos en las trincheras. Que el piojo es el compañero inseparable del soldado inmóvil. Que no es bueno darle tanta importancia a un fenómeno corriente en todas las guerras. Total, que sin decírmelo claramente desapruueba en principio mi posible campaña antipiojo. Me doy por prevenida. A lo mejor tiene razón. Mi preocupación excesiva, sin un remedio inmediato, es malo para la disciplina. Será más útil que me dedique a poner en marcha la escuela.

Veamos ahora lo que me toca tener en cuenta. Obligación número uno: no pensar más en piojos. Número dos: borrar esta sensación de extranjería que me cohibe a pesar de la amabilidad franca del comandante Bautista y la fraternidad de todos los milicianos.

Número tres: aflojar la tensión que no cuadra con este capítulo mediocre de un frente que vive al margen de la guerra.

Decidida a cumplir tan buenos propósitos, me acerco a la ventana para ver si ha cesado la lluvia. No, el agua sigue cayendo como caía ayer y probablemente caerá mañana. Nunca, antes de la guerra, he visto llover tanto y tan seguido. Recuerdo que en otros tiempos yo amaba la lluvia. De noche, en la cama, me incorporaba para escuchar mejor el gorgoteo del agua en las canaletas. Mi amiga la lluvia es hoy una enemiga odiosa para todos nosotros.

Ocupada en mirar y pensar, no he oído abrirse la puerta. Un tímido “Buenas noches” me hace volver la cabeza. En el umbral, cubierto con un capote que le barre los tobillos, está Clavelín. El agua le corre por las manos, gotea de su ropa. Siento enojo y pena frente al chiquillo empecinado.

Cuando se quita el gorro empapado, veo un ancho surco producido por una brida de cicatriz sonrosada.

Plantado delante de nosotros con las piernas muy separadas, las manos detrás de la espalda en una postura casi napoleónica, el muchacho no rehúye la mirada del comandante Bautista, que lo mide de pies a cabeza.

— ¿No pudiste esperar un día sin lluvia para venir? No creo que el fango sea bueno para curar heridas. Muéstrame la cabeza.

— Comandante, le presento a uno de los mejores milicianos de la columna del POUM. Se llama Clavel de apellido, pero le decimos Clavelín por ser el menor de varios hermanos.

— Este miliciano es un crío, un niño que no puede tener más de trece años. No hay derecho a meterlo en una trinchera. Tenemos

que acabar con estos soldados en pañales, dejar que crezcan para reponer bajas después de la guerra. Malo es que vengan a combatir los viejos, pero peor es consentir que se hagan matar los chiquillos. Yo no admito que se quede aquí.

Clavelín está parado muy tieso, mirando alternativamente al comandante y a mí con los ojos muy abiertos, los labios apretados, las manos estrujando el gorro convulsivamente. La cabeza rapada en el medio y el capote pegado a su cuerpo enjuto lo asemejan a un bonzo pequeñito que espera una limosna.

Contrariamente a su mutismo habitual, dice en voz baja, dirigiéndose al comandante:

— Yo soy igual a cualquier miliciano. La capitana lo sabe porque he estado con ella desde los primeros días de la guerra. Yo quiero quedarme con mis compañeros; pero si no me admiten, me iré a otra unidad.

— Por lo pronto, quítate el capote y siéntate junto a la lumbré. Yo pediré al comandante que te deje con nosotros. Prefiero tenerte cerca, que saberte entre extraños.

— Este crío vale más que un hombre de pelo en pecho —digo al comandante— porque, además de saber manejar armas, lanzar granadas y cartuchos de dinamita, conoce el significado de nuestra guerra. Es un combatiente veterano a quien se le puede confiar cualquier misión por peligrosa que sea. Puedo asegurarle que no se quedará en la retaguardia. Le ruego entonces que le deje incorporarse a la cuarta compañía. Sus compañeros velarán por él, aun cuando mucho me temo que nadie le impedirá estar en primera línea cuando llegue la ocasión.

— Bajo su responsabilidad, capitana. Aquí se queda bajo su responsabilidad, que por mí no lo dejaría.

— Muchas gracias, comandante —dice Clavelín sonriendo todo lo que puede, como siempre, más con los ojos que con los labios—. Si me da su permiso, me iré a la trinchera.

— Vete si quieres —asiente el comandante ya ablandado—, aunque más te valdría quedarte otro rato para secarte mejor.

— Y cámbiate los calcetines —digo yo, cediendo a mi impulso de madre de familia—. Si no has traído, yo te daré un par.

— Muchas gracias, tengo de todo, hasta toalla. Mi hermana me puso un montón de cosas en el macuto. El fusil, ¿me lo darán en la trinchera?

— No pases cuidado, mañana tendrás fusil —dice el comandante, definitivamente conquistado.

Y cuando el chiquillo se va, añade con tristeza:

— Es una pena grande ver tamaña voluntad de luchar en un niño, cuando hay tantos hombres sanos y buenos agazapados en la retaguardia.

— ¿Tiene usted hijos, comandante?

— Tengo cuatro. Los dos mayores se escaparon de casa no bien comenzó la guerra. Los vi en la Sierra. A estas horas no sé por dónde andan. Como soy creyente, pido a Dios que los proteja. Pienso que usted, capitana, no tiene hijos. A lo mejor me equivoco.

— No, no tengo hijos. De común acuerdo, mi marido y yo decidimos evitar toda traba que nos impidiera tomar parte en la

lucha revolucionaria allí donde estallara. A esto se debe que no hayamos tenido hijos.

— Con lo madraza que es usted, me pregunto si no los echa de menos. Se preocupa usted de los milicianos como si fuesen niños pequeños, que si comen, que si tosen...

— No haga caso, yo tengo la manía de dar de comer a todo bicho viviente, seres humanos, gatos, pájaros. A veces mato mis plantas por regarlas demasiado. Necesito saber que a mi alrededor no hay hambre. Además, desde el comienzo de la guerra aprendí que era fundamental dar de comer a los combatientes, sobre todo cuando debían mantener una posición. A lo mejor exagero la importancia del alimento...

— No exagera. Una buena intendencia es primordial en la guerra. Más todavía cuando se trata de milicias voluntarias, porque la disciplina es consentida, no impuesta. Una de nuestras fallas es la falta de cocinas de campaña. Por lo visto, se carece todavía de material.

— ¿Quiere que le diga una cosa, comandante? Deberían poner mujeres en Intendencia. En estos menesteres sabemos más que los hombres. Con cuatro calderos del tamaño necesario se puede guisar para un batallón. Un día, carne con judías; otro, con garbanzos, y de no haber carne, legumbres con el aliño necesario, el caldillo que tanto aprecian aquí, todo muy caliente, como lo pide el cuerpo transido. ¿Ha visto usted lo que comen nuestros milicianos? No le hacen caso al jamón blanco que nos cuesta tan caro. Hasta hay quienes lo tiran. En cambio, añaden agua a la gelatina que queda en las latas, parten un chusco dentro, y se comen muy a gusto esta sopa.

— A mí tampoco me sabe bien ese jamón ni el pescado dulce que nos mandan los rusos, según dicen. En fin, no nos quejemos. Peor están las familias en la retaguardia.

Habla que te habla, llega la hora de dormir. Rogelio estira cuidadosamente la manta que me sirve de colchón. Después, como todas las noches, me tiende un par de calcetines limpios. Es él quien los lava e incluso los remienda.

— Tendrás que pedir calcetines —me dice—. A los que te quedan ya no les caben zurcidos. También hace falta hilo de coser y jarabe para la tos, que no paras de toser toda la noche.

— Debería ver al médico —interviene el comandante—. Se le nota mucha fatiga en la respiración. Se pasa usted la noche más sentada que acostada. Acabará por agotarse y con lo poquísimo que come...

— Pare ahí —digo riendo—. Dos o tres veces por semana, cuando voy a ver al coronel Tomás o al comandante Palacios en Puerta de Hierro, trato de llegar a la hora de comer. En uno y otro sitios hay buena mesa, vamos, un plato caliente guisado por manos de mujer. Como siempre me invitan, me doy un atracón. El coronel Tomás tiene a su esposa.

Rogelio dice frunciendo el ceño:

— ¿A ti te parece justo que por muy coronel que sea ese señor tenga derecho a vivir con su mujer en el frente? Además, tengo oído que no es su verdadera mujer, sino una de la guerra, como tantos que andan por ahí, que eran pobres diablos antes del Movimiento, y ahora, con muchos galones militares o políticos o sindicales ya no se conforman con la compañera de la pobreza y se echan queridas, más de una fascista o de familia fascista.

— Lo que dices es cierto en muchos casos. Ahora que si el coronel Tomás hace mal en vivir con una mujer en el puesto de mando, resulta difícil juzgar. Lo mismo podría tener una miliciana que se ocupara de guisar y limpiar, como las que llevaban las columnas de milicianos al comienzo de la guerra. En el caso que estamos discutiendo es difícil pronunciarse porque se trata de su mujer; al menos, él la presenta como tal.

Visiblemente molesto por la conversación, el comandante resuelve que es hora de dormir. Yo, que no tengo sueño, me llevo a Rogelio a dar una vuelta por las trincheras.

No sabemos cuándo ha parado de llover ni cómo han podido juntarse tantas estrellas en el profundo cielo de invierno que envuelve como un manto de lujo el ínfimo universo que late bajo la tierra, entre lodo y piojos, impaciencia y hastío. Aquí, la noche es total. Ni voces del enemigo ni cantos de nuestros hombres para aligerar el silencio. Algunos duermen en los huecos secados a golpes de pala. Otros, la mayoría, libran la última batalla de la jornada contra los piojos.

— Esto de matar piojos —digo yo— acaba por ser un entretenimiento.

— Más nos valdría matar fascistas —contesta uno—. No sé por qué nos tienen metidos en estos agujeros hediondos tantos y tantos días en vez de mandarnos a un frente de combate. Aquí no se mueven más que los piojos, mala puñalada les den, que de tanto chuparnos la sangre nos dejarán estropeados, canijos, buenos para el hospital.

— Vamos —tercia otro miliciano—, nadie se muere por tener piojos. Yo he tenido montones de pequeño. Todos los niños del

pueblo tenían, menos los ricos, claro está, que no se juntaban con los chavales pobres. También los viejos que andan por los caminos están cubiertos de miseria, porque los malditos bichos se pegan a los más pobres de los pobres.

— ¿Y si cambiáramos de tema? —propongo yo—. Ya se pueden apuntar para la escuela los que quieran aprender a leer y escribir. Si salen de los parapetos sabiendo al menos las primeras letras, de algo les habrá servido este frente piojoso. De premio, para los que aprendan pronto, habrá días de permiso.

— Yo quiero de premio saber escribir cuanto antes cuatro palabras a mis padres —dice un muchacho fornido, que está mirando una revista a la mísera luz de su encendedor.

— Pensé que estabas leyendo algo que te interesaba mucho. A lo mejor, sabes leer y no escribir, como pasa con algunos que han aprendido solos a juntar las letras —digo yo.

— Pues no leía, miraba las fotos. Hay cada plato de carne asada y de pasteles, que te hace la boca agua. Y cada niña casi desnuda, que te corta el resuello. De leer y escribir, cero. Si crees que puedo aprender, mañana mismo voy a la escuela.

— Claro que aprenderás. Las clases comienzan a las ocho. Buenas noches ahora. Es tiempo de dormir.

“Los que consigan dormir —me digo para mis adentros—, porque, además de la tos, cuando me acuesto, me escuece la piel como si tuviese fuego”. Yo lo atribuyo a una especie de urticaria causada por la comida a base de conservas. Si me atreviera le diría al comandante que mande traer limones, pero temo que al buen hombre le parezca una fantasía inútil, inventada por una señora que no sabe gran cosa

de la guerra, que es una guerra encharcada en una trinchera y no un airoso paseo de guerrilla.

Las dos chabolas de la escuela están escondidas en una hondonada, a quince metros más o menos de la línea de trincheras. En las dos hay lo necesario para enseñar las primeras letras: una pizarra, varios libros y cuadernos suficientes. La primera tanda de alumnos, cuatro por chabola, ya está instalada. Paso de largo para no distraer la clase. Mejor esperar unos días para conocer la opinión de maestros y discípulos sobre la tarea que han iniciado. En cambio, me quedo un largo rato mirando la posición del enemigo, ese Cerro del Águila fortificado con alambradas de púas que nos acecha y amenaza silenciosamente, sin disparar ni un tiro.

A mi lado, Rogelio resume los pensamientos que le inspira la vecindad del Cerro del Águila.

— Un día, los cabrones de ahí arriba nos barrerán a cañonazos. Cualquiera sabe si será mañana o la semana que viene. Pero nosotros en el llano y ellos en la altura, tendremos que salir pitando.

— Oye, compañero, si piensas ponerte a correr al primer cañonazo, será mejor que te vayas ya mismo para evitar el contagio...

— Era una manera de hablar. Yo soy capaz de resistir como cualquiera, no tienes por qué ofenderme. Quería decir solamente que nuestra posición es peligrosa por tener al enemigo encima.

— Yo te digo que tenemos buenas trincheras que nos permiten aguantar los obuses mientras llega nuestra artillería, que ahora no es como al comienzo de la guerra. Que si los mandos nos dejan aquí para mantener esta posición importante, es porque ahora existen los

medios de defenderla. Se lo puedes explicar a los compañeros si se tercia en una conversación.

Por dentro no estoy muy segura de lo que afirmo, aunque al mismo tiempo me digo que los furiosos ataques de la Moncloa que pudimos resistir son un argumento en favor de lo que aseguro a Rogelio. Y aquellas trincheras eran unas zanjás miserables comparadas con las que tenemos aquí, profundas, coronadas por parapetos altos, sólidamente contruidos.

Rogelio se marcha callado, contrariamente a su costumbre, porque piensa que lo creo cobarde, ofensa suprema para un español.

— Escucha —le digo—, no he querido ofenderte. Lo que pasa es que le tengo un miedo terrible al pánico durante un combate. Más de una vez ha bastado con que un solo hombre gritara: “¡Estamos copados!” o “Ahí vienen los moros”, para que se produjera la desbandada. El contestarte de mala manera ha sido un arrebató del momento, sin ánimo de molestarte. Eso sí, te pido que no vuelvas a decir delante de nadie que nuestra posición no tiene defensa. Ahora, amigos como antes, dame la mano.

— A tus órdenes, capitana, amigos para siempre. Si salimos vivos de esta guerra que comenzó tan alegre y bonita y está costando ahora tal cantidad de sangre, nos comeremos en mi casa un cochinillo asado como no has probado en tu vida.

— Si es que quedan cochinillos en España cuando se termine la guerra.

— Pues será un potaje o un cocido, cualquier cosa. Lo que valdrá es el festejo, que será con guitarra y cante. Tú que sabes mucho, ¿crees que se acabará pronto la guerra?

— Yo sé poco de todo. Menos todavía de la guerra, pero temo que nos quede pelea para rato. Mejor es no pensar, vivir al día.

Estoy tentada de decirle a Rogelio que el cielo tan azul, el sol tibio, el aire fino que nos baña la cara, me instalan hoy en una tierra plácida que ignora la guerra. Que estoy alegre porque vamos a Puerta de Hierro, donde charlaré con Cipriano Mera, el hombre que encarna para mí el anarquismo intransigente y austero que me llevó a la lucha revolucionaria apenas salida de la niñez.

En realidad, ni siquiera sé si esta oleada de felicidad que me envuelve de pies a cabeza se debe a algo concreto, explicable, actual. Recuerdo haberla sentido otras veces, en Río Negro, a orillas de una misteriosa laguna poblada de garzas y flamencos. En París, al regresar con Hippo a nuestra buhardilla luminosa y cálida después de un largo paseo por las calles nevadas, o caminando sola de Perigny a Mandres por senderos de tierra, entre manzanos y nogales cargados de frutos. Es una felicidad que no viene del pensamiento, sino de las entrañas, diría yo, como una fulguración gozosa de inmortalidad, una repentina certidumbre cósmica de pertenecer al agua y al fuego, al árbol y a la nube, a la tierra y al pájaro.

En este mediodía del año dos de la guerra civil española, yo marchó por el suelo acribillado del cercano frente de Madrid como si una mano de amor me llevase por el paisaje más bello del planeta.

La felicidad me dura cuando llegamos a Puerta de Hierro. Supongo que se me ve en la cara porque Cipriano Mera, mostrando sus anchos dientes en una sonrisa total, me pregunta:

— ¿Qué pasa, moza, que vienes tan contenta?

— Nada, creo que es únicamente por el sol. A lo mejor también porque tenemos biblioteca y escuela en las trincheras. Aquí va esta nota del comandante Bautista para el comandante Palacios. Pudo traerla un enlace, pero por darme un paseo al sol me ofrecí de correo.

— Confiesa, además, que te gusta venir a echar un párrafo con tus antiguos hermanos anarquistas —dice Mera—. A ti, el comunismo se te pegó muy por encima. Por dentro sigues siendo anarquista.

— Es posible que tengas razón hasta cierto punto. Lo que me queda de anarquismo es mi incapacidad de acatar las jerarquías impuestas y mi fe en el credo de la igualdad...

— Si es por la igualdad —dice la miliciana que está poniendo la mesa—, aquí somos todos anarquistas, pero comemos comida caliente servida en platos, mientras los combatientes de las trincheras tienen que conformarse con latas de conserva. Y no quiero nombrar a más de un anarquista a quien los puestos y los galones se le han subido a la cabeza. Conste que no lo digo por los presentes, aunque ellos tampoco cumplen con la igualdad del comunismo anárquico.

La Gallega, que así llaman a esta muchacha oriunda de Pontevedra, repasa cuidadosamente cada plato entre frase y frase de su discurso acusador. Nada tiene que ver una cosa con otra. Si se ponen platos, han de estar limpios. Así lo ordena el credo doméstico de su condición femenina. Viendo que me dispongo a marchar, la bonita gallega de tez transparente, ojos azules y pelo rubio de inglesa, manda que me siente.

— Sólo faltaba que te fueras sin comer, hoy que tenemos carne fresca, poca, apenas para tomarle el sabor, pero no de lata.

Miro a mi alrededor para comprobar si los demás aprueban la invitación. Todos sonríen. El que mejor sonríe es Cipriano Mera, siendo el que tiene el porte más austero, el rostro más curtido, más oscuro, rayado por dos surcos profundos entre las alas de la nariz y las comisuras de la boca, y arrugas más finas, incontables en la frente y las mejillas. Pero no son arrugas de edad, como tampoco es de edad su pelo gris. No sé cuántos años tiene. Menos de cuarenta a juzgar por la elasticidad de su cuerpo enjuto y el increíble fulgor de su mirada.

Como ve que vacilo en sentarme a la mesa, me dice riendo:

— Ven a comer, moza. Deja de lado los principios. En esta guerra tan dura que estamos llevando, toca alguna vez torcerle el cuello a los principios, aunque se te haga trizas el corazón.

Al pronunciar estas palabras, Cipriano Mera ya no sonríe. La máscara oscura que se le ha puesto de pronto, le da un rostro de santo español tallado en madera negruzca. Entonces yo me pregunto si es verdad lo que cuentan por ahí. Si es verdad que mandó fusilar cinco, diez, algunos dicen que más milicianos confederales para contener una desbandada durante la ofensiva fascista del mes pasado.

Temerosa de que adivine lo que estoy pensando, aparto los ojos. Al cabo de un rato, atenta a un nuevo discurso de la Gallega, olvido. El también, porque vuelve a sonreír.

De regreso a nuestras trincheras, el sol nos acompaña como a la ida. El cielo sigue azul. Hasta hay un tímido canto de pájaro, pero ahora yo marchó entre sombras, atando y desatando el nudo que se me quedó atravesado aquel día de combate a las puertas de Sigüenza, cuando amenacé con el revólver al miliciano que había

tirado el fusil, huyendo enloquecido de miedo. Su contestación “Mátame si quieres; me da igual”, significaba que lo que el muchacho no podía resistir era la tensión de esperar la muerte. El riesgo presente en cada tiro que silbaba a su lado había acabado con su lucidez. En cambio, la certidumbre de morir a mis manos en seguida, despertó en él ese reflejo tan corriente en el español frente a la muerte: “Me da igual” o “¡Qué más da!”. Entonces, yo bajé el revólver.

¿Convencida de que había hecho bien dejando marchar al desesperado? Todavía no lo sé. Nunca más amenacé a un combatiente. Bueno, ya está bien de cavilar por nada. ¿Qué te pasa, quieres compararte con Cipriano Mera, darte aires de capitán de guerra? Debes admitir que hasta aquí has combatido como quien dice en familia, al frente de una pequeña unidad formada en su mayoría de compañeros, casi todos militantes. No eres Juana de Arco, ni siquiera Agustina de Aragón. Quédate dónde estás y como estás hasta que “te toque la china”, según la expresión española, o te flaquee la salud. Ahora ni mando tienes, es mejor así. De capitán ayudante no asumes mayores responsabilidades. No quieras mirar más lejos de lo que puedes. Lo que tenga que venir, vendrá.

— Apretemos el paso, Rogelio, que ya hemos tardado más de la cuenta.

— Vaya, te has despertado al fin. Caminabas como sonámbula. A ratos hablabas sola muy despacio. No se podía oír lo que decías.

— Eso de hablar sola me suele ocurrir a menudo, principalmente cuando estoy preocupada, como hoy, por cosas de nuestra guerra.

— ¿Te han dicho algo en Puerta de Hierro? A lo mejor se prepara un combate o se sabe que los fascistas van a atacar.

— No me han dicho nada. Estas cosas nunca se divulgan. Cuando llega la orden, es cuando te enteras. Si hay datos sobre un posible ataque enemigo, te avisan unas horas antes. Por hablar demasiado y a destiempo han ocurrido muchos desastres.

Delante del puesto de mando, en un cuadrado de tierra que aún conserva la cerca de cuando era jardín antes de que la guerra pasara por aquí, cuatro hombres desconocidos rodean al comandante Bautista.

— Estos compañeros son oficiales de un batallón vecino —explica el comandante—. Han venido a visitarnos aprovechando el sol. Creo que éste la conoce de Sigüenza.

Un muchachote esbelto, de cara cetrina, se acerca con la mano extendida.

— No creo que tú me recuerdes —dice—. Yo estaba con el grupo del Maño cuando quedamos encerrados en Sigüenza. Te vi dos o tres veces. La primera en la estación, aquella noche del discurso de Martínez de Aragón. Otra vez fue cuando vino el tren blindado y todos corrimos y tú te caíste y te sangraban las rodillas. Me he enterado esta mañana que estabas aquí. He tenido una alegría muy grande porque me habían dicho que te vieron muerta delante de la casa del POUM.

— ¿No sabes por dónde anda el Maño? Me daría un placer enorme volver a verlo...

— ¿Y verme a mí? ¿Qué...?

— ¡Mateo! ¿Será posible? ¿De dónde sales?

— Ahora mismo de ese cuarto. Me he escondido para darte una sorpresa. Venga un abrazo, aunque más no sea por las penas negras que pasamos juntos en aquellos montes infernales.

— Y por lo mucho que me ayudaste hasta contra mi propia voluntad. Nunca olvidaré que te debo la vida. Si me hubieses dejado detrás de aquella peña cuando teníamos a los guardias civiles casi encima y que yo no quería seguir corriendo, a estas horas estaría pudriéndome en un hoyo. Poco faltó para que me hicieras caminar a puntapiés.

— Mujer, no seas exagerada. Es verdad que te saqué a rastras.

Te hubiese cargado en el hombro si no conseguía hacerte andar. Cualquier cosa menos dejarte morir sola. Porque aquello de tirar todos juntos hasta el último cartucho, guardando siete para nosotros no me hacía ninguna gracia. Era bonito al decirlo, pero ni siquiera estaba yo seguro de que los demás tuviesen el valor de cumplirlo. Bueno, no se hable del pasado. Aquí estamos los dos sanos y buenos y beberemos una copa para celebrarlo.

— Mateo, yo reconozco que lo mío fue una cobardía. Si no daba más, y de verdad no podía más, debía haberme apartado y pegado un tiro en la sien sin comprometer a nadie. Aquí, delante de los compañeros, yo declaro que salimos de aquel trance de muerte gracias a ti, a tu buen humor, a tu coraje. Venga ahora la copa y dime cómo has llegado hasta aquí.

— Pues andando. Yo estoy en el batallón confederal que ocupa las posiciones de la derecha, a menos de un kilómetro de las vuestras. Llevo días oyendo hablar de una capitana muy mentada. Al principio no se me ocurrió que podías ser tú. Claro que yo te conocí sin galones, pero cuando me dijeron que la tal capitana era una

extranjera y que había estado en Sigüenza, vine corriendo con estos compañeros, con la botella de cazalla que me dio mi mujer. La pobre la guardaba para celebrar el fin de la guerra. Como yo le dije que quedaba guerra para rato, me la puso en el macuto.

Pasadas varias rondas de cazalla, pasadas las cuentas del rosario que nosotros solos, Mateo y yo, podemos desgranar porque ninguno de los presentes sabe que el ferroviario era un pazguato, su novia una bruja de mal agüero, que de los dos hermanos el menor era un niño que se moría de miedo, que de habernos metido en la paridera hoy no contábamos el cuento, no queda mucho tema de conversación que pueda interesar a los demás.

Comprendo una vez más que la fraternidad nacida en la guerra se nutre de sustancias de guerra. El hermano de guerra es entrañable, pero limitado, unilateral. Si el lazo forjado cala más hondo que los azares del combate o las penalidades compartidas, entonces la amistad puede proyectarse más allá de la guerra.

Esto pienso cuando me despido de Mateo con un abrazo. Sé profundamente que si hiciera falta, ayudaría a Mateo hasta el fin de mis días, pero Mateo no es todavía mi mejor amigo. Por ahora está en la fila de los muertos y los vivos que llevo pegados al corazón desde que comenzó la lucha: Antonio Laborda, el Marsellés, la Chata, Antonio Guerrero, Clavelín, Emilio García, Jesús Blanco, el Botas. Y junto a ellos, todos los demás que se aglutinan en mi memoria como los personajes de un cuadro de Paolo Uccello.

Se han ido las visitas. El comandante se pone a preparar los partes, estadillos y otros papeles actualmente obligatorios para la buena marcha del Ejército. Yo me voy con Rogelio a las trincheras.

Como se ha repartido el suministro de la cena, las zanjas huelen a guiso de pobre, igual que las casas de inquilinos de los suburbios populares. De nada sirve prohibir que se encienda fuego. También es cierto que los milicianos consiguen hacer fogones muy hondos que no sé por qué milagro no echan humo.

— Y aunque hubiese humo —dice el cocinero—. A ver si los tíos de allá arriba no saben que estamos aquí. Cuando llegue la hora un poco más, un poco menos de humo dará lo mismo. Si ellos tienen que apearse o nosotros subir, nos batiremos el cobre como Dios manda. Entretanto, si durara el sol y se murieran todos los piojos, con un libro de piratas para distraerse no se estaría tan mal. En peores nos hemos visto. Si quieres comer con nosotros un plato de sopa, carne frita y nueces de postre; siéntate. Dentro de cinco minutos estará lista la cena.

— Muchas gracias, el menú es tentador, pero no tengo hambre. Otro día será, a lo mejor mañana, si mantienen la invitación.

— Mantenida queda, pero cualquiera sabe lo que pasará mañana. ¿No quieres llevarte un puñado de nueces? Acerca el bolsillo. Vienen de mi tierra, un pueblo chiquitín que está cerca de Guadalajara.

Acepto las nueces generosamente ofrecidas. Rechazo diez metros más allá pan tostado con mantequilla y azúcar, admirando a cada paso la fabulosa facultad de adaptación de los humanos. El agujero fangoso de los primeros días ha sido secado y ahondado. Algunos hasta tienen piso de madera. Se ha desechado la paja por criadora de piojos y hasta formadora de piojos y pulgas como sostienen algunos.

— No tienes más que ver a esos vagabundos que duermen en los pajares. Todos están llenos de piojos. Los piojos nacen de la paja. Peor todavía cuando es paja húmeda.

Imposible convencerlos de que no existe la generación espontánea. Que los piojos nacen en la paja de otros piojos o liendres. Como de todas maneras la paja húmeda es malsana, apruebo la preferencia por la madera.

En la trinchera de la cuarta compañía, la del POUM, encuentro a los milicianos discutiendo alrededor de un grupo que manifiesta el deseo de cambiar de unidad. De ir en busca de combate allí donde se está luchando. Dicen que aquí llevamos casi tres semanas metidos en un agujero juntando piojos y reuma. Con menos actividad que si fuésemos milicianos de retaguardia. Que no hay miras de que algo se mueva en este frente.

— No consigo que cambien de parecer —dice el capitán—. Se quieren ir a toda costa. No sé cómo lo harán para llegar hasta Málaga, que es el frente que han elegido. Me canso de explicarles que ya no es como antes, cuando la gente marchaba por donde le daba la gana, para bien o para mal. Contestan que nadie les puede privar de combatir...

— Yo les pido —interviene el teniente Rubio— que si de verdad deciden irse lo comuniquen al comandante del batallón pidiendo la baja y un salvoconducto para que no los tomen por desertores. Deben hacerlo por el buen nombre del POUM. También para que no los detengan en el camino.

— ¿Tú qué opinas, pequeño? —le pregunto a Clavelín—, ¿Crees que los compañeros deben irse?

Sorprendido, el niño me mira con ojos indagadores, como si no estuviese seguro que me dirijo a él.

— Contesta, Clavelín, Eres el más joven en años, pero yo tengo confianza en tu juicio. ¿Te parece bien que los compañeros se vayan?

En voz muy baja, separando las palabras como si le costara gran esfuerzo pronunciarlas, el chiquillo dice:

— Yo creo que los compañeros deben quedarse porque nosotros somos del POUM. Y a estas horas tenemos que estar juntos, aquí o en cualquier sitio.

A lo que acaba de decir Clavelín yo añado lo siguiente:

— Nadie sabe si mañana o pasado nos tocará combatir en este frente. El miliciano ha dejado de ser el peregrino que marchaba en busca de combate. Bien o mal, estamos comenzando a formar un Ejército. De nosotros depende que llegue a ser un Ejército capaz de medirse con el de enfrente. A gusto o a disgusto, encuadrados en un batallón debemos acatar la disciplina. Si los seis compañeros que están cansados de un frente hasta hoy inmóvil se van, dejarán un claro difícil de llenar, porque la cuarta compañía es todo lo que queda de nuestra columna en el Centro. Por otra parte, donde vayan se verán incorporados a unidades que les exigirán la misma disciplina que rechazan aquí, con el agravante de que estarán aislados entre milicianos de obediencia política distinta. Buenas noches, compañeros. No me queda nada más que decir.

Podía haber añadido que tampoco yo me siento a gusto en este frente inerte, suspendido en el tiempo y el espacio. Tan inmóvil que parece inútil. Mi malestar es de una esencia igual a la de los

milicianos que ceden al impulso de su formación guerrillera. Hasta aquí siempre hemos sentido la presencia del enemigo. Marchar en busca del combate como quieren nuestros compañeros es un resabio de los primeros tiempos de lucha hoy convertida en guerra. Significa que hay que aprender a ser soldados. Aprender a soportar el tedio, los piojos, el fango, el frío en un frente parado. Entonces, lo que he dicho a los milicianos es válido también para mí.

Le cuento al comandante que un grupo de milicianos de la cuarta compañía, seis por ahora, cuatro de ellos dinamiteros muy valientes y aguerridos, quieren irse a otro frente porque les pesa la inmovilidad de nuestra posición.

— Debemos impedir que se vayan —dice el comandante, más triste que irritado, porque el ejemplo puede cundir—. Me imagino que habrá hecho usted todo lo posible por disuadirlos. Lo primero que debemos conseguir de nuestros hombres es que se queden en las unidades organizadas donde han sido encuadrados. El hecho de que llevemos tres semanas parados no significa que mañana o pasado no debamos entrar en combate, aquí o en otro sitio, o simplemente que nos releven dándonos algunos días de descanso en Madrid...

— ¿Hay alguna noticia?

— Ninguna que yo sepa por el momento. Son solamente conjeturas normales en este frente de Madrid, que se puede arrebatar a cada instante. ¿Dice usted que esos milicianos quieren ir a luchar a Málaga?

— A Málaga, sí. Probablemente por ser tres de ellos andaluces y tener familiares en la región.

— Desgraciadamente no son hombres lo que falta en Málaga, sino armas y acuerdo en la dirección de las operaciones. Mucho me temo que perdamos la batalla. Sería un gran desastre, no sólo material sino moral, porque Málaga es un baluarte obrero. Si le parece útil, yo hablaré con esos milicianos, aunque si usted no consigue convencerlos, menos me escucharán a mí que para ellos soy un desconocido.

— Yo creo que debe hablar con ellos. En su calidad de comandante, lo que les diga pesará más fuerte que mis razones. El hecho de haber pertenecido al Ejército regular y luchar en nuestras filas le da una autoridad indiscutible.

Una noche de tos y picazón es todavía más larga que una noche de insomnio, porque resulta imposible poblarla con pensamientos o recuerdos. Si al menos pudiese permitirme toser a fondo, arrancar el sofoco que tengo en el pecho, me aliviaría. No lo hago por no despertar a los que duermen a mi lado. Me tapo la cabeza, toso debajo de la manta, me ahogo, las sienes me estallan, tengo ganas de vomitar. Al mismo tiempo, me rasco hasta sentir las uñas húmedas de sangre.

Muy despacio, me envuelvo en la manta y comienzo a gatear para llegar a la puerta.

— ¿Adónde vas? —oigo decir a Rogelio—. Yo estoy tan despierto como tú. ¿Quieres que te caliente un poco de café?

— Me voy afuera un rato para toser todo lo que necesito. Duerme, no quiero café. Mañana estaré mejor o iré a ver al médico. Déjame salir.

— Con el frío que está haciendo, cogerás una pulmonía. Quédate aquí y sácate de dentro la tos, que no estorbas a nadie. Escucha cómo ronca el comandante. A mí tampoco me deja dormir el dolor de estómago. Bebe una cucharada de jarabe, anda, no seas terca.

Trago el jarabe, me quedo sentada apoyándome en la pared y acabo por amodorrarme con una especie de sopor que cortan a ratos las quintas de tos. Una punzada muy fuerte detrás del hombro derecho me despierta del todo. Trato de indagar si es muscular o viene de zonas profundas. Como no se agudiza al respirar, decido que se debe a una mala postura.

— La he oído toser mucho esta noche —me dice el comandante—. Es hora de que vaya a ver a un médico en Madrid. Duerme usted poco o nada, así no puede seguir. Si no es grave, vuelve usted aquí con los medicamentos, aunque de todas maneras sería preferible que descansara un par de días en Madrid, al calor, en una cama como Dios manda.

— Estoy segura de que lo mío no pasa de un catarro. A lo sumo, algo de bronquitis sin mayor importancia, porque de día casi no toso. Veré a nuestro practicante para que me dé unas pastillas que calman la tos. Si no las tuviera, iré a buscarlas a Madrid. Lo que necesito ahora es salir a respirar al aire libre. Más que la tos me preocupa la picazón, que se debe, estoy segura, a las conservas...

— O a los piojos —dice Rogelio—. No veo por qué no habrías de tener piojos como los demás. Estos animalitos no saben de galones.

— Pero a mí no me pica la cabeza...

— Porque los tienes en el cuerpo, igual que todos nosotros —insiste Rogelio—. Yo que tú, iría a desvestirme al botiquín para ver.

— Podría ser verdad lo de los piojos —interviene el comandante—. Lo cual sería una razón de más para que vaya a Madrid. También podría aprovechar el viaje para traer libros nuevos. Ha sido muy buena idea lo de dar lectura a los milicianos y mejor aún la escuela. El coronel Tomás, a quien he comunicado nuestra iniciativa, contesta diciendo que dará orden para que se adopte en toda la brigada. Pide que venga usted a explicarle la mejor forma de ponerla en práctica.

— Yo iré contigo —dice Rogelio—. Lo mejor será llegar a la hora de comer, porque la señora del coronel guisa muy requetebién.

— Escucha, compañero, está mal presentarse a la hora de comer. Nos tomarán por gorriones. Siempre aparecemos cuando están por sentarse a la mesa. Creerán que lo hacemos adrede. Vamos ahora mismo.

— Tampoco estaría mal, porque nos darán migas con chocolate como la vez pasada.

No hay suerte. El coronel Tomás y su mujer ya han desayunado. Todo está recogido en el cuarto. Se ve que hay un ama de casa. Muchos critican esta vida de familia en el frente, contando que ni siquiera es la verdadera esposa del coronel, que la legítima está evacuada en Valencia. Yo no consigo tomar a mal esta anomalía, quizá porque le tengo simpatía a la mujer. Tiene una voz muy dulce, unos ojos claros que miran de frente y una compostura de niña juiciosa en todos sus movimientos. Lo único que me choca es su extremada juventud. No creo que tenga más allá de veinte años, si los tiene. En cambio, el coronel acusa alrededor de cuarenta, a no ser que parezca viejo por los pelos grises que le cubren las mejillas mal afeitadas.

El coronel Tomás me pide detalles sobre la manera de conseguir libros y útiles escolares. Le explico que los libreros de Madrid suelen darlos gratis, sabiendo que están destinados al frente. También le doy mi opinión acerca de las obras que mejor convienen. En cuanto a la escuela, no sólo los analfabetos acuden a las clases. Hemos tenido que organizar un curso más adelantado para los milicianos que quieren mejorar su ortografía o sus conocimientos de aritmética. Evidentemente, hay que generalizar la biblioteca y la escuela del frente allí donde la inmovilidad lo permite. No sólo como un antídoto a la monotonía y a la dureza de la vida en las trincheras, sino como un medio importante de difundir enseñanza.

Como todo ha sido dicho, no hay pretexto para prolongar la visita.

— Pero beberán un poco de café —sugiere, con su vocecita melodiosa, la señora del coronel

— Muchas gracias, otro día será —contesto—. Ya se ha hecho tarde.

No sé si mi voz lo ha delatado. De pronto, el apacible cuadro conyugal me irrita como una injusticia indecorosa, una falta de miramiento para con todos los hombres sin casa ni mujer que se rascan día y noche los piojos en las trincheras.

Mi enojo no va a la muchacha de gestos humildes, sino al hombre, al coronel, al mando superior que se concede el derecho de vivir al margen de la dura ley que impone soledad y miseria a los combatientes de la masa. Pero a Rogelio, en el camino de regreso a nuestra posición, no le dejo hablar de “la buena vida que se da ese tío”.

— A lo mejor el hombre está enfermo —digo— y necesita tener a su lado quien lo atienda. No me extrañaría que tuviese algo en el hígado. Pongamos que es así y no se hable más. También en Puerta de Hierro hay mujeres sin que nadie lo encuentre mal.

— Porque son milicianas que guisan y lavan para todos. No son las mujeres de este o aquel oficial. No están ahí para acostarse con ellos.

Encontramos nuevamente visitas en el puesto de mando. Son oficiales de un batallón que pertenece a nuestra brigada, deseosos de enterarse de si es verdad lo de la biblioteca. No, no lo han sabido por el coronel Tomás, sino por los compañeros que vinieron ayer. Como dos de los presentes son maestros de escuela quieren saber cómo hemos organizado la nuestra.

Antes de tratar los asuntos importantes, cumplimos la ley de beber una copa. El aguardiente es malísimo. Arde por dentro y por fuera. Me rasco furiosamente diciendo, a modo de disculpa, que debo de tener un eczema causado por las conservas, una avitaminosis. Mientras explico la enfermedad, meto la mano a fondo para rascarme el brazo. Tanteo con los dedos a la altura del codo, siento que algo me camina por la piel, lo tomo entre el pulgar y el índice, extraigo cuidadosamente lo que yo creo ser una costrita desprendida, lo miro de muy cerca y resulta que he sacado un piojo descomunal, monstruoso, rayado de oscuro en el lomo, que mueve desesperadamente las patas y me mira a los ojos. Sí, señor, me mira, aunque nadie pueda creer que un piojo tenga mirada.

Humillada, sin saber qué hacer con el bicho infame que tengo entre los dedos, oyendo decir a todos entre risas:

“Vaya avitaminosis que te has sacado”, salgo disparada hacia el botiquín, donde felizmente no encuentro a nadie. Aplasto el piojo con la uña en el borde de una mesa. Me quito la ropa a toda velocidad. La tira y las hombreras del sostén están cuajadas de bichos. Pisoteo furiosamente la prenda, vuelvo a ponerme los jerseys y regreso al puesto de mando. El comandante me pregunta si quiero ir a Madrid.

— Ahora mismo, si puede ser. Me quedará tiempo para ver al médico, tomar un baño, cambiarme de ropa y traer libros. No me importa que se rían de mí. Ahora que se me ha pasado el susto, prefiero los piojos a la avitaminosis, menos fácil de curar que quitarse los piojos.

Antes de ir al sanatorio paso por nuestro cuartel para recoger la ropa necesaria. Llevo tanta prisa, que ni siquiera voy a ver al compañero Olmeda. En el sanatorio, la operación de despioje se realiza en varios tiempos: baño antiséptico, pomada antiparásitos en la cabeza después de repetidas pasadas de peine fino en el pelo cortado casi al rape, pomada cicatrizante en las lastimaduras y talco abundante en todo el cuerpo. Para evitar las rozaduras de la lana me ponen una camisa de algodón fino que me cubre desde el cuello hasta los tobillos. Se me ocurre que la tal camisa blanca se parece mucho a una mortaja, que a lo mejor lo es pero me abstengo de decirlo.

— Ahora —pido—, a ver si me dan algo para la tos, un calmante que me permita dormir de noche y deje dormir a los demás.

— El médico te está esperando —contesta la enfermera con voz cariñosa—. Ven conmigo así como estás. Te queda muy bien la

camisa. No la mires de mal modo, parece que llevas un vestido de novia...

— O de muerta, tiene aire de mortaja. Ya me veo enterrada.

— No digas tonterías. Sobre todo no te la quites, porque si te pones la ropa de lana directamente sobre la piel, se te infectarán las llagas que tienes en el pecho.

El médico me ausculta con mucha atención. Después me mira en radioscopia. Vuelve a apoyar la oreja en mi espalda, me hace decir varias veces “Treinta y tres», toser otras tantas, explicándome al final que tengo una bronquitis mayúscula, pero sin complicación pulmonar. Agrega que necesito una semana de cama.

— Lo de la semana será para cuando nos venga el relevo, que ya no puede tardar mucho —digo yo—. Le ruego que por ahora me dé medicamentos, sobre todo, un calmante que me ayude a dormir. Si sigo tosiendo, cuando vengamos a Madrid me pondré seriamente en cura.

— Más le valdría hacerlo ya. O es usted tan indispensable en el frente que no puede faltar una semana —me contesta, irritado, el médico.

— No soy indispensable, ni siquiera necesaria, pero en nuestras trincheras hay decenas de milicianos que tosen como yo, que están tan llenos de piojos como lo estaba yo hace una hora. Si ellos no pueden abandonar sus puestos, no hay razón para que yo abandone el mío. Simple cuestión de igualdad, o de disciplina, si usted lo prefiere.

Sin dignarse contestarme, el hombre se pone a escribir una receta, la entrega a la enfermera, saluda con una inclinación de cabeza y sale del cuarto a toda prisa.

— Creo que tenemos aquí todo lo que ordena el doctor —dice la enfermera—. Mientras te vistes, iré a ver si falta algo. Sería mejor que no te pusieras sostén. Total, con toda la ropa que llevas no se te ve el pecho.

Al cabo de un rato, la enfermera regresa con unos frascos, tubos de pastillas, botes de pomadas, junto con un gran paquete de algodón yodado como el que yo ponía en el pecho a Hippo cuando tosía.

— Va doble y triple de todo —dice la buena criatura—, por si hiciera falta para otros. Son muy buenos medicamentos. Además yo rezaré por todos vosotros. Con las oraciones harán más efecto los remedios...

— Tú eres monja, ¿verdad? Se te nota en el porte y en la voz.

— He sido monja, no tengo por qué ocultarlo. Tomé el hábito contra la voluntad de mi familia, que es de izquierda. Pase lo que pase, no volveré a ser monja, pero no he perdido la fe. Pido a Dios todos los días que proteja a mis dos hermanos que luchan en el frente de Andalucía. Dicen que Málaga está al caer. Llevo encendidas diez velas a la Virgen en mi corazón para que no deje que los fascistas entren en Málaga, porque si entran, harán la misma sarracina que hicieron en Badajoz. Dios no habrá de permitirlo. Perdona tanta palabra inútil, dirás tú. A lo mejor, Málaga ya ha caído. Si así fuera, es posible que yo pierda la fe hasta en la misma Virgen.

Alguien entreabre la puerta. Es un hombre viejo, probablemente el portero, que grita con voz acongojada:

— Málaga ha caído. La radio acaba de anunciarlo. Dice que la aviación italiana bombardea las carreteras repletas de población civil. ¡Qué crimen, Señor, qué crimen tan horroroso!

Abrazo a la enfermera y salgo corriendo a reunirme con el chófer que me espera en una librería de la calle de Preciados. El chófer sabe ya que ha caído Málaga. El librero también. Los dos afirman que el Gobierno tiene la culpa por no haber enviado a tiempo las tropas y las armas necesarias para la defensa de la ciudad.

Cargamos los paquetes de libros ya preparados, renunciamos a pagarnos la comida de mercado que nos habíamos prometido y nos vamos a casa a todo correr como si tuviésemos que huir de los italianos que están bombardeando las carreteras de Málaga atestadas de mujeres y niños.

— Se habla de traición en los altos mandos —gruñe el chófer—, de entrega, de luchas entre las distintas organizaciones obreras. ¡Mira que haber dejado caer Málaga la Roja! Es muy grande defender Madrid, pero a ver si nos quedamos solos en nuestros agujeros, mientras los fascistas van tomando una tras otra las demás ciudades.

— Le veo preocupado, comandante. ¿Pasa algo? ¿Le han hecho reproches en Puerta de Hierro?

— Ningún reproche, al contrario. La prueba es que nos han designado para una operación más que arriesgada. Nada menos que tomar el Cerro del Águila, claro que no solos. Saldrá en vanguardia un batallón de la CNT, el que está a nuestra derecha. Treparán al

cerro antes del amanecer, cortarán las alambradas, tirarán lluvias de granadas para neutralizar las ametralladoras y los morteros...

— ¿En Puerta de Hierro están seguros del batallón que abrirá el combate? Esos milicianos tendrán que operar como en un golpe de mano, por sorpresa, porque si los descubren antes de que se hayan echado sobre la posición, los bajarán a tiros seguros, a ellos y a los nuestros que irán detrás.

— Según me dijeron, se trata de gente aguerrida, que, después de la caída de Málaga, plantea problemas a sus mandos porque los mantienen en un frente inmovilizado.

— Y usted, comandante, como militar de carrera, ¿tiene confianza en esa operación, le parece viable?

— Si se lleva a cabo como la definen en Puerta de Hierro; si los hombres del batallón de vanguardia cumplen y los nuestros siguen, no digo que será un paseo, habrá bajas, pero puede salir bien. Haga el favor de decir a nuestros capitanes de compañía que vengán aquí inmediatamente, a fin de ponerlos al corriente.

Olvidando que ahora no mando ni ordeno, pregunto al comandante si no hace falta pedir refuerzo de municiones, granadas o bombas, si tenemos que preparar raciones para suministrar a los que deban quedarse en las posiciones del Cerro del Águila.

El comandante Bautista deja de caminar de un lado para otro por el cuarto como es su costumbre, se detiene frente a mí para hablarme mirándome a la cara con sus ojos saltones de color indefinido, amarillentos, grisáceos según los entorne o los abra dejando ver la córnea veteada de finísimos bultos de sangre, me

pone las manos en los hombros y, como si quisiera disculparse, dice en voz baja:

— Cartuchos de fusil, bombas y demás llegarán dentro de una hora. Como siempre, se ha organizado todo menos la Intendencia. Ocúpese, por favor, de las raciones. ¡Ojalá las necesitemos! No hace falta que yo le dé indicaciones, ¿verdad?

— Verdad. No pase cuidado, pondré el mínimo para evitar 'peso. Si ganamos el cerro, les llevaremos el resto, sobre todo la bebida, que es lo que más abulta. Voy a llamar a los capitanes.

La orden de acudir al puesto de mando sorprende a todos. Tratan de hacerme decir para qué los convocan. La mayoría cree que les anunciarán el relevo. Como no confirmo la suposición, piden que al menos les diga si pasa algo grave.

En pocos instantes los milicianos se enteran de que sus capitanes han sido convocados por el comandante. “Para nada bueno ha de ser”, murmuran algunos, pero a nadie se le ocurre la verdadera razón.

De pronto, ha cambiado el clima de la trinchera. Casi no se oye hablar. Nadie se mueve de su puesto por temor a perder la primicia de las novedades que traerá su Capitán. En mi vuelta por los refugios recojo miradas ansiosas, hasta coléricas, porque todos saben que yo sé. Cada compañía ha puesto un centinela encargado de anunciar el regreso de su capitán. La medida no tiene mayor sentido. Denota solamente, en los milicianos, la necesidad de participar en algo que sienten importante.

Cuando comienzan a resonar los gritos de: “Ya viene, allá viene” me encamino hasta el puesto de mando para no estar presente en el encuentro de los oficiales con sus hombres.

— Ya debía estar aquí la munición —me dice el comandante—. No veo a qué se debe la tardanza. No faltaría más que se suspendiera la operación cuando ya están enterados los milicianos. ¡Menudo lio se armaría!

— Se puede telefonar a Puerta de Hierro —digo yo.

— No estaría bien telefonar. Es preferible que vaya usted con pretexto de las raciones y pida que refuercen al doble el café. De las municiones podrá preguntar si los cartuchos de fusil vendrán apartados según las armas, porque aquí tenemos fusiles españoles, checos y mexicanos. Tocando el tema del material, sabrá en seguida lo que tardarán en traerlo.

— Propongo que esperemos otro rato. No tengo ganas de ir hoy a Puerta de Hierro por miedo a hablar más de la cuenta en lo que se refiere al batallón confederal que iniciará la operación.

— ¿Por qué? ¿Usted desconfía de las milicias confederales?

— De ninguna manera, yo no desconfío. Lo que pasa es que no sabemos nada de ese batallón, y si hablo con el comandante Palacios o con Cipriano Mera, por mucho cuidado que ponga, se me pueden escapar palabras que les hagan creer a ellos que pido garantías. Entonces, es mejor que no vaya...

— Comandante —llama el telefonista—, piden de Puerta de Hierro que se ponga al habla.

“Suerte —me digo aliviada—, así no tendré que ir”. La conversación telefónica dura un buen rato. Me pregunto si no anuncian modificaciones en el desarrollo de la operación.

— Todo está en orden —me informa el comandante—. Un solo detalle nuevo: la cuarta compañía saldrá en cabeza, por ser la más veterana. Toda nuestra gente es buena, pero la cuarta compañía es la que tiene en su haber más combates. Es un honor para sus milicianos encabezar el de mañana.

“Un honor o un castigo”, pienso para mis adentros. Si estuviésemos en un batallón comunista, diría que es un castigo, porque no consigo dominar la desconfianza que me inspira la operación de mañana a causa de ese batallón desconocido que lo decidirá todo. Pero aquí el mando que ordena la operación no es comunista, sino confederal, favorable al POUM, luego hay que tomarlo como un honor.

— Comandante, ¿quiere que vaya a buscar al capitán de la cuarta compañía? Puedo asegurarle que es un hombre serio, que sabrá responder. Se pasó a nuestras filas después del combate de Imón con otros dos compañeros que siguen a su lado en la compañía.

Como cada vez que el comandante Bautista tiene que ordenar su pensamiento, se frota las manos, las apoya en el pecho y cierra los ojos un momento antes de hablar. Cuando encuentra las palabras que ha estado buscando muy adentro, abre los ojos, mira de frente y dice con voz pausada, pero resuelta:

— Pienso que es mejor que sea usted quien le comunique la decisión, en mi nombre, por supuesto, delante de los milicianos. Atención, no trato de rehuir responsabilidades. Una vez que usted haya hablado con ellos, le dirá al capitán que venga a verme.

Explíqueles, tal como lo ha dicho el comandante Palacios, que han sido designados para salir en vanguardia porque son veteranos dignos de toda confianza. Sería muy grave que, en vista de la campaña que se lleva contra el POUM, estos milicianos pudiesen creer que se les da un puesto de sacrificio cuando se trata de un puesto de honor. Ahora bien, si no manifiestan ninguna duda...

— Yo no diré nada. Espero que no hará falta dar mayores explicaciones.

— También yo lo espero. Cuanto más serenos están los ánimos en vísperas de un combate, mejor se lucha. Esto vale también para usted. Deje de cavilar en lo que hará o no hará el batallón de la derecha, y vaya a llevar el mensaje a la cuarta compañía. Yo iré a ver si ha llegado el material.

En las trincheras hay gran animación. Tengo que abrirme paso entre los milicianos ocupados en desmontar fusiles, remendar correaes, contar cartuchos canturreando por lo bajo coplas alusivas al próximo combate. Pero el tono general es de seriedad, sin explosiones bravuconas ni alardes arrogantes.

El ambiente que reina en la cuarta compañía es todavía más concentrado, más denso, como si los hombres tuviesen una noción más clara del riesgo que habrán de correr mañana. Cuando me encuentro en medio de la trinchera, digo a modo de preámbulo:

— Al fin habrá combate.

— Sí, al fin, ya era tiempo —contestan varias voces.

Con Fuentemilla a mi lado, digo dirigiéndome a todos:

— Traigo un mensaje que nos han comunicado de Puerta de Hierro. El comandante me ha encargado de dárselo en su nombre. La

cuarta compañía saldrá en vanguardia, honor que le cabe por ser la más aguerrida...

— Un honor con sus más y sus menos —gruñe Chuni— y porque el avance a campo raso no será cosa de coser y cantar. No importa, vale más ser los primeros en avanzar y no andar a la zaga de los demás, que a lo mejor se vuelven a mitad de camino. Falta saber solamente si los encargados de abrirnos el paso no se quedarán dormidos.

— Déjate de hacer pronósticos —le riñe Fuentemilla—. Nadie nos da derecho a pensar que esa gente puede echarse atrás. A mí, lo único que me preocupa es lo que tardan las municiones. Fijaros en la hora que es. Menuda tarea si los cartuchos no vienen apartados y hay que ponerse a buscar calibres.

— Ya está todo aquí. Ahora mismo puedes mandar dos hombres al puesto de mando para traer lo que haga falta. Olvidaba decirte que el comandante quiere hablar contigo. Yo me voy disparada a ocuparme del suministro. A propósito, según vuestro parecer, ¿es más práctico que cada uno lleve en el macuto su ración, o es preferible subirles el suministro a la posición para evitar peso?

— Yo diría que es mejor no cargarse —dice Fuentemilla—, porque no será un paseo, sino una carrera. Vale más llevar cuatro o cinco granadas de repuesto, que un paquete de comida. Es mi modo de ver...

— ¡Y el nuestro, y el nuestro! —gritan muchas voces—. Cuanto más ligeros vayamos, menos nos pesarán los pies. Ya sabemos que no nos dejarás pasar hambre ni sed. Como dice el capitán, es mejor llevar más bombas que comida.

— Clavelín —pregunto al chiquillo que está frotando afanosamente su fusil—, ¿no quieres venir conmigo de segundo enlace? Se me ocurre que habrá tarea a la hora del combate, Rogelio no dará abasto.

Sin soltar el fusil, el muchacho levanta la cabeza moviéndola de derecha a izquierda en un gesto negativo, atemperando su rechazo con una sonrisa más ancha que de costumbre. Conociendo la firmeza de sus decisiones, no insisto. Le digo solamente que se ponga un trozo de algodón o unos trapos bajo el gorro para atenuar el golpe si se diera un porrazo.

Sobre la zanja que los milicianos mantienen limpia y despejada a fuerza de pico y pala brilla un rojo sol de invierno, redondo y sobresaliente como una fruta. Ni la más leve nube en el cielo. Tan sólo un temblor de bruma, que la luna barrerá dentro de poco. La noche será helada y clarísima. Quisiera saber en qué cuarto anda la luna para calcular la hora en que se marchará del horizonte. En seguida me digo que no debo pensar más en el combate de mañana.

Me detengo un rato en cada compañía para preguntar si necesitan algo y escuchar al mismo tiempo los comentarios que pudieran surgir sobre la designación de la cuarta compañía para marchar en vanguardia, que ya todos conocen y encuentran normal por su colocación en la trinchera, de cara al Cerro del Águila.

— Sí que es verdad —dice Rogelio—. No lo había pensado. Será cosa muy grande acabar con los fascistas de allá arriba. Esta noche, como víspera de fiesta, comeremos bocadillos calientes y sopa de gelatina.

Está oscureciendo cuando llegamos al puesto de mando donde el comandante Bautista, ocupado en trazar un croquis, nos saluda con

la mano sin levantar la cabeza. En un rincón hay una montaña de sacos rodeados de damajuanas, el suministro del batallón para mañana.

Aguardo que el comandante termine de escribir para comunicarle que los milicianos prefieren no llevar raciones. Por fin, el hombre suelta el lápiz.

— Es un plano de situación —dice—, no un plano de verdad, apenas un trazado con cierta aproximación del terreno según las cotas que he calculado de memoria. Si el batallón encargado de dar el golpe consigue infiltrarse en el más completo silencio y caer como un rayo sobre los centinelas, todo puede salir bien. En Puerta de Hierro aseguran que las fuerzas que ocupan el cerro no pasan de trescientos hombres. Propongo ahora que no se hable más y bebamos una copa. Toma, nos olvidábamos de las raciones...

— Los milicianos prefieren que se las llevemos al cerro para evitar peso —contesto yo.

— Eso de que la gente no lleve nada de comer —dice Rogelio— me parece una equivocación. ¿Y si el combate dura el día?

— Tal como está planeado, no puede durar todo el día —contesta el comandante—. Vuelvo a pedir que no se hable más. Venga esa copa.

Pobre ardid para engañar la angustia la ceremonia de tragar en silencio unos sorbos de pésimo aguardiente que, más bien, afila los cuchillos de la ansiedad que nos están lastimando sin parar. Entonces comienzo a contar el episodio de Imón, aquel en que el grupo de Julio Granell llegó sigilosamente hasta los guardias civiles que nos estaban tirando con ametralladora desde una altura,

aullando tan desaforadamente que parecían indios salvajes arrojándose sobre un puesto de colonos blancos.

El relato, alargado y adornado como un cuento infantil, hace reír a Rogelio y sonreír al comandante. Pero por un acuerdo tácito nos abstenemos de sacar conclusiones comparativas. Superstición o deseo de un mínimo de tranquilidad hasta el día siguiente, o ambos sentimientos a la vez, no volvemos a citar la operación de mañana.

Mientras Rogelio tuesta el pan para los bocadillos, yo salgo a mirar la noche. El silencio es tan profundo, que me parece escuchar el centelleo de las estrellas todavía doradas y brillantes porque no ha llegado la luna. No tardará en venir por la izquierda. Siempre la he visto aparecer por la izquierda, al menos en Europa. No consigo recordar si en la Argentina también llegaba por la izquierda. La Argentina se me antoja un país remoto, donde en febrero hace un calor tremendo. Francia también está lejos. España sola está cerca, helada y enfurecida.

La voz de Rogelio me despierta.

— Te vas a quedar pasmada —dice—, parada ahí con semejante frío. Y yo con la cena lista creyendo que andabas por las trincheras. Ven a comer, te estamos esperando.

Entro en el cuarto cargado de humo y olor a frito como si regresara a casa después de un viaje largo, contenta de encontrarme con los míos, de comer junto a ellos pan caliente y beber vino espeso. Me parece también haber salido de un letargo maléfico. Estaba embrujada de pánico. Veía como en una pantalla correr a los milicianos de la cuarta compañía, mi compañía, como quien dice mis hijos. Los veía correr, caer heridos o muertos, y olvidando la ley de la guerra, su sacrificio se me antojaba injusto. Ahora estoy de nuevo

lúcida y tranquila, gracias quizás al momento de soledad de cara al frío y a las estrellas. Ya no tengo miedo ni pena.

— Voy a dar una vuelta por las trincheras —dice el comandante—. ¿Quiere usted venir conmigo, o prefiere ir más tarde?

— Más tarde, alrededor de medianoche, como de costumbre —contesto—, para que el paseo me dé sueño.

Con Rogelio pegado a los talones, marchó de refugio en refugio. Ha venido la luna. Está pegada en medio del cielo como una moneda de oro pálido gastada del lado derecho. Ahora se distingue la masa compacta del Cerro del Águila. Me pregunto cuánto mide la distancia que nos separa. En seguida resuelvo no pensar en ello.

Pocos milicianos están despiertos en los refugios. Bebo aquí y allá una copa de vino, fumo un cigarrillo y llego, por último, a la cuarta compañía.

A la luz de un cabo de vela, Fuentemilla, junto con Juan Luis, revisan fusiles, más con las manos que con los ojos. Tirado en el suelo, el teniente Rubio, llamado así por ser pelirrojo, fino, blanco y pecoso, trata de remendar la trenza de cuerda que le sirve de correa. Es un estudiante madrileño que se sumó a las milicias del POUM a las pocas semanas de iniciarse la guerra civil. Luego pasó a ser militante de la organización, siguiendo el ejemplo de su amigo Emilio García, a quien vio morir en la ruta de Navacarnero, cuando las tropas de Franco venían a paso de carga rumbo a Madrid.

— Te debe de pesar —dice Fuentemilla— no venir con nosotros. También le pesa a la compañía. ¿No puedes pedir permiso para marchar?

— No me lo darían. Además, ahora pertenezco al batallón. Debo quedarme junto al comandante para lo que haga falta. ¿Está de guardia Clavelín?

— No, ha regresado hace un rato del parapeto. Por mí lo rebajaría de guardia. Se lo he propuesto varias veces porque es endeble, sin contar que el frío tan grande no es cosa buena para su cabeza herida, pero el crío no quiere ser menos que los mayores y hasta se empeña en ser más. Ahí está en su agujero, a lo mejor despierto.

Me acerco despacio a Clavelín. El chiquillo yace sobre la tierra húmeda, doblado como en el vientre de su madre, profundamente dormido. Su cabeza herida tiene dos cartucheras por almohada. Pegado a su flanco, reposa el fusil. Se me atraviesa en la garganta una bocanada de compasión por el niño soldado que quiere ser como los mayores, asumiendo con más entusiasmo que muchos mayores la ley del combate. Y siento un gran respeto por el muchachito flaco de carnes, parco en palabras, grande en pasión, que me da una saludable lección de humildad. Me alejo de puntillas para no turbar su sueño. Lentamente, me pongo a rehacer la ronda de los parapetos, retrasando cuanto puedo la hora de encerrarme en el puesto de mando.

El comandante vela todavía. Inclinado sobre el mapa aproximativo que ha trazado hace unas horas, mide distancias con una regla y apunta cifras al margen. Sin levantar la cabeza, a guisa de saludo levanta una mano. Yo tiendo en el suelo las dos mantas que me sirven de colchón, deslizo la pistola hacia delante y me acuesto.

Cuando abro los ojos, porque el extraño fenómeno que me hace dormir a la hora del riesgo se ha manifestado una vez más, son las cuatro de la mañana. En el cuarto hay olor a café mezclado al tufo

pesado de encierro y ropa sucia. Me levanto de un salto. Busco con la mirada a los dos hombres, pero veo solamente a Rogelio.

— El comandante ha ido al teléfono —explica Rogelio—. Encargó que fueras a reunirte con él cuanto antes. No hace falta que salgas corriendo. Ahí tienes un jarro de café. De haber urgencia, habrían venido a llamarte. No pasa nada todavía. Espera, voy contigo.

La chabola del teléfono está a dos pasos. Al vernos llegar, el comandante pide a Rogelio que traiga café caliente para él y el miliciano de comunicaciones. Pregunto si no ha llegado el mensaje de Puerta de Hierro anunciando la hora de comenzar la operación.

— Sí —contesta el comandante—. Hace media hora, diciendo que el batallón se había puesto en camino. De ser verdad, ya se deberían escuchar las primeras descargas. Esta tardanza me da mala espina, aunque, de haberse suspendido el ataque, nos habrían avisado para no tenernos aquí en ascuas. Vaya usted a los parapetos de la cuarta compañía. Tranquilece a los milicianos. Quédese con ellos hasta el momento del arranque. Ponga también varios centinelas a lo largo de las trincheras de modo que pasen el mensaje con la mayor velocidad.

Transcurre una hora. En medio de la compañía formada para salir, me estrujo el cerebro en busca de explicaciones que justifiquen la tardanza, como también la ausencia de noticias.

De pronto se oyen tiros de fusilería y explosiones de bombas. Algo así como una onda eléctrica sacude a las escuadras agrupadas según las armas que llevan. Los dinamiteros en punta sin más carga que el morral repleto de cartuchos y las granadas al cinto, muy ufanos de haber conseguido, por fin, las tan codiciadas pifias.

Pero los tiros y las explosiones se van apagando minuto tras minuto. Es difícil admitir que la posición haya caído en tan poco tiempo. Los enlaces corren de un lado a otro llevando preguntas y trayendo respuestas.

La orden de salir no llega. Todos los ojos están fijos en el cielo que la aurora va tiñendo a grandes pasos de rosa y oro. Los últimos rastros de la noche retroceden hacia el Oeste en paquetes de sombras deshiladas.

Cuando la cuarta compañía recibe la orden de saltar los parapetos, son las seis de la mañana de un día peligrosamente claro. Tan claro, que se distinguen nítidamente los triángulos que forman los hombres avanzando desplegados en guerrillas por el llano total, chato como una tabla, sin el menor montículo que sirva de amparo.

Doblada sobre el parapeto, con los ojos doloridos de tanto forzarlos para ver, el pecho sofocado de angustia, las uñas hundidas en las palmas de las manos, oigo estallar los primeros obuses de mortero. Les siguen los tableteos de las ametralladoras. Ante la barrera de fuego, los nuestros se dispersan, se tiran al suelo un instante, se levantan, intentan avanzar, muchos caen, heridos o muertos. Los demás retroceden arrastrándose, corriendo en zigzag.

El primero que llega a la trinchera es Juan Luis. No consigo hablarle, porque el temblor de las mandíbulas degüella las palabras.

— Esto ha sido un asesinato —grita Juan Luis—. Nos han tirado a blanco seguro. Íbamos dando el pecho. Yo marchaba junto al capitán. Cayó a mi lado, muerto de un balazo en la cabeza, que la llevaba muy alto, como un jabato. Muerto también el teniente Rubio y muchos otros. Vengo a buscar refuerzos para recoger a los heridos.

En camillas se podrá sacar solamente a los que han quedado cerca. A los demás habrá que traerlos a rastras, si se puede.

Detrás de Juan Luis, pegados al suelo van decenas de milicianos de nuestro batallón. Las ametralladoras del Cerro del Águila siguen barriendo el terreno. En la trinchera de evacuación, esperando camillas, se alinean los heridos que van llegando por sus propias fuerzas. El comandante está a mi lado, silencioso, crispado casi tanto como yo. Un enlace viene a decirle que lo llaman del puesto de mando. Yo me pongo a contar los hombres que llegan del desastre. No pasan de ochenta, ilesos o con heridas leves.

No he visto acercarse al comandante. Las palabras que pronuncia en voz alta restallan como un trallazo sobre los milicianos mudos de cólera:

— El puesto de mando ordena salir nuevamente. El batallón que inició el ataque se retira ante el fuego del enemigo, pero se está poniendo otra vez en marcha.

— La compañía ha perdido a sus oficiales —digo yo—. Entonces me toca a mí mandarla. Sale conmigo o no sale...

— Ni vienes tú ni vamos nosotros —rugen las voces de los hombres que se adelantan, amenazadores, frente al comandante—. Combatir, sí, hacerse matar apostá, no. Ya puede usted decírselo a los altos jefes. Decirles que hemos tenido más de cuarenta bajas. Que para carnicería, ya está bien.

— Yo iré al teléfono para explicarlo, si el comandante me lo permite —digo—. Estoy segura de que la orden será anulada...

— Aunque la mantengan. De aquí no nos movemos si no es para ir a buscar los heridos. Ya pueden venir a fusilarnos. Antes nos

llevaremos por delante a los que se acerquen, porque nosotros no hemos tirado los fusiles. Aquí están, calientes todavía, ya se lo puedes decir...

Salgo disparada, corriendo todo lo que puedo. Cuando me pongo al teléfono, estoy tan sofocada que tengo que parar entre palabra y palabra para tomar aliento. Me irrita el tono contenido de Cipriano Mera. No pensé que estuviese en Puerta de Hierro. Lo creía en Madrid, organizando la división que le han confiado. Se me ocurre que no pone mucha atención en mi relato.

— Está bien —dice al cabo de un momento—. Tranquiliza a los milicianos. Ahora mismo vamos para allá. De ninguna manera debes salir tú con la compañía. De todos modos, hay que esperar un rato.

Tengo las piernas y los brazos flojos como después de una fiebre muy alta. Marcho despacio hacia la trinchera. Por el camino, alguien me tiende una bota de aguardiente. El líquido arde como un cauterio. El alcohol o la pena me llenan los ojos de lágrimas. Pienso en Clavelín, a quien no he visto hasta aquí. Pregunto por él a Garbanzo, que está acostando con mucho cuidado al Sordillo en una camilla.

— A lo mejor éste puede dar noticias —me contesta—. Los dos corrían juntos cuando arrancamos.

Acerco la boca a la oreja del muchacho herido para que me oiga, porque su sordera es casi total.

— ¿Sabes algo de Clavelín? —preguntó—. Garbanzo me ha dicho que ibas con él.

— Sí —contesta—, íbamos juntos, y estábamos muy lejos cuando nos dio la ráfaga de ametralladora. A mí me partió la pierna. Me

parece que a él le dio en el vientre. Yo pude arrastrarme casi hasta aquí. Él se quedó tumbado. A lo mejor ya se ha muerto. No creo que puedan traerlo, porque está muy lejos, allá adelante, muy adelante...

Garbanzo sale corriendo.

— Voy a buscar al chaval —grita—. Juro que no volveré sin él...

— Espera, Garbanzo, lleva tres o cuatro mantas por si tienes que arrastrarlo. Envuélvelo en las mantas, bien atado. Lleva también unas compresas, pídelas a los camilleros.

Ahora tengo que llorar o estallo. Y será peor, porque me pondré a aullar. No bien dejo correr las lágrimas, siento que me tiran del brazo.

— Tienes que ir inmediatamente al puesto de mando. Ha llegado Cipriano Mera, te están esperando —dice el enlace hablando muy de prisa.

Cipriano Mera viene a mi encuentro con los brazos tendidos.

— Tranquilízate —dice—, se ha desistido de continuar la operación. Las cosas salieron mal desde el comienzo porque el enemigo estaba sobre aviso. Probablemente un chivatazo. Hay más de un fascista camuflado entre nosotros. Quisimos hacer algo por lo de Málaga. Recuperar el Cerro del Águila hubiese sido un golpe sonado. Nos duele el fracaso, y más nos duelen los muertos y los heridos...

La voz de Cipriano Mera me llega de muy lejos, porque yo no estoy aquí. Estoy en la trinchera mirando pasar las camillas, esperando la que trae a Clavelín. Las lágrimas me empapan las mejillas, me caen hasta el cuello. Dejándolas correr con la cabeza baja, sin enjuagarlas,

imagino que nadie las ve. Cipriano Mera las ve. Tomándome por los hombros dice con voz severa, como quien riñe a una chiquilla:

— Vamos, moza, deja de llorar. Llorando con lo valiente que eres. Claro, mujer al fin...

La frase me cruza como un latigazo. El dolor y la humillación me hacen apretar los puños y arder la cara. Levanto despacio la cabeza buscando una respuesta que lave la ofensa. Sólo acierto a decir:

— Es verdad, mujer al fin. Y tú, con todo tu anarquismo, hombre al fin, podrido de prejuicios como un varón cualquiera.

Y me voy, masticando la cólera que me distrae un tanto de la pena. Los milicianos de la cuarta compañía me reciben en silencio, sin mostrar interés por el mensaje que les traigo. Ahí están como náufragos que han estado a punto de perecer, aturdidos, ausentes. Me llama la atención no ver entre ellos a Juan Luis ni a Chuni.

— Marcharon a ayudar a Garbanzo para traer al niño —dice Adalberto—. Es el último que falta. Los muertos iremos a buscarlos por la noche.

Me siento en el suelo, tan silenciosa, tan inerme como los que me rodean. Pasan muchos minutos. Al fin se oye decir a Juan Luis:

— Con precaución, cuidado, levantad la camilla...

“Quiere decir que está vivo”, pienso, aliviada, caminando hacia la trinchera de evacuación. Tengo que aguantar todavía un rato interminable. Quiero distraer la angustia mirando el cielo tan azul, respirando el aire tibio.

Ahora sí que vienen. Me pego a la cuneta para no estorbar el paso de la camilla. Clavelín está cubierto hasta la barbilla con una manta

de campaña, gris como su carita de moribundo. Los sollozos me crisan las mandíbulas. En un gesto instintivo, tiendo los brazos para protegerlo, para rescatarlo. Mis manos llegan hasta su frente, temblorosas e inútiles.

Clavelín se compadece de mí:

— Éste no ha sido de suerte, pero verás como curo...

Clavelín murió seis horas después. No tenía más que quince años.



MIKA ETCHEBÉHÈRE (Mica Feldman) [\(1\)](#) nació en la localidad de Moisesville, en la provincia argentina de Santa Fe, el 14 de marzo de 1902. Sus padres, judíos rusos, habían llegado unos años antes huyendo de los pogromos que se sucedían en la Rusia zarista. Su infancia transcurre entre los emigrados rusos, muchos de los cuales, eran revolucionarios huidos de las cárceles siberianas. Muy pronto, a los catorce años, en la ciudad de Rosario, adonde se había trasladado con su familia unos años antes, entra en contacto con las ideas anarquistas, formando parte de la Agrupación Femenina “Luisa Michel”. Con dieciocho años llega a Buenos Aires para cursar la carrera de Odontología y establece relación con el grupo Insurrexit, editor de la revista del mismo nombre, que reunirá a un puñado de jóvenes universitarios radicales que constituye un referente de primer orden en la vanguardia literaria y política de la Argentina de su tiempo.

Es a través de su colaboración con Insurrexit como llega a conocer a Hipólito Etchebéhère; desde entonces, permanecerán unidos en vida y militancia hasta la muerte de éste en combate durante la guerra civil española de 1936—39, “cuando la revolución aún era hermosa...”, según palabras de la propia Mika. Hipólito Etchebéhère había nacido dos años antes que Mika, en 1900, en Sa Pereira (Santa Fe), hijo de padre vascofrancés y madre oriunda de Burdeos. El año de 1919 fue decisivo en la decantación de Hipólito hacia la lucha revolucionaria. Un día de enero de aquel año, desde el balcón de su casa, Hipólito contempla cómo la policía arrastra por las calles, atados a la montura de su caballos, a ancianos judíos de barba blanca sacados del guetto de Buenos Aires. “En Argentina —evoca la propia Mika— en esa época, se llamaba judíos a los rusos. Ser ruso quería decir bolchevique, revolucionario, responsable de la lucha que libraban en ese momento los obreros de una de las mayores fábricas del país mediante una huelga que, por su dimensión y firmeza, hacía temblar a la burguesía”. Después de denunciar públicamente la represión y de ser detenido por ello, Hipólito abandona la casa familiar e inicia su periplo de militante revolucionario. Junto con Mika intervienen en todas las iniciativas organizativas de carácter revolucionario estimuladas por la Revolución Rusa, lo que les lleva a un breve paso por el Partido Comunista (PC) argentino, donde se alinean con las posiciones de izquierda. Después de romper con el PC, la pareja emprende un viaje a la Patagonia con el fin de ahorrar el dinero suficiente para ir a Europa.

Tienen los ojos puestos en Alemania, donde la tradición y magnitud de la organización de la clase obrera les hacía concebir nuevas esperanzas revolucionarias. Es así como, en junio de 1931 llegan a Madrid, donde se contagian de la euforia reinante, dos

meses después de ser declarada la República. De Madrid van a París, donde entran en contacto con el círculo de Amis du Monde que cuenta con René Lefeuve [\(2\)](#) como uno de sus principales animadores, el cual está fuertemente inclinado hacia un marxismo de carácter consejista, libertario. De ese modo, Mika e Hipólito continúan su trayectoria de militantes integrados en los grupos opositores de izquierda que forman parte del PC. Y lo mismo harán cuando lleguen a Berlín en octubre de 1932. Aunque se dirigen al PC alemán, entran en contacto con el grupo de oposición aglutinado en torno a Katia y Kurt Landau [\(3\)](#). Pero en Alemania, todo su entusiasmo se ve pronto enfriado, cuando observan la pasividad de la socialdemocracia y el cálculo oportunista y sectario del PC ante la escalada del nazismo. La actitud de socialdemócratas y comunistas sólo hace que añadir desconcierto entre las filas del mayor movimiento obrero organizado del mundo. La perplejidad y la decepción que suscitan en el ánimo de la pareja la inhibición de las fuerzas organizadas del proletariado alemán frente al nazismo quedarán bien reflejadas en los artículos publicados con el pseudónimo de Juan Rústico, en la revista francesa *Masses*, editada por René Lefeuve. Regresan a París, donde continúan sus estrechas relaciones con Katia y Kurt Landau, y traban amistad con el matrimonio Rosmer, formado por Alfred Rosmer, obrero de la industria gráfica anarcosindicalista que la revolución rusa había atraído a las filas del comunismo, y Marguerite Thévenet. Los Rosmer habían sido expulsados del PC francés y habían constituido un grupo de oposición, inicialmente vinculado a Trotski. Es así como, junto con otros compañeros franceses, opositores de izquierda del PC, fundan la revista *Que Faire?* en 1934.

Atentos a cualquier movimiento revolucionario que pueda producirse, cuando estalla la rebelión minera en Asturias (octubre de

1934), continúa Mika, “fuimos a renovar nuestros pasaportes para ir allá. La sangrienta represión de ese movimiento ejemplar, tan próximo de la Comuna de París por sus motivaciones y su desarrollo, cortó nuestro impulso. Rústico escribió magníficas páginas sobre la lucha asturiana que, desgraciadamente, desaparecieron en Barcelona cuando los estalinistas saquearon las oficinas del POUM durante las jornadas de Mayo de 1937”. [\(4\)](#)

A causa de los problemas pulmonares que aquejaban a Hipólito desde años atrás, los médicos le aconsejaron un cambio de clima, por lo que decidió trasladarse a Madrid; una decisión que no atendía solamente a la búsqueda del clima seco y soleado madrileño, sino al clima de efervescencia social que las crecientes luchas obreras creaban.

Hipólito llegó a Madrid en mayo de 1936 y Mika se le uniría dos meses más tarde, exactamente, el 12 de julio, con la intención de realizar un proyectado viaje a pie a través de Asturias. Sin embargo, como cuenta la propia Mika, “aún no habíamos acabado de contarnos nuestra ausencia, cuando el levantamiento de los generales fascistas estalló como una tormenta que borró el pasado e hizo nacer la esperanza”. [\(5\)](#)

Desde el primer momento, Mika e Hipólito se ponen a buscar armas y una organización en la que enrolarse para la lucha, van de un sindicato a otro, entre adolescentes y viejos, aturdidos por los rumores, los discursos, las canciones y las consignas, en medio del gentío que inunda las calles de Madrid, hasta que al día siguiente se enrolan en la escuadra del POUM, “la organización política más cercana a nuestro grupo de oposición” [\(6\)](#), ya que ambos se alineaban con las tesis de oposición trotskistas a la línea dominante en la Internacional Comunista. Parten hacia el frente con una

columna de 120 miembros, la Columna Motorizada del POUM, compuesta por tres camiones y otros tantos turismos, al frente de la cual, como comandante o responsable, según la denominación de aquellos primeros tiempos, estaba Hipólito.

A la muerte de Hipólito, 26 días después de entrar en combate, Mika obtiene el reconocimiento de los compañeros combatientes como heredera de la jefatura de su compañero. Luego, con la integración de la milicia poumista en el ejército republicano, obtendrá el grado de capitana en la División que comandaba el anarcosindicalista Cipriano Mera, dándose la circunstancia que fue la única mujer que ocupó un cargo con mando de tropa durante la guerra civil española de 1936—39. Participó en los combates de Sigüenza, en el frente de Guadalajara. Como mujer y revolucionaria enfrentó con lucidez y arrojo las contradicciones que comportaba su circunstancial condición de capitana de una columna militar mayoritariamente compuesta por hombres que, si bien estaban alentados del espíritu revolucionario, no por ello dejaban de tener arraigados prejuicios respecto a la condición de la mujer. De ella diría Cipriano Mera que era una “mujer valiente y capaz, acaso demasiado madre —cosa natural— con los milicianos a sus órdenes, había dado ya pruebas de gran serenidad y decisión: encontrándose cercada con otros camaradas suyos en Sigüenza, logró abrirse camino y escapar al enemigo”. [\(7\)](#)

Pero Mika no sufrió solamente la presión de los prejuicios de los milicianos, sino la hostilidad de los estalinistas y su labor de zapa contra las iniciativas revolucionarias que se desarrollaban en el bando republicano, de las que el relato de Mika que aquí presentamos dan una muestra. La campaña de difamación, persecución —y, en muchos casos, eliminación física— emprendida

por el Partido Comunista contra los militantes trotskistas y poumistas también afectó a Mika, que fue detenida en el frente de Guadalajara a mediados de Mayo de 1937 y conducida a los calabozos de la Dirección General de Seguridad (DGS) en Madrid, bajo la acusación de “desafecta” a la República. Mera cuenta el episodio en su memorias: “...un enlace me trajo una nota del comandante Perea, jefe de la Vª División, en la que me comunicaba la detención de la capitana Mika Etchebéhère, recomendándome hiciese una gestión personal para que fuera puesta en libertad” [\(8\)](#). Mera acude a la DGS y se entrevista con el director, Manuel Muñoz, ante el que expone la irreproachable conducta de Hipólito y Mika en la lucha contra los militares franquistas, y no le oculta su impresión de que “lo que sin duda ha ocurrido en este caso, es que agentes del Partido Comunista han querido deshacerse de esa mujer por ser del POUM” [\(9\)](#). Afortunadamente, añade, “al día siguiente, con gran satisfacción por mi parte, se presentó Mika en mi puesto de mando, gracias a un coche ligero que le facilitó el compañero Eduardo Val. Pasó unos cuantos días entre nosotros, hasta que se incorporó a la organización Mujeres Libres”. [\(10\)](#)

Del paso de Mika por Mujeres Libres, la organización anarquista que había creado un campo de tiro para que las mujeres dispuestas a participar activamente en la defensa de Madrid hicieran prácticas, Martha A. Ackelsberg [\(11\)](#) recoge una anécdota relatada por Amada de No del día que Mika se presentó en la Agrupación de Barcelona de las Mujeres Libertarias y, en un primer momento, fue confundida con “un soldado muy majo”.

Con la “caída” de Madrid en marzo de 1939, Mika fue detenida por una patrulla franquista y tuvo que refugiarse en un Liceo francés, gracias a que poseía un pasaporte francés. Las gestiones realizadas

por sus amigos franceses consiguen su repatriación, aunque la situación que encuentra a su llegada a París es bastante descorazonadora: derrota del movimiento huelguístico, descomposición del Frente Popular, entrada de Francia en guerra, en septiembre de 1939, y el 14 de junio el ejército nazi entra en París. Es el momento de dar otro giro en su vida, lo que hace regresando a Argentina, donde reencontrará a los viejos amigos de Buenos Aires. Sin embargo, el ascenso del peronismo al poder (1943) y la escasa relevancia de la izquierda revolucionaria, ya que el panorama de la oposición se cierra en torno a un antiperonismo que llevó a la izquierda a establecer compromisos con los partidos burgueses conservadores y radicales, hace que Mika se decida a regresar a París. Desde entonces, 1946, se gana la vida traduciendo del francés al español.



Sus convicciones trotskistas y su espíritu revolucionario no decaen con la edad; y así, en 1968, los estudiantes parisinos ven, sorprendidos, cómo aquella anciana de 66 años participa activamente en el levantamiento de una barricada. Diez años después, aún participará en la manifestación contra la dictadura militar argentina que tuvo lugar en París. No será hasta 1976, después de haber contado su historia a numerosos interlocutores y de haber llenado varios cuadernos con sus recuerdos de la guerra española de 1936—39, que Mika redacta las memorias de sus años de miliciana con el título *Ma guerre d'Espagne à moi*. Catorce años después, el 7 de Julio de 1992 morirá en París y sus amigos arrojarán sus cenizas al Sena.

Notas

[1.](#) Mica Feldman es el nombre de soltera de Mika Etchebéhére, que modificó asimismo la grafía, trocando la c por una k, durante su estancia en Europa.

[2.](#) René Lefeuve fue el impulsor durante varias décadas de la Éditions Spartacus (París), cuyo catálogo está animado por un espíritu abierto hacia la tradición marxista más heterodoxa. Después de su muerte, a comienzo de los años ochenta, el proyecto editorial de Spartacus ha continuado hasta ahora, aunque con apariciones irregulares.

[3.](#) Kurt Landau sería asesinado por los estalinistas en Barcelona, en 1937.

[4.](#) Juan Rústico (Hippolyte Etchebéhére). 1933: *La tragedia du proletariat allemand. Défaite sans combat, victoire sans péril*. Février-Mars 1981, série B n° 111, *Spartacus*, Paris, p. 11.

[5.](#) Op. cit. p. 12.

[6.](#) Op. cit. p. 12.

[7.](#) Cipriano Mera. *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. Éditions Ruedo Ibérico, París 1976, p. 101-102.

[8.](#) Op. cit., p 133-134.

[9.](#) Op. cit., p 133-134.

[10.](#)Op. cit., p 133-134.

[11.](#)Martha A. Ackelsberg. *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*. Virus Editorial. Barcelona, 1999.